
THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

Reinés y Ferrer (Juan).
La Perla de Alcudia.
1854.

La PERLA DE ALCUDIA

Ó SEA EL

ASEDIO DE ESTA CIUDAD POR LOS COMUNEROS

EN 1521 Y 1522.

NOVELA HISTÓRICA SEGUIDA DE LA HISTORIA COMPENDIADA DE ALCUDIA

POR

JUAN REINÉS Y FERRER

MÉDICO Y CIRUJANO, NATURAL Y VECINO DE LA MISMA.

El amor de la patria es el primer deber
de todo hombre civilizado.

CHATEAUBRIAND.
Memorias de ultra-tumba.

Qué quieren esos hombres? Tu sangre vertieras
Para evitar un año de guerra y mortandad.
Mas quieren la Nobleza á quien asilo dieras:
Ya antes morir dijistes, que dar en tal maldad.

D. JOAQUIN RUBIO.
Poesía dedicada á Alcudia en agosto de 1845.

PALMA.

IMPRENTA DE D. FELIPE GUASP Y BARBERI.

1854.





AL AYUNTAMIENTO DE MI PATRIA ALCUDIA.

EN TESTIMONIO DE MI VENERACION Y RESPETO.

Juan Reinés.



Á LOS SEÑORES LECTORES.

Esta novela, á mas de intrapirenáica, es toda mallorquina, porque tambien mallorquin es su autor. Los hechos históricos que se citan pasaron todos en el suelo patrio, y con muy poco trabajo se podrán reconocer los puestos en que se verificaron: igualmente podrá examinarse la fisonomía de los descendientes de muchos de los héroes de aquella época. En esta atencion espero con fundamento que mis lectores serán indulgentes conmigo, disimulándome las muchas faltas de que adolece mi produccion literaria; haciéndose cargo que es muy difícil, al ménos para mí, escribir con pureza el castellano, que tanto se diferencia de nuestro idioma nativo.

La palabra *mosen* de entónces corresponde al *don* de ahora, *voace* al *usted;* y si en mi obra no he seguido siempre el *mosen* y *voace,* ha sido unicamente para emplear el lenguaje mas corriente del dia.

VALETE.



LA PERLA DE ALCUDIA

Ó SEA

EL ASEDIO DE ESTA CIUDAD POR LOS COMUNEROS.



CAPÍTULO PRIMERO.

Los tres Antonios.

A las dos de la tarde del 30 de octubre de 1521 el cielo estaba encapotado, y de vez en cuando el sol despedia rayos en un todo semejantes al color plateado de los de la luna. En el horizonte de la bahía del puerto menor de Alcudia se habian acumulado corpulentos y gigantescos nubarrones, inmóviles y puestos en fila desde el uno al otro extremo de su embocadura, representando mil caprichosas figuras, entre

– Me gusta tu disimulo; siendo así que ni las hormigas ignoran tus amores con la sobradamente hermosa Leonor Serra, ultra de que ya es público y notorio que estás algo resentido de su conducta con mosen Narciso.

Sureda hizo un movimiento de sorpresa y disgusto, que no pasó desapercibido de Maura, motivo por el cual se propuso aclarar un misterio que ni aun sospechaba.

– ¡Yo enamorado de Leonor, y tambien resentido! Temo, señor zumbon, el que hayas perdido la cholla.

– No hay cuidado, querido. Rectifico lo que he dicho.

– Pues bien: y por qué resentido? ¡Seria cosa que yo estuviese perdido de amores por Leonor sin haber reparado en ello! Y qué belitre y bellaco eres!

– Por fortuna; como tú, Font, eres un tuno de siete suelas, no me vas en zaga en lo concerniente á bellaquerías. Te repito que estás resentido por las muchas zalamerías, que diz gasta con mosen Narciso.

– Con mosen Narciso! Que me emplumen si lo creo.

– Y por qué no?

– Por muchas razones. La una de tantas, es porque las zalamerías son incompatibles con el carácter extremadamente modesto de Leonor.

– Realmente. Es algo gazmoña. Sigue.

– Y porque mosen Narciso ni ninguno de sus compañeros están para arrumacos con motivo de su situacion precaria, ademas de encontrarse algo atufados tratándose de hacerles una visita no muy apetecible que digamos: y á propósito de la tal visita. Vamos nosotros á chuparnos los dedos de gusto, teniendo por ello que andarnos solo de muros adentro como ratones en la ratonera. Ya verás que casta de noticias nos traerán esta noche de la capital, y si serán ellas las mas

á propósito para calentarse los cascos con amoríos. Quieres mas?

– Buenas ó malas, de ninguna manera impedirán que amen los pechados por el dios ciego, y menos aun que estos dejen de aprovechar la buena fortuna que se les ofrezca, como caida del cielo. Así lo deduzco del texto latin: *Sed si candida vicini subrrisit molle puella, cor tibi rite salit.* Qué replicas?

– Voto al diablo! Ya extrañaba que no hubieses sacado á colacion tus latines. Lo que replicare, tal vez no te dé muy buena espina; pero tendrás que apelar á la santa paciencia. Conceptúo que tu texto es poco á propósito en la cuestion que nos ocupa.

– Son conceptos tuyos, Font. *Patientia etiam necessaria est tibi.* Chúpate esta.

– Mis conceptos, reverendo fraile, valen tanto como los vuestros. Chúpate esta otra.

– No lo niego: sin embargo el texto es cierto, señor lego.

– Cierto ó incierto, por mas que te esfuerces no es aplicable á Leonor; y advierte que no la defiendo porque sea mi querida, sino porque así lo exigen de justicia las recomendables cualidades que la adornan.

– Me conformo con las cualidades; pero no con el único motivo de tu defensa, ó sean encomios, apologías, alabanzas, panegíricos y dos mil etcéteras. Ya te acordarás que *ex abundantia cordis loquitur os.*

– Maura, puedes creerme á pies juntillos. Bien sabes que Font nunca miente.

– Prefiero creerte á andarme de zeca en meca en busca de la verdad.

– Todavía dudas?

– ¿Puedo dudar, y Antonio Font nunca miente...? Sino cuando se le antoja, lo mismo que ni mas ni ménos sucede á Antonio Maura en persona.

– Habrá diablo mas demonio! Poco me ha faltado para recordarte lo del otro dia.

– El que?

– Se te ha olvidado ya?

– Soy tan flaco de memoria, que maldita de Dios la cosa de que me acuerdo. Ayúdame por favor.

– Se te dijo que eres mas testarudo que un.....

– No recalques tanto. Ya comprendo. Mas testarudo que un asno tordo. No es esto?

– Lo peor que no he cambiado: *ergo* soy lo mismo.

– ¿Con que insistes en que Leonor es mi querida?

– Yo insistir! *Libera me Domine.*

– La defiendes por sus cualidades. No es esto todo?

– Solo por ellas; supuesto el texto latin que has hecho lucir.

– Dale con el texto. Ó no entiendo yo su significado, ó tú lo has comprendido mal.

– Vas á verlo.—Pero si la cándida hija del vecino te sonrie voluptuosamente ¿tú corazon no se rebela contra la honestidad? Por lo que si mi traduccion es la competente, el texto es algo duro para una jóven de las circunstancias de Leonor.

– El texto comprende á todas y á ninguna; no obstante convengo en que tienes razon en lo concerniente á este extremo.

– Lo mismo que en los demas; te lo aseguro bajo palabra de honor. Ni mis pensamientos se ocupan de Leonor, ni menos los suyos de mí. Si esta declaracion formal y explícita no basta para convencerte, será una prueba de que te cuadra vivir miserablemente engañado.

– No habrá mas remedio que creerte, y te creo en realidad. Entiende pues que mis reticencias han sido pura estratagema, estimulado del deseo de averiguar si en efecto fuese tu querida, ó la de nuestro pobre mudo Sureda. Relativamente á zalamerías no me queda pisca de duda que los que propalaron semejantes cosas, mienten que se las pelan.

– Mi querida! contestó Sureda. Lo ha sido por mi desventura, añadió entre dientes.

– Por fin despegastes tus labios? No hay talisman tan poderoso como las hermosas hijas de Adan. Doite la enhorabuena, amigo mio, de haber impensadamente encontrado el remedio para tu mal.

– Quién te lo asegura?

– Me lo asegura tu mejoría, á consecuencia de una palabra mágica que vibrando en tu corazon cual una corriente de fluido eléctrico, ha destruido la paralísis de tu lengua. Puedes negarlo? Antes no hablabas una sola palabra, y justo es suponer que porque no podias, y por esto respondias con un encogimiento de hombros que nos helaba la sangre en las venas, temiendo el que te convirtieses en un misántropo.

Ni yo ni Font somos médicos, ni nada entendemos de la ciencia de la cual se dice si mal no me acuerdo, *Ars longa vita brevis,* y sin embargo nos propusimos curarte poniendo en juego todo el *sancta sanctorum* de nuestro pobre magin, por si conseguiamos el que dieses treguas á tu dolor; pero naranjas! nuestros esfuerzos fracasaron, y fatigados y mohinos no sabiamos que hacernos: asi fué que acordamos y volvimos á acordar aplicarte la misma fórmula, que considerábamos la mejor para que nos abrieses tu pecho, atendiendo segun los dogmas de nuestro Hipócrates, con el desahogo mengua el pesar que comprime dolorosamente el corazon.

Tres veces nos llevamos un solemne chasco y otras tantas repetimos la carga sin mejor resultado. En esta atencion al volver tú hoy á las andadas, he cambiado de tema apelando á un ardid (medical se entiende) que gracias á Dios ha surtido, sino todo el efecto que deseábamos, alménos has hablado, que es una señal de haber remitido los síntomas, y siempre algo es algo.

Nosotros no aspiramos á la fama de una curacion asombrosa, y únicamente queremos tu salud y tu acostumbrada jovialidad, signo positivo de ella, ó mienten los aforismos de los mas clásicos maestros del arte; y despues... venga lo que viniere, sin excluir á los agermanados, á quienes considero atacados de una monomanía, si los hemos de juzgar por los continuos recados que nos mandan, y sin saber por que, amenazándonos que sé yo cuantas cosazas que han de hacer de nuestros pellejos: de lo que infiero que creen allá en sus adentros que les será tan fácil ponerlo por obra como el trasegar el vino de las botellas, y que nosotros permitirémos sin decir oxte ni moxte, que nos muelan como á cibero toda nuestra osamenta. ¿Estais, tocayos mios, en ánimo de darles gusto? Por mi parte tengo hecho firme propósito de no permitir que me toquen un solo hilo de la ropa sin dar ahullido que atruene los oidos, cuanto mas dejarme manosear el rostro.

– Harás muy bien, Maura, contestaron á un tiempo Font y Sureda; y en cuanto á nosotros será regular que te imitemos.

– Sureda añadió al entretanto: Os doy mil gracias, amigos mios. Vuestro proceder y vuestro lenguaje es el de aquella amistad hija del cielo, á que no puede ser indiferente ningun hombre honrado: por tanto está en el órden el que yo os pague á mi vez con igual moneda. Mas esto exige capítulo aparte.



CAPÍTULO II.

El hombre misterioso.

Hoy hace seis dias que os escusasteis de acompañarme á la partida de caza á que os invité, y tuve que marcharme sin otra compañía que la de mis perros, no parando hasta el monte *de las Planas*. Despues de tres horas me sentí fatigado, y sentéme al pié de las berroqueñas rocas que forman la cúspide de dicho montecillo, y no debian haber pasado cuatro minutos que descansaba, cuando se presentó á mi vista un hombre de estatura jigantesca y muy fornido de miembros, llevando en su diestra una lanza, que no debia ser mas gruesa la de Aquíles.

Su fisonomía era noble, su continente grave, de mirada á la par viva y dulce. Su rostro tostado por el sol, nada tenia de feroz ni desagradable apesar de su barba gris y larga. Llegado á mi presencia, despues de saludarme, me preguntó con tono familiar si habia salido de Alcudia aquella misma mañana. Respondí afirmativamente.

– Qué noticias hay de la capital?

– No puedo enteraros por menor porque me cuido poco de ellas.

– ¿No os interesan los asuntos de vuestra patria? Pues os considero hijo de Alcudia.

– No os engañais, soy alcudiano, y nadie puede mas que yo interesarse á favor de Alcudia; pero nunca me entrometo

en lo que no es de mi incumbencia. Á mi edad se obedece ciegamente á lo que se manda por nuestros superiores, y nada mas. Si llega el caso derramaré mi sangre por defender mi patria. Este, por ahora, es mi único deber. Lo demas está confiado á quien toca estarlo de rigurosa justicia.

– Hablais juiciosamente, jóven. ¿Y tendriais la bondad de participarme las noticias que sepais?

– Con mucho gusto. Se ha intimado á Alcudia á que convenga en la extincion de los derechos del *Sagell,* sisa de carnes, de la sal y otros (*).

– Qué se ha respondido?

– Que se queria consultar al Rey.

– No está mal contestado, supuesto que los agermanados han enviado un síndico á S. M. para darle cuenta de los motivos de su levantamiento (**); y el mismo derecho asiste á los de Alcudia para consultarle antes de obrar, que á aquellos el de enterarle de lo obrado.

Siguen aun los atropellos y asesinatos?

– Estas son las noticias ordinarias; pero las mas recientes están todas contestes en que tratan de pasar aquí con un grueso ejército para sepultarnos en las ruinas de Alcudia si no les obedecemos como miserables esclavos.

– Imbéciles! dijo con voz atronadora. Todo lo echarán á perder, como se perderán ellos mismos. Sus atentados han abierto ya una honda sima que los tragará, envolviendo en su ruina al mas glorioso de los pendones, el de la libertad; y aun intentan aumentarlos.

Los hombres honrados, á quienes deslumbró un relámpago de espansiva alegría al solo resplandor despedido por la

---

(*) Histórico. (**) Histórico.

brillante aurora de la libertad cuando asomaba en el horizonte, retrocederán ante el abismo que han cavado los horrendos crímenes perpetrados por algunos pocos sediciosos, so pena de expiarlos con estos. La libertad, pues, es perdida.

¿Me diréis quizá que prejuzgo con demasiada anticipacion el éxito de este levantamiento?

Lo peor, que mi pronóstico será cierto. Con malos medios, nunca se obtienen buenos resultados (*), y desgraciado del hombre que para borrar las huellas de una falta se sirve del crímen (**).

Pasemos á otra cuestion mas vital para Alcudia. ¿Hay muchos nobles refugiados en ella?

– De cada dia aumenta el número.

– ¿Habeis premeditado las consecuencias de vuestra imprevision?

– No os comprendo.

– Os habeis acreditado de muy poco cuerdos, y de ser unos insensatos.

– ¿Me insultais porque teneis una lanza? Advertid que de mi cintura pende una espada, que la experiencia me ha acreditado que tambien es buena para sacar sangre.

– Para decir la verdad no necesito lanzas. Eh! Ahí va mi lanza. Y arrojóla con tanta destreza y esfuerzo que se clavó medio palmo en el grueso tronco de un viejo pino distante diez pasos. Hecho lo cual se sentó á mi lado. Ahora podeis hablar sin temor. Vos estais armado y yo sin armas.

– Tanto temo ahora como antes, buen hombre.

Vuestro lenguaje me hirió en lo mas vivo, y la verdad valga. Yo no acostumbro sufrirlo. Por mis venas corre sangre

(*) Homero: Ulisea. (**) Chateaubriand.

alcudiana, caliente é inflamable como ella misma; y si es indudable que el alcudiano es dócil, generoso y humano cuando se le saben apreciar estas dotes, igualmente lo es que si se le hace injusticia es terrible como un leon.

– Lo que decis es exacto; pero espero que pronto estaréis de acuerdo con mi opinion. Calmaos y contad conmigo, por cuyas venas tambien corre sangre alcudiana.

– Vos alcudiano!

– Sí, alcudiano.

– No os he visto nunca á pesar de mis veinte y tres años.

– Vuestro argumento es poco concluyente. Os repito que soy hijo de Alcudia; pero no perdamos tiempo en frivolidades y ocupémonos de nuestra patria, que bien lo reclama su actual situacion.

No ignorais que en la capital se atropella y asesina á los nobles, y que muchos de los que han podido escaparse se han refugiado en Alcudia.

– Sí, en ella.

– Y vosotros qué habeis hecho?

– Qué habiamos de hacer?

– No os pregunto lo que debiais, sino lo que habeis hecho.

– Les hemos puesto bajo nuestro amparo.

– ¿Y no vislumbrais de qué naturaleza es vuestro compromiso?

– Tal vez tengamos que combatir para defender la vida de nuestros huéspedes.

– No tal vez, sino que es muy cierto, y no su vida sola, sí que tambien la vuestra. La sangre alcudiana se verterá por falta de prevision y cordura.

Los nobles mallorquines son prudentes y generosos, y si los de Alcudia les propusieran que lo mas conveniente para unos y otros seria el que se trasladasen á Menorca, lo hubie-

ran verificado; y con esta conducta evitaban los males inmensos que se desplomarán sobre Alcudia, al mismo tiempo que salvaban á sus protegidos. No se me diga que esta translacion fuese impracticable, porque semejante subterfugio seria pueril y ridículo.

Los alcudianos no consultando mas que á la energía del corazon que los caracteriza, han temido que los nobles creyeran que la cobardía, y no la prudencia, les obligaba á proponerles una medida tan salvadora; y en tal concepto, no han titubeado en preferir á la mas leve sospecha de cobardía, por mas que aquella sea puramente imaginaria, el arrostrar impávidos la desastrosa guerra que se les viene encima.

En esta atencion, ya que no hay otro remedio que combatir, combatamos con el mismo valor y esfuerzo de los héroes de Homero.

Salvemos, si es posible, á estos nobles en desgracia, sin dejar de hacer por nuestra patria amada fervientes votos al cielo, atendida la furiosa tempestad que ruge sobre ella, mas que suficiente para reducirla á escombros.

Mi corazon se comprime y palidecen mis facciones al considerar los desastres que sufrirá, sin haber cometido otro pecado que el de dar abrigo á unos desgraciados.

Hermosas y esbeltas hijas de Alcudia! ¡Cuántas zozobras y angustias ántes del combate, durante este y despues del mismo afectarán vuestro tierno corazon! El hombre de vuestros ensueños yace yerto cadáver, traspasado el pecho por el fiero golpe de una lanza ó del rudo choque de alguna bala de arcabuz, que han convertido en la realidad de un triste sudario las gratas ilusiones de felicidad, creadas todas por una imaginacion enardecida con el fuego de un primer amor.

Padres y madres de familia! ¿Cuál será la recompensa

que se os dará que pueda equivaler á la pérdida de vuestro hijo único, por el cual habeis pasado tantos años de desvelos?

Oh nobles de Palma! ¡Y cuán cara costará á Alcudia vuestra salvacion! Si en vuestros corazones cabe tanta gratitud, como generosidad en el de los alcudianos, muy de esperar es que si en el transcurso de los tiempos sobrevienen desgracias á nuestra patria Alcudia, emplearéis vuestra poderosa valía para remediarlas.

– Permitidme una observacion. Supongamos que los de Alcudia hubiesen propuesto á los nobles su translacion á Menorca, y que se negaran á ella, ¿qué quedaba por hacer?

Me parece que siendo Alcudia una villa que pertenece al Rey, no podian los alcudianos arrojar de su seno á los que se refugian en ella.

– Vuestra suposicion, aunque oportuna, no es adoptable. Los nobles hubiéranse convencido que lo mas conveniente para ellos y para sus protectores era evitar los males de la guerra, y no trepidaran en evitarlos cuando no fuese por otra mira que la de no ser doblemente gravosos á los que con tanta generosidad los han librado de manos asesinas.

Si Alcudia pertenece al Rey, tambien le pertenece la capital de Mallorca; y no obstante ha contemporizado á fin de no derramar inútilmente la sangre de sus moradores. ¡Y cuán loable es esta conducta! ¿Por qué no habian de imitarla los alcudianos?

La capital elude la efusion de sangre. Cuánta sensatez! Y Alcudia, cual otra orgullosa Cartago sin ser Cartago, por no dar un simple paso pretende contrarestar el poder de los agermanados, ignorando si abriga en su seno otro Aníbal que oponer á algun Escipion ciudadano, prescindiendo de las centuplicadas fuerzas de este. Cuánta temeridad! No niego que

esta temeridad no sea sumamente sublime y heróica; ¿pero equivale la gloria de semejante heroismo á la pérdida casi segura de gran parte de sus hijos?

– Estoy completamente de acuerdo con vuestra opinion. Procediendo como habeis dicho evitábamos el grave conflicto en que vamos á vernos.

– Sí, el conflicto será terrible, y lo peor que no se me ocurre ningun medio honroso para conjurarlo. Preparémonos, pues, para la lid, y antes que nuestra patria sucumba, demostremos á los agermanados y á la Europa entera que los alcudianos son tan temibles en el combate, como generosos con los desgraciados y vencidos. Adios, pronto nos verémos y sabréis tambien quién soy.

– Voto á cribas! Exclamó aquí Maura, interrumpiendo la relacion de Sureda. Y tú eres nuestro amigo?

– Podeis dudarlo?

– Segun tu comportamiento sobran motivos para la duda. No eres de mi parecer, Font?

– No digo que no.

– Rayo del cielo! Con que dudais de mi amistad?

– *Distingo*. Como lo supones tan absolutamente, *nego;* pero *in partibus, concedo.*

– Voto al chápiro! Otra vez con tus latines, Maura? ¡Lástima de lástimas es que los hábitos de fraile no ciñan tu gallarda persona, y que tu cabeza no ande cubierta con la capucha!

– Te fastidia el latin, compadre? A tu vez te toca apelar á la santa paciencia como me preveniste todavía no hace mil años.

– Estoy harto de latines desde los talones hasta la coronilla, porque ellos me recuerdan las solemnes tundas que cayeron sobre mis carnes, y el odio que engendraron en mi corazon contra los zurradores, á quienes Dios confunda. Amen.

– Asi va el mundo. Por el mismo motivo que tú, me gusta no olvidarlos, supuesto que para aprenderlos mis carnes fueron mil veces azotadas; y como esto de los azotes ya pasó, quiero ahora echar mi cuarto á espaldas como el mas pintado para jugarla de leido, pues tambien ando en busca de un cacho de gloria. No pienso acertadamente?

– Lo mejor para ti seria que te hicieses fraile.

– Fraile! *Abrenuntio*. No me cuadra semejante gente.

– No estoy conforme con lo que dices, Maura.

– Pues estarlo. Te has olvidado de que yo nunca miento?

– Ah! verdad. Soy yo igualmente como tú muy flaco de memoria. Nunca mientes sino cuantas veces lo juzgas conveniente para poder lograr la gloria á que aspiras, y haciéndote fraile la alcanzarás cumplida; ademas que entonces la retahila de latines con que siempre nos estás mortificando los oidos te vendrán de perilla como propios de tu estado.

Font y Maura, interrumpió Sureda, servios explicarme el por que dudais de mi amistad.

– Maura y Font, contestó este, pueden dudar de que merezcan por completo tu confianza habiendo pasado seis dias sin hablarnos de tus cuitas, ni de un asunto tan serio que interesa á todos. Esta conducta cuando ménos indica que nosotros para ti no somos un depósito seguro de tus secretos.

En efecto, la guerra que está por estallar será una diversion que tanto alcanzará á nosotros como á ti. Justo y muy justo era pues el que nos dieras parte de los razonamientos de tu hombre de *las Planas* y de sus bellas ideas.

El único medio que nos queda por aminorar los desastres que amenazan de cerca á nuestra patria, es la mas estrecha union entre todos, y ¡vive Crispo! que la desconfianza no es lo mas á propósito para mantenerla. Si yo he de ma-

nifestar lo que siento aquí (señalándose en el corazon) ya quisiera estarme frente al Escipion ciudadano de que has hecho mérito en tu narracion, por ver si se porta mejor conmigo que aquel formidable moro en la refriega que sostuvimos en las llanuras de Alcanada, cuando el desembarco del pirata argelino.

Desde aquel dia rabio por tamañas danzas para poder presenciar otra vez la gallardía con que tú, nuestro desconfiado amigo, ostigas á los que tienen la desgraciada osadía de oponerse á tus brios. Sin embargo estoy en un todo conforme con las ideas emitidas por tu desconocido.

Para Alcudia esta guerra püede ser muy funesta: por tanto era mas que prudente procurar evitarla.

Sureda, con el semblante mas pálido que el de la muerte, levantóse bruscamente y dijo tartamudeando. Me habeis reconvenido con justicia, y nada puedo replicar. Abandonadme por salvaje.

Yo no merezco las delicadas atenciones que me teneis, é hizo ademan de marcharse.

Sus dos amigos le detuvieron agarrándole cada uno por un brazo, haciéndole mil protestas de una sincera y eterna amistad.

En ti, caro amigo, pasa alguna cosa extraordinaria que nos ha hecho debanar los cesos para atinarla. Font, este valiente entre los valientes como tú le llamas y á quien yo desde hoy le confiero otro título á sus glorias, retumbante cual puede serlo el de improvisador y forjador de frailes, prefiriera una docena de combates con otros tantos morazos como el de marras, á verte triste y mudo. Entre los dos me juraba y votaba como un renegado que si llegaba á averiguar quien fuese la causa de tus crueles disgustos, que lo

habia de escabechar. Ahora diria *amicus Plato, sed magis amica veritas*. Pero haced cuenta que he hablado en griego, por que, voto á cribas! no quiero que el muy forjador de frailes, sin encomendarse á Dios ni á ninguno de sus santos, me encaje la capucha con su correspondiente sayal á cuestas.

Esta inesperada salida de Maura obligó á Font á soltar una carcajada que hizo sonreir á Sureda, y mas tranquilo este invitó á sus dignos compañeros á sentarse, diciendo: «Espero sincerarme enterándoos de la causa de mi justa melancolía y silencio. Ya sabeis que tengo la desgracia de no haber conocido á mis padres, y que desde niño he vivido con mi tio, excepto el tiempo de mis estudios, que hicimos juntos en la capital.

«Te recuerdo, amigo Font, la lucha sangrienta que en la tarde del 1° de junio de este año empeñamos cuarenta alcudianos con noventa argelinos en las llanuras de Alcanada, y no habrás olvidado la hazaña fabulosa que hiciste salvando á aquella hermosa jóven, peleando solo contra tres enemigos, de quienes diste tan buena cuenta en poco tiempo, incluso el terrible moro que tan á deshora te acometió con una gruesa lanza, no pudiendo oponerle otra arma ofensiva que la espada, y á quien sin embargo le dejaste tendido junto á los otros tres compañeros suyos.

«Tambien tendrás presente el auxilio oportuno que tanto tú como yo recibimos de aquel valiente guerrero desconocido que tan gran destrozo hizo en los argelinos, y que yo quedé gravemente herido en un muslo.»

Sí, interrumpió Font, que el muy pillo pirata no tendrá en mucho tiempo maldita la gana de volver á habérselas contigo. Por Santiago nuestro patron! Cuenta las cosas como pasaron, sin pararte en escrúpulos monjiles. Cuenta como á

tu primera acometida rompisteis la fila sarracénica, quedando en descubierto el muy infame gefe argelino, y la rapidez con que, cuál aguila rapante, te lanzaste sobre él haciéndole retroceder mas de tres pasos con el tremendo bote de lanza que le diste enmedio del pecho, embotándose el acero con el fino temple de su coraza fabricada en Damasco. Cuenta la facilidad con que tú y el adolescente Anberola enviasteis al infierno á los cuatro de sus soldados que os acometieron para libertarle.

– Lo que debo contar es que si el cielo, al ser nosotros cortados, no me enviara aquel héroe desconocido, y mi buen amigo Font el refuerzo oportuno, que todos los mios incluso yo quedáramos muertos en el campo de batalla.

– Voto á críbas! Lo que debes referir tambien es que si el valiente desconocido y los seis hombres que me enviaste no se interponen entre los mahometanos y mi persona que bregaba con el morazo, que á estas horas tu amigo Font estaria convertido en una momia no muy guapa.

Sureda continuó. Hasta en este momento ignoro quien es la jóven que libraste, y el héroe que tan buenos servicios nos prestó. La jóven desapareció como una vision fantástica precisamente al concluir tú por ella una hazaña tan gloriosa.

– Tengo, Sureda, unos vivos deseos de que me enteres de esta hazaña de nuestro amigo.

Lo mejor será que la refiera el mismo, y explicándonos igualmente lo que siempre ha sido para mí un enigma. ¿Por qué se quedó solo, y no pasó con los suyos á socorrerme supuesto que ya habia concluido con sus enemigos?

– Me quedé solo, dijo Font, por haber notado cierta indecision en los que habiamos hecho reembarcar mas que de prisa; temiendo el que intentasen trabar un combate de distinta

especie que el anterior sin ningun daño por su parte, jugando la artillería de la Capitana que estaba mucho mas cerca de lo que era menester. Con este recelo me puse á espiar todos sus movimientos para avisaros con oportunidad, lo que me hubiera sido imposible ejecutar una vez metido en la lid.

Pronto creí haber atinado con la causa de la citada indecision, pues descubrí en lontananza algunas velas que bien pudieran pertenecer á la escuadrilla española armada en persecucion constante de la argelina; y ellos, á no dudarlo, lo pensaron así, porque toda su atencion y miradas estaban fijas en el punto del horizonte en que se veian las velas. Esta casual circunstancia, y el temor de herir á su gefe fueron seguramente el motivo de no haber hecho uso de la artillería.

Iba ya á dirigirme á vosotros, cuando un grito penetrante y desgarrador salido del cauce del torrente, me hizo variar de resolucion, viendo á una jóven mas bella que un ángel del cielo, que á todo correr y jadeando me pedia socorro contra tres argelinos que la perseguian. Precipitéme mas rápido que una flecha contra sus perseguidores, que al verme se pararon, mirando por todas partes por si habia otros hombres que me siguiesen; y asegurados de que yo estaba solo, me acometieron sin órden y con rabia desesperada. Lo que les sucedió, quiso Dios que ellos no pudieran contarlo.

La jóven temblando y toda azorada se abrazó conmigo sin poder pronunciar una palabra. No es posible, amigos mios, que semejante maravilla tenga igual.

Absorto contemplándola no habia notado que un semijigante con una gruesa lanza venia hácia mí para arrebatármela. No tuve tiempo sino para protegerla con el tronco de

una mediana encina, detras del cual la dejé medio muerta, y avancé furioso hácia el morazo, mucho mas temible de léjos que de cerca. Yo habia creido que era hombre de pro; pero cá! cualquiera de los nuestros hiciera otro tanto de lo que yo hice. Desviéme del tiro de su lanza, y abalanzóse á mí sin darme tiempo de defenderme, estrechándome en sus brazos con morunas intenciones, y bregamos un buen rato como unos energúmenos. Mi suerte fué mejor que la suya, cosas de la guerra! Arrojéle en tierra, y en el interin que me esforzaba para agotar sus fuerzas y sacar mi puñal, corrian contra mí no sé cuantos argelinos, á quienes obligó á hacer alto el valiente incógnito y mudar de intento, y abandonar el campo los que tú enviaste para socorrerme, dándome tiempo para envainar mi estoque en la garganta de mi enemigo, y luego... *ast illi solvuntur frigore membra,*

Vitaque cum gemitu fugit indignata sub umbras.

Es decir: *el hielo de la muerte se apoderó de los miembros, y su alma indignada se fué gimiendo al infierno.*

Lo has oido, mi querido Maura? Trátame si quieres de fraile que no por esto me harás fruncir el ceño.

– Eres tan cuerdo como modesto, Font. La razon te sobra, entre buenos amigos todo ha de pasar sin incomodarse. Concluye pues tu historia.

– Desembarazado de enemigos, mi primera diligencia fué volar en busca de la jóven, pero ya no estaba allí. Qué habia sido de ella?

Por primera vez de mi vida sentí que en mi interior pasaba alguna cosa extraordinaria, y sin saber qué partido tomar registré palmo por palmo los matorrales y la concavidad de las peñas. Trabajo inútil! Mi sílfide no parecia, ni tampoco quien me diese noticias de ella. Llamé, y nadie me

respondió. Subí á lo mas alto del montecillo inmediato á la pasada refriega, y nada descubrí sino las galeotas que á fuerza de remo se internaban en el mar. El sol estaba ya en su ocaso, y á mas andar las sombras de la noche iban á cubrir la tierra con mas oscuridad que la que prometia la estacion, consecuencia de los muchos celages que amenazaban ocultar las estrellas. Un pensamiento aterrador me asaltó duplicando mis tormentos. El guerrero desconocido debe ser su amante, y se habrá apoderado de ella llevándosela consigo. Pero á donde? No pueden estar muy léjos, y por poco que apriete el paso daré con ellos y entónces Dios sabe lo que será. Con este propósito bajé rápidamente del montecillo y me encaminé á la ventura. La noche me sorprendió tan negra como la habia temido, y la fatiga embargaba mis miembros sin poder dar un paso mas. Tumbéme rabiando debajo una frondosa encina, y despues de un cuarto de hora me pareció oir á lo léjos pasos de personas, y á breve rato quedé asegurado de que no me habia engañado, y tambien que caminaban precisamente en direccion mia. Ocultéme detras del grueso tronco de la encina, y la casualidad providencial quiso que las dos personas se parasen á descansar en el mismo sitio que yo antes abandonara. ¡Y cuál fué mi sorpresa al reconocer en los dos al guerrero y á mi ninfa! Mi corazon latia con tanta fuerza que temí el que me descubriese, pues me figuraba que debian oirlo de doble distancia que la que mediaba de mí á ellos. Por fin cesaron como por encanto todas mis angustias, rompiendo el silencio una voz angelical que aun ahora vibra en mis oidos.

Padre mio de mi vida! ¿Y no le parece que es toda una ingratitud el habernos marchado sin dar las debidas gracias al valiente jóven que me ha libertado? Qué pensará de mí?

– Es su padre! Mil gracias, Reina de los cielos.

– Sí, Ines mia. Tienes razon; pero mejor es parecer ingratos que serlo en realidad. Ni yo soy ingrato ni tampoco amigo de ingratos; pero el velo del misterio con que por el presente debemos vivir cubiertos me precisa á proceder de esta manera; ademas que tanto tu libertador como su arrogante compañero tienen alguna cosa que agradecerme.

– ¿Y no parece á V. que mi defensor es muy valiente?

– Verdad, hija. Es valiente. Buenas pruebas ha dado hoy de ello. ¿Pero sabemos si sus cualidades morales corresponden á las físicas?

Atiende, Ines. Desgracia de gran monta es que las cualidades del valor físico tengan un imperio absoluto sobre la moral, pues sucede á veces que tales valientes son fatales para la sociedad. Irascibles y por tanto intratables, se convierten en camorristas insolentes, pretendiendo resolver hasta los asuntos mas frívolos con la punta de la espada. La sociedad, pues, los odia justamente.

Una cualidad muy recomendable para el hombre es ser valiente; pero solo cuando á la fuerza física va unida la fuerza moral, la sensatez y un corazon humano; y si con estas cualidades coincide una inteligencia cultivada, entónces se hace digno del renombre de héroe.

Yo, hija mia querida, te explico estas cosas porque el valor de este jóven junto con sus hazañas que has presenciado, te han hecho una impresion mas viva de lo que yo quisiera.

No permita Dios que un ángel cual tú llegue á prendarse de un hombre por la sola cualidad de ser valiente, y sin ninguna de las que deben adornarle como hombre sensato y humanitario.

Te apruebo que le estés agradecida, porque de todos mo–

dos te ha librado de caer en manos de los perros argelinos, y con esto te ha conservado el honor. Dos cosas que para tu padre valen mucho algo mas que la vida.

– ¿Y vos creeis que mi libertador sea uno de estos valientes que la sociedad ódia justamente?

– No lo creo, Ines. Mas ¿quién me asegura de que no me equivoque?

– Yo os lo aseguro y juro tambien, ilustre y valiente desconocido, dije hincándome de rodillas ante padre é hija.

Ines dió un grito. Ah, padre mio! Es él, es mi libertador.

– Tu libertador!

– Perdonad, ¡oh el mejor de los padres, y el mas valiente de los hombres! Una casualidad feliz y que de gozo me trastorna el juicio, me ha enterado de que vos sois el padre y no el amante de esta celestial criatura, y este conocimiento me ha librado de todo un infierno en que mis entrañas se abrasaban.

Mi confesion tan brusca como extemporánea os hará conocer que sensaciones de la naturaleza de las que experimento no son para calladas, ni tampoco pueden estar ocultas.

De un volcan se desprenden millones de ardientes chispas como testimonios irrecusables de su violencia, y ya antes de verificarse su espantosa explosion, lo anuncian los terroríficos ruidos subterráneos; por tanto, tened la generosidad de disimularme la libertad con que os hablo, aunque sea la primera vez que he tenido el honor de hacerlo sin saber quien sois, y sin que vos sepais quien soy yo. Si mi franqueza os ofende y por ella me he hecho culpable á vuestros ojos, no olvideis que el encendido cráter en que se ha convertido mi pecho me ha vuelto imprudente, necio y temerario: lo conozco, y no titubeo en anticiparme en reconocer la justa reconvencion que merece mi conducta. Pronunciad pues mi sentencia y estad

seguro que me someteré gustoso á ella, basta que sea dictada por el padre de este ángel.

– Antes de todo levantaos ó sentaos junto á nosotros, pues delante de mí nadie debe ponerse de rodillas.

Obedecí sentándome frente de los dos, refiriéndoles la causa por que me encontraba en aquel sitio.

– Muy bien. Os habeis explicado sin rodeos, y no dejo de apreciar como es justo vuestra franqueza. Ahora atended: segun el modo como habeis hecho vuestra declaracion, es fácil cosa deducir que vuestras pasiones serán tan impetuosas como lo son vuestros brios y valor en los combates; pero por desgracia esta impetuosidad útil en estos (aunque no siempre) es muy perjudicial, en todos los casos sin excepcion, en aquellas. Vos mismo os habeis acusado de necio y temerario, lo que es un indicio cierto que un destello de la reflexion os ha demostrado que obrabais con poca cordura; porque la mayor gloria del hombre es dominar sus pasiones, y nunca dejarse subyugar por estas: de lo contrario pierde su dignidad de hombre y la estimacion á que se hubiera hecho acreedor por otras cualidades recomendables que le enaltecieran. El romano Marco Antonio fué un héroe acabado, y la desenfrenada pasion que tuvo á la reina Cleópatra oscureció todas sus glorias. ¡Tan cierto es que al entregarse un hombre sin freno á la impetuosidad de sus inclinaciones, su vida no es otra cosa que un tejido de errores, de absurdos y de desvaríos, que le precisan á mirar con horror las luces de la inteligencia, por la sola razon de que estas ponen de manifiesto sus miserias, ó sea el miserable estado en que le ha sumido el funesto amor! (*) Permitidme que os diga que en vos se verifica ahora la realidad de mis asertos.

(*) Traité des passions.

Hoy he admirado con sumo entusiasmo vuestro heróico valor, y habia formado de vos un concepto digno de la sublimidad de vuestros hechos: no obstante la experiencia acaba de demostrarme que vos sin temor, ni sin reparar en la mancha indeleble que debia destruir para siempre vuestra naciente fama ibais en busca mia para arrebatarme á Ines, ó para matarme si yo en lugar de ser su padre hubiese sido un pretendiente á su mano. ¿Y con qué derecho intentabais robar el cariño de mi hija á el hombre que supiera conquistarlo, tal vez con otros servicios iguales al que vos le habeis prestado esta tarde? ¿El ser vos mas valiente que el supuesto amante de mi hija, seria un motivo justo para que aquel y esta sacrificasen sus inclinaciones para daros gusto?

Advertid, jóven, que yo os estoy muy agradecido por haber librado á mi hija de las manos de hombres despreciables y brutales como lo son los sectarios del muy infame Mahoma, y que vuestras hazañas para lograrlo estarán eternamente fijas y grabadas en mi corazon: de donde debeis inferir que mi lenguaje son mas bien reflexiones hechas todas con un fin noble y santo, que reprensiones á que no tengo ningun derecho.

Los años me han acreditado que el amor que al principio solo ofrece jardines llenos de flores y palacios encantados, en los cuales no se respira sino voluptuosidad y placeres, pronto se convierte en un manantial inagotable de amargos y funestos desengaños. En efecto, el ardor insoportable y que quema hasta la médula de los huesos, aumentado y entretenido por la efervescencia de los sentidos; el fuego que devora por medio de deseos que se suceden rápidamente, y que se encienden mas con los medios que debieran extinguirlo; los furores de los celos que engendran el odio en el seno mismo del amor, y que son con frecuencia causa de crímenes de toda

clase, y la muerte de la razon por hablar con mas propiedad, son todo consecuencia del amor pasado al estado de pasion (*): por consiguiente, no tomeis á mal que atendido vuestro carácter enérgico é impetuoso, os ponga á la vista el abismo que pudiera tragaros.

– Cierto es lo que habeis dicho, pero me toca el defenderme. Esta tarde he tenido la inesperada felicidad de librar á vuestra hija de hombres brutales, y tambien pudiera haberla tenido doblada salvándola de otro raptor si no argelino al ménos pérfido como estos. Si me hubiera equivocado, me parece que fácilmente me allanara á abandonar mis pretensiones una vez convencido que el corazon de vuestra hija estaba ocupado por otro mas dichoso que yo. Sois vos demasiado ilustrado para desconocer que para averiguar la verdad me era indispensable obrar como he obrado. No puedo negaros que mi comportamiento es hijo de un amor ardiente, que ha encendido vuestra hija en mi corazon vírgen hasta el momento que mis ojos la han visto.

Tampoco podréis negar que el amor que acusais es repentino é hijo de una primera impresion; por consiguiente no es creible que haya echado profundas raices.

– No es creible!

– Ya lo he dicho. Nó.

Sin embargo os repito que mi corazon arde como un volcan, y vos sabréis mejor que yo que una pasion verdadera é infeliz ó sin esperanza, es envenenada levadura que permanece en el fondo del alma, capaz de corromper hasta el mismo pan de los ángeles (**). Por lo que si no puedo aspirar á la mano de vuestra divina Ines.....

(*) Traité des passions. (**) Chateaubriand.

– Qué hareis?

– No sé lo que haré: lo que puedo jurar es que ya no seré el mismo Font.

– Os llamais Font?

– Sí: Antonio Font, hijo del difunto notario Pedro, para serviros.

– Y por qué no seriais el mismo Font?

– Porque no habia amado nunca hasta que he visto á vuestra hija; y me parece, por lo que siento en mi interior, que un amor sin esperanza no es lo mas á propósito para seguir gastando la jovialidad propia de mis veinte y cuatro años.

– ¿Os esforzais en hacerme creer que vuestro amor no es un capricho?

– Un capricho! cuando para descansar de la fatiga consecuente al largo combate de hoy he arrostrado mas de hora y media de marcha por estos escabrosos barrancos sin parar un instante, hasta que mis entumecidos miembros se han negado rotundamente á servirme un solo segundo mas. ¿Á esto llamais capricho?

– Quizas os hago una injusticia; pero como entre la cabeza y el corazon de un jóven no media esta distancia aterradora de la reflexion que los años van ahondando y convirtiendo en un abismo (*), no debeis extrañar mis dudas.

– Sois un hombre incomparable. En efecto, si entrais en una lid os haceis superior á los héroes de Homero, y cuando os hallais en una discusion no es posible resistir á vuestra lógica: por tanto ¿qué argumentos podré oponer á la sublimidad de vuestras razones? Únicamente repetiros que amo con delirio á vuestra hija.

(*) Chateaubriand.

– Me gustan vuestras comparaciones por cuanto con ellas me cabe la satisfaccion de que mi digno amigo, vuestro malogrado padre, no descuidó de daros una educacion competente á vuestro rango; pero entended que ni yo soy comparable á los héroes de Homero, ni mi lógica es irresistible. Me limito á haceros observar lo inverosímil de un amor ardiente nacido de un solo golpe de vista; y á esto llamais lógica irresistible, siendo así que la tal lógica la usara cualquiera puesto en mi lugar. Alegar lo que he alegado está en la naturaleza misma de la cuestion. Vos no habeis visto sino una sola vez á mi hija y aun ha sido rápidamente, porque la situacion en que os encontrabais teniendo que hacer frente á cuatro enemigos que os atacaban de muerte, no podia daros tiempo para examinarla detenidamente.

– Sea como fuere. Si no puedo aspirar á la mano de Ines, os juro que me quedaré soltero por todos los dias de mi vida. Los Font son testarudos, y cuando han tomado una determinacion, el mismo diablo con toda su cola no pudiera apartarlos de ella.

– Quiero persuadirme de que vuestro amor es sincero é inmutable, y quiero suponer tambien que yo prendado de vuestra conducta futura, como lo estoy de vuestro valor heróico, consienta algun dia siendo el Font que decis, en concederos la mano de mi hija: queda entónces otra valla que salvar, si Ines consiente ó no en enlazarse con vos.

– Yo quiero lo que quiere mi padre. Ademas: ¿No es el señor Font mi libertador?

– Ines, Ines, has dicho mas de lo que debias. Ya lo habeis oido, Font. Siempre Vénus con Marte. Todas las mujeres deliran por los valientes como vos.

– Ines, vos sois el ángel de mi felicidad, y sin vos nada pue-

do apetecer sobre la tierra. Aceptad, pues, propicia esta declaracion del mas puro y mas santo de los amores que han ocupado el corazon de un hombre.

– Basta, dijo su padre. Es hora de marcharos, porque es fácil de inferir que no es mi ánimo pasar la noche aquí; pero antes os exijo palabra de honor de que no daréis el mas mínimo paso para volver á avistaros con mi hija hasta que yo os haga dar aviso para ello. Con estas condiciones podeis contar que yo no me opondré el que aspireis á la mano de Ines. Vuestro amor es repentino; pero es el amor de las organizaciones fuertes, y sé por experiencia propia que ninguno le aventaja. La rapidez de un tal amor será negado por algunos, no obstante nada hay tan cierto. Siendo el amor el resultado de una sensacion muy viva, ó la mas viva de todas, debe sêr tan rápido como el movimiento de fermentacion física que lo ha hecho nacer. El amor tal como lo inspira la naturaleza, ha de ser precisamente obra de un momento (*).

Apretad esta mano, y despues la de Ines, y hasta la vista.

Apreté la mano del padre, y estampé mis labios con un ardor frenético en la de Ines, y volvíles las espaldas.

Amigos mios, el valiente entre valientes como me llamas tú, Sureda, y el improvisador y forjador de frailes, título que tú, Maura, me has conferido, ha concluido su historia; y así que haga lo mismo Sureda.

– No, no, respondieron á un tiempo los dos amigos de Font. Queremos antes saber si has recibido el aviso por ver á tu diosa.

– Nó.

– ¿Ni tampoco has sabido noticias suyas?

(*) Traité des passions.

– Nó.

– Estás muy lacónico, Font, dijo Maura. Intentar que hables, es lo mismo que pedir peras al olmo. Qué le haremos! Sureda, continúa tu historia, ó marchémonos.

– Voy á concluir. No bien los enemigos que tenia á mi frente notaron el refuerzo que me llegaba, volvieron las espaldas, y á todo correr iban á buscar su salvacion hácia el mar. Mis compañeros les hostigaban que era una maravilla, y solo seis quedaron para cuidarme, porque la herida de mi muslo me incomodaba mas de lo justo, sintiéndome muy debilitado por la mucha sangre perdida. En el interin tú, Font, luchabas con el gigante moro, y como vi que ya le tenias en tierra, confiaba que pronto le acabarias de rematar; mas, un grito lúgubre de mis compañeros me patentizó el nuevo é inminente peligro que te amenazaba. Siete ú ocho argelinos vomitados por el averno, alfanje en mano, corrian hácia ti, y la distancia del punto de su partida para llegar al puesto de tu lucha era mucho mas corta que la que habia entre tú y nosotros.

La angustia y un muy fundado terror oprimieron mi pecho: te envié, pues, los seis que estaban conmigo por si llegaban á tiempo, y debo decir en obsequio suyo que no corrian sino que volaban; pero todo hubiera sido inútil si un formidable guerrero no se hubiese interpuesto entre ti y los argelinos. Estos se pararon al verle para deliberar, resultando que tres de ellos iban á atacarle de frente al mismo tiempo que los restantes pasaron de flanco para envolverle y acometerle por detras. Sabe Dios lo que fuera de él y de ti si los seis que te habia enviado no se hubieran precipitado contra ellos, que tuvieron por mas conveniente retirarse. Los mios les siguieron la pista, porque tú habias ya triunfado.

El guerrero incógnito tomó la vuelta del montecillo in-

mediato siguiéndole su hija, y poco despues hiciste lo mismo por la parte opuesta. Mis compañeros se ocuparon en recoger armas, pensando que ya estabas reunido conmigo. Te aguardamos media hora, y supuesto que no parecias despaché en busca tuya á Arberola con otros tres; pero no descubrieron rastro de ti. Emprendimos la marcha para Alcudia, no dudando que parecerias de un momento á otro. Llegados que fuimos, ya sabes el entusiasmo que produjo nuestra victoria, y aunque hubo lágrimas abundantes por los cinco que perdimos, fueron estas enjugadas con los consuelos de nuestra santa religion.

Divulgada la noticia de mi herida, la casa de mi tio se llenó de gente para informarse de mi estado. El señor cirujano Llensor les dió buenas esperanzas, encargando que me dejasen solo.

Media noche seria cuando oí que en mi cuarto hablaban muy bajo. Ah, Catalina! No descuides á tu valiente primo. Cuán pálido está! Podria decirse que el ángel de la muerte ha tocado sus párpados cerrándolos para siempre.

– ¿De veras, Leonor, amas á mi primo? Sí, querida amiga mia, le amo con todas mis potencias apesar que él lo ignora.

Un golpecito dado á la puerta de mi cuarto terminó este diálogo en su principio.

– Qué hay? preguntó mi prima.

– La madre de Leonor quiere retirarse.

Leonor se levantó dirigiéndome una mirada del mas vivo interes, y dijo: al parecer duerme con la tranquilidad de los ángeles, y esto debe ser una buena señal. Buenas noches, Catalina, y dándola un beso se marchó.

Tres semanas estuve sin salir de casa: al cabo de ellas oí de la boca de Leonor la declaracion de amor con que cor-

respondia al mio, y desde aquel dia me recibió siempre con las mas indudables muestras del vivo placer que sentia al verme; pero una noche, cabalmente la que siguió al dia de mi entrevista con el incógnito *de las Planas,* la encontré triste y llorosa, y apénas pude verla sus hermosos ojos.

– Qué tienes, dulce amor mio?

– Oh! Lo que tengo es tan grave que me hace desear la muerte.

– Explícate, Leonor.

– No tengo aliento suficiente para ello.

¡Engañarme de un modo tan..... y no acabó la frase. Entregóme una carta, haciéndome seña de que la dejase sola.

Marché sin parar hasta la casa en que vivo (y notad mi expresion) la casa en que vivo. Abrí la carta y leí lo que sigue:

«Jamas hubiera soñado que un hombre de tan gentil presencia abrigase en su pecho un corazon tan..... Hasta habeis sido capaz de fingir un nombre y apellido de los mas distinguidos de Alcudia para insinuaros en el corazon de una mujer. Vos no sois hijo del capitan Sureda que está en el ejército del Rey. Sois sí hijo de Sacarez carpintero de la ciudad y de su esposa, que para acomodaros os hicieron pasar por hijo del citado capitan Sureda, cuyo hijo murió como bien sabeis. Adios.»

Leida esta carta fuí acometido de un vértigo, que me impidió salir de mi cuarto hasta las diez del dia siguiente. He aquí la causa de mi melancolía, y tambien de mi silencio. Ahora, amigos mios, no me mireis como á Sureda, sino como á un miserable que ni aun le queda lugar doméstico.

– Voto á cribas! respondió Maura con su acostumbrada viveza. Si tú no eres Sureda, yo no quiero ser sino amigo tuyo con toda mi alma y potencias.

Font le hizo observar que no era verosímil lo que se le habia escrito; y por consiguiente la carta de Leonor no podia ser sino efecto de alguna negra intriga que el tiempo descubriria, y cuando no, que sus bienes y persona estaban por completo á su disposicion. Al pronunciar estas últimas palabras presentóse un jóven desconocido de unos quince años de edad que preguntaba por Font.

– Acércate dijo este. Quién eres?

– Yo soy Pablo, que he venido aquí para entregar esta carta á mosen Font, y si sois vos, aquí está ella, y Dios os dé tantos años de vida como á Matsalem.

– Matusalem querrás decir.

– Esto mismo, y basta que voace me entienda, y Cristo con todos.

– ¿ Cómo has sabido que yo estaba aquí ?

– El cómo no hace al caso, y lo que importaba era dar la carta á mosen Font, y ya está cumplido el encargo, y santas Pascuas, y adios; y sin dar lugar á otra pregunta fuese mas lijero que un gamo.

¿ Quién era este jóven á la par tan vivaracho como misterioso ?

Maura lo sospechó, y tambien lo adivinó.

Font leyó la carta que contenia dos renglones. «Mañana á las nueve de ella en el segundo recodo del torrente de Saledarnar frente á la cala *lo Illot,* os espera un hombre para comunicaros asuntos que os interesan. Podeis venir acompañado de algunos amigos de vuestra confianza; pero indispensablemente ha de ser uno de ellos Antonio Sureda. Hasta mañana, señor Font.»

He aquí un misterio que me gusta, dijo Maura, porque su aclaracion no se hará esperar. La carta está sin firma, y nada

importa supuesto que en pocas horas has de conocer en cuerpo y alma á su autor.

– Hemos de conocer, replicó Font, pues tú, Maura, me has de acompañar; y en cuanto á Sureda ya has visto que es circunstancia *sine qua non* el que venga conmigo.

– Estoy muy satisfecho, porque rabio por conocer á tu ninfa.

– Y yo, respondió Sureda, no sé si debo acompañarte. Soy Sureda acaso?

– Vendrás sin falta, porque una carta imprudente que se te ha escrito no debe abatir á ningun hombre como tú, y basta, amigo mio, de este asunto por ahora.

Y tú, mi buen Maura, si presumes que has de ver á mi ninfa, vas á llevarte un solemne chasco. Andamos sobre un volcan, y quizá se trata de prevenir sus estragos. Si el negocio sobre que se me ha escrito tuviera relacion con mi querida, á buen seguro que no se me previniera el que pasase allí con amigos, é indispensablemente con Sureda; pero vámonos, pues que á mas de ser ya tarde amenaza un fuerte aguacero.





CAPÍTULO III.

Las noticias de la capital.

Eran las cinco de la tarde del mismo dia de la conferencia que acabamos de describir, y en Alcudia habia una efervescencia general y nunca vista.

Qué noticias han llegado de la ciudad?

– Por qué me lo preguntais?

– Porque he visto pasar al Baile y jurados, á los vicarios, al Sr. Maura y á veinte otros que hablaban con muestras visibles de haber alguna novedad de bulto. Aquí pasa alguna cosa extraordinaria. Los nobles tambien hablan entre sí, y de tanto misterio y tanto guirigay maldita la palabra que se me ha hablado, y tres veces maldita la cosa que he comprendido.

– Tal vez se trata de alguna danza para divertir á las muchachas como la otra noche.

– Eres, Rebasa, mas bestia que los asnos que llevan ronzal. Los vicarios se entrometerian en cosa de danzas ó bailes!

– Tienes razon, amigo Guayta. No dudes que habrá danza, pero será al modo de la que bailamos en Alcanada. Te acuerdas?

– Pregúntalo á mi cabeza, que hasta estas horas se resiente del porrazo que recibió. Mas, advierte que lo de Alcanada

serán tortas y pan pintado en comparacion de la que se nos aguarda.

– Hablas acertadamente, dijo Venteyol, que con otros veinte se les habian reunido formando grupo.

– Sabes algo, Venteyol? preguntó Guayta.

– Si sé algo! Voto al diablo! ¿Y quién no sabe que por estos señorones pronto se armará una zacapela de los demonios con los agermanados que vienen á visitarnos?

– Será cierto?

– Y tan cierto como dos y tres son cinco.

– Y tardarán mucho en venir estos agermanados?

– Creo que nó, pues segun lo cuenta la tia Nicolasa, ya están ocupados en aparejar gruesas sartenes.

– Sartenes!

– Ni mas ni menos.

– Y para qué sartenes, Cugullada?

– Toma! Para qué sirven las sartenes?

– En mi casa para freir huevos, sardinas, y alguno que otro empedrado de huevos con tocino. ¿Están de francachelas los benditos agermanados?

– Sí, hombre: van de francachelas con buenas fritadas.

– ¿Y para fritadas se toman el trabajo de romperse los zapatos teniendo que pasar nueve horas de camino? Sospecho, Cugullada, que estás enfermo de los cascos.

– Nó, replicó Venteyol, el compadre ha dicho la pura verdad. Los agermanados están hechos unas furias contra nuestros huéspedes, y han jurado escabecharlos, y á nosotros el de hacernos morir fritos; y ya comprendeis que para freir se necesitan sartenes.

– Son estas las noticias de la ciudad?

– Sí, estas.

– ¿Y no os parece, dijo Pont, que los agermanados han dado en una rara manía? ¿Qué les habemos hecho nosotros para querer freirnos?

– Aquí está el *bosilis,* como dice el sacristan. No nos metemos con ellos, y los muy canallas tratan nada menos que de freirnos. Una fritada de nosotros! ahí será ella!

– ¿Y no será cosa, compadres, de desternillarnos de risa al meternos en la sarten como arengues?

– Qué diablos! interrumpió Femenía. Dejad á esos agermanados, y para hacernos pasar el susto de la sarten, vamos á la taberna á tomar un cordial contra sustos. Oh! oh! Ninguno tiene tan buena calabaza como Femenía. Soy de opinion que sea el último que metan en la sarten por su feliz ocurrencia. ¡Acordarse de aplicar un remedio eficaz contra sustos...! ya veis que esto prueba que es todo un hombre. Yo voto por Femenía, y yo tambien, y yo, y yo. Vamos pues á la taberna

A los que juzguen exagerada esta serenidad de los alcudianos, les encargo que consulten las crónicas de D. Vicente Mut, y otras.

Introduzcamos al lector á presenciar otra escena que pasa en casa de la viuda Dª Marcela madre de Leonor, á quien ya conocemos.

Las noticias de la ciudad que á las cuatro de esta tarde nos ha traido el correo que despachamos antes de ayer, no pueden ser mas alarmantes. A lo mas tardar no se pasarán dos semanas sin que nos veamos sitiados por ordas numerosas sedientas de sangre. No puedo ni quiero negar que nuestra generosidad puede costarnos muy cara; pero ya no es hora de retroceder, ultra de que nunca está por demas hacer el bien. Si los hombres no lo agradecen, si son ingratos, y á veces nos retribuyen un insulto por un beneficio, la conciencia

se goza en su obra y nos aplaude. Hemos cumplido con nuestro deber, nada importa que ellos olviden el suyo (*). Hemos librado á los que se han refugiado aquí de manos asesinas, y esta accion no puede menos de ser muy grata á Dios. Verdad es que por ella tendrémos que sostener una guerra encarnizada; pero por fortuna contamos con un héroe en cada jóven alcudiano, y particularmente con Sureda y Font. Las anteriores y recientes hazañas de estos dos hombres, me dan una confianza ilimitada de que todos los esfuerzos de los agermanados se estrellarán contra la bizarría de nuestra juventud y del valor casi fabuloso de Sureda y Font.

¿Lo creeis así, señor Baile? replicó el eclesiástico tio de Leonor.

– Tengo datos para ello. Sureda es un héroe en fuerza física y fuerza moral, semejante en un todo á su padre D. Juan; y Font si no le es superior, al menos es su igual.

Á propósito de Sureda. ¿Sabeis lo que se dice de algunos dias acá, que no es hijo del capitan Sureda, sino de Sebastian Sacarez de Palma, un pobre carpintero?

– Estraño mucho que V. no vea que esto es un absurdo. Quien conoce á D. Juan Sureda como le conocemos nosotros, no puede desconocer á su hijo Antonio. En efecto: jamas puede verse un retrato tan igual. Casi la misma estatura, el mismo andar, la misma frente espaciosa, los mismos ojos azules, la misma nariz algo afilada, las mismas arqueadas cejas, el mismo bigote sedoso castaño obscuro, la misma sonrisa, los mismos robustos hombros, el idéntico modo de expresarse, la misma blancura de su tez, y el mismo valor impetuoso, todo, todo es comun entre padre é hijo.

(*) Magariños Cervantes.

– Esto es muy cierto, pero asimismo pudiera ser el hijo de Sacarez.

– Nó, dijo el padre de Antonio Maura, nó repito. ¿Se dará mas crédito á una palabra escapada de la boca de algun mal intencionado que á una declaracion hecha á las puertas de la muerte por la mujer que durante su vida habia pretendido que pasase por su hijo, que murió de la escarlatina? ¿Será de mayor peso la tal palabra que el testimonio de su confesor y el de un escribano público? Antonio Sureda es hijo legítimo del capitan D. Juan Sureda y de Dª Isabel Vives; y el que sostenga lo contrario es un infame calumniador.

– No hay para que hablar mas de este asunto, dijo D. Martin Ferrer vicario. En mi poder están las pruebas irrecusables de que Antonio Sureda es hijo de D. Juan; ademas, yo, como íntimo amigo que siempre fuí de este último, vi muchas veces al hijo de Sacarez en casa de aquel, y era un niño moreno como un mulato, con los ojos negros y la nariz chata. ¿Son estas las cualidades físicas de nuestro héroe? Este jugaba con el hijo de Sacarez, y á ambos les dí mas de una vez algunos dulces. Qué se me contestará?

– Lo que se debe: esto es, que todo ha sido una mal pergeñada calumnia hija de alguna mezquina rivalidad.

– Muy bien, repuso Maura. Volvamos al asunto mas vital. Ha dicho el Baile que nuestra valiente juventud con los dos héroes Sureda y Font que están á su frente por gefes de ella, le inspira una confianza sin límites de que los esfuerzos de los agermanados se estrellarán contra su bizarría; pero ha callado la posibilidad de que suceda todo lo contrario; y en tal caso, qué es lo que tiene premeditado para salvarnos?

Nuestra juventud es valiente: esto lo sabiamos tan bien como sabemos que, apesar de su valor, no es invulnerable;

por consiguiente puede ser herida y tambien muerta, y entónces, ¡ay de Alcudia y de nosotros! Yo no soy partidario de los que haciéndose ilusiones, nada quieren conceder por evitar una plaga tan terrible como lo es la guerra; plaga que en mi concepto hubiéramos podido alejar de Alcudia con un poco mas de cordura.

El combate de 1º de junio de este año con los sarracenos que despues marcharon á bloquear á Iviza, nos costó cinco muertos y veinte heridos, entre los cuales se contaba á Antonio Sureda; y no ignorais que si no fuera por el oportuno socorro que recibió de un guerrero desconocido, quedara muerto en el campo de batalla con todos sus compañeros incluso el Aquíles alcudiano Antonio Font; y sin embargo solo lucharon con doble número de enemigos. Esta circunstancia debiera haceros cautos y prudentes, y antes de recoger el guante que nos han arrojado los agermanados, premeditar con calma cuáles pudieran ser sus consecuencias.

– Estos discursos, amigo Maura, podeis guardarlos para mañana á la noche en el lugar de reunion, en donde tratarémos y dilucidarémos esta cuestion. Al entretanto me marcho á tomar algunas providencias, y quedad con Dios. Fuése el Baile y con él todos los demas, excepto el padre de Maura.

Leonor que habia estado presente á esta conferencia, sufrió una angustia tan viva reconociendo el injusto agravio que en un momento de exasperacion hizo á su amante Sureda, que su rostro estaba pálido como el de una figura de mármol. De sus hermosos ojos se habia desprendido un grueso raudal de lágrimas que no fueron notadas, gracias á la vital cuestion que se ventilaba. Pero luego que el espacioso aposento fué desocupado, no pudo ocultar al Sr. Maura el trastorno de sus encantadoras y simpáticas facciones, motivo por el cual le preguntó este si estaba enferma.

– Creo que sí, respondió su madre. Hace ya algunos dias que á duras penas come ni habla; y sin embargo no ha querido que mandemos por el médico.

– Y por qué no, bella Leonor?

– Porque no estoy enferma. Es un simple dolor de cabeza y nada mas.

– No habeis visto á Sureda hoy?

Á esta intempestiva pregunta el rostro de Leonor se cubrió de un hermoso color de rosa.

– Seis dias han pasado sin que haya puesto los piés en esta casa, y tres que no lo han hecho Font y vuestro hijo.

– Cosa de jóvenes! Quién sabe sus asuntos? Mi hijo de un humor tan zumbon se ha vuelto serio y adusto. Sureda no le va en zaga, y Font que siempre es el mismo, no hay que soñar siquiera el que revele las cosas de sus amigos.

Cabalmente á la una de esta tarde Font se ha llevado á mi Antonio, y todavía no habia vuelto cuando yo he venido á vuestra casa. No puedo dudar que aquí hay gato encerrado, y ya se cuidará el tiempo de descubrirlo.

– ¡Y con las noticias actuales, no presentarse ninguno de los tres! Esto me obliga á pensar lo mismo que vos. Indudablemente hay misterio. Sabes algo, hija mia?

Leonor no respondió, porque miéntras su madre seguia conversando con su interlocutor, se habia escurrido, y abatida y no menos desesperada, se puso á escribir una esquela, que dió á un criado para que la entregase en manos propias de Sureda con toda la brevedad posible.

El criado, deseoso de complacer á su jóven ama partió luego á desempeñar su comision; pero ni Sureda parecia, ni nadie sabia de él.

Las seis y media de la noche serian cuando al pasar por

la calle de la Roca vio un tumulto de hombres que dentro una taberna hablaban con tono brusco y amenazador. Es un pícaro espía de los agermanados, y si no nos dice por que ha venido merece que le demos un refresco, amen de una paliza la mas solemne que haya caido jamas en espaldas de estudiante.

– Vamos, tuno. Di quién eres?

– Yo soy Pablo.

– Pablo á secas? Y qué mas?

– Repito que soy Pablo.

– Y tu apellido?

Pablo no respondió.

– Voto á Belcebú! Vamos á darle un remojo, y ya verémos despues si nos dirá porque iba inquiriendo noticias.

– Sí, un remojo gritaron todos, á menos que no cante, porque inquiria noticias.

Hablas ó no?

– Nó.

– Diablo! el remojo. Agarradle. Y al intentar poner por obra este mal pensamiento soltaron á Pablo, porque la voz estentórea de un hombre los convirtió en mansos corderos. Quién era este hombre de tanto prestigio entre ellos? Atendamos á lo que dice y lo sabrémos. «¡Es posible, amigos mios, que unos valientes como vosotros, os goceis en mortificar á este muchacho inocente!»

– Nosotros, Sr. Sureda, creiamos habérnoslas con algun espía de los agermanados, pues preguntaba noticias á las mujeres, escuchaba lo que nosotros deciamos y despues se ha negado rotundamente á darse á conocer por su apellido.

– Descansad, mis valientes. Yo conozco quién es Pablo y basta. Chico, vente conmigo, y vosotros tened juicio; y salió de la taberna llevándose á Pablo.

– Voase mosen Sureda, ha de hacerme el favor cumplido.

– Qué quieres?

– Que me acompañe á la puerta de Xara (la del muelle ó Puerto mayor) para que me dejen salir.

– Así lo haré.

Luego que hubo dejado á Pablo en el campo, se le acercó el criado de Leonor y le entregó el billete.

Llegado Sureda á su casa, leyó estas cuatro palabras:—«Mañana á las nueve de la misma he de comunicaros un asunto que os interesa en grado superior. Vuestra servidora, Leonor.»

Leido este, vió sobre la mesa el siguiente:—«Mañana 31 á las nueve en punto os aguardaré en mi casa por comunicaros un asunto que interesa á todos. Bartolomé Fenals Baile Real.»

Rayo del cielo! Mañana á las nueve debo hallarme con Font; y esto que es circunstancia *sine qua non,* nada menos que en el torrente de *Saledarnar*. A la misma hora en casa de mi exquerida Leonor, y la cita del Baile es tambien á las nueve, porque á las nueve ha de comunicarme el asunto que interesa á todos. ¿Y cuál de los tres me interesa mas á mí? Lo mejor seria que yo disfrutase del privilegio que Dios concedió á S. Antonio de Padua, de quien se cuenta que á un mismo tiempo se hallaba en dos ó mas lugares muy distantes el uno del otro; pero siendo yo Sureda, ú otra cosa inferior á este, y no teniendo nada de santo, cómo lo he de arreglar! La primera cita es para Font, con la condicion expresa que ha de ir á ella acompañado de mi persona. Esta cita presenta todos los caractéres de un misterio, y su desenlace excita vivamente la curiosidad y un deseo vehemente de satisfacerla. ¿Quién es el hombre que da citas en un lugar tan despoblado, y á mas de tres cuartos de hora distante de Alcudia, á la par

que contiguo á *las Planas*? ¿Será el mismo de mi conferencia en este bosque? Nuevo motivo que me impele aceptar esta cita. Por otra parte ¿qué utilidad ha de redundarme de satisfacer mi curiosidad á costa de perder la favorable ocasion de inquirir y saber el orígen de la carta fatal de Leonor? Mas, qué digo! ¿Esta aclaracion de la carta no me haria faltar al deber de la amistad? ¡Qué situacion tan perra y angustiosa la mia!

– Lo es, porque tú quieres.

Absorto Sureda en su meditacion, ni habia notado ni oido á Font, que de pié y con los brazos cruzados sobre el pecho contemplaba la agitacion y la lucha interior de su amigo, el cual á tan inopinada interrupcion, creyendo que estaba solo, soltó la cabeza que mantenia con sus dos manos, y dirigiendo la vista á la parte de donde habia salido la voz exclamó. Ah! Eres tú, mi caro Font?

– Ya lo ves.

– Perdona mi distraccion, pues no pensaba que estuvieras aquí.

– Me hallaba en el cuarto de tu tio preguntándole sobre la gota que padece, y te vi entrar y leer fuerte los dos billetes que tanto te agitan, y vive crispo! que sin motivo.

– Sin motivo!

– Contesta como yo lo he hecho, que tambien he recibido del Baile igual invitacion á la tuya, y le he respondido que no iria hasta mañana á las siete de la noche, porque de ningun modo podia verificarlo antes. Obrando tú así ya estás libre de indecisiones y de angustias.

– Lo haré ahora mismo.

– Buenas noches pues, y hasta mañana á las ocho, hora en que te aguardaré en mi casa.

– Pierde cuidado, Font.

CAPÍTULO IV.

Quién era el hombre de la cita en el torrente de Saledarnar.

La noche fué tempestuosa, lloviendo por intérvalos hasta las ocho de la mañana del dia 31; y sin embargo media hora despues los tres Antonios ya se encontraban á la embocadura del torrente de *Saledarnar,* en donde, con no poca sorpresa no oyeron á nadie, ni descubrieron rastro de persona humana.

Qué será esto?

– Pronto lo sabrémos, pues falta aun media hora para la cita, y como es de presumir que el que la dió no esté tan impaciente como Font, será regular que no se presente hasta entónces: por lo que con permiso vuestro quiero sentarme, y os convido á hacer lo mismo si así os place.

– Tienes razon, Maura. Sentémonos, y se sentaron. Poco despues se descorrió la cortina de nubes que ocultaban el sol, y este hiriendo transversalmente con sus rayos la copa de los árboles cargados de gotas de agua, dió lugar á que sobre ellos resplandecieran millares de puntos luminosos como si cada una de sus hojas fuese un diamante. Este sorprendente espectáculo de la naturaleza no podia ménos de impresionar la imaginacion de los tres amigos, mayormente teniendo ante sí un paisaje de los mas pintorescos, independientemente de las galas y atavíos que ostentaba en aquel momento.

Maura dijo: desde ahora tengo por demasiado bien re-

compensados los pasos que he dado para poder presenciar este hermoso panorama. Es una maravilla, verdad? Pero mirad: ¿no es un hombre allí arriba enfrente de nosotros sobre aquella gigantesca roca?

– No hay duda, es un hombre: será algun pastor encaramado á tanta altura para descubrir todo su ganado desparramado por estos inmensos barrancos. Al parecer mira fijamente el sitio que ocupamos. Levantémonos, y si es que nos atisba, bajará á buscarnos. Levantáronse, y luego observaron que el hombre empezó á bajar en direccion á ellos.

Vamos al sitio que nos designó. Llegados al segundo recodo, que es un ancho círculo en segmento de esfera, encontraron á un jóven ocupado en extender algunas pieles debajo un frondoso pino. Al descubrirlos el jóven se sonrió, y Sureda le dijo: Por aquí, Pablo?

– Sí señor.

– Y qué haces?

– Cumplo con lo que me ha mandado mi amo.

– ¿Y quién es tu amo, es este hombre que llega ahora?

– Es mi padre, pero no el amo.

– Y el que está un poco mas allá de tu padre?

– Es el amo. Miradle, y no me dirijais mas preguntas.

Sureda, Font y Maura fijaron sus ojos sobre el desconocido, cuya estatura era al menos de cinco piés y cuatro pulgadas, su presencia grave. Iba vestido con mucha decencia, y al llegar á nuestros amigos les saludó con urbanidad y finura.

Por el presente yo soy el perdidoso, pues he hecho aguardar algo á ustedes; pero podemos sentarnos en estas pieles y estarémos mas comodamente.

Amigos mios, supongo que no les sabrá mal el que los llame tales.

– Señor, respondió Font. Es el mayor favor que apetecemos.

– Gracias. Mas, díganme: me conoce alguno de ustedes?

– Por la voz de V. tengo un recuerdo y nada mas.

– En recompensa creo conocer á V. ¿No es V. Antonio Font?

– Servidor de V.

– Y V? dirigiéndose á Maura.

– Soy Antonio Maura.

– V. hijo de D. Rafael! Venga un apreton de mano, pues tengo por una felicidad unir mi derecha con el primogénito de mi mayor camarada. Despues de haber estrechado la mano de Maura, volvióse hácia Sureda, y con notable conmocion le dijo: con que ya no puedo dudarlo. Siendo el uno de los tres Font y el otro Maura, V. ha de ser Sureda.

– Sureda, ó Sacarez.

– Qué es esto de Sacarez?

– Ignoro si soy Sureda ó Sacarez. Lo entiende V. ahora?

– Si V. cree ser hijo de Sebastian Sacarez se engaña. Yo he conocido mucho, y tambien he sido amigo de este Sacarez, que era un artesano tan pobre como honrado, y he tenido mil veces en mis brazos á su hijo único. He aquí su filiacion.—Color de la cara moreno oscuro, ojos negros y vivos, nariz roma, cabellos negros. Es V. así?

– Entónces no sé quien soy.

– Tiene V. alguna particularidad notable en el pié izquierdo?

– Mi dedo meñique está completamente adherido á su inmediato.

– Y me haria V. el favor de enseñármelo?

– Aquí está.

El desconocido palideció súbitamente, temblándole los labios y manos sin poder articular una sola palabra, apesar de

los visibles esfuerzos que hizo para lograrlo; pero las lágrimas que por fin saltaron de sus ojos, calmaron la tempestad que sufria su corazon desembarazándole la lengua.

– Oh caballero! Qué es lo que sucede á V.? ¿os sentis indispuesto?

– Nó. Me siento muy bien. Un recuerdo me ha ocasionado algun trastorno, pero ya ha pasado.

Levantóse y dirigiendo la vista á la parte superior de las peñas que estaban á su frente, llamó en alta voz: Ines, hija mia, baja luego.

– Ines! dijo Font.

– Ines! repitieron en coro Sureda y Maura.

El misterio tiene visos de aclararse mas favorablemente de lo que podias esperar, querido Font.

No bien Maura acababa de pronunciar esta palabra, apareció Ines vestida de amazona, acompañada de la mujer de Matías, sobre la parte superior de la roca de enfrente. ¡Jamas la estrella de la mañana se ha presentado tan deslumbrante á los ojos de los mortales! Ni la reina Talestris, ni la misma Diana pudieran inspirar una conmocion tan viva y entusiasta. Maura desde luego quedó convencido de que estos amores repentinos, efecto de un solo golpe de vista de que fué herido Font, no eran una hipótesis. Juzgaba á los demas por lo que experimentaba en sí mismo, y embriagado de entusiasmo exclamó: oh qué criatura tan divina! ¡Font, mi valiente amigo Font, ya no extraño tu amor y tu valor aquíleo para defenderla! Esa tersa y hermosa frente, esos bucles de sus castaños cabellos que descienden jugueteando hasta su cuello de alabastro como para prestar homenaje á su incomparable seno, esos celestiales ojos azules teniendo sobre sí un arco perfecto de sus negras cejas, esa nariz de la forma mas

bella y esos labios delgados y mas brillantes que el coral, forman de ella la Perla de Alcudia.

Sureda, apesar de su pasion á la encantadora Leonor, confesaba interiormente la ventaja que sobre ella tenia Ines.

Font se figuraba que un fuego enfilado le abrasaba sus entrañas, y sintióse anonadado sin poder pronunciar otra palabra que: Ines, mi celestial Ines!

Esta que ya estaba en presencia de su padre, le dirigió una sonrisa acompañada de una mirada magnética, capaz de volver el juicio al mas austero cenobita.

Padre mio, ahora sospecho el motivo de haberme V. mandado ponerme mi vestido de cazadora.

– Lo sospechas, querida hija?

– Puedo equivocarme, pero creo que como á V. le gusta mucho, habrá determinado una partida de caza con estos bizarros jóvenes, queriendo que como ayer yo le acompañase.

– Lo has adivinado Ines. Mas, atiende, voy á hacerte una pregunta: Te gusta este jóven que está á tu derecha?

Ines se sonrojó, no obstante contestó: es un guapo mozo, como lo es mi libertador. ¡Y cuánto me alegro de ver á V. Sr. Font!

– Un millon de gracias, ángel del paraiso.

– Vamos hija, abraza á este jóven, que es tu buen hermano Antonio, á quien creiamos muerto.

– Mi hermano! V. mi hermano Antonio! y se lanzó en los brazos de Sureda.

– Tú mi hermana! y estampó un sonoroso beso en los labios de Ines, y de seguida desprendiéndose de los brazos de esta, se precipitó de rodillas abrazando las de su padre, diciéndole: por la Sangre de nuestro divino Redentor no me engañe V. ¿Es V. de veras mi adorado padre, por quien tanto he suspirado?

— Voto al chápiro! Juro y rejuro chico, dijo Matías, que tú eres el hijo de mi amigo Juan Sureda que tienes delante. Te pareces á él como un huevo á otro. Lo mismo que tú, tal fué él á tu edad. No es así, amigo Juan?

— Sí, no lo dudes, soy tu padre; y se abrazó estrechamente con su hijo, cuyo tierno cuadro realzó Ines abalanzándose en los mismos brazos que estrechaban á su hermano. Padre é hijos derramaban un mar de dulces lágrimas, no siendo menos abundantes las de Font, Maura, Matías, Pablo y su madre.

Pasarémos por alto los parabienes que Font y Maura dieron á su amigo ya feliz. Tambien las amorosas palabras de Ines y su querido, á quien dijo: desde aquel dia que me libraste te he visto cinco veces, tres pescando en *lo Illot* y dos cazando; y cada tres dias Rita me traia noticias tuyas. Lo demas puede comprenderlo el lector. La comida está preparada sobre la rústica mesa, y despues de ella nos queda referir lo que se verá en el capítulo que sigue.



CAPÍTULO V.

Historia de D. Juan Sureda.

Procuraré, amigos mios, ser breve en la relacion de las aventuras de mi vida azarosa, porque los asuntos de nuestra amada patria reclaman imperiosamente que nos ocupemos de ella por ver de salvarla del cataclismo que le amenaza.

Soy hijo segundo de Juan Sureda hacendado. A los doce años pensaron mis padres en darme la carrera eclesiástica, por cuya razon me enviaron á cursar los estudios competentes en Palma.

A los diez y ocho años de mi edad, cuando las vacaciones del verano pasé aquí, y un dia que me fuí á cazar con la jauria de mi padre, sobrevínome un fuerte aguacero que me obligó á refugiarme en la casa del predio Tecarix. Allí vi por primera vez á mi Isabel tu madre, y desde luego todas mis potencias y sentidos se reconcentraron en sí mismos para contemplar al ángel de mis delicias.

Desde aquel dia me fué insoportable la compañía de mis mas íntimos amigos, y hasta de Maura y Martin Ferrer, de quienes nunca me separaba. Este volcan que ardia en mis entrañas, impelióme á cometer mil necedades. Salia de mi casa tan pronto como creia que mis padres dormian, é inmediatamente me trasladaba á Tecarix para hablar con mi querida, que me aguardaba en la ventana. Cien veces estuve á pique de ser cruelmente maltratado por un enorme mastin guarda de la casa, pero nada me acobardaba.

Llegó el momento fatal de mi separacion, y poco faltó para volverme loco. Determiné pues casarme en secreto, como lo hice, y á los nueve meses tu madre te dió á luz en casa de mi leal amigo Matías que está presente, y luego que pudo pasó á Palma á vivir conmigo, despues de publicado el matrimonio verificado contra la voluntad de nuestros padres.

Mi buena madre me proveia de todo lo necesario: ademas que yo ganaba lo bastante para pasarlo medianamente escribiendo con un notario. Al lado de mi casa vivia Sebastian Sacarez carpintero con su esposa Teresa, y esta buena y honrada familia nos sirvió siempre con un celo sin igual. Sacarez

tenia un hijo de tu edad (tres años) y jugueteabais juntos. Hasta aquí la fortuna me sonreia, pero de golpe cambió todo.

Una noche retirándome de escribir á las once, al pasar por la Rambla tres hombres me precisaron á hacer alto. Adónde vas?

– Adonde me da la gana, belitre.

– Pues, amigo, es preciso que bailes un poco á ver cómo meneas estas largas piernas.

– Quien bailará serás tú, miserable.–Sr. Conde, voace lo oye?

– Que baile, dijo una voz.

– Adelante, baila; y para obligarme pegóme un fuerte latigazo.

Lancéme como una fiera contra el infame agresor, y de un puñetazo le dejé sin sentido á mis piés. Sus dos compañeros me embistieron con sus espadas; pero yo de un salto me aparté lo que bastó para que no pudieran herirme. Vi á mi lado espada en mano al que me pareció gefe de mis viles asesinos, y sin darle tiempo para defenderse me abracé con él, le arranqué la espada y se la pasé hasta la guarnicion.

– Soy muerto, dijo, y yo procuré ponerme en salvo. Llegado á mi casa llamé á Sacarez y le referí lo acaecido.

Es preciso huir de prisa. El muerto no puede ser otro que el muy calavera conde N., y ya podeis pensar lo que se os espera.

Por fortuna Matías estaba allí, y acordamos saltar por la muralla del mar y embarcarnos en su laud.

Entregué á Sacarez una buena cantidad de dinero para que cuidase de mi hijo hasta que yo determinase otra cosa.

Embarcados dirigimos el rumbo á la isla de Cabrera, impelidos por un viento norte fresco; pero al despuntar el dia el lebeche nos precisó hacer camino hácia nuestra patria. Llega-

mos á la una de la mañana del dia siguiente á la cala *lo Illot*, y fuímos á dormir en la casilla de *las Planas* propia de Matías.

Un marinero jóven partió para la capital á inquirir noticias de mi hijo, y tambien del conde. Cuarenta horas despues supe que este estaba para morir y que se practicaban las mayores diligencias para prenderme. Dos dias despues Matías nos condujo con su laud á una galera de guerra fondeada en la cala del Pinar, que iba á partir para Barcelona. Embarcámonos yo y mi mujer llorando sin cesar por nuestro hijo Antonio, que ya no debia ver mas, dando fondo en Barcelona cuarenta horas despues de nuestra partida. En esta ciudad se juntaba un grueso ejército para la conquista de Nápoles, confiada al gran capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Alistéme de voluntario en la caballería, dejando todo el dinero á mi pobre Isabel, completamente abatida por tantos pesares y angustias.

La campaña de Nápoles fué brillante, colmándose de gloría la caballería á que yo pertenecia. Algunos hechos mios que juzgaron extraordinarios, me proporcionó un ascenso que no pudiera esperar tan pronto. El caso fué, que habiendo caido enfermo el gran capitan dió el mando á su segundo, y este de un carácter y un valor impetuosos, sin consultar la prudencia y escuchando solo á su corazon, empeñó un combate con triple número de franceses. Los españoles hicieron prodigios de valor y la victoria mas completa iba á coronar sus esfuerzos, cuando apareció un escuadron de refresco mandado por el terrible caballero el Sr. Consi, que en poco tiempo acosó y desbarató á los nuestros. El general que nos mandaba prefiriendo morir á ser vencido, se precipitó con ciento cincuenta caballos contra la falanje de Consi; pero este le

envolvió, y muertos ó heridos gran número de los que acompañaban á nuestro gefe, fué acometido por Consi en persona. En este momento llegué yo con treinta compañeros mios y tuve tiempo de interponerme entre Consi y mi gefe, recibiendo sobre mi casco el furibundo golpe que le dirigia aquel, que mal de mi grado me hizo juntar el pecho con el arzon de la silla; pero al tiempo que se disponia á secundarme, de un reves le hice saltar la espada de su derecha.

Desvióse rápidamente, y yo fuí acometido por tres de sus soldados, á quienes hice morder la tierra. Desde luego el combate cambió de aspecto. Llegó un refuerzo de los nuestros, que mantuvo á raya la impetuosidad francesa. Yo no deseaba otra cosa que combatir cuerpo á cuerpo con Consi, por tener la gloria de hacer frente á un hombre delante del cual retrocedian una docena. Buscámonos con igual ardor y no tardamos en encontrarnos.

Ambas partes combatientes hicieron tregua para presenciar nuestra lucha. Esta empezó con la lanza en ristre, siendo el encuentro cual podia esperarse. Su lanza me hizo bambolear sobre la silla; pero yo fuí mas afortunado falseando mi lanza su coraza y abriéndole en el pecho una profunda herida. Vile extender sus brazos, agarrarse despues al cuello de su caballo, del cual cayera sin duda si yo no le hubiese sostenido. El mismo se constituyó mi prisionero, y le retiré del combate presentándole á mi general.

Gracias, valiente mozo, me has salvado la vida, venciendo al mas valiente caballero del ejército frances. Desde ahora eres teniente, y se te tratará y reconocerá como tal hoy mismo, mientras llega la aprobacion del rey Fernando.

El nombramiento de teniente fué confirmado por el gran capitan, y á su tiempo llegó la aprobacion del Rey.

Seguimos guerreando con muchos sucesos prósperos, con algunos adversos.

Un año despues tuve la inesperada dicha de abrazar á mi querida esposa, que pasó á Italia con mi hija Ines, nacida en Barcelona cinco meses despues de mi partida.

Desde nuestra salida de Mallorca solo habiamos recibido una carta de Sacarez de fecha seis dias posteriores á nuestra llegada á Barcelona, participándonos que perdiéramos cuidado sobre nuestro hijo Antonio; y en cuanto al conde, que no habia muerto, pero que se creia que moriria. Escribí entónces á mi padre participándole mi brillante estado, y encargándole que recogiese á mi hijo. Tres años se pasaron sin lograr cartas de mi familia, al cabo de los cuales mi hermano mayor me participó la muerte de mis amados padres, y tambien la de mi hijo y la de Sacarez. Para abreviar solo os diré que me he encontrado en cincuenta y cuatro acciones de guerra, y que á los dos años de servicio se me nombró capitan.

Diez años tenia Ines cuando murió su madre de una fluxion de pecho, dejándome inconsolable, y tan luego como aquella estuvo próxima á la pubertad, pensé formalmente en retirarme del servicio porque no queria perderla de vista. Aguardé una ocasion oportuna, y me eché á los pies del emperador D. Cárlos V de Alemania y I de España, suplicándole mi retiro mediante su perdon por la muerte del conde que creia cierta. Referíle por extenso todo aquel infausto suceso, y se conmovió en tal manera que me concedió mas de lo que le pedia. Hízome entregar el perdon que solicitaba y mi retiro con todo el haber que disfrutaba en servicio activo. Quiso ver á mi hija y se la presenté. Tienes un tesoro, mi valiente leon mallorquin: guárdale bien, y vete.

Fuíme á Barcelona, en cuyo puerto encontré dos galeo-

tas que se aprestaban para pasar al crucero de Menorca. Avistado con su gefe me prometió desembarcarme en la cala *lo Illot,* como lo hizo. Entre los jóvenes de servicio en el camarote reparé á uno, cuya fisonomía me recordaba á mi íntimo amigo Matías. Quién eres muchacho?

– Soy Pablo, hijo de Matías de Alcudia.

– Hijo de Matias Soliveret y de Rita Saura?

– El mismo.

– Hace mucho tiempo que no has visto á tus padres?

– Tres años.

– No deseas verlos?

– Mucho que sí, pero mi amo no lo quiere.

– Pronto les verás.–Supliqué al gefe de la galera me permitiese llevarme á Pablo, y condescendió dándole dos meses de licencia.

El 30 de mayo nos echaron á tierra en la cala *lo Illot,* y nos fuímos á la casilla al mediodía, encontrando á Matías y su mujer que empezaban la comida. Pablo se abrazó con su madre y despues con su padre, que le preguntó: ¿Quién le habia dado permiso para ir á verlos?

– Este caballero que viene aquí á vivir con nosotros.

– Voto al chápiro! Señor huésped, esta casa es vuestra, aunque no es gran cosa; pero ya procuraré que os sea grata, ofreciéndome entretanto á vuestra disposicion. Por ahora, mujer, guisa aquel pescado, y todos comerémos juntos, porque, qué diablo! maldita la gana que tengo de comer. Este chico me la ha quitado ¡Habia tantos siglos que no lo habia visto! Es mi hijo.

– Bien, Matías; pero no me conoces?

Matías me miró con atencion, y dijo: rayo del cielo! ¡Y qué torpe que soy! No eres tú mi amigo Sureda? Abrazóse conmigo llorando como un niño. Bien pudiera cantar el *Non damitis.* ¡Mi amigo y mi Pablo, por quien no dormia!

– Basta, querido amigo.

– Oh! perdonadme, mosen Sureda!

– Te advierto, Matías, que si me das otro tratamiento que el de tu por tu, que me marcharé inmediatamente.

– Esto no lo harás, lo oyes?

– Así me gusta.

– Y esta estrella es hija tuya?

– Sí, amigo mio, es mi hija.

– Entónces tienes dos.

– Cómo dos!

– Tal vez no sea así; pero en casa de tu hermano hay un arrogante mozo y dicen que es hijo tuyo.

– Mi hijo! Estás loco, Matías?

– No quisiera haber soltado un disparate, pero ya no hay remedio. A lo dicho, dicho. Lo mal seria que me hubieran engañado.

– Explícate, hombre.

– Qué tengo de explicar! Algunos aseguran que es hijo tuyo, y otros juran que todo es una paparrucha.

– Pero no murió mi hijo Antonio?

– Sí murió; pero no debe ser el que murió sino otro que habrás tenido despues.

– Tú lógica es convincente, y nada puedo replicar. ¿Y del conde que has sabido?

– A fe que no sé qué responderte. Unos decian que habia muerto. Pero ca! Creo que fué un pinchazo entre carne y pellejo, y nada mas.

– Y de la familia de mi pobre mujer?

– Esto ya es otro cantar. Sus padres murieron y tambien su hermano mayor.

– Su hermano!

– Toma! No murió tambien ella tu mujer?

– Por desgracia tienes demasiada razon. ¿Y los bienes de la casa de mi esposa?

– Los posee el muy belitre de su tio, que siempre habla muy mal de ti, y ha jurado denunciarte tan luego como llegues, porque has de saber que vino una requisitoria contra ti.

– Nada temas.

– Yo temer! Descansa, voto á cribas! que estando yo contigo no bastan una legion de diablos rabunos y con mas largas cornamentas que el asta de tu lanza para hacerme temer. Ya te acordarás que el temor no se anida nunca en el pecho de los Soliverets. Lo conocerán los agermanados, y tambien el que se atreva á tocarte un solo hilo de la ropa.

– Aguarda. Fuíme á sacar de mi balija el perdon del Rey; pero, oh fatalidad! se me habia extraviado.

– Qué sucede?

– Sucede que tendré que volverme dejándote por Argos de mi hija. Pablo vendrá conmigo, y volverá conmigo para no separarse mas de vosotros: consientes?

– Ya se ve que sí. No te he dicho que aquí eres el amo?

El dia 1° de junio muy de mañana me vestí una fina cota de malla, cubriendo mi cabeza con un no menos fino casco para calarme la visera si necesario fuese, y ciñéndome mi espada mandé á Ines y Pablo que me siguiesen.

– Á dónde vas?

– Voy á Alcanada á inspeccionar cómo están las viñas de mi mujer, y tambien por si descubro las galeras, pues ya estás enterado que me es preciso embarcarme.

– Lo sé, y Pablo te traerá una cesta con la comida, y tambien la llave de una casita que tenemos á las faldas del monte ante la herencia de Fe, y podréis comer allí.

– Lo has pensado muy bien. Sea así.

Llegados á la cima del monte frente á Alcanada, descubrí dos galeras que con bandera española se acercaban á tierra, y sin mas comentarios dirijímonos á la casilla. Á la una de la tarde comimos, y despues encargando á Ines y Pablo que me aguardasen, fuíme á buscar las galeras por si podria embarcarme. Salvado el montecillo que me impedia ver el mar, me encontré trabada una lucha sangrienta entre argelinos y alcudianos precisamente á las faldas del monte. Los argelinos fueron rotos; pero un refuerzo de estos que acometió á los de Alcudia por las espaldas, me obligó á bajar rápidamente y acometerlos tambien por detras. Los muy canallas creyendo que á su vez habian sido cortados, nada hicieron de provecho. Yo los mataba como á carneros, hasta que notando que me estaba solo, se rehicieron presentándome su frente. Sostuve el ataque como mejor pude retirándome, y en el ínterin llegó un refuerzo que Font habia enviado; pero entónces vi que este luchaba con un semi-jigante para salvar á mi hija, despues de haber derribado á otros tres. Mas, siete ú ocho mahometanos alfanje en mano corrian contra el defensor de Ines. Precipitéme á su encuentro plantándome delante de ellos. Al verme se pararon, y determinaron atacarme unos por delante y por la espalda los restantes. Yo no temí, porque este tiempo habia bastado para que Font quedase desembarazado de su enemigo, y entre los dos les diéramos diversion suficiente para que llegase el refuerzo que vi volaba en nuestro auxilio. Los argelinos no aguardaron, sino que volviendo grupas se lanzaron al mar. Seguidamente fuíme á encontrar á mi hija, y escondíme con ella por no ser conocido. En la casilla no encontré á Pablo, circunstancia que me dió un rato malísimo. Ines me dijo que habia huido monte ar-

riba, pero esto no me tranquilizó. Al volvernos á la casilla de *las Planas* topamos con Font.

— Ya lo sabemos, mi caro padre. Siga V. desde que Font les dejó debajo de la encina.

— Un minuto despues nos encontramos con Matías y Pablo que venian en busca nuestra. Mi alegría no podia ser mayor al descubrir á Pablo, y ya os haréis cargo de cuán justa era. Pobre Matías! me decia á mi mismo. ¿Qué te responderé al pedirme á tu hijo?

Dos dias despues embarquéme con Pablo, y desde Barcelona tuve que pasar á Bruselas, en donde estaba el Rey. Dile cuenta de la pérdida de su Real perdon, y mandó extenderlo nuevamente. Una semana despues me despedí de S. M., y el mal tiempo ha retardado mi regreso. Solo doce dias hace que estoy aquí con Pablo, á quien dispensó el Rey los diez y ocho meses de servicio que le quedaban por hacer, para darme gusto, como me dijo. Estos doce dias han sido bien aprovechados. Al cuarto hablé largamente con mi hijo Antonio sin sospechar quién fuese; y si hoy no me ha conocido, es la causa de ello mi disfraz con una barba gris que hacia reir mucho á Ines. Ayer os vi en Manresa sentados inmediatos al mar, y desde la parte superior de las rocas escuché vuestro diálogo, no cabiéndome duda que mi hijo vivia, y retirándome con precaucion escribí aquel billete á Font, y despues envié á Pablo á inquirir noticias de la capital, y me las trajo alarmantes. Este muchacho es un jóven de prendas, y antes se le arrancaria la vida que descubrir un secreto. Bien lo sabes tú, querido hijo, por lo que le sucedió anoche en la taberna. He concluido; por consiguiente vete á prevenir á mi pobre hermano tu tio, que al anochecer estaré en su casa con tu hermana Ines.



CAPÍTULO VI.

Conferencia en la Consistorial.

Son las siete de la noche del 31 de octubre, y ante la Consistorial la calle está cuajada de gente hablando en grupos cada uno segun el espíritu que le domina; pero todos sobre el mismo asunto.

Dentro la Consistorial hay debates acalorados, y hasta recriminaciones ó aseveraciones demasiado fuertes. El Baile, jurados y todos los hombres de mayor representacion y prestigio de Alcudia están reunidos para resolver, si no lo mas conveniente, al menos lo que vote la mayoría.

El presidente D. Bartolomé Fenals abre el debate diciendo: «Señores jurados y demas que os hallais en este recinto, se os previene que sobre el importante asunto que va á ventilarse, cada uno de Vds. tiene derecho de votar segun su conciencia, y apoyar su voto con cuantas razones juzgue del caso alegar.

»Ha llegado el momento de que todos los moradores de Alcudia sepan la tempestad que á pasos ajigantados viene á descargar su furia contra nuestra patria. Gran parte de los pueblos de esta isla han dado su contingente á la capital para batirnos; pero como ya lo manifesté ayer, tengo confianza en que los esfuerzos de los agermanados se estrellarán contra el valor heróico de nuestra juventud, y esta confianza ha subido de punto desde hace una hora que mi derecha ha estrechado la de nuestro valiente compatriota el capitan Sureda, padre del jóven héroe Antonio. Cierto es que nosotros no hemos dado otros motivos para hacernos la guerra que haber

amparado á los nobles de la capital. Pero, señores, atended que nosotros no debemos conculcar el derecho de gentes, ni menos desvirtuarnos por inhospitalarios. Ademas que obedecemos á un gobierno constituido, ignorando de que naturaleza es el de la ciudad. Verdad es que se invoca la libertad; pero ¡cuántos horribles atentados no se cometen bajo un nombre tan sagrado! ¿Son estos los apóstoles de la libertad? Diez millones de veces nó. Son, sí, lobos carniceros, á quienes en mi concepto se debe recibir con la punta de las lanzas.

»Si los nobles han cometido errores y faltas, nosotros las ignoramos; y cuando no fuera así, no somos un tribunal para juzgarlos. Alcudia no debe mirarlos sino desgraciados de ilustre cuna, que imploran nuestra proteccion y amparo. ¡Y cuándo los alcudianos han dejado de ser hospitalarios y generosos! Consultad vuestro corazon, y estoy seguro que me responderéis de que nunca se podrá decir que abandonemos al desvalido que se cobija bajo nuestra sombra. No puedo ni quiero negar que fuera muy prudente el que se refugiasen en Menorca; pero no lo hicieron, y se refugiaron aquí. Qué les harémos! Si despues, lo que no es presumible, fuesen ingratos á nuestra patria, y hasta olvidasen el inmenso sacrificio que por salvarlos vamos á hacer, la posteridad los juzgará debidamente, lo mismo que á nosotros.»

«Señores, respondió D. Rafael Maura. Ayer tuve el honor de hacer presente á nuestro digno Sr. presidente que acaba de hablar, que sabiamos bien que nuestra juventud es valiente, pero de ningun modo invulnerable; por consiguiente puede ser herida, y tambien muerta. Para exponernos pues á una fatalidad de tanta trascendencia, debieran ser de otra naturaleza las causas que nos hiciesen aceptar la guerra. Se ha sentado que en Alcudia no debemos ver sino desgraciados

de ilustre cuna que imploran nuestra proteccion y amparo; y yo contesto que nuestros hijos, señores, muchos van á ser muertos en el campo de batalla; por consiguiente debemos ver tambien que sobre Alcudia está extendido un vasto sudario, en cuyos pliegues desaparecerá la mayor parte de esta juventud que constituye nuestro orgullo, y nuestra esperanza en el porvenir. Y todo esto por qué? Hemos dado asilo á los nobles, é igualmente pudiéramos haberles proporcionado su traslacion á Menorca sin ningun peligro para ellos, y sin ninguna responsabilidad para Alcudia; y no obstante no se ha hecho. Por todo lo cual me permitirá el Sr. Baile que le diga que nosotros podrémos ser tenidos en gran estima por nuestro valor; pero en recompensa por muy poco cuerdos, y mucho menos previsores. La capital contemporiza por evitar un derramamiento de sangre inútil; y Alcudia que pudiera mantenerse en una prudente neutralidad, va á ser diezmada ó reducida á escombros. He concluido.»

Este corto y enérgico discurso produjo una sensacion general, y poco despues el padre Antonio de Ávila contestó en estos términos: «Con profundo dolor, mis caros hermanos, veo lo poco conformes que están vuestras opiniones sobre la guerra que nos amenaza. Reflexionad que no es tan solo por la hospitalidad que debeis combatir y morir si es necesario. Esta guerra la sostendréis contra los enemigos de Dios y de la majestad cesárea de D. Cárlos I nuestro monarca; y los alcudianos que morirán en ella, serán mártires que probablemente irán á gozar de la gloria eterna. Por tanto, nada temais y esperad impávidos á ese ejército de Lucifer (*), pues con la ayuda de nuestra patrona la Dona de Fr. Diego, triunfaréis sin falta.»

(*) Histórico: manuscrito.

El capitan Sureda seguidamente contestó lo que sigue: «Señores: ¿Es conculcar el derecho de gentes y atropellar la hospitalidad el procurar con la prudencia conjurar la ruina de una poblacion inocente y generosa? ¿Se desobedece á un gobierno constituido, no reconociendo á otro, y manteniéndose fieles al mismo? ¿Quién de Alcudia ha soñado proponer el que nos sujetemos á los sediciosos?

»Los nobles se han refugiado aquí porque se les persigue, maltrata, acosa y asesina.

»Yo soy el primero en daros las gracias por haberlos albergado y librado de sus asesinos; pero tomar su causa por la del Rey: esto, señores, es el mayor de los absurdos.

»Se ha dicho que si los nobles han cometido errores y faltas, no somos un tribunal para juzgarlos. Cierto, y muy cierto es que no somos tal tribunal, ni tampoco lo pretendemos; pero igualmente lo es de que nosotros no debemos ser responsables de sus faltas y errores. La cuestion presente no puede ser mas sencilla. ¿Hemos ó no de aceptar la guerra para defender á nuestros huéspedes?

»Nuestro digno presidente ha querido demostrar que sí, y el muy respetable Fr. Antonio de Ávila ha añadido que no es únicamente por la hospitalidad que debemos emprenderla, sino porque hemos de sostenerla contra los enemigos de Dios y del Rey.

»Siento, señores, verme en la precision de combatir semejantes inexactitudes. Los agermanados proclaman una forma de gobierno mas libre, porque no quieren ser esclavos de los nobles, ni de nadie; y no es este el lugar de discutir si lo reclaman con justicia ó sin ella; pero no por esto son enemigos de Dios. Ellos son cristianos católicos apostólicos romanos; que en cuanto á la forma de gobierno que apetecen pueden

estar equivocados; pero por semejante equivocacion ó creencia llamarlos enemigos de Dios...! Oh! Si yo con el calor de la improvisacion hubiera soltado tamaña palabra, me tendria por un blasfemo; pero habiendo salido de la boca del reverendo Fr. Antonio de Ávila, me abstengo de calificarla. No obstante no puedo callar los males á que daria lugar si nuestra juventud guerrera llegase á comprender que los agermanados con quienes vamos á pelear son enemigos de Dios. Entónces se veria el horroroso cuadro de cebarse en la sangre de cristianos rendidos, apesar de pedir la vida en nombre de la tierna Madre de nuestro divino Redentor. He aquí, señores, á que conduce un celo inconsiderado. No es mi intencion ofender á nadie. La gloria de mi patria es antes que toda otra consideracion personal.

»Los Alcudianos son valientes, y los verdaderos valientes nunca jamas han de cebarse en la sangre de un desgraciado rendido que implora misericordia, mayormente si este rendido adora á nuestro mismo Dios.

– Muy bien.

»Concluyo porque las emociones de hoy me han fatigado. Yo, señores, sin embargo de estar completamente de acuerdo con todo lo que mi antiguo amigo el Sr. Maura ha expuesto, me declaro por la guerra. Primero, porque con tiempo no se ha intentado prevenirla. Y segundo, porque no debemos comprar la paz al precio que querrán imponernos los agermanados.

– Veamos vuestra opinion, valiente capitan.

– »Mi opinion es que se nos propondrá el que entreguemos á los nobles. Yo soy de parecer que antes de consentir á entregar el mas ínfimo de sus criados, debemos sepultarnos debajo de las ruinas de nuestra patria.»

– Sea así, contestaron todos.



CAPÍTULO VII.

Leonor y Catalina.

Han pasado ocho dias en los cuales todo en Alcudia ha sido animacion y movimiento. Hombres, muchachos y caballerías se cruzan por los caminos y calles trasportando materiales para poner la poblacion en buen estado de defensa; ni tampoco se han olvidado cuantas precauciones son indispensables para preservarla de un atrevido golpe de mano. Durante las horas de la noche óyese de vez en cuando, cual trueno lejano preludio de próxima tormenta, la bronca voz del quién vive y del alerta de los centinelas apostados en la muralla. Casi en la cumbre del monte de San Martin aparece cada hora la vacilante llama de una pequeña hoguera, indicio seguro de la vigilancia de quienes están encargados de encenderla por seña de que no hay novedad; pues que de haberla, serian tres que la comunicarian á los centinelas de sobre la puerta de Mallorca (actualmente de San Sebastian). Por la parte exterior de la villa marchan rondas en zig zac, á las cuales se les exige santo y seña.

En el camino de Palma y en el de Pollensa, á mas de un cuarto de legua distante de Alcudia, pasa la noche la gran guardia alcudiana, que ha trabado ya dos sangrientas escaramuzas con los agermanados destinados á impedir auxilios á los de Alcudia.

X

En todos los baluartes se han colocado montones de peladillas de arroyo del grosor de un puño de hombre, que servirán de mortíferos proyectiles al ser arrojados por los diestros fundibularios. Á mediodía en punto han salido por la puerta Roja seiscientos jóvenes convertidos en soldados de diferentes armas. Ciento de ellos llevan ceñida al cuerpo una gruesa honda de cáñamo, y una aguda espada les cuelga de su lado izquierdo, sus armas defensivas: casco y cota de malla.

Otros doscientos ostentan á sus espaldas un carcaj bien nutrido de largas flechas, y al lado una cortante espada. Sus armas defensivas iguales á las de los fundibularios.

Los restantes van armados con lanza y espada, é idénticas defensivas de las de los anteriores, con la única diferencia que su casco está adornado con plumas. Siguen detras veinte caballos, y al frente de ellos el capitan Sureda primer gefe, á quien acompañan su hijo Antonio, Font Antonio, Juan Ferrer, Jaime Serra, Antonio Maura y Pedro Ambros, gefes subalternos sujetos á las órdenes del primero. Sus armas: lanza, espada y un hermoso estoque. Las defensivas: casco con plumas, coraza y una fina cota de malla.

Llegados á la llanura del Puerto menor se forman en batalla. En primera línea los infantes armados con lanza mandados por Font, y en cada una de sus alas cincuenta honderos y cien arqueros. Detras de esta línea hay otra, y mas léjos un peloton de reserva, y á retaguardia de ambas alas diez caballos.

Á distancia de mas de cien piés frente de cada ala de la línea hay clavadas en la orilla del mar unas cien estacas de la altura de un hombre, y á una señal del clarin empieza el ejercicio de la honda. Un diluvio de piedras arrojadas con vigoroso impulso y zumbando horriblemente caen sobre las es-

tacas, que en ménos de seis minutos son completamente derribadas por el suelo.

Bien, muy bien, muchachos, gritó el capitan Sureda. Ah! ¡Con cuánta satisfaccion veo que, como vuestros gloriosos antepasados, mereceis los mismos encomios y alabanzas que les tributaron en sus escritos T. Livio, Floro, Bolivio, Virgilio, Silio itálico, Ovidio, Servio, Stalio, Lucano, Vigecio, etc.

Tiróse despues al blanco con flechas, no luciéndose ménos estos que los fundibularios.

Seguidamente los lanceros remedan un ataque de frente, en que poco despues aparentan verse obligados á retroceder, haciendo cara hasta que la reserva se une con ellos, que restablece el equilibrio. El combate se empeña, y los adversarios cejan y se desordenan: los de Alcudia los persiguen para aniquilarlos; pero siempre guardando compacta su fila. De repente se retiran y con asombrosa rapidez forman un cuadro á cuatro de fondo, porque han visto de léjos la caballería contraria triple de la alcudiana, que va á atacarlos. En el fondo del cuadro y en cuarta línea están los arqueros, que clavaran sus flechas en el pecho de los caballos enemigos ó en la cara de los jinetes. En el ínterin despliegan en batalla los terribles fundibularios, que á propósito el gefe Sureda habia hecho ocultar en una pequeña hondonada, tan pronto como se hubo trabado el combate cara á cara. Una tremenda granizada de piedras y balas de plomo despedidas con la honda saludarán los oidos de la caballería enemiga, que probablemente tendrá que retirarse en desórden. En este momento crítico la acometerá con viveza la caballería de Alcudia, y la victoria no puede ser dudosa.

Concluido este simulacro desempeñado á completa satisfaccion del gefe Sureda y de D. Bartolomé Rosiñol, pasóse á

la lucha y al juego del disco, llevándose el premio de ambos Antonio Maura, Juan Ferrer y Pedro Amoros.

A la clara y resonante voz del capitan Sureda que les dió la enhorabuena por su victoria, siguió una gritería de aplausos y palmateo general, cuyo ruido era tan indescriptible como el vivo entusiasmo de que estaban poseidos los que presenciaban este espectáculo.

Las hermosas y esbeltas alcudianas radiantes de alegría y placer, enardecian con sus miradas magnéticas el corazon de sus queridos que veian figurar en las filas de los hijos de Marte, sobresaliendo Ines entre todas, cual la reina de la noche en su plenilunio seductor sobresale y aventaja en esplendor y hermosura á las demas estrellas que la acompañan en su curso misterioso. Sin embargo de tanto entusiasmo y de tan multiplicadas impresiones nuevas que ocupan la imaginacion, asimismo se notó la ausencia de la que hasta entónces habia sido reputada por la mas hermosa de Alcudia. Qué será ello? se preguntaban algunos.

Catalina, ¿cómo es que en ocho dias no ha parecido por aquí tu amiga Leonor?

– Lo habrá impedido la enfermedad de su hermanito Miguel; empero confio que mañana vendrá á aumentar con su simpática presencia el brillo de este campamento.

– Lo deseamos vivamente para poder cotejar á tu prima con ella; porque á decir verdad, al mirar á Ines nos parece que con justa razon se la llama la Perla de Alcudia; no obstante, no por esto Leonor deja de ser una criatura encantadora, como tu misma.

– Sí, sí, caramba! tú y ella sois otras dos perlas de un precio inestimable. ¡Bendita sea la madre que por ti pasó dolores! añadió Maura con misterio.

Una sonrisa significativa que Catalina dirigió á Maura concluyó el diálogo.

A las diez de la mañana siguiente decia Catalina á Leonor: Evidentemente te niegas á manifestarme la causa de tus padecimientos. Esta languidez que ha sustituido el brillo fascinador de tus negros ojos, y la palidez anormal de tus mejillas demuestran á tiro de ballesta, lo mucho que sufres: por consiguiente habla, mi querida Leonor, desahoga tu pecho en el seno de una amiga, y luego experimentarás un notable alivio.

– Te repito que no padezco.

– Por esta vez me permitirás que no te crea, pues estoy segura que alguna idea dolorosa prensa tu corazon.

Una irónica y fugitiva sonrisa entreabrió los labios de Leonor, y despues de reflexionar un momento respondió: ¿Acaso, Catalina, eres tú esta buena amiga de la cual debo esperar el alivio de mis pesares?

– Semejante pregunta me choca á fe mia. ¿Hablarás de una vez para entendernos?

– Sí, hablaré ya que tanto te empeñas en ello; y si lo que te diga te ofende, culparás tu curiosidad que me ha obligado á romper mi silencio, y ¡viven los cielos! que nada me ha de quedar en el buche.

– Te escucho.

– Corriente. Bien sabes si yo pudiera envanecerme de haber tenido pretendientes á mi mano, ó á mis bienes, si te gusta mas de esta manera; pero por el ningun caso que hice de aquellos, te convencerás de que poco me importaba que sus deseos fuesen para mi persona, ó por lo que heredé de mi padre que murió sin disposicion. En mi pecho estaba oculta la causa de mis desdenes en vez de jóvenes de bastante mé-

rito personal, y de mas que regular importancia por sus riquezas.

Mi frialdad con ellos fué atribuida á orgullo, y yo gracias á Dios no adolezco de semejante defecto. Mi único orgullo consiste en que nunca se me pueda hechar en cara la mas mínima falta en el cumplimiento de mis deberes.

Dos años habia que sentia abrazárseme el corazon con la llama de mi primer amor, de esta pasion romancesca, que como muy bien lo dice nuestro amigo Maura, se alimenta con el misterio y toma con las dificultades dimensiones jigantescas; y sin embargo, hasta la noche que con mi madre fuimos á visitar á tu primo herido, tuve fuerza suficiente para mantenerle oculto. La violenta conmocion que experimenté al verle pálido como la misma muerte, triunfó de mi resistencia y te abrí de par en par mi pecho. ¿Qué mayor prueba podia yo darte de mi sincera amistad? ¿Por qué, pues, has vendido esta amistad abusando cruelmente de la confianza que en ti deposité?

– Estás loca, Leonor? ¡Yo abusar de tu amistad y confianza!

– Has hecho lo uno y lo otro, y fuerza es confesar que con mucha maestría.

– No te comprendo.

– Lo peor es no querer comprenderlo. Esta es la conducta propia y legítima de toda mujer intrigante.

Un corazon entrañable y poderosamente conmovido, como lo estaba el de Catalina, acalora el entendimiento: por esta razon ya no le fué posible, á pesar de todos sus esfuerzos, ocultar ni ménos impedir que algunas lágrimas de justa indignacion resbalasen por sus sonrosadas mejillas; no obstante tuvo bastante imperio sobre sí misma para reprimir en gran parte su exaltada cólera, contestando con una calma

de que estaba muy distante: Leonor, eres muy cruel conmigo. Ahora reconozco practicamente la exactitud de las máximas que en distintas ocasiones emitió, sin hacer yo alto en ellas, el ilustrado médico de mi padre. Catuca, me decia, cuidado con el amor. Esta pasion si coincide con celos desmedidos, es el primer grado de la locura, y cuando ménos es un delirio que hace enmudecer todos los demas sentimientos, incluso el de la mas santa amistad. Confieso ingenuamente que si alguien se hubiese aventurado á asegurarme que tú, siendo la mas afable de las mujeres, fueras algun dia capaz de emplear conmigo, ni con nadie, un lenguaje tan rudo y amargo como el actual, desde luego le tuviera por el mas insensato de la tierra; y sin embargo, añadió llorando, nada hay tan cierto.

– Si tus lágrimas las provocase la conmocion de un corazon inocente, todo el tiempo de mi vida no lo considerara bastante para emplearlo en reparar el agravio; pero no puedo dudar que tú me has hecho una traicion grosera.

Á este apóstrofe Catalina cesó de llorar, y erguiendo su blanca y tersa frente, y lanzando llamas de indignacion por sus ojos animados de un ardor febril, respondió balbuceando: Á fe mia que tus insultos son insoportables por lo atroces y . . . . . ., reprimióse por segunda vez: debes tener poderosos motivos para ello. Cuáles son estos motivos? Necesito saberlos.

– Antes de empezar, replicó Leonor sin inmutarse, ya te he prevenido que por mas que te ofendieses nada me reservaria, y puedes creer que cumpliré mi promesa. Cuando te enteré del amor que yo profesaba á tu primo Sureda, conocí por la repentina transformacion de la fisonomía el estado de agitacion de tu espíritu; y para una mujer que amaba con ar-

diente pasion como la mia, no pueden pasar desapercibidas impresiones de esta naturaleza. Mi amigo Antonio Maura me ha dicho mil veces, que la pasion del amor hace á los hombres egoistas y no pocas veces injustos; y yo añado que á ciertas mujeres las vuelve traviesas, y previsoras á otras. Los sucesos me han plenamente confirmado la verdad de mi aserto. Sin saber por que se me ha tachado de coqueta y zalamera. Se ha dado broma é Font, á Roig, á Amorós y á Maura de que yo con mis trazas de beata, vaya una ocurrencia! sabia embaucarles como á unos bobalicones para ocultarles mis estrechas relaciones con el currutaco mosen Narciso. ¡Mis estrechas relaciones! Entiendes? repitió con creciente exaltacion.

Se ha asegurado tambien á Sureda que al anochecer de una de estas tardes hablé rendida y estasiada con el referido noble; y por fin se ha supuesto que la carta fatal que en un momento de exasperacion escribí á tu primo, fué solo un miserable subterfugio para deshacerme de él y de sus amigos. ¿Quién puede haber inventado todas estas mal pergeñadas paparruchas? Sin miras muy interesadas no se procura empañar la reputacion de una doncella bien nacida ni de ninguna otra. Héteme aquí, pues, que yo con mis gazmoñerías y con mis trazas de beata soy en el fondo coqueta, zalamera é hipócrita. Verdad? Pero siendo todo una diabólica calumnia, ¿cuál debe de ser mi comportamiento con el calumniador?

– Le conoces?

– Sí, á fe mia.

– Puedo yo saber quién es?

– Está en mi presencia.

– Entónces seré yo.

– No has de ser, sino que eres.

– Has concluído?

– Por ahora sí.

– Te hago presente que estoy en tu casa, por lo que te pido si me es permitido hablar con la libertad que exige de sí este asunto.

– Puedes hacerlo con la mas completa.

– Bien. Antes de todo debo decirte, Leonor, que has perdido el juicio.

– Mil gracias por el favor, Catalina.

– Voy á probártelo. El mismo derecho que tú, tenia cualquiera otra mujer para amar á mi primo.

– No lo niego.

– Te suplico que no me interrumpas, sin embargo que á mis primeras palabras ya te muestras razonable. Sigo. Si toda otra mujer podia amar libremente al que tu adorabas, justo era que recibiese una impresion dolorosa al descubrir impensadamente una rival tan temible, ya por tu hermosura extremada y ya por otras circunstancias que aumentan el valor de esta hermosura. ¿Quién es dueño de dominar las primeras impresiones? Nuestro adusto amigo Antonio Font repite sin cesar: que el hombre con mucha dificultad domina el corazon. ¿Por qué pues la mujer tan debil de sí, quieres que sea superior al hombre?

– Á mi vez no te comprendo, pero permíteme una pregunta. Que sea yo fea ó hermosa, á ti que te importaba? ¿Por qué te entretienes en reproducir las sentencias ó sean dichos de Font?

¡Extravagante interpelacion la tuya! Fuerza es Leonor que te suceda alguna cosa fuera del órden natural, pues hoy eres una persona distinta de la de siempre. En tu narracion has citado al amigo Maura, ¿y ahora extrañas el que yo cite al no menos amigo Font? Ó mi cita es oportuna ó intempestiva. Á

solo esto debiera limitarse tu interpelacion; pero me exiges el que te declare lo que me importaba que fueses fea ó hermosa, y con la franqueza que me caracteriza te digo: que me importaba mucho que no fueses tan encantadora, y mas todavía que mi primo no te amase. He aquí lo que me importaba.

– Ah! Ya no extraño tus negras intrigas.

– Basta y sobra, Leonor, de palabras y calificaciones semejantes. Déjame explicar hasta el fin y entónces ya replicarás cuanto se te antoje. Yo amaba á mi primo, y no conocí que mi amor fuese pasion cumplida hasta el momento que me descubriste el que tú le tenias. La impresion que experimenté fué muy viva para pasar desapercibida de otra mujer de quien era ídolo, como lo has dicho tú; pero mas viva y poderosa fué la resolucion que tomé dentro muy breves instantes, y esta resolucion que en sí envuelve una abnegacion que yo en ti llamara sublime, no la conociste tú á fe mia. Un rayo de indecision cruzó por mi mente, es verdad; pero tambien lo es, y de bulto, que una determinacion rápida destruyó para siempre jamas á aquella. Propúseme firmemente olvidar á mi primo, y al cabo de ocho dias no quedó en mi corazon á favor suyo sino el aprecio consecuente á mi parentesco y el que se merecen sus buenas cualidades físicas y morales. Propúseme igualmente corresponder á Maura con un amor inmutable como me lo exigia, y en breve tiempo mi pasion á este tomó creces suficientes para borrar hasta la memoria de haber amado á otro.

Con esta declaracion franca y explícita te queda pagada con usura la confianza que depositaste conmigo.

Algunos dias hace que Maura me pidió alguna cosa de celos sobre mosen Narciso, y mis respuestas punzantes le hicieron entrar en razon. Díjome despues que tu conducta con

el referido noble confirmaba las sospechas que se tenian de vuestra mutua correspondencia. Yo dudé de que fueras tan veleidosa; sin embargo, las largas horas que este caballero pasaba á tu lado me hicieron temer un cambio brusco, de que hay ejemplos de sobra. Premedité, pues, largamente el medio de averiguar á punto fijo lo que pasaba en tu corazon, sin poder atinar con ninguno que me satisfaciese. La casualidad me lo proporcionó. Buscaba no sé qué cosa dentro un escaparate de mi padre, y tropecé con una carta fecha de muchos años en la que se le participaba la muerte de su sobrino; y aunque contiguo con ella estaba el documento en forma que demostraba lo contrario, quise no obstante de una vez salir de dudas enseñándotela. Dos dias despues mi primo se mostró arisco, contestando á duras penas á lo que se le preguntaba. Le supliqué, pero en vano, me participase la causa de sus pesares, y marchóse sin darme la mas mínima explicacion. Font y Maura tampoco nada consiguieron, y uno de los dos me manifestó que al anochecer de un dia de esta semana vió desde un tragaluz de enfrente de tu cuarto el calor y rendimiento con que estabais hablando tú y mosen Narciso; concluyendo la escena tomándote la mano, que con viva emocion estrechó entre las suyas, formando sobre ella un juramento de amante fino y rendido. Maura, sin pensarlo, vió estos extremos, que no son los mas favorables á tus protestas: por consiguiente no debes extrañar que se te trate de coqueta y de alguna cosa mas; y no soy yo, á fe mia, quien te ha bautizado con semejantes apodos. ¿Á ver si te atreves á negar estos hechos tuyos?

Nada he obrado contra ti, excepto la carta que te enseñé; y aun ahora haria otro tanto, porque con ella descubrí que se ama á un nombre, y no al que lo lleva.

En este momento la aparicion repentina de Font interrumpió la conversacion de ambas jóvenes, dando Leonor tan inequívocas muestras de placer con tal visita, que súbitamente pasó de una cólera furiosa á un regocijo extremado, diciéndole: Creia, amigo mio, que te habias olvidado completamente de tus antiguas amigas alcudianas. Cuánto lo sentiria! ¿Cómo me explicarás la rara humorada de pasar tantos dias sin venir á ver á tu buena amiga Leonor, de cuyo inmenso aprecio á tu persona no puedes dudar?

– Siempre eres la misma, querida Leonor, cariñosa y doblemente amable; mas me temo que lo de olvidar y tambien posponer nuestros compatriotas á los extranjeros, el que seas tú la primera en presentarnos un ejemplo tan lamentable.

– Tambien tú, Font, con reticencias?

Font no pudo contestar á Leonor porque la criada de esta dijo que D. Narciso le aguardaba á la puerta de la calle; por cuyo motivo despidióse de las señoritas y se marchó á encontrarle. Seguirémos á estos á la casa de Font, y enterados del asunto de D. Narciso, volverémos á anudar el interrumpido diálogo de Leonor y Catalina.



CAPÍTULO VIII.

Mosen Narciso y Font.

Ha llegado el momento, Sr. Font, de daros á conocer mis cuitas, y por ellas mis predominantes deseos actuales. Os he elegido para depositario de aquellas, esperando que haréis cuanto esté en vuestra mano para que yo logre satisfacer estos. Considero inútil el preveniros el entusiasmo que me inspirais, y lo dispuesto que está mi corazon á cultivar vuestra amistad.

– Vuestra esmerada educacion, mosen Narciso, hace de vos el mas perfecto modelo de finura y cortesía, y podeis creerme que siempre tendré por un dia feliz aquel que me proporcione emplear mi corto valer para serviros con utilidad. En cuanto á la amistad que me ofreceis y con la cual me honraré, estad seguro que procuraré no desmerecer de ella. En esta atencion decid francamente en que puedo serviros.

– Para enteraros cumplidamente debo empezar mi historia desde muchos años. Soy hijo segundo del conde N......

– Del conde!

– Comprendo perfectamente vuestra sorpresa.

– Sabeis?

– Dispensadme: todo lo sé. Como decia, soy hijo segundo del conde, y como es de suponer criado y educado con el esmero propio de mi cuna. Á lo mas tendria unos siete años

cuando á las once y media de la noche trajeron á mi padre próximo á la muerte por una herida gravisima que habia recibido, sin saberse el autor de tal atentado. Pocos instantes pasaron sin presentarse la justicia para sus diligencias judiciales, sin ningun resultado por entónces; pero quedó á los dos dias completamente averiguado quien era el reo. Se despacharon requisitorias para que se le prendiese, y todo fué, gracias á Dios, tiempo perdido. Mi padre estaba en un delirio espantoso, y se temia con fundamento que de un instante á otro dejase de existir. Dios en sus inescrutables designios lo dispuso de otro modo, pues cuando se creia un fin próximo minoraron los síntomas, cesó el delirio, siguióse la convalecencia, y al cabo de dos meses quedó completamente restablecido.

Desde entónces fué un hombre distinto de antes, y jamas volvió á pronunciar una sola palabra que pudiese ofender al mas ínfimo de los esclavos. Los que conocieron su carácter impetuoso, su orgullo indomable, su veleidad, y sus lances que justamente le merecieron el renombre del mayor calavera de la ciudad de Mallorca, estaban admirados de su completo cambio, atribuyéndolo á la revolucion que sobre su moral obrara la herida. Yo no me detendré en investigar la verdadera causa de una mudanza tan feliz, que convirtió en manso cordero al que era fiero como un leon y se complacia en torturar á sus inferiores. Figuraos los pesares de mi madre durante las desenvolturas de su esposo, abrigando en su pecho el mas tierno y compasivo de los corazones; y figuraos tambien cuantas gracias daria á Dios que en su infinita misericordia habia hecho de un loco rematado y de un tirano detestable el mas cuerdo y humano de los hombres.

El primer uso que hizo de su salud fué despedir los tres

criados que le habian acompañado en sus excursiones nocturnas para divertirse obligando á bailar, quizas á un pobre artesano padre de familia, fatigado del asiduo trabajo de todo el dia para poder distribuir un poco de pan á sus hijuelos. ¡Oh y qué impresion tan dolorosa experimento toda vez que recuerdo estas infamias! Yo heredé de mi buena madre su corazon sensible, y conservo como un depósito sagrado las sublimes máximas que mi padre me inculcó despues de su favorable metamórfosis.

Si un arrepentimiento verdadero puede borrar nuestras faltas, las que cometió mi padre merecen serlo totalmente. Su mayor complacencia era aliviar los males del prójimo, y ejercer los rasgos del mas generoso desprendimiento á favor de los infelices. Tenia amigos que le enteraban de la crítica situacion de algunos pobres vergonzantes, y luego les remitia lo que por de pronto pudiera sacarles de apuros. Entre los muchos que socorria se contaba la viuda de un bravo militar, á quien el confesor de mi padre llevaba cada mes una cantidad módica; pero bastante para no verse precisada á mendigar su sustento. Muerto el referido confesor, tuve yo que llevársela por una vez, miéntras se buscaba otro eclesiástico que se encargase de esta buena obra.

Pasé á casa de la señora viuda con la indiferencia propia de mis veinte años, y salí de ella con un incendio devorador en mis entrañas, peculiar tambien de mi edad. Su hija Blanca, mas hermosa que Vénus y mas fascinadora que el mismo amor, me dejó petrificado sin poder hablar una palabra.

– Qué se le ofrece á V., caballero?

– Señora, respondí á su madre, el reverendo padre N...., que fué mi maestro, me encargó al morir que hoy mismo trajese á V. este dinero, del cual ya tiene V. noticia. Doña

Magdalena y su hija ambas á un tiempo se corrieron, poniéndose encarnadas como la grana.

Perdonen ustedes, señoras: tal vez me habré equivocado.

– Nó, caballero. Efectivamente soy yo la persona á quien el reverendo padre designó á V.; pero en cuanto á dinero no sé por qué me lo envia ni con qué objeto: en esta atencion yo no puedo admitirlo.

– No lo acepta V.?

– No es posible.

– En este caso aguardo el permiso de V. para retirarme.

– Usted, caballero, puede mandar aquí.

– Oh! Mil gracias, señora.

Dí cuenta á mi padre de lo sucedido, y despues de reflexionar un poco, dijo: Como esta viuda es noble, ha preferido privarse de una cantidad de que tanto necesita, á comprometer su delicadeza, sino el honor, recibiendo dinero por la mano de un jóven tan elegante como tú.

– Y en qué comprometia su honor?

– Aguardaba tú réplica que acepto con gusto, porque ella me da lugar á hacerte algunas reflexiones.

Cierto es que la viuda, por el mero hecho de recibir dinero de tu mano, como encargo de un virtuoso sacerdote, no comprometia su honor; pero no aceptándolo, te ocultaba su triste situacion, y á fe mia que obró muy cuerdamente.

– Así se lo parece á V.? Me dará V. la razon?

– Voy á satisfacerte. La viuda tiene una hija muy hermosa, segun has dicho tú. No es así?

– Puedo asegurar á V. que no he visto otra igual.

– Corriente. Las muchachas siempre serán muchachas, y como muy bien dice un escritor ilustrado, la mas discreta se pagará de lisonjas, de cumplimientos, de una cara bien

parecida y de ricos vestidos, porque la juventud quiere lucir sus gracias, y esta cara y ricos vestidos son y serán para ellas eternamente los mas terribles talismanes; y como la viuda no puede ataviar á su hermosa hija segun su rango, y mucho menos segun deben ser los deseos de esta, no quiere exponerla á que tú ú otro cualquiera, sabiendo su situacion, intenteis seducirla con ricos donativos, acompañados, por supuesto, de protestas del mas fino y constante amor. Para evitar, pues, desgracia de tanta monta, se ha condenado quizas á no poder desayunarse hoy; pero ya me cuidaré de que esta buena madre siga admitiendo mis cortos auxilios sin tener que sufrir la angustia del bochorno, ni el temor de empañar su honor. Sí, de este honor, del cual están tan celosas todas las clases de la sociedad con muy pocas excepciones. ¡Y con cuánta mayor razon no lo estará un noble! No quiero suponer con esto que los nobles sean hombres de una naturaleza distinta de los demas. Nó, repito. Estos delirios hace tiempo que no los padece mi cérebro; pero sentado el principio de que la primera obligacion de todo hombre es la de ser hombre, de aquí deduzco que el que ha nacido con un nombre distinguido tiene doble obligacion de conservar su dignidad, trabajando sin cesar hasta conseguir el mayor grado de perfeccion posible, para ostentar respetado y brillante el lauro que le han transmitido sus gloriosos antepasados. Los que creen, como yo creí algun tiempo, que los sentimientos sublimes unicamente son herencia de los que tienen una cuna ilustre, viven miserablemente engañados. El error, como dice un sabio, puede reinar algun tiempo; pero al fin desaparece y no deja tras sí sino las huellas y recuerdos funestos de los males que produce. Hijo mio, ya que sin poderlo remediar he abordado otra cuestion, sigamos dilucidándola hasta el fin.

La experiencia me ha acreditado que no hay posicion por ínfima que sea en que el hombre no pueda ser grande. En esta atencion esquivar el roce con los honrados labradores y artesanos porque son inferiores á nosotros en bienes de fortuna, y despreciarlos y vejarlos para satisfacer nuestro miserable orgullo, es, á mi modo de ver, un crímen de lesa humanidad, que si queda impune en este mundo, no sucederá así en el otro, como bien se infiere de las palabras de nuestro divino Redentor: ¡Desgraciados de vosotros que cargais á los hombres con peso que no pueden soportar, y que no quisierais haberlos tocado con la punta del dedo!

Yo, mi amado Narciso, he cometido faltas gravisimas, errores de trascendencia, y tal vez crímenes involuntarios. Nutrido en una escuela de blasones, consideraba á los demas hombres como juguetes de los cuales podia disponer á mis antojos, y mi mayor divertimiento consistia en salir algunas noches acompañado de tres criados mas malos que Lucifer para hacer bailar algun sugeto pacífico, que quizá fatigado del trabajo de todo el dia se retiraba á descansar. ¿Quién me daba este derecho de incomodar al prójimo? ¿Le tenia por ser yo noble? Ah! Dios me hizo ver que á pesar de mi nobleza no era sino un insecto microscópico en figura de hombre. Una noche que mis dichos criados se empeñaron en que un jóven alcudiano bailase, y á quien de mi órden aplicaron un fuerte latigazo para vencer su obstinacion en no querer hacerlo; poco, muy poco faltó para que el del látigo perdiese la vida del descomunal puñetazo que le descargó en las sienes; y yo, ya sabes que solo por un milagro de Dios me salvé de la tremenda herida que recibí de su mano justamente irritada. Mi corazon hasta la hora presente no ha podido tranquilizarse, porque de continuo se presenta en mi

imaginacion los males que mis desenvolturas ocasionaron á un jóven tan valiente como honrado, que tuvo por mi causa que abandonar el suelo patrio y un hijo suyo de dos años de edad. Este pesar, Narciso mio, es el mas grave de mis pesares: por lo que si muero antes de oir de su boca que me perdona, quiero que si algun dia supieres que Juan Sureda se haya restituido á su patria Alcudia, pases allí y en mi nombre impetrarás el perdon de los largos sufrimientos que le he ocasionado. ¿Me prometes, hijo mio, hacer lo que te prevengo?

– Se lo juro á V., padre mio.

– Está bien, y espero que cuanto te he manifestado te sirva para arreglar tu conducta presente y futura. Respeta á todos los hombres si quieres ser apreciado y respetado. Ahora retírate.

El incendio que sentia en mi corazon me mantenia en una agitacion desconocida, diciéndome á mi mismo: Verdaderamente debo estar enamorado de Blanca; pero ¿quién es esta mujer que al despedirme ni aun se ha dignado saludarme? Quiero saberlo y lo sabré. Su madre me ha ofrecido su casa, y me corresponde ir allá á cumplimentarla; pues iré y saldré de dudas, y si no basta una vez y no hay otro remedio me valdré de terceros y de cuartos si el caso lo exige. Con este propósito me quedé sosegado, me desnudé, me acosté y me dormí. Es admirable, dice el autor de Blanca de Navarra, la facilidad que tiene el hombre jóven para formar propósitos, y mucho mas siendo malos; como es igualmente maravillosa la dificultad de cumplirlos, y sobre todo cuando son buenos.

Á la mañana siguiente rebozándome el corazon de júbilo aguardé impaciente las diez para pasar á la casa de Blanca

bajo el pretexto de una visita de cumplimiento; mas al presentarme en ella sufrí la misma cortedad y embarazo de la vez primera. Saludé balbuceando, y su madre correspondió á mi saludo con mas seriedad de la que yo quisiera. En cuanto á Blanca á duras penas pude verla sus hermosos ojos grandes y pensadores. ¡Qué diablos de mujeres tan misteriosas son estas! pensaba yo. Saqué fuerzas de flaqueza y procuré animar la conversacion; pero las respuestas glaciales que se me dieron me obligaron á alzar mi visita. Veo, señoras, dije, que mi presencia aquí no es muy grata á ustedes: por consiguiente me permitirán retirarme.

– Caballero: En una casa de la viuda de un militar, sin mas personas que mi hija y la criadita, es menester andar con cuidado en admitir jóvenes tan elegantes como V., pues podria redundar en gran perjuicio de mi hija, como se convencerá de ello tan luego como dé lugar á la reflexion: por lo que le suplico el que ni tome á mal y mucho ménos á desaire mis justos recelos, atendido que ignoro quién sea V.

– Yo, señora, no temo en confesarla que la vista de su incomparable hija me ha robado todas mis potencias, y me consideraria el mas feliz de los mortales si una sola de sus miradas me indicasen algun tierno afecto en vez de mí. Esta confesion extemporánea demostrará á V. lo que pasa en mi corazon. He perdido el sosiego y la alegría, y un hombre hijo segundo de un conde cuando da explicaciones como la mia, es con las mas sanas intenciones.

– V. hijo segundo del conde...?

– Sí, señora; y ademas puedo añadir que mi madre me ha nombrado heredero de todos sus bienes, mas que suficientes para poder proporcionar un bienestar cómodo y brillante á la que corresponda á la ternura de mi corazon.

– Disimúleme, caballero, el que le dé un consejo. Es V. muy jóven todavía para tratar de casarse, mayormente siendo hijo de una familia ilustre, que regularmente se opondria al enlace que en sus delirios está V. premeditando. Mi hija, aunque noble es pobre, y no cometerá el desatino de dar cabida á un amor que bien pudiera ser que la arrastrase á su perdicion. Por tanto modérese V., premedite el grave compromiso que intenta contraer, y cuando haya probabilidades de no encontrar en sus señores padres una oposicion invencible, entónces por mi parte tendré la mayor complacencia en que V. frecuente esta casa.

– Pero, señora, ¿es posible vivir sin ver al objeto que alimenta mi vida?

– Estos arranques, Sr. D. Narciso, son excusables en la edad de V.; pero no por esto son menos ridículos. Hágame el favor de estarse solos quince dias en quietud, y en este tiempo procuraré allanar los muchos inconvenientes para llevar á cabo sus pretensiones, y al fin de estos tendrá V. una respuesta definitiva de sí ó de nó.

– Y tambien me la dará Blanca?

– Sí señor, se la daré, respondió esta sonriéndose; pero es preciso que en este intérvalo se abstenga V. de toda demostracion por insignificante que sea, ni aun debe pasar por esta calle.

Á todo accedí gustoso, sin pararme á penetrar tan significativo como sospechoso misterio.

Ocho dias despues, no pudiendo resistir al deseo de ver almenos las paredes que encerraban al dueño de mi vida, á las once de la noche entré en la calle en que vivia Blanca. Púseme á observar por si descubria luz en alguna de sus ventanas y nada vi. La noche era de las mas oscuras y frias por

haber nevado mas de tres horas, no pudiendo dar un paso sin tropezar con algun charco. Menester era haber perdido el juicio, ó amar como yo amaba para estarse en medio de la calle, siendo el menor peligro en ella el de atrapar alguna violenta fluxion de pecho, que me librase de mis delirios.

Cerca de media noche seria y ya me determinaba á marchar, cuando me pareció que abrian cautelosamente una ventana, que se mantuvo oscura como boca de lobo; sin embargo, pudo notarse una cabeza humana que asomó en ella, retirándose precipitadamente al tiempo de decir: ¡Oh qué noche tan negra! Nada se ve sino la blancura de la nieve sobre los tejados, no quiero que te vayas; y la ventana se cerró. La penosa y terrible impresion que sentí con esta vision y con estas palabras, no puedo compararla con otro dolor por causa física, sino á la aplicacion de un hierro candente sobre los tegmentos. La ventana me parecia que pertenecia á la casa de Blanca, y el no quiero que te vayas, á la voz de la misma. Los zelos y la rabia se apoderaron de mí; pero pronto me convencí que mi rabia y mis punzantes zelos no podian servirme de otra cosa que de mortificarme atrozmente. Voto al diablo! me decia. Por esto la muy aleve me impuso la condicion de que en los quince dias no pasase por su calle, y tener al cabo de ellos la satisfaccion, despues de haberse burlado de mi bobería, de darme un pasaporte para la ciudad de calabazas de los muy valientes zamacucos, como lo soy yo en cuerpo y alma. Durante este mi soliloquio mental creí ver frente de mí un bulto, que cual un fantasma se deslizaba calle abajo. ¿De dónde habia salido? ¿Cuál casa lo habia vomitado sin el menor ruido? Mis zelos se hicieron sentir crueles por segunda vez, y empuñando la espada la desenvainé bruscamente, lanzándome como un tigre

en persecucion del que conceptuaba mi rival; mas, conociendo este que le seguian, apretó el paso y en un momento desapareció de mi vista. Paréme para escuchar y nada oí. ¡Qué misterio para mí! Maldita noche! ¿Habrá sido todo el resultado de imágenes falsas, creadas por mi ardiente exaltacion cerebral? Nó, pues mis ojos y oidos no me habrán engañado ambos á una. La ventana se abrió, no puedo dudarlo, y tambien una voz de mujer llegó clara y vibrante á mis oidos. Reinaba un silencio solo comparable al de las tumbas, y para colmo de mi desesperacion el cielo volvió á arrojar sobre la tierra espesos copos de nieve. Era preciso tomar un partido, y tomé el de marcharme á mi casa, y cuando estuve en medio de una calle me pareció oir algun ruido como subterráneo, escuché con atencion, y efectivamente no me equivocaba. Acerquéme á una miserable casucha, que me indicó un débil rayo de luz que se escapaba por los resquicios de la puerta; pero tropecé con una pequeña aldaba, que dió motivo para preguntar: Quién va? Respondí, si por favor se me daria un poco de abrigo contra la nieve y aguacero que por momentos arreciaba. Abre, chico, gritó una voz bronca. La puerta giró sobre sus goznes, y presentóseme un hombre de fisonomía siniestra, que al verme dijo: Voto á Lucifer! Apostaria un porron de vino que en vuestro paseo nocturno hay mujeres de por medio; porque, qué diablos! la una de la noche, y con este tiempo de Satanas, no se anda así por el solo gusto de pasear.

– Cállate, capagatos; mas picotero eres que una verdulera de cuarenta abriles.

– ¿No digo yo la verdad, mi amo?

– ¿Conoces tú la verdad para hablar de ella?

– Pero, voto al chápiro! No sois vos mosen Narciso?

– Quién me nombra?

– Voto al diablo! Yo, vuestro criado antiguo Roca.

– Ah! Eres tú?

– Sí, el mismo: y, cuánto me alegro! Ahora tomarémos un razonable piscolabis para echar el frio al diablo, y despues charlarémos, y charlarémos á mas no poder.

– Mil gracias, Roca: no tengo sed.

– Y asimismo beberéis por darme gusto. Ya sabeis que fuí criado de vuestro padre, y que siempre tendré en mucha estima sus cosas y... por fin, bebeis?

– Sea como quieres, Roca; y bebí un vaso lleno de vino, que me reanimó mas de lo que yo esperaba.

– Bien. Ahora podrémos charlar.

– Di lo que gustes; pero te advierto que concluyas pronto, pues deseo marcharme á acostar.

– No seré muy largo, cuerpo de mí! Y os prevengo, mosen Narciso, que no os iréis solo, porque no quiero que se os faga algun desaguizado por estos canallas que andan por estas calles para dejar un san Sebastian á los buenos mozos como vos. Estamos?

– Convengo gustoso en lo que me propones, y sin mas digresiones cuéntame tu historia.

– Ya empiezo. Cuando el conde vuestro padre se hizo frailote

– Qué diablos dices? Mi padre, fraile!

– Me atengo á lo mismo, vuestro padre se hizo fraile con todas sus potencias y sentidos; y lo que os digo es tan cierto como lo es que yo no soy mujer, sino hombre de pelo en pecho, y como vos sois mosen Narciso, y como dos y tres son cinco, y como cuatro pares son ocho, y tres de ellos hacen seis ó media docena. Ved si estoy seguro de que se hizo frailote, aunque sin sayal.

– Atiende, Roca, que si te has propuesto contar tu historia de esta manera, déjala para otro dia.

– Ni para otro dia, ni para otra noche; pues mañana saldré de la ciudad para no volver á ella en mucho tiempo.

– Y á dónde vas?

– A los bosques de Randa para hacer una visita á mi mujer.

– Con que eres casado?

– Mas que esto, mosen Narciso, porque tambien soy lo que fué mi padre.

– Quieres decir que tienes hijos?

– Dos como unos angelitos. Pero ¿ya no tiene voace prisa en que acabe mi cuento?

– Sí, hombre.

– Pues voy allá. Vuestro padre me despidió y no hizo bien, aunque me era yo un bribon muy diestro, pues por él hubiera sacrificado mil vidas que tuviera. Habia mas que decirme: Eh! Roca: desde hoy no quiero incomodar mas al prójimo, y tú has de ser un buen muchacho y Cristo con todos. Yo lo hubiera sido para darle gusto é hiciera de las tripas corazon; mas no hubo otro remedio que agarrar mi chopo y partir.

Despues serví á otro amo, que tenia una criada muy vivaracha y zandunguera. Me enamoré de ella, y me valí de diez mil camándulas y otros tantos ardides para.....; pero no se dió por entendida, y me fué forzoso casarme. Me casé pues y dejé de ser soltero, enviándome el amo á servir de mayoral en un predio cerca de Randa, y allí he vivido hasta hace cuatro dias que vine aquí á arreglar cuentas con él y largarme. Ya he concluido, mosen Narciso. Si algun dia puedo seros útil valeos de mí, que, voto al diablo! no os pesará. Lo ois?

– Sí, Roca; pero qué vas á hacer ahora?

– Lo que algun dia sabréis; y solo os digo que no penseis que pase por mi magin imitar al conde vuestro padre en lo de frailote. Reparad bien si tengo yo un aire cazurro para dejarme encajar como de molde el sayal sobre mi cuerpo. Vaya! Cuando entro en cuentas conmigo mismo se me revuelve el juicio. Un hombre como vuestro padre, mas alegre que unas castañuelas y de un genio mas vivaracho é irritable que una vívora, rayo del cielo! y hacerse fraile... no lo alcanza mi cacúmen.

– Dale bola con el fraile... Explícate de una vez. ¿Por qué dices que se hizo fraile?

– Porque desde la noche que recibió el alfilerazo que le dió aquel endemoniado jóven de Alcudia, no quiso tratar con ninguno de nosotros por consejazos del bendito de su confesor, con quien se casó por toda una eternidad, ó *per omnia in secolis* como dice fray Liborio, y abandonó aquellas noches de jolgorio y zambra, en que nos divertiamos hasta desternillarnos de risa.

– ¿Y reiste mucho cuando se te apremió con aquel solemne puñetazo, que te dejó sin sentido?

– Aquello, voto al diablo! ya no fué cosa de risa; pero, ¡qué le harémos! No hay camino tan llano que no tenga algun tropezon ó barranco. El puñetazo fué tremendo, y me pareció al recibirlo que una legion de diez mil demonios zumbaban al rededor de mis oidos: medio minuto despues ya nada oia, porque perdí los sentidos. ¡Válame san Cristóbal y qué puño aquel!

– Basta, Roca. Acompáñame ó me iré solo, y cuenta conmigo en cuanto necesites.

– Lo que necesito es acompañaros para libraros de algun desaguizado.—Vámonos, capagatos. Llegados al portal de mi

casa, despedíme de Roca encargándole que fuese hombre de bien (*).

Yo no os explicaré cuánto pasé de angustioso durante las pocas horas que restaban de la noche, porque hay cosas que se sienten y comprenden, y no obstante es absolutamente imposible describirlas.

A las ocho del dia siguiente volví á la calle en que vivia Blanca, y entrando en la casa de un artesano que vivia enfrente la suya, me informé minuciosamente de quién era el vecino inmediato de ella, y se me contestó que una jóven muy bonita. Pregunté si cortejaba, y se me respondió afirmativamente, añadiendo que no pocas noches se habia visto salir su amante á mas de las doce. Con tal noticia fué mi gozo tan extremado que sin saber lo que hacia dí á su hermosa hija de doce años un anillo precioso, marchándome á mi casa mas rápidamente que una saeta.

El dia señalado para mi recepcion en casa de mi querida, fuíme á ella con una hora de anticipacion á la prefijada. Subí la escalera con un trastorno en mis facultades intelectuales, de que yo mismo me admiraba. Llegado á la puerta la encontré cerrada, y sin otro ruido que el que daban los saltos tumultuosos de mi corazon. Apliqué el oido al ojo de la cerradura y nada oí. ¡Á las nueve y media todavía duermen! Media hora despues, que para mi habia sido medio siglo de tormentos, reinaba el mismo silencio. Di un golpecito á la puerta y no tuve respuesta. Repetíle mas fuerte, grité y mi voz fué tan mal contestada como lo demas. Furioso y mohino bajé y pedí al menestral qué se habia hecho aquella familia.

(*) Véase el tomo 3º de la Historia de Mallorca por D. Vicente Mut, y se sabrá quién fué este Roca.

– Lo que se ha hecho no lo sabemos, pues el mismo dia que V. estuvo aquí para informarse de la vecinita, las vimos salir madre é hija acompañadas de un jóven elegante, y no han vuelto aun.

– ¿Creeréis, mi amigo Font, que en aquel instante olvidé completamente á aquella criatura?

– La olvidasteis?

– Para siempre. Volvíme á casa sereno, y tan sereno que aquel dia comí triple de lo acostumbrado; lo que indica de un modo incontestable que mi moral estaba libre, y mi físico, ó mejor dicho, las funciones de los órganos habian recuperado todos sus derechos perdidos.

Nada que merezca referirse me sucedió hasta la muerte de mis adorados padres, acaecida con solo seis dias de diferencia. Quince dias despues mi hermano mayor me llamó á su cuarto y me dijo: Sabe, Narciso, que hace mucho tiempo que yo soy casado con Blanca N.—Con Blanca!—Sí, con ella. Caséme secretamente cuatro dias posteriores á tu declaracion; por lo que si no estás libre del amor que le tenias, no vendrá á vivir aquí. Ni ella ni yo queremos que sufras. — Basta, Guillermo. Que venga tu mujer, y descansa; pues si no la aborrezco, tampoco siento nada que me incline á ella.

En efecto, así ha sucedido. Mi diversion favorita era pescar; y un dia que muy de mañana habia salido de la ciudad con el mismo objeto, cuando mi criado y yo habiamos pasado ya el *Portichol* dirigiéndonos á las playas de cerca Son Suñer, notamos que habiamos dejado en casa el cesto con las provisiones de boca. El criado, pues, volvió atras para traerlas y yo no paré hasta el puesto de antemano determinado para la pesca. A mas de la una de la tarde mi estómago me re–

cordaba la mucha necesidad que experimentaba de alimentos, y el criado no parecia. Á las dos cesé de pescar, y la hambre me ostigaba vivamente. ¡Qué diablos habrá sucedido á este maldito criado! Media hora despues se me habia apurado la paciencia, y tomé el partido de volverme á la ciudad con propósito bien firme de deshacerme de él. Ah! ¡Cuán miserables somos al formar proyectos para lo venidero! Al mismo tiempo que yo le maldecia, exponia él su vida para conservar la mia. Poco ántes de llegar al *Portichol* descubrí á Francisco, que este era su nombre, y al llegar á mí me hizo señas de que no pasase adelante.

En la horrorosa palidez de su semblante conocí que le habia sucedido algo de extraordinario.

– Habla Francisco: Qué te ha sucedido?

– Huid, mi amado amo, huid si no quereis ser víctima de los asesinos de la ciudad. Aquí está una bolsa llena de oro, que para vos me ha entregado al embarcarse vuestro hermano con su mujer.

– Mi hermano embarcado! Y por qué?

– Yo no lo sé, y lo que puedo deciros es que un tumulto de hombres y mujeres gritan: mueran todos los mascarados, y han muerto á puñaladas á mosen Miguel Zavila, mosen Alberto Pax, á los mosenes Baltasar Manera, Jaime Ballester, Gerónimo Cotoner, á cinco Puigdorfilas y otros (*), y yo he estado muy expuesto á ser despansurrado porque me han conocido por criado de V. Huid, repito. En este momento llegó á nuestros oidos una gritería espantosa de mueras, y vime obligado á poner los pies en polvorosa, dirigiéndome á los bosques de Randa con paso redoblado.

(*) Histórico.

Considerad cual podia ser mi estado al anochecer de aquel funesto dia 7 de febrero, extenuado de fatiga, sin haber probado un solo bocado de pan desde las siete de la mañana, y expuesto á pasar una noche sin mas abrigo que la de algun árbol en la mas rigurosa estacion del año. Antes de cerrar del todo habia alcanzado un pinar y sentádome debajo de un grueso pino, en donde me asaltaron un tropel de reflexiones sobre las vicisitudes de este mundo maldecido. Esta misma mañana nada me faltaba, y en este momento ni tengo con que satisfacer mi extremada necesidad de alimento, ni un miserable albergue para preservarme del frio que por instantes paraliza mis miembros. Gran Dios! compadeceos de mí. Al concluir esta súplica me dió un patatus, que me impidió notar un jóven payes, que puesto ante mí me contemplaba sumamente conmovido. Su voz vibrante reanimó mi espíritu. Qué teneis, hermano? Estais enfermo? Hablad, nada temais.

– Sin duda Dios os envia, respondí.

– Tal vez que sí que lo adivinais, porque el encontraros lo debeis á lo testarudo de mi jumento que se ha empeñado en tomar este atajo.

– Y de dónde vienes, buen jóven?

– De la ciudad.

– De la ciudad!

– Sí de ella, en donde hay grandes novedades. Sí, mas grandes y gruesas que el monte de Randa, y tan tristes como un ataud.

– Puedo yo saberlas?

– Aunque me extremecen voy á decíroslas. Una multitud de hombres de mala facha gritaban como unos endemoniados (al decir esto hizo la señal de la cruz) diciendo: Viva el Rey, muc-

ran los nobles ó mascarados, jusabris, y despansurraban á los nobles (*).

– No comprendo qué significa jusabris.

– Ni yo tampoco, y sin embargo lo decian cuando asesinaban á los nobles.

– Lo que dirian seria *Jus est in armis.*

– Me parece que lo acertais, mas aun no lo he referido todo. Á un cuarto de legua de aquí he encontrado una docena de hombres con lanzas, preguntándome si habia visto un jóven mascarado hijo segundo del conde N... cuyas señas me dieron; y por si acaso sois vos, os aconsejo que os escondais muy bien, porque si os atrapan, con un pistoletazo de los que ellos descargan á su modo como yo lo he visto, os bastará para que se os entone el *de profundis.*

Yo os ofreceria mi cabaña, en donde podriais estaros seguro por algun tiempo; y si la aceptais levantaos y marchemos, porque, por la Vírgen del Cármen, que estamos los dos tiritando de frio á mas no poder.

– Antes de todo, buen jóven, dime: ¿cómo te llamas, y cómo siendo un payo del campo discurres y hablas mas que regularmente bien?

– Mi nombre es Bernardo Oliver, y he servido ocho años de criado en casa de mosen Pedro Juan Zaforteza, al cabo de los cuales he tenido que volver á la cabaña para cuidarme de mi madre viuda desde hace diez y ocho meses, y de mi hermana Micaela. Ahora os repito si aceptais mi pobre casa?

– Sí, querido Bernardo, la acepto, y desde ahora te doy mil gracias por ello. Soy noble y sabré agradecerte una oferta que me libra de una muerte inminente. Sabe que desfallezco de

(*) Todo esto es histórico excepto los interlocutores.

hambre, y no sé si podré aprovecharme de tu cristiano ofrecimiento, pues no puedo tenerme en pie.

– Vírgen santisima! Tomad, comed, montad sobre mi jumento, pues todavía hemos de andar unos tres cuartos de legua, y es necesario salir pronto del bosque en donde se esconden ladrones.

Comí pan y queso que encontré muy sabroso, apesar que se pudiera con el descalabrar un jigante, de lo que inferí que no hay salza como el hambre.

Cuarenta y cinco dias viví con esta buena familia, á la que, como debeis suponer, remuneré como pude sus leales servicios. Una noche que aguardábamos á Bernardo para cenar, y que habia pasado mas de media hora de la acostumbrada á regresar, entró de repente alterado el semblante y jadeando de la fatiga de haber corrido un gran trecho, diciéndome: Pronto, pronto, mosen Narciso, poneos en salvo, porque una docena de agermanados que han descubierto vuestro asilo, vienen apresurados para apoderarse de vuestra persona, y ya sabeis la suerte que está reservada á los que caen entre sus garras. No bien acababa Bernardo de pronunciar estas palabras, cuando oimos el ruido de las pisadas de mis enemigos: huí, y me siguió Bernardo temiendo el que me extraviase. Escondímonos dentro un encinar, y al romper el alba nos despedimos; y esta es la hora que nada he sabido ni de Bernardo, ni de su buena madre y no menos apreciable hermana.

Otra vez desamparado de todo el mundo, vagando solo por dentro un bosque para mí desconocido, muerto de hambre y cansancio, ignorando hácia donde debia dirigir mis pasos para salir de aquel intrincado laberinto, y quizá encontrar luego una muerte desastrosa, no habiendo en mi vida hecho

mal a nadie. La congoja se apoderaba de mi corazon, sin saber cómo remediarla. Seria ya mas de la una de la tarde cuando me ocurrió subir á lo mas alto de una vieja encina, desde la que descubrí una casita situada á la parte del norte de Randa. La hambre y mi situacion desesperada me obligaron á arriesgarlo todo de una vez, y no paré hasta ella. Una jóven linda como un lirio me preguntó qué buscaba.

Hermosa muchacha, ten compasion de un desdichado y déjame descansar un rato, dándome un poco de pan para comer, porque á la verdad desfallezco.

Inmediatamente me presentó pan, tocino y un vaso de vino, diciéndome: comed de prisa y marchaos, porque en esta casa viven una docena de agermanados que harian gigote de vos si os topasen. Pero, Dios mio! ¿No sois vos mosen Narciso? Pasmado de oirme nombrar, miréla atentamente pareciéndome que sus facciones no me eran extrañas. ¿Me conoces, hermosa niña?

– Veis este anillo?

– La hija de aquel artesano!

– La misma para serviros. ¡Y cuán contenta estoy de poder seros útil!

– Hace mucho tiempo que estás aquí, Paulita?

– Cerca de un mes.

– Y tus padres?

– Son á dar un paseo.

De improviso Paulita palideció, y tomándome la mano me obligó á seguirla para ocultarme debajo de un monton de anea. No podeis ya salir. Los agermanados están ya aquí. En efecto entraron y sentándose sin órden, uno de ellos dijo: Hola! La sirena se solazaba comiendo y bebiendo para matar el tiempo. Verdad, taimada picarona?

– Miren el tunante sin vergüenza, amen de avechucho de mal agüero, con que preguntas se descuelga. Si soy sirena y taimada, qué le importa al muy belitre?

– Y cómo se explica la cotorra esta! La pregunta es muy del caso, voto al diablo! Aquí está el vaso acabado de vaciar y no de agua, sino de vino que no bebes. Di pues, ¿quien se lo ha bebido?

– ¿Estoy yo obligada á darte cuenta de mis acciones? Si necesitas saberlo, anda á buscarlo.

– Ya lo hago. Qué mas deseas?

– Lo que deseo es el que te vayas al infierno.

– Contigo haria gustoso el viaje. ¿Consientes en acompañarme?

– Nó, que nó; pues poco me gusta viajar con majaderos.

– ¡Qué geniazo de muchacha el tuyo para que no te falten perendengues! ¿No es así, hermosa, fascinadora, encantadora y afable ninfa?

– Es preciso que seas muy tronera para burlarte con tanta grosería.

– Te propongo hacer las paces con una condicion y es, que nos digas quién se ha comido el pan y bebido el vino.

– Yo.

– Tú! Esto es una mentira como una loma. Jamas bebes vino ¿y ahora te ha dado la humorada de beberlo? Permite que acerque mi nariz á tu boca, y si el resuello exhala un solo átomo de olor vinoso, te prometo regalarte un vestido nuevo.

– Si te acercas te romperé las narices.

– Bah! ¿Y este piececito que se ve por debajo de la anea, de quién es? Muchachos, aquí tenemos el mascarado de la cabaña de Oliver. Á mí me parecia haberle visto entrar, y

no me he equivocado. Vamos pues á colgarle de esta encina.

Paulita sacó un cuchillo y dijo: al primero que se acerque se lo clavo en el corazon.

– Pues dinos, á quién ocultas?

– El que oculto es mi marido, y en prueba de verdad aquí está el anillo nupcial.

– Si es tu marido le perdonamos; pero queremos verle y que nos diga si es cierto.

– Adelante, Narciso, sal de aquí.

– Es tu mujer esta?

– No lo es, pero juro que lo será.

– Y á quién lo juras?

– Á Dios. Os agrada así?

Falta saber si el padre de Paula consiente ó no; pero aquí está. Gabriel, ¿permites que tu hija se case con un mascarado?

– ¿Quién es el tal que intenta casarse con mi hija?

– Mírale.

– Mosen Narciso!

– El mismo, Gabriel.

– Yo no quiero que Paulita se case con vos.

– Y la razon, padre mio?

– La razon, la razon, yo ya me la sé.

– Entónces respondieron los otros, vamos á levantarle en alto en esta encina.

– Tampoco quiero esto.

– Aunqne tú no quieras, asimismo lo harémos.

– No lo haréis, contestó Paulita con un grito desgarrador y lúgubre, miéntras yo viva.

– Hola, la valiente! Déjate de niñadas y apártate.

– Apartarme! Tendrás, malvado y asesino, que pasar primero sobre mi cadáver; y me cubrió con su cuerpo.

– De veras? Y se adelantó Felipe hácia Paulita. Arranqué el cuchillo de la mano de esta, y pasándola delante dije: «Aquí estoy, monstruo inhumano. ¿Qué te he hecho para querer asesinarme? ¿Con tamaños crímenes pensais que pueda prevalecer vuestra bandera? Miserables! El pendon que habeis enarbolado admite la guerra; pero es de todos los pendones el que mas desaprueba y condena con horror los asesinatos. En esta atencion, ya que tanta sed teneis de mi sangre sin que yo os haya hecho nunca la mas mínima ofensa, derramadla en combate leal. Uno por uno os reto á la lid hasta que yo muera. Qué respondeis?»

– Lo que respondo, contestó Felipe, es que te vayas á sermonear al infierno, y sin mas me acometió puñal en mano; pero mi cuchillo entró hasta su corazon, y cayó redondo á mis piés. Los otros iban á acometerme, y una voz formidable los dejó petrificados. Roca!

– De qué se trata? preguntó este.

– Ya lo ves. Este maldito mascarado acaba de asesinar á nuestro capitan Felipe, el mismo que despansurró á tres Puigdorfilas y á mosen Gerónimo Cotoner.

– Mientes, infame. Yo me he defendido, y Dios ha dirigido mi cuchillo para acabar con el asesino de los inocentes Cotoner y Puigdorfila. Entónces enteré á Roca de cuanto habia pasado, y este tomándome la mano dijo, dirigiéndose conmigo á la puerta: Buenas tardes, muchachos.

– Esto es una infamia, gritaron los agermanados. Doce que somos, ¿permitirémos que un hombre solo nos arranque de las manos un mascarado, que ademas ha quitado la vida á nuestro capitan? Alto, Roca! De lo contrario harémos gigote de tu persona.

– Habeis perdido la cholla, so borrachos! ¡Guay de vosotros

si no abris paso, y hablais una sola palabra mas! Roca dió un silbido, y al momento entraron mas de veinte hombres armados. Qué se os ofrece, capitan?

– Nada. Estos miserables no sabian de qué cenar, y trataban de hacer gigote. Cosa de borrachos! Vámonos, y nos fuímos.

Llegados á la vivienda de Roca cenamos como unos patriarcas, y despues me refirió que habia encontrado á Oliver, quien le indicó mi situacion, y que de seguida registraron el bosque sin hallarme, y temiendo que hubiese caido en las garras de mis perseguidores se habia dirigido á la casita, llegando tan á tiempo que un minuto despues ya hubiera sido tarde. Á la mañana siguiente Roca y seis de los suyos me acompañaron hasta Alcudia, volviéndose despues.

Aquí teneis, amigo Font, mi historia. Falta deciros que juré á Dios pedir perdon en nombre de mi padre al capitan Sureda, y tambien casarme con Paulita, y para lo uno y lo otro espero vuestro auxilio. Tengo un presentimiento de que he de morir en un combate, y no quisiera que esto sucediese sin haber cumplido mis compromisos.

– ¡Oh cuántas angustias habeis pasado, mi venerado mosen Narciso! Pero por ellas habréis podido conocer que la Providencia vela por los desgraciados, y que siempre mezcla algun consuelo en los tormentos mas crueles, para darnos á conocer que cuando nos hiere, no nos abandona su misericordia (*). Ahora tranquilizaos, y no olvideis el apotegma latin *post nubila Phœbus*. Tantos dias de tormenta son preludio de una igual ó superior calma: en esta atencion no mortifiqueis vuestro espíritu con ideas lúgubres. Dejaos de presentimientos, y con-

---

(*) Regnauld-Warin.

fiad que pronto vuestros cristianos deseos estarán satisfechos á vuestro talante.

En cuanto al capitan Sureda le hablaré hoy mismo, y podeis contar que tendrá una satisfaccion cumplida de poder cultivar vuestra apetecible amistad.

Volvamos á Leonor y Catalina. La reticencia de Font y las poderosas y convincentes razones de Catalina anonadaron á Leonor, y al cabo de un buen rato exclamó: oh, Catalina! Perdóname. Te confieso que soy muy culpable con relacion á ti, esperando de tu bondad que no me condenes con igual ligereza á la mia. Las apariencias, es demasiado cierto, me favorecen muy poco, apesar que de ellas á la realidad hay una distancia inmensa, hay de por medio un abismo.

Voy á demostrártelo. Mi tio el cura es un eclesiástico muy rígido; pero esta rigidez solo la guarda para sí mismo, siendo tan indulgente con las faltas del prójimo que siempre se esfuerza en minorarlas y excusarlas. Tantas veces como ha hablado de tu primo, le ha prodigado las mayores alabanzas, motivo por el cual le descubrí el amor que yo le profesaba. Te lo apruebo, querida sobrina. Pocos hombres conozco mas dignos de ser amados. Cuando me disteis la carta fatal tuve la debilidad de enseñársela, y él la flaqueza de dictarme la contestacion. Desengañada despues de la impostura, me apresuré á escribir un billete á Sureda citándole á mi casa para las nueve de la mañana siguiente, y esta es la hora que no le he visto.

Al anochecer del mismo dia presentóse mosen Narciso empeñándose en que le manifestase la causa de mi profunda melancolía, y el por qué tu primo no frecuentaba ya mi casa.

Respondíle con otra pregunta de si estaba en ánimo de salir á la lid contra los agermanados.

– Puede V. dudarlo?

– Será regular, pues, que V. vea á Sureda.

– Espero combatir á su lado.

– En esta atencion me atrevo á exigirle el favor de que precisamente al marchar á la lucha, diga de mi parte á Sureda que le suplico olvide la injusta ofensa que en un momento de exasperacion le hice con la carta que le escribí; añadiéndole que en caso de que muera por la patria, le juro que por él Leonor Serra morirá soltera.

– Dígnese, Leonor, presentarme su mano.

– Y para qué?

– Para jurar sobre ella, como sobre los evangelios, de que quedará V. servida; y ademas dijo, tomándome la mano: Juro no volver mas á esta casa hasta que V. esté reconciliada con su digno amante; y sin otras palabras se marchó, y no ha vuelto. Esta es, Catalina, mi verdadera historia. Ah! Si yo pudiese lavar y borrar con la sangre de mis venas la ofensa que te he hecho, me la sacaria toda en este instante.

Reconozco ahora, aunque tarde, lo que valen las máximas de vuestro ilustrado médico. El amor con zelos desmedidos es el primer grado de la locura, y cuando menos es un delirio que hace enmudecer todos los demas sentimientos, incluso el de la mas santa amistad. ¡Cuanta verdad encierran estas pocas palabras! ¿No ha sucedido de esta manera conmigo?

Todos los dias de mi vida lloraré con lágrimas de sangre este delirio que me volvió arisca, haciéndome injusta contigo apesar de haber tú sido siempre mi mas tierna y mas leal amiga. Sí, leal y sublime ademas, porque sacrificaste la mas fuerte, la mas impetuosa, y la mas loca tambien de todas las pasiones á favor de una amiga ingrata, que pagaba tu heróico

sacrificio y tu abnegacion honrosa con sospechas las mas negras, y con insultos los mas injustos y groseros.

La violenta conmocion que experimentaba Leonor al pronunciar estas palabras, y las ardientes lágrimas que rielaban por sus mejillas de rosa la impidieron continuar. La sentimental Catalina cuyo corazon era de oro, no pudo resistir mas tiempo, y abrazándose con Leonor besóla mil veces diciéndola:—No mas lágrimas, amiga de mi vida, afuera disgustos y pesares. Eres un ángel, Leonor, y lo has sido siempre. Desde este solemne momento en que he descubierto tu pureza, corre de mi cuenta el que mi primo te rinda el culto idólatra que se merecen tus grandes cualidades. Confíate de mí, y pruébame que así lo haces acompañándome esta tarde á presenciar el simulacro de combate que ha de repetirse en el Puerto menor. Allí verás la bizarría y porte marcial de la juventud alcudiana, y el imponente golpe de vista que presenta el campamento con tanto penacho blanco y encarnado, con tantos rayos como despiden las armas heridas por los del sol.

Verás la gallardía con que remedan un combate, retrocediendo y formando rápidamente un cuadro á tres ó cuatro de fondo: muro impenetrable para quien contempla aquel círculo erizado de triplicadas puntas de lanza.

Verás tambien la lucha y el juego del disco, colmando de todo un mundo de gritos y aplausos á los vencedores.

Á propósito del vencedor. ¿Á qué no adivinas quién lo fué ayer?

– No me parece muy difícil; pues sin duda lo fué Font este hermoso tipo de la raza griega.

– No tomó parte.

– Ya lo fué tu primo.

– Tampoco tomó parte.

– Entónces lo fué mi pariente Serra.

– Este lo fué antes de ayer.

– No lo sé, querida Catalina.

– Lo fué Juan Ferrer, Pedro Amoros, y Antonio Maura que se bate como un Hércules. Lo creyeras?

– Te sea muy enhorabuena, amiga mia; te prometo acompañarte si pasas por aquí.

– Vendré con mi prima Ines, á quien no has visto aun.

– Lo deseo de corazon.

– Pues hasta la vista.

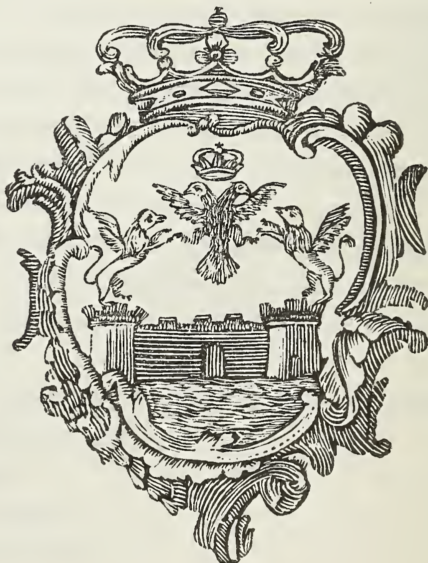




CAPÍTULO IX.

El espía.

Es la una de la tarde, y todos los caminos hormiguean de gente que va á presenciar las maniobras, que dirige y manda el capitan Sureda en los simulacros de batalla dados en cada una de ellas. Por primera vez se ha de desplegar un hermoso estandarte de seda color azul claro, que ha de ser la bandera de Alcudia en los combates. En su parte media ostenta dos torres, sobre las cuales están dos grifos sosteniendo una corona imperial, que son las armas de Alcudia.



Este majestuoso estandarte bendecido por el cura Serra, que lo es de esta parroquial iglesia, fué entregado al referido capitan, diciendo:—Recibe esta bandera santificada con las bendiciones del cielo, y sea terrible para los enemigos del pueblo cristiano, y concédate el Señor su gracia para que en su nombre y á su honor ileso y seguro penetres poderoso las huestes enemigas.

El capitan ha echado suertes en un morrion de acero por no herir la delicadeza de ninguno de tantos dignos jóvenes guerreros que querian llevarlo en las batallas, y ha sido Jaime Roig el que la suerte ha designado.

Concluída la guerra, fué depositado en la parroquial iglesia, experimentando las mismas vicisitudes por las que ha pasado esta poblacion, digna, en todos conceptos, de mejor suerte por su noble generosidad, por su heroismo igual á el de las mas célebres ciudades, y por su resignacion cristiana en su desnudez, desamparo y jigantescas desgracias.

¡Insignia respetable, en los pliegues de la grosera y miserable tela que vistes ahora, tan distinta de la que orgullosa ostentaste la primera y demas veces que los valerosos adalides de esta ciudad te desplegaron al viento, ocultas una laureola de gloria inmortal mas que suficiente para hacer sublime tu pobreza del dia! Mi tosca pluma, mojada en la tinta del mas ardiente amor patrio, te dedica un recuerdo, ya que otras mas dignas de ti te han dejado dormir un sueño muy semejante al de la muerte.

Como deciamos, los caminos hormigueaban de gente que iba al sitio del simulacro, y entre ella se notaban tres muchachas, que cual otras tantas diosas del olimpo, atraíanse la atencion y miradas de todos. ¡Oh qué trozo tan hermoso de muchachas! ¿Cuál de ellas se lleva la ventaja?

Las tres son un dechado de belleza, y cada una de por sí basta y sobra para trastornar la cabeza mejor organizada; mas, al fin preciso es confesar que la hija de nuestro capitan es la luna entre dos resplandecientes estrellas. El apodo de la Perla de Alcudia le está bien aplicado.

Mas acertado seria, replicó una voz hacerle extensivo á sus dos campañeras, sin pararse en comparaciones odiosas, pues la diferencia no es tanta que á ella sola pueda llamársela perla, siendo perlas y muy perlas las otras.

Nadie supo quien fuese el replicador, pero ya le conocerémos mas adelante.

Durante el descanso del ejercicio, Sureda, Font y Maura se presentaron á sus queridas, que los recibieron con muestras del mayor cariño. Catalina habló algunas palabras al oido de su primo, que debieron serle muy gratas, pues súbitamente la mas expresiva alegría brilló en sus varoniles facciones.

En el interin tres hombres desconocidos y que hasta entónces habian estado confundidos entre la multitud de espectadores, se escurrian del campamento, acelerando el paso luego que creyeron que no podian ser notados. Llegados á la desierta playa que se extiende siempre solitaria hasta el recodo que forma el puerto de Pollensa, á la voz del que era gefe hicieron alto, sentándose en un sitio en que no podian ser sorprendidos y mucho menos oida la conversacion, que empezó de esta manera.

Vamos á ver, Cremad y tú Florit con el retumbante apodo de estudiante, ¿qué juzgais de lo que hemos visto?

– Hemos de empezar por las tres ninfas?

– Sea. Cuál de ellas escogerias, estudiante?

– Á todas tres.

– Voto al diablo! Y por qué á las tres?

– Por no ofender á ninguna.

– Buena razon de pie de banco es la tuya!

– Os equivocais, Sr. Gererañy. Mi razon es muy lógica.

– Veámosla.

– ¿Sabeis que significado tiene el *pulchrum pomum, pulchrum donum, pulchriori detur*?

– Nó, pero tú me lo dirás.

– Una manzana de oro debia darse á la mas hermosa de tres jóvenes convidadas al banquete de nna boda, y el príncipe Páris fué nombrado juez para resolver la cuestion; y fué tan bobo que la dió á una, quedando las otras dos en tal grado ofendidas que juraron su perdicion y la de Troya su patria, y Páris y Troya se perdieron.

– Acaso podia este Páris hacer otra cosa?

– Por supuesto que sí, señor gefe.

– No te entiendo.

– Si yo hubiese sido Páris dijera. Señoritas mias: Esta hermosa manzana ha de darse á la mas hermosa de vosotras, y todas tres lo sois sin un átomo de ventaja la una sobre la otra; fallo que las tres sois una sola, y por consiguiente la manzana es de las tres, y asunto concluido. Obrando de esta manera prevenia su ruina y la de su patria, y excusara á Virgilio de escribir el *tantæ ne animis cœlestibus iræ*. Porque habeis de comprender que las jóvenes eran tres diosas: Minerva, que prometió al muy bobo Páris hacerle el mas valiente y sabio de los hombres si le daba á ella la preferencia; Juno, que con el mismo objeto ofrecióle hacerle el mas rico; y Vénus, que á su vez le brindó con la mujer mas hermosa de este pícaro mundo. La manzana fué de Vénus, y por ello Páris y Troya se fueron al diablo. Decidme ahora si mi razon es de pié de banco.

– Sabes un punto mas que el diablo; pero dime: ¿Qué piensas en tus adentros del asunto principal?

– Pienso, respondió Florit, que los alcudianos son unos brabuconazos, bien capaces de hacernos sudar el hopo.

– Es este tu parecer?

– Puede el vuestro ser diferente? ¿Es posible mayor destreza que la de sus fundibularios? Y qué dirémos de los arqueros? Creo de buena fe que á la mayor distancia que alcanza la fuerza del arco de cada tres tiros clavarian dos en el ojo que designasen por blanco.

– Así lo creo yo tambien, dijo Cremad.

– Cierto es, respondió el gefe; mas á nosotros toca abatirles los brios, y lo harémos.

– No será tan fácil como lo decis, Sr. Gererañy, replicó Florit, porque, voto al diablo, para hacer una fritada de aquellos chicos se necesita algo mas que palabras y fanfarronadas, como las que se sueltan á la ventura por estos mundos de Dios.

– Fácil ó difícil, los malditos nobles han de ser escabechados, y los de Alcudia morirán fritos.

– Sea así; pero cuidado á ir por lana y volver trasquilado. Si en los combates son tales como han sido en estos dias de ensayos, me temo muy mucho que tengamos que acabar con locas esperanzas. Por mi parte aseguro que desde hoy en adelante ya no daré mas crédito á las chirinolas que nos hacian tragar por la ciudad.

– No te consideraba tan gallina, Florit.

– Demasiado sabeis que yo no soy cobarde, pero digo lo que siento en beneficio de nuestra causa; y ahora añado que una vez trabada la lid, me libre Dios de encontrarme facha á facha con Font, con Serra, con Sureda, y mas con el capitan.

– Tranquilízate: á Font lo guardo para mí, y para los otros ya tengo elegidos á los que darán buena cuenta de ellos.

– Guardais á Font para vos?

– Qué te parece?

– Que buen provecho os haga, y me alegraré de que no os pese la eleccion, aunque como vos habeis estudiado la medicina, sabréis el modo de neutralizar las consecuencias de sus descomunales golpes.

– Font te espanta mucho.

– Él nó; en recompensa su lanza me horripila, y con motivo. ¿No visteis que á la distancia de diez pasos clavaba todo el hierro en el blanco de madera? ¿Ignorais que nuestras columnas apostadas en los caminos para impedir auxilios á los de Alcudia han sido destrozadas por un número de alcudianos doblemente inferior al de los agermanados? (*)

– No lo ignoro; pero sé que no lo fueron por Font.

– Verdad. No lo fueron por este; pero sí por los valientes que acaudilla, y entre ellos los mas terribles son Serra, Solivered, Cugullada, Venteyol, Torrents, Mascaró, Domenech, Roix, Ferrer, Guayte, Renovard, Amoros y muchos otros de que no me acuerdo. Sabed ahora una cosa. Todos estos, con otros hasta el número de treinta, siempre siguen á Font como la sombra al cuerpo. Todos son sus iguales; y sin embargo le han elegido por gefe. ¿Me hariais el favor de explicarme el por qué?

– Convengo en que Font es valiente y esforzado; mas, ¿no lo son tambien nuestros guerreros Janer, Cerdá, Xamena, Sard, Cloquell, Ramis, Delmau y otros ciento que en nada ceden á Font?

(*) Histórico.

– Los que habeis nombrado, os concedo gustoso que son muy valientes; pero esto no destruye lo que he dicho.

– ¿Y del capitan que has visto que te da un miedo tan cerval?

– Mas de lo necesario para convencerme de que es un bravo y sabio militar, de cuyas brillantes hazañas son un buen testimonio los campos de Nápoles; como lo son tambien de la corona de gloria inmortal que en ellos adquirió su amigo y compañero don Pedro de Pax, este otro celebérrimo mallorquin (*). En los pocos dias de ejercicio, sus reclutas ya ostentan un aire marcial igual al de los veteranos, ejecutando las evoluciones con una precision y desembarazo sorprendentes. La inconcebible rapidez con que forman un cuadro erizado de puntas de lanza á tres ó cuatro de fondo, demuestra el entusiasmo que anima á todos para rechazar con brio nuestros ataques.

– Creo en Dios y en mi ánima, Florit, que padeces una diplopia.

– Qué charlais de poplias?

– Una diplopia es ver un solo cuerpo doble, ó convertido en dos, y el temor en algunas organizaciones puede producir, en mi concepto, este fenómeno anormal.

– Sr. Gererañy, no atribuyais á temor lo que son observaciones exactas y prudentes, para que no seais confiados en demasía; pues el arrepentimiento de tamaña confianza, seria, vive crispo! tardío y funesto. Los alcudianos se preparan á la lid, y nosotros no debemos perder un tiempo precioso en soltar patochadas que no pueden servir sino para desacreditar-

(*) Histórico. Este Pachs ó Pax, hijo de un gobernador de Alcudia, mandó á los alcudianos en los combates contra los agermanados; y segun algunas crónicas dió orígen á la ilustre casa de los señores condes de Perelada actuales.

nos. Juicio debemos tener, porque, voto á cribas! que ya somos hombres con barba y bigotes. Vosotros pensais, y yo lo pensaba tambien, que para conquistar á Alcudia bastará presentaros ante sus murallas, y luego sus moradores aterrados vendrán ellos mismos á echarse en la sarten, dentro la cual les amenazais de que han de acabar sus dias. Mi permanencia entre ellos me ha hecho ver las cosas á traves de un prisma mas veraz de lo que me las presentabais vosotros, y estoy enteramente persuadido que algo mas que baladronadas tendrémos de que servirnos para habérnoslas con los de Alcudia y nobles que protegen.

– Basta, Florit. Guarda tus reflexiones para cuando se te las exijan. Limítate á dar cuenta de tu comision de espía.

– Yo no soy espía, sino un hombre honrado que ha arriesgado su vida por la causa que defiende. Un espía, Sr. gefe, es el miserable que por dinero vende á su patria, sirviendo á sus enemigos y.....

– Tienes razon: perdona mi indiscrecion y dí ¿qué has sacado en limpio de tus observaciones?

– Aquí está trazado un cróquis, del cual resulta que la letra D. señala la parte mas débil de la muralla del norte. La letra B. el punto *del Barqueres*, en el cual se debe colocar la batería. La C. la muralla mas flaca de la parte del sur.

– Bien está. ¿Y cuántos son los hombres de armas tomar?

– Para salir al campo unos seiscientos infantes y veinte caballos, sin contar los nobles, sus criados, y otros alcudianos que en caso necesario empuñarán las armas.

– En todos serán mil?

– Poco mas ó menos.

– ¿Y cuántos de los nuestros juzgas necesarios para apoderarnos de Alcudia?

– Cinco mil al menos.

– Pues irán seis mil, sin contar doscientos caballos. ¿Crees imposible la fritada?

– Por piedad, Sr. Gefe! Dejaos de fanfarronadas y chanzas de mal gusto. Creo, á fe de Sebastian Florit, que antes han de morir mas de dos mil de los agermanados, y voto al diablo! que el precio es algo subido para chancearse con fritadas.

– Y mucho mas si tú, estudiante, has de ser uno de los dos mil. No es así?

– En este caso, Sr. Gererañy, prefiero y deseo que mueran los seis mil, incluso vos, con los doscientos caballos por añadidura.

– ¿Sabes que deduzco de todos tus razonamientos?

– Explicaos, y lo sabré.

– Que en estos dias que has vivido en Alcudia, te has vuelto muy partidario de sus moradores.

– De sus moradores nó, pero cierto es que los admiro.

– No te comprendo.

– Escuchad. He asistido de incógnito, y como debeis suponerlo, con un inminente peligro de mi vida, á los debates tenidos en la Consistorial sobre esta guerra, y me he convencido que en el corazon del hombre hay una cosa sublime que acalla, ahoga y reprime sus mas ardientes inclinaciones, ó sean sentimientos, si para satisfacerlos se le quiere obligar á cometer bajezas. Os puedo asegurar que la mayoría de los alcudianos desean y aman la libertad; y como vosotros pretendeis que os obedezcan como esclavos, y ademas exigis con inoportunas amenazas que os entreguen los nobles á quienes ampararon, han jurado antes de allanarse á cometer semejante felonía sepultarse debajo las ruinas de su patria; y esta conducta, mal que os pese, es noble, magnánima, ge-

nerosa, sublime y cristiana. No olvideis, mi Sr. Gefe, que al intimar á los alcudianos que firmasen la extincion de derechos que abolisteis sin contar con ellos, contestaron muy cuerdamente. Que supuesto habiais vosotros enviado un síndico para enterar al rey de lo que obrasteis, querian ellos á su vez consultarle antes de tomar ninguna determinacion sobre el particular; no obstante de aseguraros no tener el mas mínimo inconveniente en la citada abolicion (*). ¿Qué pecado han cometido pues con un comportamiento tan prudente? ¿Cómo pueden los agermanados hacer de esta conducta un *casus belli*?

Qué contestais?

– Lo que contesto es que en mi vida he visto animal mas..... discreto que tú. Te acomoda así?

– Tened presente, Sr. gefe Gererañy, que la cortesía nunca está por demas.

– Intentas reconvenirme?

– Me defiendo como es justo.

– ¡Voto al diablo, canalla estudiante! Advierte que no te encuentras entre esos belitres alcudianos, de quienes tú eres un atrevido panegirista, sino en esta playa desierta, que te servirá de sepulcro en pago de tu traicion, y en castigo de no guardar el respeto debido á tus gefes.

– Yo traidor! Mentis como un embustero, y os lo sostendré con la punta de mi espada, que enfilará vuestra insolente lengua; y al decir esto desenvainó su tizona y púsose en guardia. Gererañy le acometió furioso; pero Florit á las primeras de cambio dejóle desarmado, haciendo saltarle la espada á mas de tres pasos de distancia.

(*) Histórico.

– Bien, Florit, gritó con flema Cremad. Has abatido á este fanfarron que nos trataba como á bestias de carga. ¿Á qué aguardas para darle un pasaporte para el otro mundo?

– No me cuadra derramar sangre, amigo Cremad. Ademas que no quiero privar al ejército de los agermanados de un valiente que, como sabes, ha prometido solemnemente comerse al Aquíles alcudiano Antonio Font. ¿Qué respondes, miserable?

– Confieso que he obrado mal en maltratarte; pero á lo hecho pecho. Si quieres matarme veo que no te lo impedirá Cremad, que es el único aquí que pudiera intentarlo. Yo sirvo á la buena causa, y mi celo por ella me ha reducido á este extremo. Oyendo tus encomios á los de Alcudia sospeché que nos traicionabas, y esta sospecha me ha hecho cometer una falta de descortesía, que me servirá de escarmiento para lo sucesivo.

– Si este es vuestro propósito, desde ahora podeis contar con mi amistad sincera; pues soy yo igualmente gefe en el mismo grado que vos, cuyo nombramiento me trajo reservadamente Cremad. Aquí lo teneis, y tambien mi derecha: apretadla como amigo, y no se hable mas de esta desagradable ocurrencia, y premeditemos el modo cómo hemos de vencer á hombres tan bien preparados, amen de valientes, como son los alcudianos: de lo contrario nuestra causa encontrará su sepulcro ante las murallas de Alcudia.

– Empiezo á ser de tu opinion.

– Tanto mejor. Así podréis informar lo mas conveniente, por si podemos evitar que una imprudente y pueril confianza sea otra de las causas que nos obliguen á sentarnos sobre los restos del naufragio que nos amenaza, ó que muy fundadamente temo.

CAPÍTULO X.

Primer sitio de Alcudia.

Llegan á esta dos comisiones con el fin de procurar la avenencia entre alcudianos y agermanados. La una de la villa de Llummayor, y la otra de Palma. Resultado de ellas.

El dia 12 de noviembre de 1521 un ejército de seis mil hombres de infantería, con seis cañones y doscientos caballos sitiaron á Alcudia, circunvalándola por todas partes. A la mañana siguiente una comision de Palma compuesta de D. Juan Albertí, D. Antonio de Verí, D. Guillermo Delmas con dos canónigos parlamentaron con los de Alcudia ante sus murallas, aconsejando á estos que aparentasen afecto y deferencia á los acuerdos de los agermanados; pero contestando los de Alcudia que nunca consentirian en expulsar á los nobles y demas que se habian puesto bajo su amparo, los individuos de dicha comision se encerraron dentro de la poblacion: de donde se infiere que su objeto fué el de ponerse en salvo. Pocas horas despues se presentó otra comision de Llummayor en número de los diez y seis siguientes: D. Matías Salvá Baile, D. Antonio Armengol, D. Antonio Servera, D. Jaime Vidal jurados, D. Julian Mud, D. Francisco Tomas, D. Miguel Amengual, D. Bartolomé Socías, D. Jaime Salom, D. Martin Puigserver, D. Rafael Sanoguera, D. Miguel Ramell, D. Antonio Ros, D. Miguel Mulet Dameto, D. Juan Isern y

D. Guillermo Mas (*). Salido el ayuntamiento de Alcudia á una corta distancia de la puerta de Mallorca, encontró á los de Llummayor referidos, y despues de los correspondientes saludos de una y otra parte, D. Jaime Vidal tomó la palabra y dijo:—«Señores: hemos pasado aquí con intento de conjurar, si es posible, la catástrofe sangrienta que por motivos livianos está por empezar, y apelo á vuestra sensatez y acreditado discernimiento para que reflexioneis que ningun mal puede acarrearos el firmar la extincion de las imposiciones llamadas la gabela de sal, el sagell, quinto del vino, de molienda y sisa de carnes, que de hecho ya están abolidas; al mismo tiempo que con un paso tan prudente cortais de golpe la guerra y los inmensos males que son su consecuencia. Firmad, pues, la extincion de derechos que se os ha exigido, y reine la paz mas sólida entre hermanos. No creais, señores, que al daros este consejo intentemos comprometer vuestra dignidad y delicadeza: nó, mil veces nó, nuestro fin es humano, filantrópico y santo. La guerra es una de las mayores plagas que pueden afligir á la raza humana; justo es por tanto que se hagan los mayores sacrificios para evitarla.»

Á este discurso contestó con el siguiente D. Bartolomé Fenals Baile de Alcudia.—«Señores que componeis la comision de Llummayor: en nombre de todos mis compatriotas os doy las mas expresivas gracias por vuestra noble y desinteresada conducta. Habeis pasado largas horas de camino con el mas filantrópico de los fines, como lo es esforzaros y no dejar nada por hacer para evitar el derramamiento de sangre entre hermanos. Esto, señores, es honroso y sublime: lo digo con un gozo inexplicable de mi corazon; pero siento verme

---

(*) Histórico todo.

precisado á desvanecer vuestras gratas ilusiones con realidades espantosas por lo formidables. El Sr. Vidal ha supuesto que nosotros podemos conjurar la guerra y sus desastrosas consecuencias con solo firmar la extincion de derechos; y para que nos resolviéramos á hacer este pequeño sacrificio, que de ningun modo lo seria si con él pudiéramos lograrlo, nos ha recordado con su preclaro talento y no menos envidiable elocuencia de cuán terrible es para la humanidad el azote de la guerra. Señores, sabedlo de una vez. Lo que se nos pide relativo á extincion de derechos es un pretexto miserable, es un subterfugio hipócrita, y para que os convenzais de la verdad de mi aserto, desde ahora nos allanamos á firmar su completa extincion; pero á nada mas. Decidnos ahora: ¿Nos oponemos en nada á las exigencias que no pueden comprometer nuestro honor?

Si la razon y la justicia están de parte de los agermanados, lo mismo podrán hacerlas valer con nuestra cooperacion que sin ella. ¿Por qué pues se nos exige con las armas en la mano que seamos unos infames? Señores, sin dignidad no comprendemos la vida (*). Hemos dado asilo á los nobles que pudieron escapar del puñal asesino, pues no podeis ignorar que pasan de cuarenta los asesinados (**); y por este acto humano y cristiano se nos regala con los horrores de la guerra. Lo demas, repito, que son subterfugios hipócritas. Este ejército mas que suficiente para imponer á la misma capital, solo está aquí para estampar en nuestra frente el sello de la ignominia, juzgando allá en sus adentros que este aparato de fuerza y seis oradores de bronce con lenguas de fuego, serán la mejor lógica para convencernos, y desde luego les entrega-

---

(*) Chateaubriand.

(**) Histórico.

rémos los refugiados. ¡Cuán equivocados son sus cálculos! Cabalmente la lógica de los cañones es la que no puede convencer á los hijos de Alcudia, y la experiencia acreditará al universo todo que sabrémos morir, pero no doblegarnos. En el ínterin puedo aseguraros, sin temor de ser desmentido, que el ejército que está presente no se apoderará de Alcudia sin tener que pasar sobre el cadáver del último de sus moradores. Resumémonos. Se nos ha aconsejado por la comision de Palma que mostremos deferencia á los acuerdos de los agermanados; pero se ha callado cuál debe ser la respuesta que debemos darles relativa á la expulsion de los nobles, que piden circunstancia *sine qua non* para levantar el sitio: de lo contrario se nos hará una guerra de exterminio. Pues bien. Nosotros no podemos mostrar afecto ni deferencia á unos hombres que lo atacan todo, lo atropellan todo y por consiguiente lo perderán todo (*). Por lo que recogemos el guante de la guerra, á no ser que nos propongan condiciones tan aceptables como lo son las vuestras.

– Con qué, replicó el Baile de Llummayor, ¿se os ha pedido que expulsaseis á los nobles para levantar el sitio?

– Esta infame condicion fué el *ultimatum* que se nos ha intimado una hora antes de vuestra llegada.

– Nada de ella se nos ha hablado á nosotros. Mas, tened la bondad de aguardar el resultado de nuestra mediacion, no intentando la mas mínima demostracion hostil hasta que volvamos á vernos.

Á la mañana siguiente avistáronse otra vez y en el mismo sitio los personajes del dia anterior, sino que entre los de Llummayor se encontraban los gefes de los agermanados,

---

(*) Cortada.

quienes exigieron que se presentasen los nobles á la conferencia. Hízose así, y entre todos se estipuló que los de Alcudia firmasen luego la extincion de los expresados derechos, y que los nobles se restituyesen á sus casas, y en el momento se levantaria el sitio. Firmado este contrato solemne por todos los que supieron firmar, y con una cruz los que no sabian escribir, se retiraron cada cual adonde mejor les acomodó, y los de Llummayor se fueron á sus casas satisfechos y gozosos del éxito brillante que habia tenido su mediacion. Dos dias despues salieron algunos nobles para marcharse á Palma; pero fueron á media hora distante de Alcudia acometidos por los agermanados, y solo por un milagro lograron refugiarse otra vez en Alcudia (*).



CAPÍTULO XI.

Las tres cintas, y una desgracia para postres.

Sí, querida Leonor, mañana ó pasado mañana saldrémos al campo á medir nuestras fuerzas con los perjuros que nos sitian, y confia que Dios nos dará la victoria. Al entretanto está segura que te amo hasta el delirio, y que tu felicidad es mi tarea, mi propiedad, mi existencia, mi reputacion y mi todo. ¡Cuánto he sufrido en estos dias de prueba! La palidez de mi

(*) Todo histórico.

semblante no era mas que un pequeño destello de mi interno dolor. Dolor, que me hacia suspirar con ansia el momento de los combates, para buscar una muerte que pusiera fin á mis atroces padecimientos.

En las altas horas de la noche cuando los mortales estaban entregados á un sueño reparador, una vigilia obstinada me presentaba, con todos sus horrores, mi cruel destino. Ah! yo no sentia el ser hijo de una pobre familia honrada, nó. Lo que maldecia sí, era que un nombre supuesto diera ocasion de encender en mi pecho un volcan consumidor de mi vida. ¿Por qué miré, me decia, sus hermosos ojos negros de una dulzura tan extraordinaria? ¿Por qué contemplé el perfil de su rostro, de igual pureza á la de los ángeles? ¿Por qué su sonrisa fina y delicada? Oh fatalidad! Si yo supiera con tiempo que debia mi ser á una pobre familia, no me sentiria actualmente destrozado por este amor sin esperanza. Anonadado, y sin atinar con ningun medio honroso, salvo el combate, que pudiese libertarme de todo un infierno que abrasaba mis entrañas, condenéme á un silencio tenaz que aumentaba la compresion dolorosa de mi corazon. En situacion tan desesperada, mis dulces, caros y leales amigos Font y Maura no me abandonaron, buscándome un dia hasta que me encontraron debajo el repecho de las jigantescas rocas de Manresa frente al nordeste. Un arranque justo de estos buenos amigos me obligó á enterarles de todo lo que me estaba sucediendo, sin ocultarles la mas mínima cosa. Menester es, mi idolatrada Leonor, haber sufrido como yo para conocer que la amistad es una hija del cielo, que si no cura radicalmente nuestros pesares, derrama alménos un bálsamo vivificante en el corazon, que los aminora en sumo grado. Yo lo experimenté así, y desde aquel momento un rayo de espe-

ranza reanimó mi espíritu. Al retirarme á mi casa tu criado me entregó tu billete; pero la casualidad de tener otra cita en el torrente de *Saledarnar* á la misma hora de la tuya, fué con mucho disgusto mio, la causa de no haber pasado á tu casa. Lo demas, y el feliz desenlace que tuvo la referida cita, ya lo sabes. No extrañes la súbita mudanza que se observó en mi rostro al comunicarme mi adorada prima Catalina tu pureza y tu amor en vez de mí, cuando yo creia que tu corazon estaba ocupado por otro mas feliz. ¡Y qué injusto concepto habiamos formado del hombre mas honrado de la tierra mosen Narciso! Algun dia te enteraré de sus hermosas cualidades y de su triste historia. Por ahora, Leonor, te repito que tú y sola tú eres la vida de mi vida, y que sin tu amor no quiero vivir un minuto.

– Ni yo sin el tuyo, mi idolatrado Sureda; pero no sé que tengo. Mi corazon presiente una desgracia. Por Dios, amado mio, modera tu ardor guerrero, y no olvides que una desgracia tuya me mataria de repente. Ves esta cinta? Está bordada con mis cabellos y regada de mis lágrimas. Te la doy para que pienses conmigo durante el combate. Sureda tomó la cinta colocándosela sobre la region del corazon, y al despedirse robó un ardiente beso á los labios virginales de su querida, que produjo á entrambos una impresion eléctrica desconocida hasta entónces por ellos, considerándose Sureda transportado á un palacio encantado, en donde no se respiraba sino dulzura, felicidad y toda la dicha de un paraíso ideal.

Otra escena muy parecida á la precedente pasaba en los mismos momentos entre Maura y la sentimental Catalina. Sí, decia esta, he deseado vivamente que tú fueses tan valiente como Font y mi primo, y ahora ¡cuán diferentes son los sentimientos de mi corazon! y no obstante me llena de or–

gullo el saber que eres uno de los mas esforzados adalides de Alcudia (*). Pero, por mi amor, Antonio de mi alma, te suplico que defiendas sí, la patria con valor; mas sin buscar los peligros. Me lo prometes?

– Te prometo todo lo que quieras, supuesto que no me impones la condicion de que no salga á batirme. Lo demas lo haré. Te amo y muy de veras, y quiero ser digno de ti. Si al encontrarme en la lid pienso contigo, el mismo diablo con toda su cola no me arredrará. Sé que te gustan los valientes y por ende deseo serlo. Entiendes, palomita mia?

– Tu serenidad, querido Maura, me atormenta, porque temo que tu ardiente pasion de gloria sea la causa de lanzarte á lides temerarias; y esto, segun lo dice mi tio el capitan, no es de valientes, sino de temerarios. Ademas, mas vale decir: De aquí huyó un cobarde, que aquí murió un valiente.

– Ya comprendo ya y... descansa, Catalina, nada mas haré sino lo que me encargas.

– Me juras que así lo harás?

– Ya se ve que sí, ángel mio; mayormente recordando lo de cobarde y valiente que has sacado á lucir. Te aseguro que tu sentencia es de lo mejor.

– Maura: no hay enmienda para ti, y te complaces en torturarme aumentando mi angustia con tu desparpajo eternamente zumbon. ¡Cuánta verdad es que genio y figura hasta la sepultura!

– Voto á cribas! ¿Con que tú quisieras que fuese yo algun mandria ó maricon, que por esta friolera me estuviese lloricando y lloricando, como esas viejas mondongas en los ser-

(*) Así era en efecto.

mones del bendito fray Antonio de Avila, arrojando los mocos á puñados cuando les dice que los agermanados son enemigos de Dios, y que su ejército es el de Lucifer, ¡qué ocurrencias tiene el bendito este! con otras zarandajas por este estilo? Nó, no puedo creer esto de ti, Catuca mia. ¿Qué tiene de malo un combate? Nada. Recibir un pinchazo por mil que se dan: hételo aquí todo. Así ni mas ni menos ha pasado en las dos bregas que hemos trabado con los agermanados, que querian estorbar el que se abrigasen en Alcudia los desgraciados que persiguen de muerte. Un combate es un espectáculo imponente y grandioso, como no los hay. Por de pronto palidecen las facciones, se crispan los nervios, tiemblan las carnes, y late tumultuosamente el corazon. Sigue una algarabía de treinta mil demonios, empezando por insultos los mas groseros, por baladronadas temerarias. Mueran los malditos mascarados. Mueraaaan fué el coro infernal que sucedió. Los belitres alcudianos á la sarten. Á ellaaaa tambien fué el coro. Nadie despues de este introito palidecia ya. El furor y la rabia enardecian nuestros torvos semblantes, chispeando fuego por los ojos y rechinando los dientes. Respondimos en fin: Acercaos, bribones, y verémos si os será tan fácil meternos en la sarten, como asesinar á hombres indefensos. El combate empezó con una gritería tremenda de *á ellos,* y luego el zis zas con el *tinnitu gallea* continuo formaban una música que no deja de tener sus encantos.

– Y qué es el titugalla?

– Ah! Soy un torpe. He soltado esta palabra latina sin premeditar que hablo contigo. Por fortuna no está aquí Font. El *tinnitu gallea* es el retintin de las flechas al embotarse sobre el casco de acero.

No pasa mucho tiempo sin suceder á tanta rabia, á tanto

furor y tanto encarnizamiento los sentimientos mas opuestos, quiero decir: «El perdonadme por la gloriosa Madre de nuestro Señor Dios Jesucristo.» ¡Oh tú, que eres mi adorado tormento! No puedes figurarte cuánta es la satisfaccion de verse dueño de la vida del que ha hecho lo posible para arrancarnos la nuestra; pero el placer que experimenta el corazon de habérsela concedido, nada tiene de este mundo, por que es todo celestial. Nuestra alma se goza en su obra, y se remonta estasiada hasta el radiante trono de Dios, á quien va á sorprender una mirada de beneplácito por su humana accion, de todas las acciones á este la mas grata.

Ya ves, querida mia, que esto es muy atractivo, y bien sabes que sin lucha no hay gloria. Durante la pelea siempre pienso contigo; y por Dios y por mi Catalina perdono la vida á los que se rinden á mí. No te agrada mi conducta?

– Oh Maura de mi vida! Eres un héroe en toda la extension de la palabra. Y cuánto te amo! Nada mas quiero decirte sino que aceptes esta cinta, símbolo de mi amor y de mi esperanza. En ella está grabado mi nombre y el tuyo con una trenza de mis cabellos, que te recordarán sin cesar que mi vida depende de la tuya.

Un beso de despedida sumergió á Maura en un océano de felicidad.

Qué hacia Font en la misma hora? Tambien habia recibido una hermosa cinta, que contenia dos corazones bordados con cabellos de Ines, y dominado por un encanto indefinible contemplaba en silencio la hermosura casi divina de su amada. Ines rompió el silencio diciendo. ¿Con qué mañana sales á pelear, querido Font?

– Estoy á las órdenes de mi gefe tu padre.

Este respondió. Sí, Ines, mañana vamos á vernos cara á

cara con los que han jurado hacernos morir fritos, y segun creo Font no se siente muy dispuesto á darles gusto. Verdad, Antonio?

– Lo mismo que V., mi capitan.

– Por mi parte, ni quiero morir frito, ni asado: en esta atencion harémos cuanto podamos para que no logren su intento; pero ya es hora de irnos á dormir, y así, hija mia, aprieta la mano de Font para que mañana se muestre en el campo como el mismo. Ines obedeció y estrechó fuertemente la mano de su querido.

Cuando Font iba á salir, el capitan le dijo: aguarda, no habia pensado en una cosa. Ves aquel fino casco? Es para ti y te lo regalo. Para descolgarlo encaramóse el capitan sobre un bufete y un vaiven de este le arrojó en el suelo. Un vivo grito de terror y espanto que dió Ines conmovió los vecinos, y apesar de ser ya las diez de la noche del 17 al 18 de noviembre, dentro un cuarto de hora la espaciosa casa del capitan Sureda no podia contener toda la gente que acudió á ella. Font, luego que con sus vigorosos brazos hubo colocado á su futuro suegro en la cama, fuése mas rápido que una exhalacion á buscar al Sr. cirujano Llensor con escala á la casa de Leonor, para avisar á Antonio Sureda la falta que hacia á su padre. La casualidad quiso que le encontrase ya muy cerca, con lo cual Font respiró mas sosegadamente. Presentóse en breves instantes con el cirujano, sucediendo un silencio sepulcral en todo el tiempo que Llensor examinaba al caido. Una exclamacion de júbilo salido de todos los corazones presentes fué la mejor prueba de cuán grato les fué el pronóstico de Llensor. El capitan, dijo este, no peligra; pero tiene una fractura simple del brazo derecho, y tardará algun tiempo en poder servirse libremente de él. El Baile y jurados pasaron toda

la noche en casa del capitan, y en ella se resolvieron asuntos de importancia perentoria. Con lo sucedido se comprueba que las mujeres tienen un instinto celestial para la desgracia, dado el caso que sea esta sola la que presentia Leonor. Pero no anticipemos los sucesos, pues todo lo referirémos en su lugar competente.



CAPÍTULO XII.

Los agermanados envian un trompeta á los de Alcudia con las condiciones de levantar el sitio si estos convienen en entregarles á D. Pedro Juan Zaforteza. Respuesta de los alcudianos, y primeros combates de estos con aquellos.

Hecha trizas por los agermanados la estipulacion solemne celebrada con los alcudianos y nobles, en la que habian intervenido los diez y seis respetables individuos que componian la comision de la villa de Llummayor, sin que sea posible justificar, ni aun excusar semejante conducta; enviaron en la tarde del 18 de noviembre un trompeta á los de Alcudia intimándoles que si no consentian en expulsar á los nobles, alménos les entregasen á D. Pedro Juan Zaforteza, y luego les prometian solemnemente levantar el sitio y retirarse.

Los alcudianos contestaron con risotadas, diciendo que un caballero solo era muy poca carne para saciar á tantos que deseaban comérsele, y que excitados por el apetito que tomara creces, les exigirian entónces á que les entregasen á los demas. Y que en cuanto á su palabra solemne de levantar el

sitio y retirarse, que no podian haber olvidado lo poco que vale en los asuntos mas serios, para confiar de ella en los ridículos como el presente (*).

Este fué el *ultimatum*, y desde aquel momento ambas partes se prepararon para el combate. En la mañana del dia 19 presentáronse ante las murallas de Alcudia partidas de agermanados, que prodigaban toda especie de insultos á los alcudianos. Estos, no pudiéndolo sufrir, requirieron al Baile que les permitiera salir á escarmentarlos; pero negóse á ello rotundamente, pretestando la situacion del capitan Sureda.

La una de la tarde seria cuando apareció Font sobre la muralla, siendo á su vez provocado con insultos por una partida de comuneros. Font con la mirada inquieta y torvo el semblante marchóse sin contestar á pedir permiso al Baile para salir con veinte y cuatro de sus compañeros á cortar fajina, supuesto, dijo, que mañana sin falta nos batirán en brecha, porque he visto la batería que están colocando en la altura del *Barquerês*.

Preguntóle el Baile si le prometia no empeñar ningun combate.

Font se encogió de hombros y nada contestó.

– No respondes?

– Extravagante promesa me exigis, Sr. Baile. ¿Hemos de permitir que nos sacudan la pavana y nos muelan la osamenta sin decir oxte ni moxte?

El Baile titubeó un instante; mas, confiando en la cordura, ademas del valor aquíleo, de tal adalid, se allanó á dejarle salir con sus veinte y cuatro compañeros. Reunido con estos les habló de esta manera:—Amigos y compañeros

(*) Véase el tomo 3º de la historia de Mallorca por D. Vicente Mut.

mios, vamos á ver si los que tanto gallean de léjos, lo acreditarán de cerca con las obras, ó si al fin y al cabo solo serán héroes en el terreno de la farsa, no teniendo ni aun el valor moral necesario para mirar con serenidad la punta de nuestras lanzas.

Voto á cribas! respondió Maura. Lo que son buenos pulmones para gritar como unos endemoniados, y una lijereza superior á la de un gamo para huir por poco que se les pinche el pellejo, ya os puedo jurar desde ahora que tienen aquellos y esta.

Una lijera sonrisa entreabrió los labios de Font, pero en los demas fué una carcajada ruidosa.

Reis? replicó Maura. Decidme, ¿sucedió de otro modo en la jarana del camino de Palma? ¿No me habeis dicho cien veces, Ques, Serra, Solivered, Venteyol y otros, que hasta este dia teneis atronados los oidos?

– Tienes razon, Maura. Reimos al ver lo que temes á los gritos.

– Quizas mas que á los gritadores (*).

– No lo dudamos.

Basta ya, dijo Font: vámonos que el tiempo pasa. Inmediatamente salieron de Alcudia, y dejando guardia competente en la puerta de Mallorca, fuéronse en busca de alguna partida suelta de enemigos, y como es de suponer no tardaron en encontrarla. Ochenta de estos acometieron á los alcudia–

(*) No extrañaria que se diese tormento á mis expresiones juzgándolas exajeradas; pero á los que tal intenten, les suplico consulten los apuntes históricos que me han servido de punto de partida en el tomo 3° de la historia de Mallorca por D. Vicente Mut, sin otros documentos manuscritos antiguos que paran en mi poder, y les aseguro que tendrán un desengaño convincente.

nos (*), que se mantuvieron quietos apoyados sobre sus lanzas y recibiendo impávidos un diluvio de flechas y otras armas arrojadizas. Viendo los comuneros la inmovilidad de los de Alcudia, creyeron que el temor les tenia embargados los miembros. Avanzaron, pues, precipitadamente hácia ellos juzgando acuchillarlos á su sabor é impunemente. Observando Font el desórden con que los agermanados se precipitaban sobre los de Alcudia, dió la voz de «á ellos, que ya son nuestros.» Estas palabras aguardadas con tanta impaciencia produjeron su efecto, acometiendo con una furia preludio de una pronta victoria. Aterrados los comuneros con un ataque tan brusco y vigoroso, retrocedieron, concluyendo en desordenarse completamente. En este dia empezaron á brillar un sin número de héroes desconocidos. Antonio Maura, Juan Ferrer, Jaime Solivered, Jaime Serra, Antonio Ques, Sebastian Domenech, Mateo Torrens, Bartolomé Venteyol, y otros que tendrémos proporcion de citar, conquistaron un lauro inmortal. Solivered con el fin de apoderarse de una bandera, habiase apartado de los suyos mucho mas de lo prudente, y vióse en un terrible conflicto, del cual supo librarse gloriosamente por sí mismo. Cuatro agermanados le arremetieron á la vez, y de intento huyó Solivered revolviéndose de repente, y dejó al mas cercano de sus perseguidores fuera de combate, al segundo le cortó la muñeca derecha, desarmando al tercero, y corriendo al alcance del cuarto le rindió, obligándole á cargar con las armas de sus compañeros vencidos, y llevarlas en trofeo á Alcudia.

El amante de Catalina (Maura) rindió solo á dos valientes agermanados, que presentó prisioneros en Alcudia.

(*) Mut: Historia de Mallorca.

Ferrer y Venteyol intentaron solos cortar y rendir á cuatro enemigos, y lo lograron. Ques, Domenech, Torrens y Serra cada uno de por sí presentó su prisionero.

La lanza de Font se hizo conocer de los comuneros, que desde este dia les fué su pesadilla. El resultado de esta accion fueron veinte prisioneros, una bandera, cuarenta lanzas, sin contar las espadas, arreos y flechas. Los de Alcudia tuvieron dos muertos y diez heridos (*).



CAPÍTULO XIII.

Consulta en casa del capitan Sureda.—Salida y combate sangriento del Puerto menor.

Como ya sabemos el capitan Sureda no podia mandar á los alcudianos en los combates, por impedírselo su reciente desgracia; motivo por el cual se tenian todas las reuniones en su casa, y la del dia veinte á las nueve de su mañana fué la mas numerosa de todas. En el ínterin el cañon no cesaba de tronar, y los partes de los movimientos del enemigo y del estrago que sufria la muralla, se sucedian casi sin interrupcion.

¿Qué os parece, Capitan, qué debemos hacer no cesando el cañon de enviarnos proyectiles desde que ha amanecido?

– ¡Ira de Dios, y á qué tiempo me ha sobrevenido la desgracia!

– La desgracia es para todos, valiente Capitan, contestó

(*) Histórico.

D. Bartolomé Rosiñol; pero con un brazo roto con que os encontrais valeis mas que todos nosotros: decidnos pues vuestro parecer y le seguirémos ciegamente, saliendo en seguida á ponerlo en ejecucion.

– Es preciso apoderarse de la batería, y para ello debe darse el ataque con vigor y resolucion; pues bien sabe V. que la perplejidad ó vacilacion es la cosa mas peligrosa que hay en la guerra. Un movimiento atrevido frecuentemente aturde y desconcierta al enemigo (*). Usted, D. Bartolomé, mandará la columna que ha de apoderarse de la artillería. Le acompañarán como ayudantes y gefes subalternos mi hijo Antonio, Pedro Amorós, Bartolomé Venteyol, Mateo Torrens y Sebastian Domenech con doscientos hombres mas. Todos debeis tomar tan ocultamente como sea posible, posicion muy próxima á la batería, para arrojaros sobre ella con la rapidez del rayo en el momento oportuno, y siempre durante el tiempo de intentar el cargar nuevamente los cañones; pues de esta manera no podréis recibir gran daño. Considero excusado prevenir á V. que se guarde bien de presentar ante la batería una gran masa de hombres. Deben marchar á tomarla en línea sí, pero poco unida. Antes de todo esto, Font con sus ciento treinta guerreros debe de empeñar la lucha en un flanco algo distante de la batería, y Maura por otro. Tal vez llamada así la atencion del enemigo en dos puntos descartará algun número de hombres de los que pudieran defender los cañones. En cuanto al resultado de mis disposiciones, desde ahora confieso que ni yo ni nadie puede prevenir un azar. Mas, V. sabe lo que basta sobre el arte de la guerra; por consiguiente doy por excusada toda otra prevencion. Marchad, y poned

(*) C. Jocquinot d. Presle.

de reserva doscientos hombres, que de ningun modo deberán entrar en accion hasta el mas apurado de los trances, pues estos son para proteger una retirada. Repito que marcheis, porque á cada detonacion de los cañones se me enciende la sangre.

Antonio mi hijo, y tu amigo Font, sabed ambos que el estampido de los cañones me mortifica cruelmente, porque me recuerda mi desgracia.

– ¿Qué es decir que hemos de hacerles callar? Verdad?

– *Intelligenti pauca.* Así me gusta.

– No molestará á V. mucho tiempo, ó Font habrá acabado de existir.

– No eres tú el destinado á apoderarse de la batería, ya lo sabes.

– Estoy destinado á combatir á nuestros enemigos, y allá voy. A las órdenes de V., mi Capitan.

Al marcharse encontró en la antesala á Ines con una taza de caldo en la mano para su padre, bañado su hermoso rostro de las lágrimas que se desprendian de sus ojos fascinadores, y ciertamente con sobrada razon. Acababa de despedirse de su hermano que quizá no volveria á ver vivo, y al mismo tiempo su querido Font iba á exponerse á los mayores peligros, en que podia encontrar una muerte gloriosa sí; pero no por esto menos aterradora para Ines. ¿Ya te vas, querido mio? Recuerda cuán desgraciada seria si murieses. Font, aquí está mi frente, estampa sobre ella un beso de bendicion y pureza, y si vuelves victorioso, te lo volveré á tus labios. Font, fuera de sí dió un beso frenético de amor á la frente de su adorada, y fuése á armarse.

Tal vez ninguna ciudad ha presentado jamas una actitud mas imponente y marcial que Alcudia en aquel dia memorable. Cada alcudiano se habia convertido en un fiero hijo de

Marte, en cuyo rostro y chispeantes ojos estaban retratados con los mas vivos colores los ardientes deseos de combate. Formados y puestos en órden por su gefe improvisado D. Bartolomé Rosiñol, aguardaban impacientes á Antonio Font, que al fin apareció á la vista de todos cual otro Aquíles, terror de sus enemigos y preludio de la victoria.

Aquí me teneis, amados compañeros mios, seguidme.

Los que habian de atacar la batería salieron agachados y casi arrastrándose por la puerta Roja. Maura con los suyos salió por la de Xara, y Font con sus ciento y treinta por la de Mallorca, los cuales tan impacientes y fogosos como su caudillo se precipitaron, semejantes á un rayo devastador, sobre los enemigos. Trabado el combate, Font enmedio de un bosque de lanzas, y haciendo frente á un diluvio de flechas que formaban un retintin continuo sobre su casco de bruñido acero, se parecia al Dios de la guerra desafiando, ademas de aquella turba, á las mismas furias del infierno. Su terrible espada brillaba cual metéoro deslumbrador, abatiendo á los agermanados con la misma facilidad que la hoz puesta en la robusta mano de un segador corta y abate las maduras mieses.

El grande estrago que sufrian sus filas, obligóles á reconcentrar sus fuerzas para resistirle, y de aquí resultó, como lo habia previsto el capitan Sureda, que la artillería quedase con ménos defensores que los que eran indispensables para rechazar el vigoroso ataque de la valerosa falange capitaneada por el noble Rosiñol, que, semejantes á tigres hambrientos se abalanzaron sobre los cañones, de los cuales se apoderaron en pocos minutos. El choque fué terrible, corriendo la sangre en abundancia por una y otra parte (*). En el ínterin, Font y

---

(*) Histórico.

sus compañeros seguian haciendo un destrozo horrible en los agermanados que habia conducido de refresco el valiente Delmau; lo cual visto por este, tomó la repentina resolucion de librar á los de su partido de un enemigo tan formidable como aquel, ó morir en la demanda sacrificándose para salvar á los suyos. Con este designio mandó izar en la punta de una lanza bandera de parlamento, y desde luego cesó el combate. Llegado ante Font le dijo: No puedo negar que tú eres el hombre mas esforzado y valiente de cuantos he conocido en los dias de mi vida, y ademas, por la carnicería que has hecho de los nuestros véome obligado á confesarte que excedes en mucho á los informes que tenia de tu valor; por ende te propongo un combate á muerte de ti á mí, y no dudo que aceptarás de grado, pues de lo contrario te lo haré aceptar por fuerza.

– Empieza y verás cuánto deseo complacerte.

Delmau, sin mas comentarios, tiróle una gruesa lanza, que falseando la loriga le hirió lijeramente en un costado.

Voto á cribas! Me has herido por mi torpeza; pero al volvernos á ver..... en el valle de Josafat se entiende, ya me dirás si esta que te envio habrá entrado algo mas que la tuya. La lanza de Font rompió el casco, y no paró hasta que el hierro tuvo lugar de calentarse en la pulpa cerebral, quedando Delmau muerto en el acto. En este mismo instante el valeroso amante de Catalina acababa de arrollar á sus enemigos, colmándose de gloria tanto por su valor, como por la sabia estratéjica que empleó. Muerto el heróico comunero Delmau, la derrota de los agermanados se declaró en todas partes, huyendo en direccion á la villa de Pollensa unos, y á la de la Puebla otros.

El digno hijo del capitan Sureda, despues de aniquilados

á muchos de los que defendian la artillería, y hecho huir á los restantes, pegó fuego á las escaleras y máquinas que tenian aprontadas para el asalto (*), faltando únicamente que en el mar estuvieran las naves griegas para que este Héctor alcudiano las incendiase, como lo hizo el Héctor troyano.

D. Bartolomé Rosiñol se opuso á que siguiesen el alcance de los agermanados, diciendo: basta ya de sangre por hoy; ademas, que á enemigo que huye, puente de plata. Volvieron á Alcudia victoriosos, y no pararon hasta entrar en la magnífica casa del capitan Sureda.

Albricias, señor capitan, dijo alborozado D. Bartolomé Rosiñol. Henos aquí vencedores, y os doy un millon de enhorabuenas porque Antonio vuestro hijo ha hecho brillar en las llanuras del Puerto menor las hazañas que os inmortalizaron en los campos de Nápoles. Durante el combate no ha sido hombre, sino un leon furibundo. Recibida la descarga de dos cañones á quema ropa, que nos han envuelto en un torbellino de humo costándonos algunos hombres, y aparejándose para aplicar la mecha á otros dos, se ha lanzado mas rápido que el rayo desprendido de las nubes sobre los artilleros, cortando el brazo al de la mecha, partiendo el cráneo al otro, y haciendo morder la tierra á cuantos se acercaban: nos ha facilitado el apoderarnos de toda la artillería. Al mismo tiempo el terrible Font, despues de haber hecho un destrozo incalculable en las filas enemigas, acababa de abatir al mas valiente de los agermanados, los cuales desde luego se han declarado en la mas completa derrota. De no menor gloria se ha cubierto Maura, ya por su valor y ya por sus disposiciones estratéjicas, con las que ha sabido enredar

(*) Histórico.

á veinte y cinco ginetes enemigos; de los cuales ha dejado quince muertos en el campo de batalla, apoderándose de cinco caballos casi inutilizados de contusiones y saetazos, arrollando á los demas enemigos.

Seria yo injusto si callase las proezas de Domenech, Venteyol, Torrens, Amorós y Balmes, con todos los demas que se han encontrado en esta sangrienta lucha, que solamente puede compararseles á los héroes de la antigua Roma.

– Querido padre, dijo Antonio Sureda: Esta modestia sublime del noble señor de Rosiñol me ha obligado á interrumpirle. Verdad es que Font solo ha sido comparable á él mismo. Verdad tambien que sus valientes compañeros Serra, Ferrer, Ques, Solivered, Guayte, Mascaró, José Martí, Fenals, y otros han dado una leccion terrible á los enemigos, adornando sus sienes con el lauro de la gloria. Igualmente lo es que Maura ha hecho prodigios tanto en valor como en estratéjica, como V. ya lo habia pronosticado atendido su desparpajo; pero nadie podrá negar que los jóvenes nobles Cotoner, Puigdorfila y Descallar no se hayan lucido como el primero de nosotros; y por fin tampoco se me negará que la gloria de esta jornada no se deba en primer lugar al valor y acertadisimas disposiciones de D. Bartolomé Rosiñol presente. Esta es, querido padre, la verdad.

– Sumamente conmovido el noble Rosiñol exclamó: ¡Oh valientes y hospitalarios hijos de Alcudia! La posteridad citará por modelo las eminentes cualidades físicas y morales que os adornan á todos sin excepcion de ninguno. Yo, amigos mios, en nombre de todos los refugiados en esta inmortal villa de Alcudia, es decir, en nombre de toda la nobleza mallorquina, os doy cuantas gracias puede dictar un corazon reventado de gratitud.

No contentos en ampararnos en nuestra desnudez, no contentos en derramar vuestra sangre por los mismos á quienes disteis asilo, librándolos de manos asesinas; es vuestra delicadeza tanta que ni aun permitis que se hable de vuestras brillantes hazañas sin que la gloria de ellas resplandezca en mayor grado sobre la frente de vuestros mismos protegidos. Tal ejemplo de heroismo y abnegacion que os ha conquistado un elevado puesto en el templo de la inmortalidad, quiero yo ser el primero en admirarlo, al modo que en los siglos venideros se contemplará con un respeto religioso el esplendente cuadro de vuestras virtudes y de vuestras imperecederas glorias.

– No mas, D. Bartolomé, dijo el capitan Sureda. Hacemos únicamente lo que debemos. Decidme ahora la pérdida que hemos tenido, sin ocultarme nada.

– Muertos son pocos; pero heridos, en gran número (*), y entre ellos, aunque no de gravedad, Cotoner, Puigdorfila y Descallar: tambien lo está Font.

Ines palideció, y con angustia creciente preguntó al cirujano Llensor si la herida de Font era de gravedad.

– No lo sé, hermosa Ines.

– Pues andad por amor de Dios á curarle.

Font y Maura que acababan de entrar presenciaron estos extremos de Ines, la que descubriendo á Font no fué dueña de reprimir un grito del júbilo que repentinamente experimentó su corazon. Mi querido Antonio! Estás herido?

– Es un pequeño rasguño, que mas bien merece el nombre de respingon, querida mia.

– La herida de Font está en su corazon, y no sabrá curár-

(*) Histórico.

sela Llensor, ni todos los cirujanos habidos y por haber, existentes y que han de existir. Oyes, Huri divina?

– Hasta durante el combate creo, querido Maura, que no olvidas el zumbarte.

– Querido Maura, has dicho! Mira lo que charlas, Ines; pues de lo contrario vas á armar una camorra de mil diablos con tu encantadora prima Catalina. Sábete que ella no quiere que le soplen á su grande Alejandro, que yo soy este en persona. Entiendes?

Ines y Font soltaron una carcajada, á la que contestaron con otra igual todos los que estaban presentes, y hasta el mismo capitan Sureda se sintió atacado de la hilaridad de los demas.

– Acércate, mi amigo Font, dijo el padre de Ines. Aprieta esta mano, y tú, valiente Maura, recibe mil parabienes por tus proezas de cada vez mayores.

– Mis proezas! voto á cribas! No lo decia yo! Por algunos pinchazos que he cambiado, héteme ya hecho un Julio César, ó todo un Alejandro. No extrañeis, pues, que mi adorado tormento se dé al diablo de puros celos. La conversacion siguió alegre y animada hasta las nueve de la noche, hora en que todos se retiraron á descansar de la fatiga del combate.

El resultado de esta batalla fueron mas de ciento y tantos muertos, como dice Mut, otros historiadores hacen llegar la pérdida de los comuneros á mil veinte entre muertos y heridos, sin contar un crecido número de prisioneros. Se tomó toda la artillería. Una culebrina llamada San Juan, otra media culebrina y un sacre, lanzas, espadas y otros enseres de guerra (*).

(*) Histórico.

Esta batalla demostró terriblemente á los agermanados que no impunemente se atacan los caballerosos sentimientos de hombres pundonorosos, y mucho ménos su independencia.

«La guerra ofensiva es calidad anexa á los tiranos; y el »hombre que se defiende es un hombre justo (*).»

«Hay causa de muerte, dice Chateaubriand, en todo lo »que hiere la dignidad del hombre, y cuanto ofende la dig»nidad del hombre no puede ménos de perecer miserablemente.»

Si, segun este ilustre escritor, hay causa de muerte en todo lo que hiere la dignidad del hombre, los alcudianos obraron muy cuerdamente al rechazar con indignacion las infames proposiciones de los agermanados; é hicieron doblemente bien en defenderse como leones contra los que intentaron obligarles, con un aparato imponente de fuerza, á cometer una maldad mas que grosera, vil.

Han sido necesarios toda la ceguedad y todos los delirios de nuestras pasiones políticas para confundir unos actos, que caracterizan la mayor grandeza de alma con un espíritu de partido.

La calificacion de absolutistas que se ha dado á los alcudianos de aquella época, me parece que de ningun modo es la que les compete de derecho. Así lo comprende tambien el ilustrado poeta catalan D. Joaquin Rubio, como se deduce de su poesía dedicada á Alcudia en agosto de 1845. En comprobacion de este aserto insertarémos el siguiente fragmento de ella.

(*) Voltaire.—Filosofía de la historia.

Qué quieren estos hombres? tu sangre? la vertieras
Para evitar un año de guerra y mortandad.
Mas quieren á la nobleza á quien asilo dieras,
Y ántes morir, dijistes, que dar en tal maldad.
Llamaron á tus puertas, mas no fué cual viajeros
Que poco á poco llaman con su leal baston.
Llamaron á tus puertas, mas fué como guerreros
Con flechas disparadas, blandiendo su lanzon.
Llamaron y quisieron entrar á viva fuerza,
Y enrojecer tus calles con sangre de héroes cien;
Mas fiel jurastes serles, y no hay poder que tuerza
De un noble el juramento, y Alcudia lo es tambien.
Contaron con tus muros, tu honor y tu hidalguía,
Echáronse en tus brazos pidiéndote favor;
Y léjos de venderlos con torpe cobardía,
Por ellos te inmolastes con santo y noble ardor.
Obraste como noble, pues noble es quien amparo
Con riesgo de sus dias al débil dispensó:
Obraste como noble, por esto es mas poderoso
Tu escudo des que abrigo al perseguido dió.
Que lema el comunero seguia, no miraste,
Fué voz para ti vana, la voz de libertad;
Tan solo en tus empeños, solo en tu honor pensaste,
Y así fué tu divisa, nobleza y lealtad.

Preguntaria yo ¿si son solo los absolutistas los que tienen y ostentan tan recomendables cualidades? ¿Nobleza y lealtad son sinónimos de absolutista? Si no lo son, ¿qué otras causas dió Alcudia por la cruel é injusta guerra que tuvo la magnánima osadía de sostener por no rebajar un átomo su dignidad? ¿Se replicará que desplegó al viento un pendon contra el que ondeaba el nombre de la libertad?

Esto no es exacto. El pendon que desplegaron los alcudianos, y que su esfuerzo y valor hicieron glorioso é inmortal, fué contra los que en nombre de la libertad querian aherrojarles y precisarles á cometer aleves felonías.

Seamos justos, dice el vizconde d'Alincourt, pues casi siempre es tambien justa la tierra cuando el cielo va á serlo durante la eternidad.



CAPÍTULO XIV.

Lo que pasaba en el campo de los agermanados la noche que siguió al dia de la referida batalla. Gererañy y Florid.

Los agermanados ensancharon mucho el círculo de circunvalacion, y el espanto entre ellos fué de tal naturaleza que por toda la línea se oian murmullos siniestros, y para colmo de desfallecimiento no faltaban profetas improvisados, que pronosticasen toda especie de males, refiriendo absurdos los mas groseros. Uno entre ellos se esforzaba en persuadirles que Font no podia ser herido sino con arma bendecida.

– Con arma bendecida! Y por qué, Retad?

– Porque es un brujo á quien guardan una legion de demonios.

– Entónces ya no hay que admirarnos de lo que hace; pues todo es por medios diablunos; pero, ¿qué medios nos quedan para acabar con él?

– Uno muy fácil, cual es enviarlo al infierno, arrojándole á una hojuera por brujo.

– Eres una buena calabaza, Retad, dijo Ferriol; y todos soltaron una carcajada atronadora.

– ¿Qué significa esta algarabía, preguntaron dos hombres que acababan de reunírseles?

– Retad nos hace desternillar de risa con sus patochadas. Cree allá en sus adentros que nosotros somos unos papanatas, á quienes fácilmente nos hará tragar que vendrá dia en que los hombres volarán como buitres, y ahora nos estaba diciendo que Font es un brujo, que no puede ser herido sino con arma bendecida. Estas cosas, despues de la pérdida que hemos sufrido, no son las mas á propósito para tranquilizar los ánimos.

– Está bien, respondió Florit. Sabe, Retad, que mañana á las diez de ella tendrás en tu poder una lanza y una espada bendecidas, y seguidamente irás ante Alcudia con bandera de parlamento para retar á Font á un duelo de muerte, supuesto que tú eres mas fuerte que un toro, á ver si logras despacharlo para el otro barrio; de lo que te resultará mucha prez y no poca gloria. Qué contestas?

– Yo, seor Florit, conozco que soy un asno; pero con todo, me guardaré muy bien de cometer tan garrafal necedad. No tengo envidia, y no quiero aspirar á la gloria que voace me propone, ni tampoco levantar caramillos en el viento, teniendo para ello que andarme buscando cinco pies al gato. ¿Qué ha sucedido hoy á nuestro pobre Delmau? ¡Santa Bárbara bendita! La tierra ha temblado con el batacazo que ha dado en el suelo, en un todo semejante al que diera una vieja encina arrancada de cuajo por violento huracan, porque la lanza de aquel brujo alcudiano le ha pasado el cráneo de

parte á parte. Y no era Delmau valiente? Y mucho que sí, y hasta valentazo de marca mayor. Pero, seor Florid, ¿qué podemos nosotros contra endemoniados y brujos?

– Pobre Joaquin Retad! Eres muy digno de compasion con tus diablos y tus brujas, que te han vuelto un completo tarumba. Vete, animal, y no te presentes mas á mi vista; y sin aguardar respuesta dirigióse con Gererañy á su barraca, y allí entablaron la conversacion siguiente:—¡Cuán tristes desengaños he tenido, amigo Florit, desde el dia de nuestra reyerta en las playas de la Albufereta! No extrañaré que digas en ti mismo que hemos trocado los frenos. ¡Un puñado de hombres contrarestar y hacer huir, mas que de paso, á todo un ejército de seis mil infantes, pertrechado de artillería y sostenido por doscientos caballos; es una cosa que la veo y no puedo creerla. Mi imaginacion se pierde en la indagacion de las causas de este fenómeno monstruo, sin poder darme una razon semiconvincente de ello. Comprendo el valor de Font, Sureda, Ferrer, Serra, Maura, y de tantos otros héroes como han lucido hoy sus brios con tanta mengua nuestra; pero siempre concluyo en que apesar de su valor debian sucumbir al número; y no obstante los que han sucumbido hemos sido nosotros. Ha muerto Delmau, contra quien conceptuaba yo que no bastaban tres hombres como Font. Ha muerto Xamena, cuyo valor no tenia límites, y un alcudiano imberbe ha acabado con él y con dos compañeros suyos. Este jóven alcudiano se llama Jaime Solivered, y el tal ha combatido, con ardides es verdad, pero que de ningun modo disminuyen la gloria de su sorprendente vencimiento de cuatro agermanados, matando á Xamena, cortando la muñeca al abanderado, abriendo en canal al tercero, y obligando al cuarto á cargar con los despojos de sus desgraciados compañe-

ros y llevárselos en trofeo á Alcudia. La impresion que me han hecho estas hazañas es muy viva, y no extraño que Retad y otros mil lo atribuyan á cosas de brujerías y manejos diablescos. Florid, sobran motivos para semejantes delirios, siendo excusables en hombres tan sencillos como ellos lo son. Pero vamos á mi principal cuestion.

¿Por qué se ha sitiado á Alcudia y se la hostiliza? Nuestros gefes no han dado otras razones sino porque no han querido entregar, ni aun á un solo noble de los refugiados en ella. ¿Se han olvidado de la solemne estipulacion celebrada con intervencion de los hombres respetables que componian la comision de Llummayor? ¿Así cumplen sus palabras los hombres honrados? ¿Qué habian de contestar los de Alcudia á la segunda intimacion de que entregasen á D. Pedro Juan Zaforteza, y luego se levantaria el sitio y se retirarian? Solamente lo que respondieron con aquella entereza y dignidad, que será otra corona de refulgente gloria que brillará eternamente sobre Alcudia. Lo que nos exigis es una maldad, y sabrémos antes morir sí, pero no consentir en ella. He aquí el único motivo de esta guerra inicua. Lo demas que se diga son pretextos miserables (*). Este ejército, pues, de ningun modo ante Alcudia debe tremolar el estandarte de las germanías ó de la libertad, porque solo está aquí para satisfacer pasiones innobles y mezquinas.

En 12 octubre último se envió un síndico al rey para enterarle de la causa y daños que habian motivado el levantamiento de Palma contra la opresion en que la tenian los tiranuelos que mandaban en su nombre. Muy bien. Pero ¿por qué ellos ahora oprimen é intentan destruir, batiendo en bre-

---

(*) Consúltense las crónicas de D. Vicente Mut, y otras.

cha, una poblacion que no ha tiranizado á nadie, y no ha hecho otro mal que ejercer la mas cristiana de todas las acciones, amparando á los perseguidos de muerte? ¿Qué mandarán decir al monarca para justificar este su atroz comportamiento? ¿Qué los alcudianos no han querido ajar su honor para obedecerles ciegamente ?

Los de Palma eran tiranuelos que provocaron el levantamiento. ¿Pero á los de Alcudia como se les calificará? De obcecados y rebeldes ? Y en qué son rebeldes?

Lo son, Florit, en lo que yo lo seré de hoy en adelante; pues estoy convencido que cuando un hombre emprende el camino de la injusticia, se abre irremisiblemente el de la perdicion (*); y como yo no quiero que por mí el diablo se lleve á nadie, mucho ménos quiero ser arrastrado á un precipicio por las faltas de otros. A mi modo de ver se hace una guerra injustificable á los alcudianos, y el valor fabuloso con que se defienden estos hombres, será, sin falta, la ruina de los agermanados. Bien sabes tú que una cosa es el ser amante de la libertad, y otra muy distinta el tiranizar, en nombre de ella, á los que no nos halagan nuestra estúpida presuncion. Ya lo he dicho. Ante las murallas de Alcudia no se trata de libertad, ni de germanías: se trata sí, de satisfacer enconos raquíticos, pasiones miserables; en una palabra, vengar el amor propio ofendido y nada mas. En esta atencion, me retiro á mi casa y poco puede importarme el resultado de esta lucha, recordándote á mi vez que no puedo dudar un momento de que tendreis que acabar con locas esperanzas.

– Me has dejado estupefacto, amigo Agustin, y no sé lo que me ha afectado mas profundamente, si tu brusco cambio, ó

(*) Chateaubriand.

tus razonamientos. Cabe decir aquí que has soltado la taravilla expeliendo palabras de fuego, que taladran los tecúmenos y queman hasta el compacto tejido de los huesos. No es mi intento, sin embargo, oponerme á tus convicciones; mas, no puedo menos de combatir lo que juzgo un error de tu imaginacion acalorada. Por mas defectos que tengan nuestros gefes, no por esto dejará de lucir sobre sus sienes una corona de gloria inmortal por haber combatido la horrorosa tiranía de los mandarines que oprimian á Mallorca. Cierto, y muy cierto es, que han cometido tambien errores graves, y el de mayor transcendencia es esta guerra sin una causa semijusta que la autorice, y en la que creo yo contigo que tiene gran parte el amor propio ofendido. Pero Gererañy, ¿quién se puede lisonjear de encontrarse sin mancha en un tiempo de delirio en que nadie tiene el completo uso de su razon? (*). ¿Ignoras la degradacion en que viviamos bajo la férula de los déspotas que mandaban antes del glorioso levantamiento de las comunidades? ¿Puede ningun hombre sensato olvidar sus atrocidades y toda la cadena de vejámenes, solo para satisfacer sus caprichos? Cuando recuerdo todos sus actos hijos de un orgullo desmedido, queriendo que todos los hombres respetásemos como leyes hasta sus mas degradantes pasiones; mis potencias se exaltan con el torrente de inflamada sangre que inunda mis entrañas, impeliéndome á levantar mi voz en grito, diciendo: Vivan los gefes de los agermanados y particularmente Juan Odon Colom, el glorioso restaurador de la libertad mallorquina. Al mismo tiempo deploro, como el que mas, la ceguedad de aquellos y de este relativa á este sitio sin objeto noble y justo; pero no por esto

(*) Chateaubriand.

dejaré de admirar su gloria por haber desplegado al viento el estandarte de la libertad; «pues que sin esta pienso que »nada hay en el mundo, y aunque yo deba ser el último en »defenderla, nunca dejaré de proclamar sus derechos (*).



CAPÍTULO XV.

Llegan al campo de los sitiadores algunos adalides comuneros de Valencia. Reanímanse los agermanados, y combates particulares de alcudianos con comuneros de aquella ciudad.

Nada se intentó ni por una parte ni por otra en los ocho dias que siguieron al del último combate. Los agermanados que se demostraron algo mas abatidos de ánimo que lo que correspondia á sitiadores, de la noche á la mañana se presentaron mas cerca de Alcudia audaces y orgullosos, volviendo otra vez á sus acostumbradas insolencias, dando á entender que pronto tomarian revancha de la derrota que habian sufrido. Los de Alcudia ignoraban la causa de la animosidad que se notaba en el campamento, y temian que desde Palma hubiese llegado artillería de grueso calibre: por lo que se prepararon para todo acontecimiento. Una bandera blanca que se presentó ante la puerta de Mallorca, atrajo gran número de gente sobre la muralla para saber de que tratase el parlamentario, el cual dijo: vengo de parte de Francisco Higue-

(*) Chateaubriand.

ras comunero de Valencia, á proponer un duelo á muerte á Antonio Font, á pié ó á caballo, con lanza ó espada, á doscientos pasos de la muralla, en donde le esperará Higueras con doce de los suyos, jurando á Dios que ninguno de ellos tomará parte para ayudarle, como espera igual promesa por parte de Font. Aguardaré una hora la contestacion.

Un murmullo general se dejó sentir desde luego entre todos los espectadores.

¿Quién será este adalid que con tanta arrogancia reta á Font á un combate particular? ¿Permitirémos nosotros que Font se bata solo? En dónde está nuestro Aquíles? Que se le busque, y el mismo que dé la respuesta. Buscóse á Font, sin que nadie supiera dar noticias suyas.

Tres cuartos de hora habian pasado ya, y la contestacion no se daba, porque Font no parecia.

– Qué es de Font? La agitacion y efervescencia aumentaban por momentos. Y qué! Se habrá escondido?

– Has dicho una herejía grosera, Canquellas. Nuestro Aquíles jamas vuelve la cara atras cuando se trata de combates, y ama demasiado la gloria de su patria para huir el cuerpo á ninguna cosa que pueda empañarla.

– Oh! nó, respondió Canquellas. Él no se esconde por eludir un combate, y no fué esta mi intencion al decir si se habia escondido. Mas, sabed que hoy hace tres dias que no se le ha visto en ninguna parte. En dónde estará?

– Aquí respondió una voz. Yo presento á mi íntimo amigo Font para lo que se ofrezca.

– Maura! Qué se ha hecho tu amigo?

– No está en Alcudia, ni Sureda tampoco, y ahora soy yo él en persona, y en su nombre acepto el duelo.

– Tú, intrépido Maura!

– Voto á cribas! Ya lo he dicho: por lo que contestad luego que recojo el guante á caballo con lanza y espada.

– Bien, que se conteste de seguida.

Mientras se tenia este corto diálogo, vieron que el retador habia ya desaparecido.

– Qué borron para nosotros! Pero la hora no ha pasado todavía, y sin embargo se ha ido sin respuesta.

– No os dé esto cuidado, pues en este instante marcharé hasta la línea enemiga á desafiar al autor del reto, y, ó le daré la muerte ó él á mí.

– No irás allá, Maura, porque dentro de una hora me verás en danza con ese Higueras ó Ciruelo.

– Tú, valiente Serra!

– Yo en persona, y vive crispo! que no será otro.

– He salido ciego de rabia y coraje porque se tardaba en contestar, y he dicho al mensajero: Anda de prisa y preven á tu Higueras que Font no está en Alcudia; pero puede ser muy bien que ya haya vuelto dentro de una hora, y de todos modos que para Higueras habrá de sobra con Serras. Caballo, lanza, espada y un ataud al lado para él ó para mi. Entiendes?

Una hora despues apareció un pequeño grupo de hombres armados hasta los dientes, y entre ellos un formidable guerrero á caballo empuñando en su diestra una gruesa lanza, que manejaba como si fuese un junco. Detras presentóse otro igual, y por las órdenes que dió á los suyos se conoció que él era el gefe. Puestos en fila dirigiéronse al campo designado para el combate, y allí hicieron alto. Son doce en todos.

Un número igual salió de Alcudia, y no pararon hasta ponerse enfrente de los primeros.

– Quién de vosotros es Francisco Higueras?

— Soy yo, respondió el gefe.

— El mismo que ha retado á Font á un duelo de muerte?

— Sí, el mismo.

— Pues con las condiciones que vos mismo habeis impuesto aparejaos al combate.

— Sois vos Antonio Font?

— Soy Martin Serra, como ya de ello estaréis informado, y tambien porque soy yo, y no Font.

— Entónces yo no me bato.

— No quereis batiros? replicó Serra tartamudeando de furor.

— Mi reto es para Font, y no para vos.

— Por qué habeis venido pues?

— Para deciros que yo no quiero batirme sino con el que he desafiado; y si vos tanto deseais ostentar vuestros brios, aquí traigo compañeros que sabrán satisfaceros algo mas allá de lo que querais.

— Voto al diablo, y qué picotero sois, señor extranjero! Salga el que guste, y basta de charla.

— Hé, Tiburcio Montaña, sal á divertir á este rapaz.

— Hablaréis con un poco mas de comedimiento, canalla Higueras: de lo contrario, no extrañeis que este muchacho rapaz os rompa la crisma cuando ménos.

Una carcajada burlona fué la contestacion del valenciano Higueras; pero si Montaña no se interpusiera entre él y Serra, no le hubiera sido posible excusar un combate con este.

Trabóse luego la pelea entre Montaña y el jóven Serra, y al primer encuentro fué muerto el caballo de este atravesado por la lanza de aquel. El alcudiano saltó del caballo con una prontitud solo comparable al pensamiento, diciendo á su enemigo. Has tirado al caballo para poder matarme á tu salvo. Es esta la bizarría de los extranjeros? Pero, vive crispo! que

tus ardides te valdrán bien poca cosa. El caballo de Montaña se agitaba ya en la última convulsion de la muerte porque Serra le habia metido por las costillas la espada hasta la guarnicion. Ahora pudiera yo matarte á mi salvo, no pudiendo defenderte por la pierna que tienes presa debajo del caballo; mas, yo no soy como tú y tu gefe. Sal si puedes ó te ayudaré. En este momento una agitacion convulsiva del caballo dejó libre la pierna de Montaña, y seguidamente acometió tan bruscamente á su generoso competidor, que pudo descargarle tan desatinado golpe sobre su casco que le hizo doblar la rodilla en tierra; y disponiéndose para secundarle, levantó la espada con ambas manos, con cuyo golpe probablemente le rematara, si este no le metiera por entre las junturas de la coraza un buen palmo de su tizona. Montaña abandonó la suya, arrojando un grueso caño de sangre por la boca, retrocedió, titubeó, cayendo al fin exhalando un rugido de hiena seguido de un extertor de agonía, indicio de su fin. Pero Serra tambien habia perdido el sentido y estaba tendido en el suelo sin dar indicios de vida. Los alcudianos, con indecible angustia, le condujeron á Alcudia, y los agermanados igualmente prodigaron á Montaña cuantos auxilios tuvieron á la mano para reanimarle; pero Montaña habia muerto. Convencido Higueras de esta funesta verdad, mandó retirar el cadáver de su amigo, y avanzando hácia los alcudianos les dijo: Me habia propuesto no batirme sino con Font, y supuesto que se excusa de medir sus fuerzas conmigo, os desafio á todos de dos en dos ó de tres en tres, como gusteis; pues yo no puedo retirarme sin vengar á mi valiente compañero Montaña, que ha sucumbido por una casualidad feliz que ha sabido aprovechar su adversario; advirtiéndoos que si no aceptais, os mataré como á perros.

¿Con qué quereis matarnos como á perros? respondió Maura. Este modo de matar no lo conocemos, porque es exótico: así debe usarse por vuestra tierra. ¡Válgaos el diablo por fanfarron! ¿Y por qué ha de ser como á perros, y no como á perras? ¡Qué ocurrencia la vuestra, voto á cribas! Apostaria yo mi dedo meñique, y tambien el anular, á que con otra nos amenazaréis de agarrarnos y arrojarnos á tanta elevacion, que antes que lleguemos al santo suelo habrémos ya perecido de hambre. Verdad, señor matador perruno? Sin duda imaginais que nosotros somos unos pobres camuesos, que no entendemos vuestras tretas y miserables pretextos, cuando con tan estrafalaria jactancia afirmais que por una casualidad feliz que ha sabido aprovechar el jóven Serra, ha sido vencido y muerto Montaña. No podeis ignorar, señor Higueras ó Ciruelo, que vuestro compañero se ha portado con sus puntas y ribetes de infame, atacando alevosamente como el tigre, á su generoso competidor. Por este mi lenguaje podeis comprender cuanto despreciamos vuestras bravatas. En esta atencion, acepto el combate cuerpo á cuerpo, y basta ya de palabras; pues al buen pagador no le duelen prendas.

– No puede ser contigo, valiente Maura, dijo un hombre que se presentó en aquel instante.

– Aquí está Font, gritaron los de Alcudia con un entusiasmo frenético.

– Font amigo mio! Por fin estás aquí?

– Ya lo ves. Acabo de llegar y de saber tambien de lo que se trata, oyendo como este extranjero charlaba sobre matarnos como á perros, con una seguridad que haria rebentar de risa al mas adusto fraile de la Trapa, sin tener en cuenta de que hay perros que muerden y destrozan.

La inesperada presencia de Font, como era regular, lla-

mó la atencion de su antagonista Higueras, quien le examinó detenidamente desde los pies á la cabeza, considerándole desde luego digno de su brillante fama de valiente entre los valientes. En efecto, Font era un hermoso y arrogante mozo en toda la extension de la palabra, de estatura cinco piés y mas de tres pulgadas, ancho de espaldas, constitucion atlética y fuerzas extraordinarias, como lo indicaban sus pronunciados y mejor marcados músculos braquiales; ancha y pensadora frente con despejada fisonomía, cabellos negros y algo rizados en las sienes, ojos negros rasgados y vivos, mirada serena, pero brotando fuego cuando se incomodaba. Sus cualidades morales de las mas excelentes: moderado y adusto sin ser ofensivo, afable sin humillacion, y tan valiente como honrado. La exclamacion pues de «aquí está Font», y el entusiasmo, que cual fuego siniestro brilló en los semblantes de los alcudianos, ademas de la mesura de las palabras de aquel y la ironía con que las pronunció, produjeron una impresion terrorífica en el corazon de Higueras; mas, como este era tambien todo un valiente, no tardó en serenarse, y poniéndose ante Font dijo: He deseado vivamente conoceros y en parte ya estoy satisfecho: falta ahora lo demas que es mataros en leal combate.

– Con qué quereis matarme?

– Este es mi mayor deseo.

– Os advierto, señor deseoso, que mi espada pincha.

– Pero creo que no como la mia.

– Tanto mejor para vos, y así aprovechaos de la ventaja de estar á caballo; pues en cuanto á mí, juzgo que por vos no vale la pena de ir á buscarlo.

– Font, estoy persuadido que para batiros me es de sobra el caballo: le dejo por tanto, y adelante; pues como ha dicho vuestro compañero, al buen pagador no le duelen prendas.

El combate empezó terrible, y luego de inutilizadas las lanzas, se cruzaron las espadas, cuyos violentos choques hacian despedir ardientes chispas. Higueras acosado por Font tuvo que retroceder gran trecho, reconociendo en este un competidor tremendo, y convenciéndose, pero tarde, de que solo por un milagro saldria con vida de la lucha que el mismo habia provocado. Su sangre corria ya de dos leves heridas, y desesperado confiando en sus fuerzas hercúleas se abrazó con Font por si lograba echarle en tierra y acabarlo con su puñal filoso; mas, fué levantado en alto y violentamente arrojado en el suelo sin poder moverse; y cuando esperaba sentir desgarrar sus carnes con el estoque alcudiano que vió brillar en la derecha de Font, cual centelleante ojo del tigre mirando á su víctima, oyó que este le decia:—Puedo mataros sin resistencia, y como no me gusta derramar la sangre de mis semejantes, me contento en haber vencido á un valiente como sois vos; por lo que levantaos y marchad libre. Tales palabras transportaron de repente á Higueras desde las obscuras playas de la eternidad al campo iluminado por el refulgente sol de la vida. Así es que respondió: Sois Font un héroe sin segundo, y no es posible ya extrañar el terror que se apodera de los enemigos á vuestra presencia, á la par que el nunca visto entusiasmo que inspirais á vuestros valientes compañeros. Estoy aturdido al ver tanto heroismo y generosidad tanta. ¡Un jóven de diez y nueve años como lo es Serra, haber vencido á un valiente como mi desgraciado amigo Montaña, que era el terror personificado de nuestros enemigos de Valencia; y vuestra generosidad con un hombre como yo, que no anhelaba sino derramar hasta la última gota de vuestra sangre, me anonada completamente! Creedme, ínclito Font. Yo tengo á gran mengua que me dejeis libre, porque es

un indicio cierto de la poca importancia que dais á mi persona; disimuladme pues el que no acepte la libertad que me concedeis, y admitidme por prisionero vuestro.

– Me mereceis, valiente Higueras, mas importancia que la que pensais y podeis apetecer; pero os repito que estais libre, y por consiguiente disponed á vuestro talante de la libertad que os doy.

– Os suplico, señor Font, que admitais esta mi espada toledana, porque solo un hombre como vos merece ceñirla á su cintura. Es un arma como no las hay, y os aseguro que sabréis apreciarla en lo que vale.

– La admito gustoso, Higueras: basta que sea prenda de un valiente como vos.

– Ahora os pido otro favor.

– Decid.

– Quisiera poseer vuestro estoque por conservar una prenda de vuestra sublime generosidad. Este puñal debia arrancarme la vida; por consiguiente me recordará que el alcudiano Font me la concedió sin yo merecerla.

– Aquí está. Quereis mas? Hablad con franqueza.

– Un apreton de vuestra derecha, y me retiraré henchido el corazon de gratitud, y esta misma noche abandonaré con todos mis compañeros el campamento, pues no quiero que nuestras armas sostengan la mas bárbara é injusta de las guerras. Adios.

Qué habia sido del jóven Serra? Una conmocion cerebral consecuencia del desatinado golpe recibido en el casco, y con un par de sangrías copiosas quedó restablecido.



CAPÍTULO XVI.

Consulta en casa del capitan Sureda. D. Miguel Sureda Anglada parte para reclamar auxilios del Rey. Resultado de la excursion de Font, Sureda y mosen Narciso. Matrimonio de este.

Tres dias despues de los dos duelos referidos hubo una reunion numerosa en casa del capitan Sureda, á fin de discutir el modo de librarse de los males que amenazaban á Alcudia. El señor Maura, hombre de un espíritu superior y de una ilustracion profunda, tomó la palabra y con su acostumbrada elocuencia expuso las siguientes razones:—Señores nobles de Palma, y vosotros mis compatriotas todos: Hasta la hora presente hemos salido vencedores de todos los combates; y sin embargo, es muy poca cosa lo que hemos adelantado. Los agermanados cada dia se muestran mas tercos y obcecados, y si esquivan las luchas es porque siempre llevan lo peor; pero no por esto desisten de intentar nuestra ruina y la de nuestra patria. No olvideis que las almas pobres son pertinaces y testarudas (*), por lo que ni los descalabros que han sufrido ni los desengaños que han tenido, podrán ser poderosos para convencerlos de que lo mejor y mas ventajoso para ellos seria retirarse y dejarnos libres.

Esta conducta, señores, es muy imponente; y preciso es persuadirse de que á la larga será tan funesta para nosotros

(*) Dumas.

y para Alcudia, como lo han sido para ellos cuantas lides se han empeñado hasta este dia. El sitio sigue como antes, y aunque les hemos obligado á ensanchar mucho el círculo de circunvalacion, asimismo es un sitio que nos impide cultivar una buena parte de nuestros campos, de lo que ha de resultar otra plaga (la miseria), que concluirá por abrumarnos; por consiguiente fuerza es apelar á otros medios que al valor de nuestra juventud, si no queremos sucumbir por imprevisores. No basta la gloria de ser valientes para conjurar el conflicto que nos amenaza; otra cosa hay mas allá del valor, y en esta otra cosa está nuestra salvacion. Confiar en que los enemigos reconozcan jamas la injusticia con que nos hostilizan, de seguro es confiar en un imposible. Yo, señores, creo que es cierto que en el corazon del hombre están escritas con el dedo de Dios las palabras humanidad y fraternidad; pero en recompensa el del diablo ha escrito en el de algunos destruccion y sangre.

Nuestra sangre y nuestra ruina, á no poder dudarlo, es lo que quieren los que nos asedian, y hasta haber saciado su antropofágica hambre, no abandonarán su empresa. Bien habeis visto que, apesar de sus continuos descalabros, no hemos conseguido desembarazarnos de ellos, ni nos será posible lograrlo sin una fuerza capaz de destruirlos ó someterlos. Pero, señores, para marchar es preciso estar en pié, quiero decir, que sin pérdida de un momento debemos reclamar socorro del Rey, y para ello seria muy acertado que alguno de los nobles que están aquí pasase á avistarse personalmente con él, y le expusiera nuestra crítica situacion, y el funesto porvenir que nos espera si con tiempo no somos socorridos. Recuérdesele, porque es de toda oportunidad, el *exurge Domine, et judica causam tuam*.

— Señores, contestó D. Pedro Juan Torrens: Estoy en un todo conforme con las opiniones emitidas por mi digno amigo el Sr. Maura, adheriéndome completamente á su dictámen sin añadir ni quitar una jota; y aprovecho esta ocasion para poner patentes á los ojos de la generacion presente y futura las únicas y verdaderas causas de esta guerra que sostenemos, y que debemos sostener mientras respire un solo alcudiano, sin cejar ni hablar de transacciones con unos hombres, que sin ningun escrúpulo hicieron trizas la solemne estipulacion celebrada con intervencion de los respetables individuos que componian la comision de la villa de Lummayor.

Recordad, señores, que el dia 7 de febrero de este año, pudiendo serlo de gloria inmortal para Mallorca por haberse enarbolado el pendon de la libertad española; no obstante, solo lo fué de llanto, de horror y luto á consecuencia de tantas víctimas sacrificadas por el furor de un populacho feroz y ebrio de sangre humana. Los horrendos asesinatos perpetrados en nuestra hermosa capital derramaron en ella el terror del sepulcro, haciendo de esta manera odioso el mas simpático de los pendones. Miserables! Seguramente ignoran «que la libertad es la hija de la naturaleza »dimanada de la Divinidad, que solo concibe nobles pensa»mientos, ejecuta sublimes acciones y por medio de la virtud »encamina los hombres á la felicidad, y de ningun modo una »furia que agite las antorchas ardientes y empuñe el acero.» (*) De esta ignorancia deplorable resultan sus faltas enormes, sus graves errores, y tambien sus criminales atentados. Nada extraño es por tanto que la mayor parte de los honrados habitantes de la ciudad abandonasen las filas de hombres,

(*) Regnauld Warin.

entre los cuales figuran, erguida su frente, asesinos é infames ladrones marcados por la ley (*).

Se dice, señores, «que el espíritu de espansion es el que »se subleva contra el espíritu de compresion; y que el espíri»tu de libertad es el que se subleva contra el espíritu de ti»ranía.»

Reconozco esta máxima por una verdad eterna; pero no lo es menos que la libertad no se afianza con asesinatos. Consúltese la historia, y se verá como en lugar de afianzarla y robustecerla, se destierra de la tierra á esta benéfica y encantadora hija del cielo, dejando en su lugar la atroz arbitrariedad, digna consorte del despotismo hijo del averno. ¿Y no es este mismo camino de perdicion el que han emprendido nuestros enemigos? Convengo en que son pocos en número los que han perpetrado un crímen de tanta transcendencia; pero tengo para mí que el que en lugar de castigar debidamente á estos pocos los cobija bajo su sombra, es moralmente tan malvado como aquellos. En efecto, con esta conducta es imposible desconocer la reciprocidad de sentimientos y la analogía de moralidad; por consiguiente, por mas que enarbolen pendones de la libertad y por mas que se proclamen sus apóstoles, no por esto conseguirán que no resplandezca sobre sus frentes, cual fuego siniestro y como signo de reprobacion y anatema, la mancha sangrienta é indeleble que estampó en ellas la sangre de los asesinatos.

Señores, siendo la libertad una vírgen celestial, emblema de verdadera felicidad para el género humano, en cuya tersa frente, como una corona de estrellas, brillan fascinadores el candor y la pureza; es de toda necesidad que sus de-

(*) Véase á Mut.

fensores sean hombres heróicos, dotados de las cualidades mas eminentes y humanitarias, y cuando menos de una conducta morigerada; y de ningun modo egoistas despreciables, que quieren servirse de ella como de una mujer perdida, para sus fines particulares.

Para mí, señores, solo merece el nombre de liberal ó de sincero amante de la libertad, aquel que acata sumiso las leyes dictadas por la reunion y deliberacion de los padres de la patria en el congreso destinado á tan santo objeto; respetando y concediendo á los demas hombres la mas completa independencia en su modo de pensar y obrar sin perjuicio de tercero, del mismo modo, ni mas ni menos, como lo desea para sí.

Señores, si esta mi definicion no es exacta, desde luego me siento muy dispuesto á desecharla por otra mejor.

Antes de pasar adelante, me hago un deber de justicia en preveniros: Que mis anteriores cargos no los hago extensivos á todos nuestros enemigos: nó, señores. La mayor parte de estos merecen indulgencia por su extremada sencillez, pues se baten sin saber por qué ni para qué, al paso que otros combaten de buena fe á favor de la libertad; y estoy seguro que comprendeis perfectamente que no he hablado en contra de estos ni de aquellos. Sentados estos antecedentes, pasemos á desentrañar las causas de esta guerra. No ignorais que los que dirigen el sitio que sufrimos, son los mismos que enviaron un síndico para mendigar la indulgencia del Rey y la aprobacion de sus actos; y á la vez no han titubeado en destruir completamente los buenos efectos que pudiera producir en el ánimo de S. M. una atenta embajada, batiendo en brecha esta poblacion inocente. ¿Es concebible semejante proceder en hombres racionales? ¡Cuánta verdad es «que tanto

»en el órden moral como en el físico, paso á paso, de esca-»lon en escalon, de transicion en transicion se llega cuando »menos se piensa á donde jamas se imagina!! Entónces los »hechos nos dominan, nos colocan en una pendiente resba-»ladiza, donde tenemos que hacer desesperados esfuerzos pa-»ra volver á ganar la altura que ocupábamos y que no siem-»pre hemos de alcanzar (*). Así, ni mas ni menos, está pasando á nuestros enemigos.

Enorgullecidos con sus victorias en el castillo de Bellver, en Felanitx y en su inexpugnable castillo de Santueri, se les exaltó la bílis á la primera noticia de la derrota que les hizo sufrir cerca *son Fe* nuestra gran guardia mandada por Maura y Ferrer. Para vengar pues esta derrota de sus destacamentos apostados para impedir que pudieran refugiarse mas nobles á nuestra hospitalaria patria, y poder cebarse en la sangre de nuestros protegidos, han pasado aquí con un aparato de fuerzas tan imponente, creyendo en sus adentros que desde luego, rabo entre piernas, como vulgarmente se dice, condescenderiamos á cuanto se les antojase exigirnos. He aquí, señores, la razon de sus inconsecuencias, y tambien explicado el enigma de esta guerra, y el motivo único de haber pisoteado la solemne estipulacion citada. Lo que quieren estos hombres es sangre, y derramar sangre es el objeto exclusivo de su presencia en estos campos. ¿Entruchar á los nobles para poder á su salvo asesinarlos, no fué esta su infame intencion al convenir en la antedicha estipulacion? Está demostrado, pues, que en lo que menos piensan es en que triunfe ningun principio político. Callo de intento sus pretensiones, no tan solo por sabidas, sino que tambien por

(*) Magariños.—Cervantes.

no ver retratarse nuevamente, hasta en los pliegues de vuestra frente, el furor y la indignacion.

Cuando ante nuestras murallas se diere una sola voz para victorear á la libertad, les contestariamos: «Que sabemos me»jor que ellos que la inmovilidad política forma un sistema im»posible, y que fuerza es avanzar con la inteligencia huma»na.» (*) Por todo lo cual fácilmente se concibe que el Rey tendrá por una ofensa de las mas graves el que este ejército se haya atrevido á batir en brecha una poblacion, que no ha cometido otro pecado que el de no haber querido empañar su honor, doblegándose á entregar los desgraciados perseguidos á quienes dió abrigo: por lo que creo sinceramente que el socorro podemos esperarlo con fundamento, y con mayor motivo si uno de estos nobles pasa á avistarse con S. M.

En el ínterin, dijo el capitan Sureda, mi hijo Antonio escribirá ahora mismo á mi íntimo amigo D. Pedro de Pax, con el objeto de que se traslade inmediatamente aquí para mandar nuestros guerreros. Pax es hijo de Alcudia, y es un capitan tan valiente como experimentado. Bien lo conocieron los franceses en los campos de Nápoles (**), y confio que dentro ocho dias lo tendrémos entre nosotros, pues está en Ciudadela de Menorca.

– El noble D. Miguel Sureda Anglada dijo: Señores, si así parece á ustedes, esta misma noche quiero aprovechar la ocasion de embarcarme con el buque que está por salir para Barcelona, con el objeto de presentarme á S. M. y rogarle que nos facilite un pronto socorro: por lo que deseo determinen ustedes el cómo he de verificarlo.

– Acompañarán á usted hasta el puerto veinticinco de nuestros mejores guerreros, y nada hay que temer.

(*) Chateaubriand. (**) Histórico.

– Voime pues á preparar para partir.

Dos horas despues el Sr. Anglada habia partido. Ya retirados todos lós demas, excepto Font y D. Narciso, el capitan Sureda dijo á este: Ahora que vuestra hermosa prometida está aquí podriais enterarme de vuestra expedicion.

– Con mucho gusto, Sr. Capitan. Empiezo. Embarcados en el laud de Matías hicimos rumbo hácia las tortuosas playas de Santa Margarita, llegando á la embocadura del torrente *de ne Borge* una hora antes de amanecer, y luego que el crepúsculo del dia empezó á inflamar una parte del cielo, saltamos á tierra tomando la ruta de la villa de Petra para dirigirnos á la casilla de Randa, en donde contaba encontrar á mi Paulita. La fortuna por esta vez nos fué propicia; pues no bien habriamos andado hora y media de camino, cuando Font que iba delante de nosotros mas de doscientos pasos, y siempre inmediato al profundo torrente, nos hizo seña de que parásemos, poniéndose la mano á la boca para indicarnos que no hablásemos una sola palabra, y luego le vimos descender dentro del torrente. Supimos despues que allí habia sorprendido á un ermitaño, á quién vió ponerse de hinojos ante una imágen de la Reina de los cielos colocada en una pequeña concavidad de una roca, tan luego de haberle descubierto. Font se encaminó á él, y levantándose el ermitaño le dijo: Buenos dias, jóven: sin duda os habeis extraviado, porque estos parajes no son muy frecuentados que digamos, ni hay camino, ni atajo, ni cosa que se le parezca, de manera que viendo en estos barrios salvajes un sugeto como vos, y mas llevando pendiente de la cintura un azadon casi tan largo como una lanza, le vienen á uno ganas y deseos de preguntar. Qué es lo que buscais?

– En realidad, padre ermitaño, que teneis razon de sobra;

Mi camino por estos barrancos corre parejas en extravagancia con esta ermita en la metad de la pendiente de un hondo torrentazo como este.

Esta inesperada réplica de Font desconcertó bastante al solitario, contestando al cabo de un rato. ¿Qué quereis que os diga? Algunos gustan de buscar á Dios en las montañas y alturas, y en contraposicion á mí me place buscarlo en los torrentes y honduras. Mi genio es algo melancólico, y me cuadran mejor estos sitios tristes y monótonos que los espaciosos y alegres.

– Así sucede á los hombres de una conciencia sin mancha, y tan tranquila como lo demuestra vuestra despejada fisonomía, cuya frescura de rostro forma un contraste sorprendente é inconcebible con esta respetable barba blanca, que mas bien parece un grosero pegote que otra cosa. Repito que estos paises salvajes sobradamente solitarios requieren una conciencia en grado superior tranquila á la par de la vuestra, porque.....

El solitario que miraba de hito en hito y sin pestañear á Font, le interrumpió bruscamente preguntándole con tono áspero: Por qué?

– Porque Hay siempre en la soledad,
En el silencio y la calma
Voces que anuncian á el alma
Alguna horrible verdad (*).

No pudiendo el ermitaño reprimirse un solo segundo mas, respondió con un gesto diabólico: Seor huésped: que diez mil legiones de satanases me lleven en volandas, si no teneis mas de belitre y bellaco que de hombre de bien.

(*) Rubí.—La Bruja de Lanjaron.

– Me parece que no hay motivo para incomodaros hasta el extremo que todo un santo ermitaño como vos eche votos y juramentos, redondos como el disco de la luna.

– ¿Acaso soy yo ermitaño como los demas?

– No os comprendo.

– ¿Habeis olvidado ya que he dicho gustan mas á los otros las cosas de arriba, y que á mí me sucede al reves prefiriendo las de abajo?

Font se puso á reir á carcajada tendida.

– Voto al diablo! He querido decir que algunos prefieren las alturas de los montes, al paso que yo las hondanadas. Me entendeis ahora, so socarron?

– Os entiendo muy bien; pero no puedo dejar de deciros algunas cosas, que no quieren pudrirse por calladas en mi interior.

– Qué cosas serán ellas! Decidlas.

– Que en mi concepto no valeis mucho para ermitaño.

– Si no valgo por ermitaño, ya valgo y no poco para otras cosas; y váyase lo uno por lo otro. Mas, os advierto que es hora de almorzar, y sin duda me haréis compañía. Aceptais?

– No puedo porque llevo prisa, y ademas van á llegar dos compañeros de viaje, con los cuales vuestra despensa sufriria un descalabro horroroso.

– No os dé cuidado lo de la despensa, pues Dios proveerá; por tanto repito si aceptais.

– Sea así, ya que os empeñais en ello; advirtiéndoos que mi panza no está acostumbrada á llenarse de tagarninas, como debeis hacerlo los ermitaños.

– Dale con los ermitaños. Venid, y ya verémos.

– Nó, es mejor que comamos aquí.

– Sea aquí. El solitario se internó en la cueva, y en el ín-

terin Font nos hizo seña de que bajásemos, como lo hicimos. Salió el solitario con una cesta grande, sacando de ella pan blanco, todo un queso y cinco ó seis docenas de nueces, diciendo á Font: Habrá bastante para un almuerzo?

– Para los dos sí, pero no para los que llegan. Volvióse el solitario y nos descubrió ya muy cerca de la cueva convertida en ermita, y desde luego fijó su vista sobre de mí, prorumpiendo al fin con una exclamacion de la mas viva sorpresa. Voto va á diez mil diablos! Mosen Narciso por estos andurriales!

Oyéndome nombrar examiné detenidamente al solitario, que se sonrió socarronamente; y entónces mi sorpresa fué mayor que no lo habia sido la del ermitaño. Lo veo y no lo creo. ¡Roca con hábito de fraile! Ó bien has perdido la cholla, ó aquí hay gato encerrado, cuyo misterio confio que nos explicarás.

– Sí, os lo explicaré. No lo dudeis, mosen Narciso, os lo explicaré todo; mas, será despues que háyamos llenado la panza, y no de tagarninas como lo temia este vuestro compañero, que segun me ha dado barruntos no es muy aficionado á mortificarse con ayunos, sino que es un excelente gastrónimo.

– Gastrónomo querrás decir.

– Basta que me comprendais, mosen Narciso: gastrónimo ó gastrónomo; pero esperad un momento. Internóse otra vez en la cueva y volvió con una pierna de carnero azada, dos sobresadas y un gran cántaro de vino superior.

– Voto á cribas! Eres, tú Roca, un ermitaño modelo. No te andas en chiquitas, y tu despensa está medianamente bien provista.

– Creiais que Roca fuese algun zamacuco? Entended que prefiero ser zorrocloco, pues quien las sabe las tañe, y.....

Cristo con todos. Pero seatémonos y comamos, que para despues os queda que escuchar mi historia.

Luego que concluimos el almuerzo, Roca nos refirió lo siguiente:—Desde el dia que tuve la fortuna de libraros de las garras de los agermanados, allí en la casilla de Randa, hemos sido enemigos irreconciliables, y hemos trabado no pocas contiendas con ellos. El resultado ha sido hacerles pagar bien caras las escaramuzas, pues ademas de los muchos que han quedado en el campo para pasto de cuervos, les hemos obligado á darnos todo el dinero que llevaban encima, y esto sin apelacion. Tambien algunas villas hasta poco ha nos han pagado con buen oro para que protegiésemos á sus moradores, y lo hemos hecho á medida de su gusto. De aquí habeis de inferir que no nos falta dinero, y con ello lo pasamos tal cual. No hace mucho que en *son Guineu* y *Ariañy* pillaron á algunos nobles y se los llevaban al matadero, cuando hete aquí á Roca y los suyos que les salen al encuentro, y en un santiamen salvamos á los dichos nobles (*), alijerando completamente el bolsillo de los agermanados. Poco despues supimos que en Felanitx hubo jarana asesinando á algun sugeto distinguido, y haciendo retirar al castillo de Santueri á sus defensores. Pasamos allí á parlamentar con los encastillados, ofreciéndoles nuestra ayuda contra los agermanados, dándonos cierta cantidad de dinero, á que se negaron. Retirámonos pues, y les abandonamos á su suerte. Los del castillo, por via de entretenimiento, colgaron en estatua á Juan Odon Colom gefe de los comuneros, y los muy torpes se echaron á dormir tan descuidados que solo dispertaron para ver como los de Colom les libraban un pasaporte para el

(*) Histórico. Véase á Mut.

otro barrio, sin dejar uno solo con vida (*). Un dia se me presentó un jóven pidiéndome encarecidamente que fuese á libertar á Paulita, presa dos meses habia en una casa situada en la hondanada del torrente de *son Bats*, en donde la custodiaba Gregorio Ruiz su raptor, hasta que condescendiese á casarse con él. Paulita se mantuvo terca en sus negativas, y Ruiz desesperado la amenazó de atropellar todo respeto y consideracion si dentro tres dias no le daba el sí. El primero de estos tres dias tuvo por centinela de la puerta de su chiribitil á Bernardo Oliver.

– Á Oliver!

– Sí, mosen Narciso, á Oliver; y Paulita sospechando que seria el mismo que os habia ocultado tantos dias en su cabaña, os nombró varias veces. Entónces Oliver le preguntó si os conocia, y ella contestó con un disparate de los mas gordos diciendo que era vuestra esposa, con lo que presumió Oliver, y yo tambien cuando lo supe, que Paulita era una loca rematada; no obstante Oliver se propuso librarla de Ruiz, y luego de relevado de su guardia no paró hasta encontrarme, enterándome de lo que estaba pasando. Dirigímonos á la prision de Paula, y la libertamos conduciéndola á Llummayor, y entreguéla á su padre, que estaba desesperado sin su hija ni su mujer que habia fallecido. Desde aquel dia me estoy retirado aquí haciendo penitencia del modo que habeis visto.

– Pero, qué significa este sayal?

– Aguardaba esta pregunta, mosen Narciso. Es un poderoso talisman contra los agermanados, que me persiguen de

---

(*) Histórico. Véase la carta histórica del levantamiento de las comunidades por D. Antonio Furió.

muerte; y con él espío todos sus movimientos, descubro todos sus planes, y cuando menos lo piensan y mas seguritos se consideran, se les presenta Roca con los suyos, cual duendes caídos de las nubes, y en un cerrar y abrir de ojos les sacudimos á nuestro sabor la pavana, sin dejarles mas cruz que la de sus frentes. Con esto podeis figuraros de si están ó no dados al mismo diablo, no sacando otra cosa de todas sus campañas y batidas contra mí, que descalabros y un completo saqueo por añadidura. ¿Comprendeis ahora la virtud de mi bendito sayal? ¿Comprendeis tambien mi mórfosis

– Metamórfosis, Roca.

– Pues esto. Lo comprendeis?

– Perfectamente, Roca. Mas ¿cómo es que te estás solito? ¿No temes que por un desgraciado azar te conozcan y te hagan morir frito?

– No temo semejante cosa, y para probároslo, ahora veréis un encantamiento. Dió tres silbidos y la cueva vomitó treinta hombres fornidos y feroces. Veis, muchachos: aquí está un íntimo amigo mio. Le conoceis?

– ¡Mosen Narciso, aquel de la casilla de Randa!

– Es el mismo en cuerpo y alma. Retiraos hasta otra órden.

Retirados, preguntóme qué se me ofrecia por aquellos barrios; y enterado de todo, respondió: Es preciso que os quedeis aquí, y quedarán con vosotros seis que os obedecerán ciegamente, y luego me pondré en marcha para traeros á vuestra prometida y á su padre. Dispuesto todo, dijo á seis de sus subordinados: Este es vuestro amo, y cuidado en no tratarle á él y á sus dos compañeros mucho mejor que á mi persona.

– Está bien, nuestro capitan.

– Hasta la vista pues, y guardad este sayal.

Á la caída del sol del dia siguiente llegó Roca con Paulita y su padre, y al amanecer nos acompañaron hasta el mar, en donde descubrimos á Matías, que llegó apresurado á la primera señal acordada. Despedímonos de Roca, á quien dí las mayores muestras de gratitud. Hé aquí, mi amado Capitan, cuanto nos ha pasado: falta ahora que se efectúe mi matrimonio, para que yo sea feliz y quede mi conciencia tranquila.



CAPÍTULO XVII.

Rapto de Ines, Leonor, Catalina, y Paulita mujer de D. Narciso. Combate de son Fe, y recuperacion de las prisioneras.

A las cinco de la tarde del 9 de diciembre la inquietud y consternacion eran generales en Alcudia. Ines, Leonor, Catalina, y la esposa de D. Narciso que ya conocemos, habian sido arrebatadas cerca del Puerto menor, su paseo favorito, ignorándose por quién y adónde fueron conducidas. Antonio Sureda pateaba y deliraba, apretando los puños y rechinando los dientes. D. Narciso despedia rayos ardientes de ira por sus ojos. Antonio Maura, no era Maura el zumbon, sino que cual toro salvaje daba bufidos de furor, pateaba y relampagueaba todo á un tiempo. Pero el adusto Font nada hacia ni nada decia, porque mil proyectos bullian en su mente, inflamando sus ojos el fuego de la cólera, y de vez en cuando una amarga, fugaz y sardónica sonrisa va-

gaba en derredor de sus labios. ¿De qué naturaleza seria el pensamiento que la provocaba? No es fácil en situacion tan desesperada leer en el caos de sus conjeturas. El lector juzgue por sí mismo, y adopte el que le parezca mas conducente. Hasta el capitan Sureda, á quien nunca abatieran los mayores reveses, estuvo por esta vez como anonadado, sin poder lograr, en mas de dos horas, que sus ideas tomasen cuerpo, y mucho ménos que la luz del raciocinio y meditacion las hiciese brotar claras. Sin duda tuvo gran parte en esta especie de paralísis moral pasajera el temor de que el desatinado arrojo de los cuatro jóvenes llegara á aumentar el conflicto, de sí ya demasiado grave, en que se encontraba Alcudia. Los grandes disgustos y las desgracias repetidas embotan la sensibilidad de los órganos, haciéndoles incapaces de llenar sus funciones; de donde lógicamente se deduce que las desgracias son para la moral y la inteligencia lo que las enfermedades intensas para el cuerpo. De repente el Capitan se serenó, y sus varoniles facciones indicaron que al cabo habia tomado una resolucion, que conceptuaba seria coronada de un éxito feliz. Llamó, pues, á su hijo Antonio y á los otros tres compañeros de este, y les dijo: Quietos, muchachos, pues la cólera es un mal consejero, y todo lo echariais á perder, perdiéndoos vosotros mismos, si siguierais los impulsos de vuestro corazon tan bárbaramente afectado. Por mi parte ignoro el tiempo que he pasado sin poder dar con ningun medio prudente para libertar á mi idolatrada hija Ines y á sus tres compañeras de infortunio, porque la acerba pena que oprimia mi corazon, y la impotente rabia que me destrozaba el pecho, tenian embotadas mis facultades intelectuales, privándolas del sano raciocinio. Mas, luego que la calma ha dado lugar á la reflexion, un rayo de luz me ha demos-

trado que todos vuestros extremos y los mios son estériles é inútiles. Un agermanado ha de ser nuestro puerto de salvacion.

– Un agermanado! Replicaron todos los presentes.

– Sí, y estad seguros de ello. Atended en que lo fundo. La noche que siguió á la batalla del Puerto menor, este valiente y temerario muchacho Pablo, se fué hasta el campamento de los agermanados, y agachado detras de una improvisada barraca, sorprendió toda una interesantisima conferencia tenida entre dos gefes subalternos Gererañy y Florit. Por ella sé que este Florit es un verdadero comunero, que deplora los absurdos que cometen gentes sin caletre, desacreditando la causa que defienden ó proclaman. Florit, pues, ha de ser el medio por el cual consigamos la libertad de las prisioneras. Una hora antes de amanecer marcharéis con treinta hombres de retaguardia, y entre ellos no deben faltar los valientes Ferrer, Roig, Balmes, Torrens, Venteyol, Domenech, Serra, Guayte y Martí, y uno de vosotros irá solo con bandera blanca pidiendo parlamentar con Sebastian Florit.

Nada quiero deciros sobre el modo de conjurarlo á serviros. Teneis ya edad competente para ello, y para interesar á un hombre honrado en favor vuestro. «El hombre honrado »está siempre seguro de ser entendido y atendido por otro »que tambien lo es.»

– ¿Y en caso de que no acceda á complacernos, preguntó Font dominado por una agitacion indescriptible, qué partido hemos de tomar?

– El de la prudencia, contestó el Capitan secamente; y ningúno sin ella. Lo entendeis?

En obsequio de la verdad debemos declarar que el capitan Sureda, sin dejar de tener confianza en Florit, temia no

obstante que sus esperanzas saliesen fallidas. Pero, como dice muy bien el ilustrado escritor D. Alejandro Magariños Cervantes: «En las situaciones críticas fácilmente nos abandonamos á lo que augura un término feliz á nuestros males, y al menor resquicio de salvacion la esperanza nos cubre con su manto.» Así sucedió al referido Capitan. La imposibilidad de poder obrar físicamente por causa de su brazo roto, el temor de perder de golpe cuanto amaba en este mundo, le forzó á agarrarse del primer asidero que le presentaba su triste situacion.

Como hemos visto, sabia por Pablo cuál era el modo de pensar de Florit; y no quedándole otro recurso que el que le ofrecia la buena opinion de este honrado comunero, se esforzó en convencerse de que por su medio lograria libertar las prisioneras sin exponer la vida de su hijo, la de su futuro hierno Font y demas dignos compañeros de este. Halagado con esta idea no quiso admitir ninguna discusion ni observacion que pudiesen distraerle de ella. Ademas, que veia á los pies de su hijo, de Font, Maura y D. Narciso abrirse un abismo, que amenazaba tragarlos, en lugar de conseguir la libertad de las prisioneras. Libertad que juzgaba muy posible procediendo por el camino que él trazara.

A las cuatro en punto de la mañana del 10 salian por la puerta de Mallorca treinta guerreros en direccion al camino de Pollensa, para encontrar en este punto la línea enemiga. Al despuntar la aurora, que nunca para ellos habia tardado tanto en asomar por las puertas del oriente, adelantóse Font solo hasta que se le dió el quién vive por el centinela avanzado.

– Es un parlamentario que pide conferenciar con el Sr. Sebastian Florit.

– A estas horas no se conferencia con nadie. Atras.

– Pero hombre, ¿si mi objeto fuese otro, no seria otro mi proceder?

– Repito que atras.

– Pues bien. Aguardaré la hora que te parezca oportuna para avisar á Florit.

– Voto á belcebú! que si no te retiras te clavo mi flecha en el corazon.

– Sabe, valiente, que si mis intenciones fuesen hostiles, mi espada ya hubiera encontrado una baina en tu pecho.

– Á ver si logro que lo sean; y tiró la flecha, que dió de lleno en el pecho acerado de Font.

– Has cumplido tu consigna; mas lo que has hecho no es de valientes.

– Si soy ó no valiente, vas ahora á verlo. ¡Y cuánto diera para que en tu lugar estuviese Font!

– Aguarda. Qué te ha hecho Font?

– A mí nada, porque todavía no he podido encontrarme facha á facha con él, esperando que pronto se cumplirán mis deseos, pues estoy en ánimo de retarle á un duelo de muerte, y entónces verémos si contra mi espada le valdrán todas sus brujerías y artes diabólicas, que diz está usando por no ser herido; y si tú quieres pasarle el recado, te perdono por ahora.

– Brujerías! Artes diabólicas! ¿Quién cree en tamañas tonterías?

– Yo no me meto en averiguar quien dé fe á ello, y me basta saber que esto es lo que dicen malas lenguas.

– Y tú les das crédito?

– En prueba de que sí, que no busco sino ocasion para destruir semejantes barbaridades.

– Haces muy bien, y esto será un motivo para que yo te aprecie desde hoy en adelante.

– Deduzco que tienes mucho miedo de que yo cumpla con lo que antes te he amenazado, por cuya razon recalcas la palabra aprecio; pero pierde cuidado mientras no adelantes un paso hácia la línea.

– Miedo! Por poco me has hecho soltar una estrepitosa carcajada. ¿En qué alteracion de mi voz ó de mi semblante has podido conocer que yo tema? Me has tirado una saeta con toda tu fuerza, cuya punta se ha roto en mi cota de malla, has desenvainado la espada amenazándome con ella, y apesar de tu flecha y de tu espada, ni aun he retrocedido una pulgada del puesto que ocupo desde que estoy hablando contigo. Mi conducta indica miedo?

– Dices verdad; mas, en cuanto á tu rostro, que ya distingo con todos sus pelos y señales por las ráfagas de luz que nos envia el orizonte, te traiciona groseramente. Estás pálido como un tercianario, y esta palidez..... no te favorece mucho que digamos.

– No sé qué responder á tu observacion; pero te aseguro, como hay Dios, que en mi vida he tenido menos.

– En tu vida?

– Te lo repito y juro.

– Me pareces hombre de pro, y quizas me engaño.

– No sé si soy lo que te parezco: lo cierto es que deseo el que no te engañes.

– Y pudiera yo saber qué buscas por aquí?

– Ya lo sabes, hombre. Tengo que avistarme con Florit.

– ¿Y por qué con Florit, y no con el General?

– Porque ha de ser con aquel, y no con este.

– Presumo cual es tu misterio.

– Veamos; y si lo adivinas, te tendré ademas de valiente, por discreto.

– Creo que tus intenciones no son muy buenas.

– En qué lo fundas?

– Toma! Eres muy cuco, y antes de saber yo con quien hablo, intentas con palabras melífluas el que te vaya enterando de lo que te interesa.

– Tú mismo provocas mis preguntas, y tus respuestas no son adecuadas á la cuestion.

– Y por qué no?

– ¿No has dicho que sospechas el motivo de mi venida?

– Lo he dicho y lo repito.

– Habla pues, á ver si atinas.

– Poco inconveniente tengo en manifestarte mi sospecha. Has salido de Alcudia con el único fin de averiguar el paradero de las ninfas que ayer tarde pillamos. No es esto, hombre?

– Ignoraba yo completamente este suceso.

– Queah! Con qué lo ignorabas? Que el diablo me lleve si no mientes como un embustero.

– Puedes creerme. Ya ves que nada hay tan fácil como apoderarse de muchachas que se retiran del trabajo del campo, y como esta hazaña la hariais al anochecer, no debes extrañar que la noticia no haya cundido mucho.

– Bien sabes, animal el mas grande de la tierra, que las que pillamos no trabajan en el campo, y que son las mas bonitas señoras de Alcudia. Qué digo! Son un tesoro que no abandonarán los que lo guardan sino con la vida.

– No sé ahora mismo cuál es el mas grande de los animales, tú ó yo; pero como deseo saber si son muy valientes sus guardianes, podrémos averiguarlo despues.

– Lo son lo que basta para escarmentar á cualquiera temerario, que intentase libertarlas ó arrancarlas de su poder.

– Se me hace muy cuesta arriba el ser de tu opinion.

– Y por qué tal?

– Porque no son tan valientes como los supones. Si no fuera así, buenas ocasiones han tenido para demostrarlo; y sin embargo.....

– Sin embargo, qué?

– El sesgo que va tomando nuestra conversacion no es el mejor para que quedemos amigos, y como yo deseo serlo tuyo, juzgo por conveniente no continuarla.

– En recompensa, dijo el centinela, yo no deseo ser amigo tuyo, ni de ninguno de los tuyos; por consiguiente nada adelantas en querer cortar una conversacion, que me agrada tanto mas, cuanto peor es el sesgo que ha tomado. Si dudas del valor de los guardianes de tus compatriotas, puedes ir á experimentarlo á la torre de *son Fe,* en donde están ellas con ellos; mas, ya te guardarás muy bien de pedir cotufas en el golfo, ó de cometer tamaña travesura. Verdad?

– Si me importase la libertad de alguna de ellas, pronto cambiarias de modo de pensar.

– Pero cabalmente no te importa; y con semejante subterfugio intentas quedar con la nota de valiente. ¡Cuánto te engañas!

– Yo no pretendo ser valiente, ni menos quedar en tu opinion con la nota de tal; sin embargo insisto en que tus encomiados no son como los pintas.

– Ya te he dicho que eres el animal mas grande de la tierra, y ahora añado que los guardianes de vuestras ninfas son al menos algo mas valientes que tú.

Frecuentemente Font decia que el hombre con dificultad

domina el corazon, y bien lo experimentó durante este diálogo, en que cien veces reprimió sus violentos impulsos; pero á la última apóstrofe del centinela, olvidóse completamente de su mision, y temblándole las carnes de su reconcentrado furor respondió: No te he dado motivos para insultarme, y tienes tan poca delicadeza que cada palabra tuya es una provocacion y un insulto grosero; y, vive Dios! que pudiera ser que te pesase por ello.

– Me amenazas?

– Esto te probará cuánto desprecio tu arrogancia. Estás á cien pasos de los tuyos, y todos ellos no bastarian para librarte de mis garras si la causa porque estoy aquí no me estorbase el desenvainar mi espada.

– De paz ó de guerra ya no podrás excusar de llegar á las manos conmigo, y si piensas que hablo por estar cerca de los mios, retírate mil ó dos mil pasos mas.

– Allá voy.

– Y yo te sigo. Apartados, preguntó el centinela á Font. Quién eres?

– Y tú?

– *Interrogatio et responsio casu consentiunt.*

– Hola! ¿Con qué el centinela sabe latin?

– Y qué te importa?

– Maldita de Dios la cosa, y basta ya de charla.

– Sabe que yo soy Jorge Delmau, que hoy hace cuatro dias que pasé al campo de los comuneros con el único fin de vengar la muerte de mi hermano; y daria un año de mi vida que en tu lugar estuviese el fiero alcudiano Font, su matador.

– Eres muy dichoso, Delmau; y la fortuna te brinda, pues, sin ningun sacrificio de tu parte, en tu presencia está Font, á quien tanto odias.

– No me engañas?

– Te lo juro por el alma de tu pobre hermano, á quien vas á ver.

– Delmau dando un bufido de rabia, acometió á Font con tanta viveza y energía que este perdió terreno; mas, repuesto y recobrada su firmeza, trabóse un combate fiero, y tan fiero que por confesion del mismo Font peleó esta vez por salvar su vida. Gran rato habia que duraba la lucha sin conocerse ventaja por ninguna de las dos partes. Rabioso Font empuñó la espada con ambas manos, dando tan tremendo tajo sobre el casco de Delmau que fué abollado, cayendo este aturdido sin poder moverse. Font se le acercó y vió que echaba sangre por las narices; corrió pues á una balsa de agua inmediata al sitio de la refriega, trayendo un poco de ella, la que pudo con las dos manos, y roció la cara y sienes de su valiente vencido, que se reanimó bastante. Entónces le dijo: Delmau, eres el mas valiente de los hombres. Debo mi fortuna á la bondad de mi superior espada, regalo de otro valiente, y tendria por una satisfaccion de las mayores que dejases de odiarme, y quisieras mirarme como amigo. Si vencí á tu hermano fué en leal combate, bien lo sabes.

Delmau con los ojos desencajados miraba fieramente á Font sin contestar; pero al fin recobrado todo su acuerdo respondió: Dices verdad. Mi hermano fué el que te desafió, y yo como él he sido tambien el que te he provocado. La defensa es de derecho natural, y tú hiciste con mi hermano lo que él queria hacer contigo. En cuanto á mí soy mas culpable, pues sin estar en batalla he querido matarte por capricho de valiente como vulgarmente se dice; y de seguro que no fuera yo tan generoso como tú si lograra rendirte, como me has rendido. Confieso, pues, que eres un hombre

muy superior á mi hermano y doblemente superior á mí; por lo que te aseguro, palabra de honor, y los Delmau no las quebrantan nunca, que desde hoy en adelante tus enemigos serán mis enemigos. La grandeza de alma es la única capaz de obrar esta mudanza; por consiguiente acepto con la viva y placentera emocion la amistad que me ofreces, y en prueba de mi sinceridad te suplico que me lleves contigo, porque no quiero volverme al campo de los agermanados.

– Puedes andar?

– No lo sé y voy á probarlo. Levantóse y dijo á Font: Si me ayudas podré seguirte, pues tengo aun un poco de aturdimiento.

– Aguarda un poco. Font hizo seña á los suyos, que acudieron al sitio.

Este es el mas valiente de los hombres y muy acreedor por sus luces á que se le trate con la mayor atencion. Ayudadle á marchar en el interin que me quedaré con Pablo para parlamentar con Florit.

– Podria yo saber sobre qué? preguntó Delmau.

– Sobre las jóvenes prisioneras.

– Guardaos de dar un paso tan en falso. Vámonos, y os enteraré de todo.

Font hospedó á Delmau en su casa, á la que llegaron cerca de las diez de la mañana. Difundida por Alcudia la noticia del combate particular de los dos esforzados adalides, y de haberse pasado Delmau en cuerpo y caballo, le obsequiaron como se merecia un hombre tan valiente á la par que ilustrado. Los mismos nobles le honraron todos con su presencia, haciéndole los mas cordiales ofrecimientos; y profundamente conmovido con tantas atenciones, dijo á Font: Tendré por el dia mas feliz de mi vida el de mi vencimiento,

porque en él he aprendido que el valor y la fuerza física sin el imperio de las cualidades morales que tanto enaltecen al hombre, le embrutecen convirtiéndole en un ser semejante al tigre que no sueña sino en sangre. «¿Por qué razon es fuerza »que el mayor crímen y la mayor gloria nazcan del derrama»miento de sangre humana?» (*) Porque el hombre únicamente puede verse obligado á ello por defender su vida y su patria, y de ningun modo para hacer brillar su valor. Así es que el que derrama la sangre de sus semejantes comete el crímen mas atroz y repugnante, al paso que si la derrama por defender su patria, se colma de gloria. Vos, Font, sois un héroe á quien honrarán siempre todos los amantes de la humanidad. Solo combatis en defensa de vuestra vida y de vuestra patria, y jamas derramais una gota de sangre del enemigo rendido á vuestro inaudito valor. Mi amistad será muy superior á la enemistad y encono que contra vos hervia en mi corazon, y haré cuanto pueda para remedar en todo vuestro proceder, ya sea con amigos, ya con enemigos. Las acciones heróicas que ennobleceis con vuestra conducta humana, sin poder remediarlo, elevan el alma á admirar un conjunto de cualidades tan extraordinarias como sublimes; y por experiencia propia he conocido que solo ellas constituyen un verdadero héroe.

– Basta ya, Delmau. Hago lo que debo y nada de extraordinario. Pero, amigo, ¿á qué tratarme de vos? ¿Es esta la confianza que te merezco?

– Tienes razon. Mas aun no he concluido. La metamórfosis que en mí se ha verificado, te aseguro y juro á la vez que no es debida al temor de la muerte. Este milagro está en el

(*) Chateaubriand.

curso regular de los sucesos humanos, pues es una simple consecuencia de la fuerza que sobre mi moral ha obrado tu cristiano comportamiento perdonándome la vida, que yo te arrancara sin trepidar, al mismo tiempo que me pedias como por un favor especial mi amistad. Yo, ínclito Font, apesar de mi aturdimiento, efecto del terrible tajo con que abollaste mi casco, preveia un horizonte desconocido para mí, y me decia: Estoy á su disposicion, sabe que yo le mataria y he hecho lo posible para lograrlo; y no obstante me pide mi amistad. Qué hombre es este? ¿Son estas sus brujerías y las artes diabólicas, que le atribuyen la estupidez y la ignorancia? Desde este instante quiero yo ser brujo como él y endemoniado como él. Creo que no me falta valor y fuerza; y lo que me ha faltado de moral hasta el presente, lo suplirá mi conducta futura hija de un feliz desengaño. He aquí la causa única de mi amistad contigo. ¿Podrás dudar de ella, mi querido Font?

– Nó, Delmau. Ya ántes no dudaba. ¡Cuánto ménos dudaré despues de tus filosóficas reflexiones! Para probarte la sinceridad de mis sentimientos quiero enterarte de mis cuítas. Una de las prisioneras, la sin par Ines hija del capitan Sureda, es mi prometida, y no puedes figurarte el modo como la quiero. Es una locura y un delirio frenético; por consiguiente robármela es arrojarme en medio de los tormentos del infierno. Considera, pues, cuál es el furor que abriga mi corazon.

– Tranquilízate, Font; mas, vamos á casa del Capitan, porque por esta vez tu prisa es una necesidad, que aunque no exima de obrar con calma y prudencia, no podemos perder tiempo sin exponernos á que trasladen las prisioneras á alguna parte que ignorásemos.

Pasados los saludos de costumbre y los ofrecimientos consecuentes á la importancia de un hombre cual Delmau, dijo el capitan Sureda: Amigo, podeis empezar vuestra relacion, y segun ella tomarémos el partido que tenga mas probabilidades de buen éxito.

No sé, señores, respondió Delmau, si teneis noticia de que durante los simulacros de combate en el puerto menor estuvo entre vosotros un hombre espiando vuestros hechos, vuestras acciones y hasta vuestros pensamientos, y examinó estratégicamente el círculo de las murallas, de las cuales sacó un cróquis, que presentó al gefe de los agermanados. Este hombre, pues, en quien no reparasteis, estuvo ocho ó mas dias en Alcudia, y en uno de ellos vió á la bella Leonor Serra y á la no ménos hermosa Catalina Sureda, quedando tan prendado de ambas que desde luego formó el proyecto de robarlas, y no ha cesado un instante de inventar medios hasta que lo ha logrado. Es hombre de mucha imaginacion, de muchos recursos, de una ilustracion poco comun, de una voluntad de acero, y sobre todo esto, valiente y esforzado. «Un hombre de esta naturaleza puede tener ilusiones, pero »jamas arrepentimiento.» (*) Ha robado las jóvenes con premeditacion, y no se habrá descuidado de tomar todas las medidas necesarias para no ser sorprehendido. En esta atencion no puede prorogarse para otro dia el intentar arrancarle la presa de sus garras. Estoy seguro de que confia ignorais en donde están las señoritas: y como en el campamento no se sabe lo que ha sido de mi persona, de ningun modo, por hoy, sospecharán la verdad. Yo, señores, fuí uno de los que arrebatamos las cuatro jóvenes, y preferiria

(*) Lamartine.

seis combates á exponerme á oir otra vez el lastimero acento con que nos pedian piedad. Solo una de ellas, mas bella que la aurora, nos motejó de cobardes; y esta, Sr. Capitan, era vuestra hija. Mas de una vez estuve tentado de libertarlas; pero me convencí de la imposibilidad de conseguirlo por mí solo, siendo once en mi contra. No obstante, cuando vuestra hija exhalando un tétrico suspiro dijo: ¡Oh, padre querido! ¡Cuál será la pena de V. al no verme esta noche á la cabecera de su cama, sin saber lo que ha sucedido á vuestra hija Ines! y todo esto acompañado de gruesas lágrimas, que rielaban por sus angelicales mejillas; me planté ante Florit, diciéndole: Por favor, Sebastian, concédeme la libertad de estas señoritas.

– Estás loco, Delmau? ¡Un valiente como tú enternecerse por tales mimos!

– Qué quieres que te diga, Florit? «Cuando se cruzan los »aceros, la sangre se enciende, late el corazon y se pierde »la cabeza;» (*) pero mortificar á estos ángeles incapaces de defenderse....... me parece que no es una hazaña propia de hombres valientes.

Una carcajada y la respuesta que la siguió, me hicieron desistir de mis propósitos.

– Teniendo á estos ángeles en nuestro poder, los canjes han de ser muy ventajosos para nosotros.

– Son estas tus intenciones, Florit?

– Sí, estas; independientemente de otras que nos presente la ocasion, hombre.

Llegados á *son Fe*, encerró á las prisioneras en la torre, y en seguida me confesó su amor y los ardides que habia

---

(*) Feval.—*El hijo del diablo.*

empleado para tener sus queridas á su disposicion. En *son Fe* no habia otros hombres que nosotros doce; mas actualmente habrá veinte al ménos, porque Florit es muy querido en el campamento, y tendrá á su disposicion cuantos guerreros le parezcan indispensables para guardar las prisioneras. Aquí llegaba Delmau en su relacion cuando se presentó un centinela diciendo: Ante la puerta de Mallorca hay un parlamentario que pide que se le introduzca en Alcudia, porque tiene que comunicar á mosen Narciso un asunto de la mayor importancia. Ha dicho que se llama Bernardo Oliver.

– Oliver!

– Así se nombra.

– Que lo conduzcan inmediatamente aquí, dijo el Baile.

– Luego de estar Oliver en presencia de los muchos personajes reunidos en casa del capitan Sureda, con la mayor soltura y desembarazo saludó á todos, dando con esto indicios evidentes de la educacion que recibiera cuando estuvo por criado de D. Pedro Juan Zaforteza. D. Narciso corrió á abrazarle. Oliver, amigo mio! Cuánto me alegro de verte!

– No mas que yo á V., mi señor D. Narciso.

– Di, quién te envia?

– Á mí, nadie, porque he venido de mi propia voluntad.

– Siéntate, dijo el capitan Sureda, y luego danos cuenta de tu embajada.

Sentado Oliver, dió la relacion que sigue: — Á la una de la noche última hemos llegado á *son Fe* veinte hombres á las órdenes de Sebastian Florit, y entre ellos Gregorio Ruiz primer raptor de Paulita cuando vivia en la casilla de Randa. Se han puesto guardias avanzadas, y hasta guardia á la puerta de un cuartito de la torre, en el cual están presas cuatro jóvenes. Á las cinco de esta mañana se me ha puesto

de guardia ante la puerta que encierra las prisioneras. Para mí todo era un misterio, del cual nada comprendia porque nada se me habia dicho. Poco despues lo he sabido todo, porque las prisioneras han hablado largamente sin escapárseme una sola palabra. Por su diálogo he sabido que Paulita es la esposa de D. Narciso, y que la una de las otras es la hija del capitan Sureda: de las dos restantes solo sé que la una se llama Leonor y Catalina la otra. Á las siete he sido relevado, y estando almorzando en el patio se me ha acercado Ruiz, diciéndome: El diablo que todo lo añasca, ha puesto otra vez á la desdeñosa Paula á mi disposicion. ¿Qué te parece, Oliver?

– Que no dices la verdad, porque ella está presa y encerrada, de cuya llave no puedes disponer, cuanto menos de ella.

– Esto es cierto; mas, voto al diablo! que me las pagará todas ahora, pues en manos está el pandero que.......

– Muchachos, interrumpió Florit, podeis andar á paseo por la parte de Alcudia, y observar si se ven algunos grupos de hombres que salgan de ella, y en tal caso cuál sea su direccion. Este permiso ha favorecido mis planes, y no he cesado hasta avisaros del paradero de las jóvenes. Si con este aviso os he prestado algun servicio útil, mis deseos quedarán satisfechos. En cuanto á lo demas, bien sabe V., Sr. D. Narciso, que Bernardo Oliver es vuestro servidor en todo lo que se os ofrezca, y lo mismo digo á estos señores, á quienes no tengo el honor de conocer.

– Mil gracias, jóven honrado, contestaron todos á una voz. Ya teniamos noticia de tu buen corazon y de tu recto proceder. Mas, añadió D. Narciso, ¿cómo es que militas en las filas de nuestros enemigos?

— Voy á satisfacer á V. El mismo dia que dejé á V. solo dentro aquel frondoso encinar de Randa me encontró Roca, quien me pidió si contenia verdad que yo ocultaba á mosen Narciso en mi cabaña. Habla con sinceridad y nada temas. Sábete que mosen Narciso es un jóven á quien yo estimo en mucho, y te juro y rejuro que el que le faga algun desaguizado lo pagará con su pellejo. Entiendes, Oliver? con su pellejo.

Á mí me pareció que Roca hablaba de corazon, y le referí toda la historia y el lugar en que quedasteis aquella mañana. Eran las doce del dia. Voto va á mil diablos! Mi pobre mosen Narciso va á ser comido por sus enemigos si yo no le salvo. Abur, Oliver; y desapareció de mi vista internándose en el encinar. Tres dias despues presentóse en mi cabaña un hombre sin orejas, porque la justicia se las habia hecho cortar por ladron infame, y díjome que él era el trompeta de los agermanados, llamado Bartolomé Can, (*) y que me intimaba de parte de aquellos, ó que tomase las armas á su favor, ó que le siguiera preso para que se me castigase por haber ocultado cerca de dos meses á un mascarado; y ademas que tenia órden de pegar fuego á mi cabaña por poco que yo hiciese resistencia. Acepté pues el partido que me pareció mas ventajoso, y desde entónces vagamos por acá y acullá trabando escaramuzas. En Felanitx, en cuya villa se cometió un horroroso asesinato, y apoderámonos posteriormente por sorpresa del inexpugnable castillo de *Santueri,* cuyos defensores fueron todos sacrificados (**). Pero, señores, estas mis manos nunca jamas se han manchado con sangre de asesinatos: lo juro á Dios. No creais

(*) Histórico. Véase á Mut. (**) Histórico.

tampoco que todos los agermanados gusten de estos espectáculos repugnantes y horrorosos, nó; debo decirlo en honor suyo. En las filas de ellos la mayor parte son hombres honrados, que combaten de buena fe para que triunfe su causa; pero yo no debo entretenerme en estas cosas: sigo pues mi narracion. De la noche á la mañana se me hizo pasar á las órdenes de Gregorio Ruiz, quien á los pocos dias me plantó de centinela á la puerta de un chiribitil, en el cual habia dos meses tenia guardada á Paulita para obligarla á casarse con él. Media hora bastó para tomar la resolucion de arrancar una víctima á Ruiz. Paulita me habia oido nombrar, y ella nombró varias veces á mosen Narciso. Preguntéla si os conocia, contestando con lo que creí una locura: que era vuestra esposa. ¿Cómo es que estás aquí, jóven?

– Al caer el sol de una tarde, retirándome á la casilla de Randa con mi madre, fuí arrebatada y conducida á este calabozo por Ruiz, y anoche por vencer mi terquedad en negarme á darle el sí, me amenazó que si dentro tres dias no consiento en ser su esposa, cometerá un atentado contra mi honor, y puedes estar cierto, Oliver, que lo hará; mas, confio que tú me librarás de este malvado con un medio muy sencillo.

– Veamos este medio.

– Dame un cuchillo por debajo la puerta y lo ocultaré en mi seno; y en caso de que intente poner por obra sus infames proyectos, se lo clavaré en el corazon y..... asunto concluido.

– Pero, por qué no te casas con él?

– Buena pregunta! Ni con él, ni con nadie, pues yo soy esposa del que eligió mi corazon desde el momento que le vi. Una hora despues buscaba yo á Roca, á quien una casualidad feliz me hizo encontrar y conocer vestido de un

modo el mas extraño; sin embargo, á decir verdad, fué él que se me dió á conocer, porque confiaba mucho de mí. Enterado Roca de la situacion de Paulita, me previno que volviera á casa de Ruiz y que le esperase allí, marchando en seguida á cambiar de traje, quitándose el hábito de ermitaño, y presentarse como quien él era. Al cabo de dos horas Paulita estaba en poder de Roca, y nada mas supe de ella hasta las cinco de esta mañana. Aquí teneis, señores, la razon del por qué milito en las filas de los agermanados. Podrán, ustedes, culparme por ello?

– Un nó general fué la respuesta.

– ¿Se me concederia la gracia de admitirme en las filas alcudianas?

– Sí, Oliver, no lo dudes.

– En este caso me quedo para combatir al lado de mi amo mosen Narciso.

– No soy tu amo, Oliver, sino un verdadero amigo tuyo. Mas, me parece que seria muy conveniente que volvieses luego á *son Fe*, para que Florit no sospeche la verdad de tu paradero y esconda las prisioneras en otra parte.

– No es regular que lo haga, mosen Narciso, porque hasta las cuatro de la tarde no se notará mi falta, hora en que debo presentarme; y no siendo aun las once y media, sobra tiempo para poner en ejecucion un atrevido golpe de mano.

– Si es así, ya es otra cosa.

– Rayo del cielo! dijo el capitan Sureda. ¡Yo que me atreví á pronosticar que Florit seria el medio por el cual recuperase á mi hija, y cabalmente ha sido su detestable raptor! Parece, añadió con creciente emocion, que la fortuna aviesa está empeñada en hacerme apurar hasta las heces del cáliz de amargura.

– Padre mio, por Dios, cálmese usted y reflexione que si se ha equivocado en la buena opinion que formara de Florit, en recompensa la suerte le ha deparado un hombre, que por su valor y dotes intelectuales vale un millon mas que aquel; al mismo tiempo que acaba de ofrecerle la lealtad personificada en Oliver.

– Ah! Tienes razon, querido hijo; pero no hay remedio. Nadie es dueño de reprimir las primeras impresiones. En efecto, Dios en su inmensa bondad me ha demostrado cuán limitada es la prevision humana, y la facilidad con que nos engañamos en nuestros cálculos. Mas, al mismo tiempo ha puesto tambien á mi vista el remedio contra el dolor que me sufoca; y no obstante, casi me he atrevido á acusar su providencia. Qué injusto y miserable soy! Perdonadme, Dios mio. Y al pronunciar estas palabras dos gruesas lágrimas saltaron de sus ojos, como irrecusable testimonio de la violenta tempestad que sufria su corazon. Al verlas, levantóse Font, y con aquel aplomo é imponente gravedad que da de sí el heroismo, dijo: Serenaos, mi amado capitan, esta noche estrecharéis con vuestros paternales brazos á Ines, ó Font yacerá yerto cadáver en los campos de *son Fe.*

– Igual promesa que Font os hace Antonio Maura; por lo que elegid á los que han de acompañarnos en esta cruzada justa y santa contra los que, al parecer, se han propuesto romper hasta el último eslabon de la cadena sagrada que constituye el órden social, sin la cual todo seria horror, licencia y despotismo. Pasarémos allí para vengar los ultrajes hechos al cariño paternal, y tambien, voto á cribas! por los que se han hecho al corazon del grande Alejandro alcudiano, que ya sabeis que soy yo, arrebatándole su querida Catuja, sin la cual maldito el momento que puedo vivir, y que es verdad juro

Al oir á Maura hubo una peripecia completa. Renació la esperanza que brilló en todos los semblantes, y ya no se trató de otra cosa que de apresurar la expedicion contra Florit. Treinta hombres fueron los destinados para libertar á las prisioneras, y entre ellos habia la flor de los valientes de Alcudia. Tres Serras, Venteyol, Ferrer, Amoros, Roig, Balmes, dos Torrents, Jaime Soliveret y otros.

– ¿Por qué punto de la línea hay ménos hombres, Oliver?

– Por la parte de la albufera no hay nadie.

– Bien. Son unos torpes.—Demasiado cierto es lo que decis, mi Capitan, respondió Delmau; pero permitidme una observacion. Las jóvenes están en la torre, y es regular que sobre su plataforma coloque Florit algunos guerreros, y contra estos necesitamos flechas y dardos: tambien son indispensables algunas hachas para derribar sus puertas.

– Así es, contestó el Capitan. Aparejáronse, pues, para partir de tres en tres hasta reunirse en la profunda hondanada de *Biniatría,* con la consigna de responder al quién vive: Alcudia contra Florit. En el ínterin que se preparan á partir, veamos lo que pasó aquella misma mañana á nuestras prisioneras.

Confiado Florit de que en Alcudia ignoraban el paradero de las jóvenes, quitó los guardias de la torre, y dejando la metad de sus guerreros en el patio, dió libertad á los demas hasta las tres de la tarde, y cuando mas hasta las cuatro. De seguida abrió la puerta del cuarto de las prisioneras, y con tono fino les habló lo siguiente: Señoritas: el dolor y abatimiento que experimentais es una cosa natural. Privadas repentinamente de vuestra libertad, es muy consecuente estar acongojadas; pero tranquilizaos, reflexionando que estas cosas son peculiares de la guerra. Aquí estaréis como unas reinas

y nada os faltará, porque Florit es vuestro esclavo y su mayor deseo es complaceros. No ignorais el destrozo que vuestros compatriotas han hecho en nuestras filas, y el considerable número de prisioneros que teneis en Alcudia. De aquí depende vuestra desgracia, si por tal la considerais, pues solo se os ha cautivado con el fin que autoriza la guerra, cual es poder hacer un canje ventajoso por nuestra parte. Cada una de vosotras equivale á una docena de prisioneros: en esta atencion convendréis conmigo que los agermanados no podian despreciar una ocasion tan favorable, cual lo ha sido el poder apoderarnos de vosotras. Teniamos noticias de que todos los dias saliais á paseo hasta el Puerto menor, y se me dió órden de prepararos una emboscada, en la que al cabo caisteis.

Si en esto os ofendí, os pido mil perdones, suplicándoos que reflexioneis que fuí forzado á ello.

Las jóvenes nada contestaron.

– No contestais, señoritas?

– No acostumbramos hacerlo sino del modo que lo merezca el que nos interroga, respondió Ines.

– Decid, señorita, cuanto querais.

– Sé que estoy á vuestra disposicion, y que podeis hasta matarme si así os place; y sin embargo no dejaré de trataros como mereceis, ya que teneis el audaz cinismo de intentar hacer un mérito en vez de nosotras de vuestra fechoría. Señor Florit, tratadnos como á prisioneras; pero no os cubrais con esta máscara de infame hipocresía. Entended que no ignoramos ya el motivo por que nos teneis aquí, aunque poco habréis adelantado con ello.

– Que el diablo me lleve si sé de qué motivo me hablais.

– Acordaos de lo que respondisteis á aquel guerrero lla–

mado Delmau al preguntaros si vuestras únicas intenciones eran las del canje.

– Oisteis ?

– Sí, oí, inferí y adiviné que «el que, cual otro vos, obra »de mala fe, camina siempre con mesura: prevée y calcula »á sangre fria todas las consecuencias, y las evita por poca »fortuna y talento que tenga;» (*) cuanto mas vos, á quien no se puede negar este talento aunque tan pésimamente empleado. En los combates no se os puede negar que sois valiente; pero solo cuando estais persuadido que el enemigo que teneis á vuestra frente os es inferior: de lo contrario, no podréis á vuestra vez negar la maña con que eludis lidiar con quien pensais pueda despacharos para el otro barrio; y á fe que no es mi intento haceros un cargo por ello. Cada *quisque*, como dice mi amigo Maura, está obligado á mirar por sí, aunque esto no priva de poder reprocharos vuestras jugarretas, ardides ó artimañas. Prestaria yo un juramento de que si en mi lugar estuviera Font con sus armas, y en el de mis compañeras mi hermano Antonio, ó Maura, ó Ferrer, ó cualquiera de los tres Serras, ó Soliveret, Torrens, ú otro de tantos, que vuestra fecunda imaginacion arbitrara mil medios por no ser vos el encargado de la emboscada en que caímos. No se me esconde que mi lenguaje va á engendraros un humor diabólico, por la sencilla razon de presentaros la verdad desnuda; y supuesto que no espero ni tampoco quiero ningun favor que venga de vos, no dejaré de deciros cuanto siento en mi interior.

– Seguid sin temor, señorita Perla.

– La hija del capitan Sureda nada teme, y mucho ménos

(*) Magariños. Cervantes.

puede engreirse de apodos que ella no ha mendigado. Vuestra fatuidad al veros tan atascado os ha vuelto un necio, mayormente estando muy distante de pensar que vuestras torcidas y poco decorosas intenciones en vez de alguna de nosotras, ó tal vez de todas, nos fuesen tan perfectamente conocidas. He aquí, Florit, el por qué nos privasteis de la libertad, porque nos encerrasteis en esta torre, porque os ofreceis por nuestro esclavo, porque nos prevenis que estarémos como unas reinas, porque alegais pretextos raquíticos sobre canjes, porque soñais en rendirnos un culto idólatra, y porque en fin habeis cometido una hazaña poco digna de hombres valientes. He concluido para no volver á hablar nunca con vos.

– ¿Y vosotras, hermosas Leonor y Catalina, teneis formado de mí un concepto tan poco ventajoso como Ines?

– Quizas peor, señor Florit, respondió Catalina, porque vuestra hazaña es de reptil, que aplastariamos debajo nuestra planta, si pudiésemos.

– Entónces voy á ser tan franco como lo habeis sido vosotras. Atended: Si no todo lo que ha dicho Ines es cierto, al ménos hay alguna cosa de exacto. Desde luego le concedo que he apelado á un poco de hipocresía, con el laudable fin de haceros mas grata vuestra situacion de prisioneras. Yo tengo derecho de aprisionar á todas cuantas personas pertenezcan á nuestros enemigos, estando como estamos en viva guerra, como ellos lo tienen de hacerlo conmigo, si pueden; en esta atencion, es muy injusto tratarme de hipócrita infame por el mero hecho de aprisionaros. Si mis intenciones no han sido por el canje, han sido por otra causa, y me serví del derecho de la guerra para satisfacer mis deseos, sin que estos nada tengan de indecoroso. Yo os convido á que me

citeis uno solo de mis actos que lo acredite. Es verdad que contesté á mi amigo Delmau: que mis intenciones en guardaros eran para el canje y por otras que me presentase el azar. ¿Significa este azar mala intencion? ¿Y por qué no ha de ser buena y pura? ¿No pudiera yo estarme enamorado de una de vosotras, y no permitiéndome la guerra comunicar con ella, verme precisado á apelar á medios extremos por tener ocasion de declararla lo que por ella sintiera en mi pecho? Soy soltero, y ademas hombre de mas que regular fortuna, y por consiguiente puedo casarme. ¿Por qué no habia de probar efectuarlo con la que de vosotras sea de mi gusto, si mi persona le acomodase á ella?

Ha dicho Ines que no dejaria de manifestar cuanto sentia en su interior, y lo ha hecho maravillosamente; y tambien yo á mi vez, solo por imitarla, quiero declararos lo que sentia y siento ahora en el mio. Estaba perdidamente enamorado de una de vosotras, pero no era de Ines. Mi corazon no se remonta á tanta altura; y la guerra que arde me privaba de poder ver el objeto que constituia todas mis delicias. Procuré olvidarla; mas, mis esfuerzos fracasaron, y mi imaginacion enardecida con obstáculos insuperables me remontaba á veces al plácido cielo de mi dicha ideal, para precipitarme luego en el positivo infierno de mi desesperacion. Luché largo tiempo entre mi deber y mi amor; y si este no venció, fuerza es confesarlo, fué porque temí que despues de la traicion hecha á mis principios y convicciones, pudiera ser inútil semejante paso por no ser yo de su gusto: suceso que fuera la tortura de toda mi vida. Abandoné, pues, como era regular, el proyecto de pasarme, y estimulado por el incendio de mis entrañas, determiné apoderarme de ella y de sus compañeras porque no se me atribuyeran in-

tenciones innobles. Este arrojo acredita «que cuando una »pasion llega á apoderarse del alma, es imposible reflexio- »nar ni pararse ante consideracion alguna.» (*) Lo conozco y lo declaro. He cometido una tropelía impulsado por mi amor puro como el que mas, sin haber conseguido otra cosa que el mas terrible desengaño. Por fortuna, vuestros desapiadados desdenes han hecho mella en mi corazon, apagando gran parte del amor que me torturaba, para dar lugar á sentimientos de otra naturaleza. Por lo que, señoritas, disimuladme las necedades que me ha hecho cometer mi pasion, que como sabeis, me habia convertido en un reptil que deseabais aplastar; pero aparejaos para pasar al amanecer bajo las órdenes de mi gefe, el cual dispondrá de vosotras á su talante.

Sr. Florit, contestó Leonor, sois demasiado instruido para no convenir en que si vuestros sentimientos son como decis, nuestra opinion en vez de vos no puede ser la misma que la que nos obligaron á formar las apariencias. Nosotras respetamos tanto á los hombres honrados, cuanto despreciamos á los que no lo son: por consiguiente, si vos perteneceis á los primeros, como así quiero creerlo, estad seguro de que se os tratará con todas las consideraciones debidas. No os prevengo esto impulsada por temor de ninguna especie; y si vuestra determinacion es inmutable, estamos prontas á seguirla: mas, no olvideis que tenemos hombres valerosos, capaces de todo, y que si un azar de la guerra os entrega á disposicion de nuestros guerreros, vuestra suerte dependerá de la conducta que con nosotras hayais observado.

– Está bien, hermosa Leonor. Lo premeditaré, y á las

(*) Magariños. Cervantes.

ocho de esta noche volverémos á vernos, pues ahora mismo tengo de marchar á tomar órdenes del cuartel general. Á Dios.

Luego que hubo salido Florit, Leonor preguntó á Ines qué concepto habia formado de las reflexiones de este.

– No puedo negar que es un hombre que sabe presentar su conducta como la mas pura é inocente; y si en efecto es el amor que acusa el que le ha precipitado á encerrarnos, debemos ser mas indulgentes, y tratarle bien hasta que descubramos cuáles son sus verdaderas intenciones. Pero, ¿qué quieres que te diga? Dudo mucho que cuanto ha expuesto sea cierto; pues de serlo, se guardara bien de dar que sospechar á Delmau y mucho mas á nosotras. El hombre que ama con un fin santo, jamas suelta palabras cuyo sentido sea equívoco, por no exponerse á que la misma mujer de sus ensueños se recele de sus intenciones y corresponda á su amor con desdenes. Florit tiene mas que suficiente talento para ignorar esta verdad. No olvides, mi querida Leonor, que las palabras impremeditadas casi siempre son provocadas por los predominantes impulsos del corazon. ¿Qué necesidad tenia de responder á Delmau que el objeto de aprisionarnos era, ademas del canje, otro que le ofreciera la ocasion? Nadie absolutamente puede interpretar de un modo favorable semejante palabra.

Tienes sobrada razon, dijo Florit que la escuchaba. Fuí un necio.

En el concepto de ella, siguió diciendo Ines, no se le podia tratar sino del modo que lo hicimos. Si sus sentimientos son nobles, no tardarémos en saberlo. Despues de tu prudente explicacion ningun rencor debe guardar contra personas inocentes, á quienes ha privado de la libertad por

solo sus gustos, que ninguna obligacion tenemos de satisfacerle. Preveo, Leonor, un conflicto terrible, pues no creas que mi padre privado de su hija única, deje de poner en movimiento á toda Alcudia para libertarnos de un modo ó de otro. Nada digo de mi hermano tu amante, ni de Font, ni de Maura, ni de tantos héroes como pueblan nuestra cara patria. El solo nombre de Florit será en Alcudia como la mecha que prende fuego al cañon, y ¡ guay de él si su comportamiento con nosotras no es el de todo un caballero!

¡Qué diablo de gente es la de esta incomprensible Alcudia! pensó Florit. Para que teman es menester quemarlos vivos. Mi partido está ya tomado. Así sucediese á los otros. ¡Alucinados gefes, cuánto mas ventajoso os fuera que como yo os retiraseis y mas que de paso, abandonando una empresa superior á vuestros talentos, y en la que lo único que lograréis será verter sangre inútilmente! Podreis, sí, cubrir de obscuras nubes la frente de estos gigantes, á quienes pretendeis subyugar; pero empañarla, jamas. Y sois tan caprichosos en vuestros errores, y es de tal naturaleza vuestra ceguedad que no veis el brillo de cada dia mayor, que despide y refleja la corona de gloria inmortal que ciñe sus sienes. ¿No os impone el que de todos los combates hayan salido vencedores? Qué esperais? De un dia á otro serán socorridos, y entónces....... Pobres de vosotros! La conversacion que he escuchado de estas heroinas encerradas en esta torre, ha arrancado de mis ojos la venda que los cubria, presentándome el abismo próximo á tragarme. Deserto, pues, y voime á buscar á Delmau para que se pase conmigo, ó nos retiremos á nuestras casas, si puedo conseguir el que abandone el proyecto de desafiar á Font para vengar la muerte que este en leal combate dió al hermano de aquel. La di-

ficultad no me prometo zanjarla: no obstante quiero intentarlo apesar de que aun resuenan en mis oidos las sentidas palabras de Cátulo, que sobre el cadáver de su hermano pronunció Delmau:

Alloquar? Audiero nunquam tua verba loquentem?
Nunquam ego te vita, frater, amabilior
Auspiciam post hac? Atque semper amabo.

No volveré á hablarte? ¿No he de oir ya jamas tus palabras? ¿No volveré á verte, hermano mio, á quien quiero mas que á mi vida? Ah! mi cariño hácia ti será eterno. Añadiendo despues: Yo, dulce hermano mio, vengaré tu muerte, ó la misma lanza que te quitó la vida me arrancará la mia. De aquí bien puede asegurarse que la guerra es uno de los mas terribles azotes con que Dios castiga á los hombres. En efecto, cada victoria de una parte aumenta en la otra el deseo insano del derramamiento de sangre humana por vengar la que á larga vena ya ha sido derramada, como si no bastasen las enfermedades, para que no se pase un solo momento del dia y de la noche sin que se viertan lágrimas y se vista el luto como compañeros de la muerte.

Nam nox nulla diem, neque noctem aurora secuta est
Quæ non audierit mixtos vagitibus ægris
Ploratus mortis comites et funeres atri.

Cierto y muy cierto es que si yo tuviera que esgrimir mis armas contra la libertad, preferiria ser desollado vivo; pero esta guerra ante las murallas de Alcudia es una guerra monstruo. Los alcudianos se defienden con justicia, porque se les ataca sin ella y solo por capricho, y de ningun modo para que triunfe ningun partido político. La posteridad no podrá dar crédito á tamaños delirios, y sin embargo nada hay tan cierto.

XXVII

Concluido este soliloquio mental, llamó á Cerdá y le dijo: Nadie debe entrar aquí hasta que yo vuelva. Vigila, y cuidado. Hecho este encargo, marchóse en busca de Delmau, á quien creia encontrar á una hora de distancia de allí. Su sorpresa fué de las mayores al enterarle de la desaparicion de aquel, ignorándose completamente su paradero. Solo se sabia que media hora antes de amanecer pidió que en lugar de otro se le pusiese de centinela avanzado, y no se le habia visto mas. Unos creen que está en Pollensa, otros que habrá vuelto á visitar el sepulcro de su querido hermano: lo que es la verdad, está cubierta, por el presente, con un velo impenetrable. Indeciso Florit sin poder atinar con la causa de la desaparicion de Delmau, y que nunca sospechara cuál lo era en realidad, aguardó dos horas largas por si durante ellas llegasen noticias suyas; mas, fué inutilmente. Por tanto volvióse á *son Fe* con la intencion de dar libertad á sus prisioneras, y no cesar en sus indagaciones hasta averiguar lo que hubiese sido de su valiente amigo.

Son las cuatro de la tarde y ante las tapias de *son Fe* se ha trabado un encarnizado combate. Los unos, muy inferiores en número, atacan con un vigor desconocido, y los otros resisten algo mas heróicamente de lo que esperaban los invasores. Un guerrero de estos que acaba de reunírseles, lanzando un grito de rabia salvaje acomete á los de *son Fe,* obligándoles á retroceder hasta guarecerse detras de las tapias que encierran la torre de las prisioneras en su recinto; pero no han podido evitar que con ellos encerrasen tambien al mencionado guerrero, que allí los atropella, acosa, hiere y mata. Rehechos los enemigos hácenle frente, y tuvo que retroceder haciendo siempre cara á sus contrarios hasta topar con la pared. Entónces Cerdá y Janer gefes á las órdenes de Florit,

animan á los suyos y con una gruesa lanza avanzan hácia el guerrero solo, que se defiende como un leon; mas, este guerrero es perdido sin remedio si no es socorrido en aquel mismo instante; y por fortuna otro, como caido del cielo, se le junta y dice: Animo Maura: Font y Sureda á quienes tu fogosidad no ha querido aguardar, están ya á doscientos pasos de aquí.—Eres tú Venteyol?—Sí, yo; y nada temas. Los nuestros ya saltan la tapia, y al pronunciar estas palabras cayeron sobre los dos un diluvio de flechas, que de nuevo hirieron á Maura. En el ínterin entran Font, Sureda y los que los seguian, avivándose el combate en tal manera que todo eran ruinas, muertes y destruccion. Peleábase por una y otra parte con un valor heróico, y no era extraño, pues Florit habia puesto la flor de los valientes del campo de los agermanados por guardia de las prisioneras, y sus antagonistas ya les conocemos. No pudiendo los de Florit resistir mas tiempo al furor alcudiano, retiráronse unos á la casa aspillerada y los demas á la torre, cuya plataforma coronaron en seguida. Desde luego Font mandó á algunos arqueros que desde el repecho que domina la torre hostilizasen á sus defensores, y él y Sureda hacha en mano, se abalanzaron á derribar la puerta; pero los de la torre trabajaban para arrancar un enorme canto, que los hubiera aplastado si el valeroso Delmau con sus dardos y mortales saetas no los sacara de combate. Así las cosas, cesó de repente la pelea, porque la estentórea voz de un hombre que acababa de llegar pidió parlamentar, haciendo retirar primero á los de la torre. Este hombre dijo: Basta de combate, mis valientes. La razon está de la parte de nuestros enemigos; justo es por tanto que se les entregue lo que es suyo.

– Lo mandais libremente, Capitan? preguntó el incano Janer.

— Sí, Janer: lo mando tan libre como puede estarlo un hombre, y te lo juro. Abre pues la torre.

Font acercóse á Florit y preguntóle quién era.

— Vos y Delmau tened la bondad de escuchar una palabra. Retirados, les enteró de todo, y tambien de su resolucion, pidiendo á Font por favor que por entónces nada divulgase si no fuese á sus íntimos amigos.

— Necesito, respondió Font, subir en este momento á la torre, y vos me aguardaréis aquí con Delmau.

— Tomad, esta es la llave del cuarto de las prisioneras. Informaos con ellas de cual ha sido mi comportamiento, ya que estas son vuestras intenciones.

Font se sorprendió no poco de que Florit hubiese leido tan perfectamente en su interior; mas, como el ardiente deseo de ver á su idolatrada Ines le espolease vivamente, se lanzó mas rápido que una exhalacion á la puerta de la torre, que en aquel instante se abria, diciendo á D. Narciso, Sureda y Maura: seguidme. Apénas habian subido tres escalones cuando se encontraron en tinieblas. Voto al diablo! luz, pronto una luz. Medio minuto habria pasado, y Ferrer y Guayte aparecieron con dos hachos de carrizo, que iluminaron suficientemente la angosta escalera. Llegados á la puerta abrió, y en seguida las cuatro jóvenes le rodearon y le abrazaron llorando. ¡Amado de mi vida, por fin te veo! Esposo querido! Sureda de mi alma! Maura idolatrado! Renunciarémos pintar este cuadro, porque hay situaciones en la vida que es imposible describir, y es una verdad de bulto que las mas animadas pinceladas son pálidas y frias en comparacion de lo que se siente. Despues de un rato preguntó Font, cuál habia sido con ellas la conducta de Florit.—La de todo un cumplido caballero, contestó Ines.—Bien vámonos; y todos

incluso Florit se encaminaron hácia Alcudia. Al llegar á la línea enemiga adelantóse Florit con Delmau, y luego sin oponer resistencia dejaron libre el paso, que era el mejor partido que pudieran escoger. En este combate los agermanados perdieron ocho hombres muertos y doce heridos. Los de Alcudia tuvieron dos muertos y quince heridos, entre ellos Maura, aunque de dos leves heridas de flecha. D. Narciso mató por su mano á Ruiz sin conocerle. Luego que descubrieron á Alcudia quedaron agradablemente sorprendidos, pues mas de cuatrocientas luces movibles se dirigian á su encuentro. Quién les habia avisado?

El travieso Pablo agachado dentro unas matas lo habia presenciado todo, y corriendo á todo escape alcanzó en breve la altura del monte de San Martin, en donde encendió tres hogueras que era la señal de la victoria, convenida entre él y su amo el capitan Sureda. La alegría fué inmensa en Alcudia, y pasarémos en silencio la que tuvo el padre de Ines; ademas de que este capítulo es ya demasiado difuso.





CAPÍTULO XVIII.

Historia de Paulita esposa de D. Narciso, y llegada á Alcudia de D. Pedro de Pax.

En los seis dias que habian transcurrido desde el rescate de las prisioneras parecia que Alcudia habia vuelto á entrar en su estado normal, y que nadie se acordaba que estaban sitiados. Las fogatas del campamento enemigo que aparecian en lotananza durante la noche, eran observadas sí; pero miradas mas bien cual otras tantas hogueras de alguna fiesta campestre ó puntos luminosos de significado indiferente, que como enseña enemiga convertida en espada de Demócles. Sobre las murallas y á un cuarto de legua de Alcudia todo indicaba la guerra con sus ardides, y con las precauciones que ella reclama; y lo contrario en el casco de la poblacion. Visitas, reuniones y hasta saraos hubo en todos los referidos dias. En el último de estos se tuvo carta, por un laud llegado de Ciudadela de Menorca, de D. Pedro de Pachs ó Pax, noticiando al capitan Sureda que estaba próximo á pasar á Alcudia con alguna gente voluntaria que reclutaba. La noticia no podia ser mas grata y satisfactoria: no es de extrañar pues que los alcudianos se regocijasen en extremo. El capitan Sureda, transgrediendo las órdenes del distinguido cirujano Llensor, salió de su casa para entregar en manos propias de D. Pedro Juan Torrens la que el señor de Pax le incluyó dentro la suya. La carta para Torrens contenia la mis-

ma placentera noticia que ya sabemos, y ademas le prevenia que se hospedaria en su casa como siempre, de lo cual se mostró Torrens muy gozoso. Tan fausto acontecimiento dió orígen á una conversacion alegre y animada, haciéndola Antonio Maura mas interesante y divertida con sus muchas pullas y gracejo. Me parece, señores, dijo, que madama la linda esposa de mosen Narciso pudiera ahora tener la bondad de referirnos su historia, pues deseo tanto saberla que le suplico por las mismas llagas de san Francisco, y tambien por las que estamparon en mi delicado pellejo en la jarana de *son Fe* de hoy hace seis dias: ergo mas frescas y recientes que las de aquel, que no lo prorogue un solo minuto, si no quiere, voto á cribas! verme reventar como una rana aquí mismo junto á sus pies de serafin, haciéndose cargo que para Alcudia no seria un grano de anis la reventazon de su *Cæsaris Julii.* No es así, Catuca mia?

Una carcajada general, y un sí, tiene Maura razon, fué la respuesta á la proposicion de este.

Señores, contestó Paulita, para complaceros haria yo los mayores sacrificios, cuanto mas enteraros de mis aventuras que nada tienen de interesante. Mi historia fuera mejor que mi padre antes de volverse á Llummayor os la hubiese referido, pues casi toda ella está enlazada con los sucesos de la revolucion de Palma, y como yo no entiendo una palabra de política, os habréis de contentar con lo que diga bien ó mal. Sentados estos antecedentes empiezo mi historia.—Soy hija, como lo sabeis, de Gabriel Sacarez y de Catalina Moll. Mi padre fué sargento, y desde que abandonó el servicio, carpintero.

Al llegar á Mallorca, su hermano Sebastian y su consorte habian ya fallecido. Dos meses despues se casó con mi

madre, que me dió á luz al cabo de los nueve meses de matrimonio. Tendria yo catorce años y meses cuando una mañana se presentó á mi casa un jóven elegante, y despues de cambiadas algunas palabras con mi padre quitóse de uno de sus dedos un anillo precioso y me lo regaló, marchándose con tanta rapidez que ni aun tuve tiempo de darle las gracias. Este jóven, señores, era mosen Narciso. Desde aquel instante sentí un desasosiego insólito en mi corazon, y por mas que hice nunca pude conseguir que su imágen no me siguiese en todas partes. Dos años no fueron bastantes para disminuir la ardiente sensacion que experimenté al verle, y cuanto hicieron dos jóvenes artesanos para conquistar mi afecto fué inútil. Mi corazon para ellos era puro hielo, apesar de su recomendable presencia y de sus no menos buenas dotes intelectuales. Mi madre lo atribuia todo á mis pocos años, y sin embargo, mas de una vez se esforzó en persuadirme que debia pensar algun dia en tomar estado. Cada uno de los dos que pretenden tu mano es para ti un partido ventajoso: por lo que, hija mia, no los desesperes, contemporiza y poco á poco llegarás á apreciarlos en lo que valen. Estas amonestaciones me ponian de mal humor, motivo por el cual mi madre renunció á ellas, y mis pretendientes desistieron tambien de su empeño. Libre ya de estos, mi imaginacion se entregó toda á contemplar el objeto que supo inflamarla, y por entónces esto era lo único que yo apetecia.

Una tarde que me estaba sola cosiendo junto al portal de mi casa paróse á observarme una gitana, preguntándome al fin: si yo queria alargarle mi mano para examinarla, y de balde me diria la buena ventura. Picóme la curiosidad, y sin titubear me allané á lo que me exigia.—Tu estrella, hija mia, dijo, es muy brillante; mas, en recompensa permanece

inmóvil á su lado una nube obscura de mal agüero, que amenaza eclipsarla; y luego se marchó. ¿Este eclipse habrá ya pasado, ó está por venir? ¡Son tantos los disgustos y tribulaciones que han amargado mis dias! ¿Habrán sido los que me auguraba la siniestra nube?

Aquí Paulita hizo una pausa, notando todos, por sus dulces ojos preñados de lágrimas, que estaba muy conmovida.

Oh madre mia adorada! Vos que sin duda por vuestras sublimes virtudes cristianas ya os bañais entre los querubines en el inmenso océano de luz que despide el deslumbrante trono de Jehová, suplicadle que se digne fortificar mi espíritu para que siempre me sienta yo conformada con su divina voluntad.

Las lágrimas que inundaron su hermoso rostro provocaron las de Ines, Leonor, Catalina, las de la esposa de D. Pedro Juan Torrens y de muchas otras bellas de Alcudia que estaban presentes.

Perdonad, señores, mi interrupcion. Mi madre murió de pesadumbre por causa del malvado que me arrebató de su lado, y mi dolor es muy acerbo cada vez que pienso no haberla podido asistir en su lecho de muerte. Sigo. Desde mediados de noviembre Juan Crespí pelaire empezó á frecuentar la casa de mi padre, con quien hablaba largamente al oido, sin que mi madre pudiese averiguar de lo que se trataba. Poco á poco veiamos, con espanto y no poca alarma, que apenas trabajaba en su oficio, y que al anochecer de muchos dias se marchaba con Crespí y otros, y no regresaba hasta media noche. Estábamos ya á últimos de enero de este año cuando dijo á mi madre: Sábete, mujer, que van á suceder grandes y bonitas cosas. Ahora ya puedo manifestarte, en confianza se entiende, que Crespí es todo un hombre,

y de seguro que le vendria como de molde el que pudiera tomar un púlpito en la mano y andarse por estos mundos de Dios encajando sermones de lo mas lindo. Que el diablo me lleve si no estuvieras con tanta boca abierta si le oyeses perorar, como lo ha hecho varias noches en la casa junto á san Nicolas (*).

– Gabriel, mi querido esposo, ten juicio por Dios, y no te metas en camisa de once varas. Envia á Crespí á paseo, y allí se las haya con sus planes y peroratas. Hasta ahora, gracias á Dios, hemos tenido lo necesario para pasarlo mas que medianamente, y de nuestros ahorros has comprado la casita de Randa con sus cuatro cuarteradas de tierra. ¿Qué te interesan pues los proyectos de Crespí y de los suyos?

– Se me ha nombrado gefe subalterno de los que van á proclamar la abolicion de los censos que presta la consignacion de la universidad, y tambien por otras cosas muy buenas como tú misma te chuparás los dedos de gusto.

Mi madre se puso á llorar, pero no logró reducir á mi padre. En el ínterin el virey D. Miguel de Gurrea prendió al zapatero Pedro Bagur, Miguel Colom y otros dos. Al dia siguiente previno á los regidores de los oficios que le presentasen por escrito cuantas quejas y agravios tuviesen contra los nobles, prometiéndoles administrar justicia debidamente. Sin embargo el 31 de enero, en lugar de presentar por escrito lo que les habia prevenido el virey, tomaron las armas para libertar, decian, á los cuatro presos: lo que efectuaron, como asimismo con todos los demas que habia en la

---

(*) Histórico. Véase el discurso que pronunció Crespí, inserto en la carta histórica del levantamiento de las comunidades, por D. Antonio Furió.

cárcel. De seguida nombraron por su trompeta á Bartolomé Car, á quien la justicia le habia hecho cortar las orejas por infame ladron. Sus voces fueron: Viva el Rey, mueran los nobles, viva la justicia. En 8 de febrero cambiaron el título de capitan que tenia su gefe con el de instador del beneficio comun. El cadáver de D. Agustin Serralta que habia dias estaba sepultado en el convento de Santo Domingo, fué sacado de la sepultura, apesar de la resistencia del señor Vicario general que les amenazaba con la excomunion en que incurrian, y le quemaron sin dejar reliquia de su ceniza. Asesinaron tambien á los nobles Cotoner D. Gerónimo, cinco Puigdorfilas, á D. Jaime Despuig y mas de veinte de los otros (*). En vista de estas atrocidades y de atentados tan horrorosos cuanto criminales, muchos hombres honrados, y entre ellos mi padre, abandonaron precipitadamente las filas de los sediciosos, procurando esconderse cada cual en donde tuvo por mas conveniente. Mi padre determinó que pasásemos á vivir en la casita de Randa, y una mañana al amanecer salimos de la ciudad y no paramos hasta ella. Allí vivimos unos quince dias con la paz y tranquilidad de los ángeles; mas, no duró por nuestra desgracia, pues á la hora menos pensada se presentaron en la casita doce agermanados capitaneados por Felipe Clapés, que al ver á mi padre gritó: he, compañeros, aquí tenemos el desertor, venid y pasémosle por un consejo de guerra, y si lo juzgais necesario, lo levantarémos en alto en esta robusta encina.

– Hablarias muy poco, Felipe, si estuvieras solo. Bien sabes que yo no soy desertor, pues pasé aquí para tomar posesorio de esta casita y tierras que compré.

(*) Todo histórico. Véase á Mut.

– Si es así como lo dices, serémos amigos, y estarémos en tu casa y desde ella arreglarémos nuestras expediciones. Consientes?

– Lo malo es que esta casita no es capaz para tantos. Solo hay un cuarto y un chiribitil contiguo que ocupa mi hija.

– No te dé esto cuidado. Mis compañeros hoy mismo fabricarán una grande barraca, y allí nos pasarémos las noches, y de dia comerémos juntos cuando regresemos de cazar mascarados. A propósito de ellos, ¿sabes que yo fuí quien despanzurró á Cotoner, Rosiñol y á cinco Puigdorfilas?

– ¡ Soberbia hazaña la tuya por gloriarte de ella!

– Y aun confio que no será la última.

– No asesinarás á nadie, Felipe, mientras yo pueda impedirlo, y basta ya de charla. Quédate enhorabuena, y yo haré lo que pueda en los combates leales que podamos trabar, y ya verás el modo cómo se portará en ellos el ex-sargento Gabriel Sacarez.

Instalados en la casilla, hicieron sus correrías, un dia por acá, otro por acullá, volviendo siempre cargados de buenas provisiones de boca y de los mejores vinos. Poco mas ó menos de un mes pasamos sin ninguna novedad notable, hasta que una tarde Ruiz llamó á Felipe, y luego este dió órden á los suyos de que le siguieran. Nada se dijo á mi padre porque sabian que era inútil invitarlo no siendo por entrar en combate en regla. Marcháronse, pues, sin cuidarnos de averiguar á donde iba á descargar el nublado. A las nueve de la noche regresaron todos mohinos, porque no habian encontrado el pájaro en el nido, como ellos decian. Cenaron y fuéronse á dormir en su barraca. Al dia siguiente hicieron otra excursion á Llummayor por si pillaban á alguno de los que ofrecieron al virey su auxilio á favor del Rey, y ya

sabeis que fueron Pollensa, Inca, Sineu y Llummayor las villas que á una se habian pronunciado á favor del Monarca (*). Al medio dia estaban otra vez en la casita, comieron bien, bebieron mejor y fuéronse á paseo mis padres, igualmente salieron hasta un predio inmediato adonde solia yo ir con ellos, y la Providencia hizo en aquel dia que me encontrase con poco humor y me quedé sola. Una hora despues apareció en el umbral de la casita un jóven con un trastorno tal en sus facciones que no le conocí por de pronto, pidiéndome con voz trémula que por Dios le diera un poco de pan para fortalecer sus agotadas fuerzas. Por su traje réconocí una víctima de las que tanto buscaban con ardiente sed de su sangre algunos de los agermanados. Desde luego mis nervios se crisparon de terror, y obedeciendo á los impulsos de mi corazon apresuréme á darle pan, tocino y un vaso de vino, previniéndole que comiese de prisa y se marchase, porque en la casita vivian sus desapiadados enemigos. Pero, ¡cuál fué mi espanto al reconocer al fin al que mi corazon idolatraba dueño!

– Sois vos mosen Narciso?

– Ah! Sí, Paulita. Apenas habiamos empezado la conversacion cuando descubrí á Felipe que apresuradamente se dirigia, seguido de los suyos, á la casita. Ya no era posible salvar entonces á mi querido con la huida y le hice esconder debajo un monton de anea.—Ya saben esto, interrumpió D. Narciso, cuenta pues desde que salí de allí con Roca.

– La rabia, el furor y la desesperacion se apoderaron de todos los que fueron subordinados del muerto Felipe, convirtiendo la casita en un pandemonion, ó sea habitacion de

---

(*) Histórico. Véase á Mut.

demonios que todo es lo mismo, segun oia decir á cierto predicador. Juramentos, blasfemias y amenazas contra Roca, nada se escaseó. Mi buena madre aterrorizada se encerró conmigo en el cuarto, y allí puestas de rodillas dirigimos fervientes súplicas á la tierna Madre de nuestro señor Jesucristo para que nos librase de los males que nos amenazaban, y salvase á mi padre del inminente peligro en que estaba.

Derecho, con las espaldas á la puerta de nuestro cuarto, y su espada desenvainada para atravesar con ella al primero que se acercase, callaba y espiaba todos los movimientos de aquellos enérgumenos.

– Tu hija, dijo Ruiz, es la causa de la muerte de nuestro capitan Felipe.

– Mientes, contestó mi padre.

– Cómo miento? Voto á Belsebú! ¿No ha sido ella que le ha ocultado debajo la anea, y la que ha dado el cuchillo al mascarado?

– Sí: qué quieres? Intentas batirte con Paula? La Paula soy yo, que te mando que salgas inmediatamente de aquí. Entiendes?

– No me da la gana, y quien saldrá serás tú y para no volver á entrar.

– Alto aquí! gritaron los demas. Nos hemos de degollar unos á los otros? Qué provecho sacarémos de ello? El muerto á la huesa, y nosotros los vivos á la hogaza. Gabriel, hagamos las paces, y vamos á cenar.

Mi padre no respondió.

– Qué diablos! dijo Pintat. No respondes, Gabriel? Vamos, hombre. Quieres ser nuestro capitan? Te nombrarémos luego.

– Ni vuestro capitan, ni vuestro compañero. Ningun hombre honrado querrá ser capitan ni compañero de la gentuza de puñal asesino. ¿Ignorais que yo me he batido muchas veces en la expedicion de Berbería contra el muy aleve Barbaroja, y allí con tres mil mallorquines ganamos una honra (*) que no quiero empañar por cuanto hay en el mundo?

– Me parece que haces muy bien; pero atiende que el asesino Felipe está muerto y que ninguno de nosotros ha cometido este enorme pecado.

– Me alegro mucho de ello; y por tanto me siento dispuesto á hacer las paces, con una condicion indispensable, y es que mañana sin falta habeis de dejar esta casa, yéndoos á vivir á otra parte.

– Y tú vendrás con nosotros?

– En lo que sea para combatir noblemente á favor de la libertad española, sí; mas, para merodear como lo haceis, de ningun modo.

– Sea como dices. De esta manera inesperada terminó aquella escena horrorosa en su principio. Cenaron con tanta calma como si nada hubiera sucedido, marchándose todos al dia que siguió.

Dos meses de felicidad pasaron como un sueño, y una tarde que con mi madre á la caida del sol nos retirábamos á la casita para aparejar la cena á mi padre, que debia regresar de Llummayor, seis hombres enmascarados nos aprisionaron, atando á mi pobre madre á un árbol y llevándome á mí á una casucha cerca el torrente de *son Bats,* en donde se me encerró dentro un cuarto, cuya ventanilla era un pequeño tragaluz. Por espacio de un mes no vi á otra per–

(*) Histórico.

sona que una vieja de unos cincuenta años de edad, que me llevaba la comida, teniendo á la puerta un centinela, á quien, apesar de mis esfuerzos, nunca pude ver el rostro. Todas las preguntas que dirigí á la vieja fueron siempre contestadas con estas palabras: Nada temas, pronto se acabarán tus pesares, y serás, si quieres, muy dichosa.

– Pero, buena mujer, ¿no me diréis quién me trajo aquí? ¿No me daréis para mi consuelo noticias de mi madre?

– Tu madre está buena. Nada temas, pronto se acabarán tus pesares, y serás, si quieres, muy dichosa. Ah! ¡Cuántas lágrimas derramaron mis ojos durante aquel mes de incertidumbre! Al fin presentóse mi raptor, diciéndome: Perdona, Paulita. Mis obligaciones de capitan me han tenido fuera de aquí un mes entero, y ya puedes pensar que con no poco sentimiento de mi corazon. Te arranqué de los brazos de tu madre, porque mi amor me aconsejaba hacerlo así, sin descuidarme de hacerla desatar, y conducirla cerca de la casita tan luego como creí que no podia sospechar el camino que llevábamos. Desde aquel dia he recibido noticias de su estado, que no puede ser mejor. Actualmente vive en Llummayor, deseando vivamente saber tu paradero; y en tu mano está, Paulita, el que la libres hoy mismo de sus angustias, con solo una palabra tuya: tú serás feliz, y tu madre saldrá del infierno que la atormenta.

– Cuál es esta palabra, Ruiz?

– Qué me jures ser mi esposa.

– Yo esposa tuya!...... Jamas.

– Ruiz es hijo de una buena familia, bien lo sabes, y siendo tú mi igual, me parece que mi proposicion no debiera ofenderte hasta el extremo de hacerte soltar una palabra poco grata á los oidos de ningun hombre de tu mismo rango y de

tan limpia prosapia como la tuya, cuanto ménos de un amante como yo. Tal vez tienes formado un concepto totalmente diferente de lo que soy. Tal vez me contemplas otro Felipe, manchado con toda especie de trampas, trapisonadas y picardías las mas punibles, amen de asesinatos horrorosos, de que se envanecia con un descaro aturdidor; por lo que, mi adorada Paulita, debo prevenirte que no me siento con bastante condescendencia para sufrir en silencio conceptos tan degradantes. Yo, como todo hijo de vecino, puedo adolecer de defectos, y tambien habré cometido algunas faltas que me favorezcan poco; mas, hasta la hora presente mis manos son puras. Nadie podrá reprocharme de que me haya cebado con la sangre de mis semejantes. Empuñé las armas, es verdad, pero solo para batir la opresion; y lo mismo hizo tu padre.

No negaré que algunas apariencias me condenan: tampoco negaré que te sobran motivos para estarte resentida de mí. La situacion anómala en que nos han colocado los sucesos de Mallorca, nos fuerzan á valernos de medios extraordinarios. Mi amor en vez de ti desde un año acá me ha trastornado el juicio, porque es una lava que circula ardiente en mis venas. Por ti abandoné la carrera eclesiástica á que mis padres me destinaban, y por ti igualmente me alisté en la partida que capitaneaba el difunto Felipe. Mil veces probé de declarártelo en la casita de Randa, y otras tantas te negaste á escucharme. El furor y la rabia se apoderaban de mis entrañas, convirtiéndome en tigre y en un necio completo. He aquí, Paulita, la causa de tu prision y de las prevenciones que debes tener contra mí.

— ¿Intentas, Ruiz, que yo me trague semejantes bolas con el mismo gusto que un muchacho goloso un par de meren-

gues? ¿No eres tú el que incitaste á tus dignos compañeros para que se opusieran á que Roca librase de manos asesinas al desgraciado mosen Narciso? ¿No eres tú quien amenazó matar á mi padre por el mero hecho de defenderme? ¿No dices que únicamente has empuñado las armas para batir la opresion, al mismo tiempo que me oprimes tan barbaramente sin ningun derecho para ello? ¡Válgate el diablo por hipócrita!

Te concedo gustosa que eres hijo de una familia honrada. ¿Y por esto estoy obligada á sacrificar mis inclinaciones á tus gustos? ¿Es esta la libertad que proclamas y defiendes? ¡Desgraciada sociedad si consiguierais entronizar una libertad tan monstruosa y detestable! Pero no sucederá, porque como decia un hombre muy sabio de la ciudad: «Todo negocio hu»mano que es un contrasentido, no se logra.» (*)

– Los zelos, Paulita, mis rabiosos zelos fueron los que me obligaron á unos actos y demostraciones incompatibles con los sentimientos de mi corazon en su estado normal. Tus desdenes conmigo y la energía interesada que desplegaste á favor de mosen Narciso, me cegaron, y por esta vez con mucho gusto le diera yo la muerte; y debes ser indulgente conmigo, supuesto que mi conducta es hija del amor que te profeso.

– Basta Ruiz, si me amas como dices, no debes tiranizarme. Restitúyeme inmediatamente á mi madre, y quizas el agradecimiento hará germinar en mi pecho un amor puro y santo en vez de ti.

– Entregarte yo á tu madre! Qué tal dijiste! Majaderilla, júrame de ser mi esposa, de lo contrario no lo esperes.

(*) Chateaubriand.

– Vaya una pretension! ¿Te habias persignado al salir del lecho ó al levantarte de tu camaranchon el dia que te atreviste á formular allá en tu cabeza, que mil diablos tienen trastornada, el proyecto infame de aprisionarme para que yo suscribiera á las condiciones que se te antojase imponerme? ¿Pensabas hacerme caer en el lazo con tus muchos melindres? Si así lo creias, y lo crees aun, te digo que estás loco de remate; añadiéndote que te obstinas en tirar coces contra el aguijon. Prefiero acabar mis dias encerrada dentro este chiribitil, á ser esposa de un hombre á quien no amo.

– El tiempo te hará cambiar de resolucion. Abur.

Desde aquel dia tuve varios altercados con Ruiz, insistiendo siempre en que yo accediera á ser su esposa, y negándome yo rotundamente á ello. Exasperado con mi terquedad, me dijo con los ojos centelleantes de furor: que si dentro tres dias no me allanaba á lo que me exigia, conseguiria á la fuerza lo que podia yo muy bien comprender, y que despues me entregaria á voluntad de sus soldados. El modo providencial como quedé libre de sus garras, ya lo sabeis. Esta, señores, es mi historia.

Admirados quedaron todos de la gracia y talento de Paulita, dándola mil parabienes por el dichoso fin que habian tenido sus largos padecimientos.

El dia 20 llegó á Alcudia D. Pedro de Pax, saliendo á recibirle hasta el puerto el Baile, jurados, todos los nobles, inclusos los alcudianos mas visibles; y al entrar en la poblacion fué victoreado hasta la casa de D. Pedro Juan Torrens, en la que se hospedó (*).

(*) Histórico.



CAPÍTULO XIX.

Batalla del 26 de diciembre en el camino de Palma, junto á la herencia de Capdebou.

El dia 21 D. Pedro de Pax tomó el mando de los guerreros de Alcudia, y en union del capitan Sureda y del noble D. Bartolomé Rosiñol nombraron por oficiales del ejército alcudiano (si merece tal nombre el reducido número de hombres que lo componian) á Antonio Sureda, Antonio Font, Antonio Maura, Sebastian Domenech, Antonio Ques, Pedro Amorós, Martin Serra, Bartolomé Venteyol, Juan Ferrer, Juan Renovard, Jaime Serra, Martin Torrens y otros; siendo, como ya sabemos, Jaime Roig el porta-estandarte. Los nobles se negaron rotundamente á admitir mando alguno, y solo el señor de Rosiñol ofreció capitanear la falanje de los nobles.

Jaime Solivered dijo que no queria otros subordinados que su lanza y espada, supuesto que hasta entónces habian transmitido á completa satisfaccion suya cuantas órdenes les diera.

El dia 23 se pasó revista, encontrándose mil ochenta hombres aptos para salir al campo, inclusos en estos los nobles, algunos refugiados de las otras villas, y los cuarenta menorquines que habia llevado consigo el señor de Pax (*).

(*) Histórico.

En este mismo dia embarcóse para Menorca Sebastian Florit, declarando á Font que el único motivo de marcharse era el ardiente amor sin esperanza que sentia por Leonor Serra.

A las siete de la noche del dia 25 se supo en Alcudia que la mayor parte de los comuneros estaban en sus casas á celebrar las fiestas de Navidad, y que á duras penas habian quedado en el campamento unos seiscientos hombres (*). En seguida el gefe Pax dió sus órdenes para que al amanecer estuviesen sobre las armas quinientos hombres á fin de salir á presentar batalla á los sitiadores (*). El entusiasmo con que se recibió esta órden dió lugar á no pocas disputas acaloradas, que obligaron á Pax á sortear los que debian quedarse.

No bien en el obscuro velo que cubria el horizonte apareció un pequeño punto luminoso indicio del naciente dia, la puerta de Mallorca vomitó quinientos guerreros sedientos de combate. El ardor y precipitacion con que marchaban en busca del enemigo alarmaron en tal manera su nuevo gefe que con tono imperioso mandó hacer alto, diciéndoles: Esta precipitacion puede sernos muy fatal; por lo que, no permitiré que se dé un solo paso mas sin que todos esteis puestos en órden de batalla. El enemigo está cerca, y con la metad menos de fuerzas que las nuestras seriamos batidos.

Entended que el ejército que espera estar al frente del enemigo para maniobrar y ponerse en órden, es perdido sin remedio.

Parados los de Alcudia, hízoles colocar como si en aquel instante debiera empezar el combate. Media hora larga estuvieron sin moverse, y en este tiempo llegaron los esplora-

---

(*) Histórico. (*) Histórico.

dores que destacara el experimentado Pax, dando por noticia que los comuneros estaban ya formados en órden de batalla, y que su número era triple de los alcudianos. En efecto, el ejército comunero constaba de dos mil hombres de infantería y sesenta caballos (*). La causa de encontrarlos apercibidos no se ocultó á D. Pedro de Pax. Las muchas luces que se vieron en Alcudia desde las cuatro de la mañana, previnieron á los contrarios, haciéndoles sospechar la verdad, confirmándoles sus espías de que se les iba á atacar. Formarónse pues, escogiendo una excelente posicion, desde la cual su numerosa caballería pudiera con todo desembarazo dar sus cargas; no obstante los alcudianos pedian avanzar, á lo que se opuso su gefe, mandando que en el ínterin que él se dirigia con la correspondiente escolta á examinar la posicion enemiga, se reuniesen á los primeros los otros quinientos hombres que habian quedado en Alcudia.

Cuando todo estuvo dispuesto á satisfaccion del señor de Pax, el sol asomó brillante reclinado sobre los montes de Artá, hiriendo con sus rayos el bello y orgulloso estandarte de Alcudia, que sostenia Jaime Roig colocado en el centro. Dióse la órden de avanzar, que fué recibida con un grito general de júbilo.

Las murallas se veian coronadas de gente, sin faltar las bellas alcudianas acompañadas de sus mamás. ¡Cuántos votos y fervientes súplicas hijas del corazon, se enviaron en aquel dia al Dios de los ejércitos!

El espectáculo que ofrecia en el campo la columna alcudiana era imponente y encantador. Los cascos reflejando

---

(*) Histórico.

los rayos del sol multiplicaban las gratas ilusiones de la vista, aumentando á la par las emociones del corazon.

Los alcudianos avanzaban al paso, porque Pax no queria que se fatigaran; mas, al descubrir á los agermanados la rabia y el furor se apoderaron del corazon de aquellos, y luego sin desordenarse se precipitaron sobre los enemigos. Miles de miles de armas arrojadizas disparadas por una y otra parte dieron la muerte á muchos. Dos veces la caballería contraria tuvo que retirarse en desórden por no poder sostener la granizada de piedras y balas de plomo que les enviaron los terribles fundibularios de Alcudia, siendo en seguida atacada por la de los nobles capitaneados por D. Bartolomé Rosiñol, trabándose una espantosa refriega entre las dos, aunque tan desiguales en número. El combate se hizo general, y el centro de la fila alcudiana vióse por un momento desordenado. El porta-estandarte Jaime Roig acometido por fuerzas muy superiores, cayó gravemente herido abrazado con el estandarte, que le fué fácilmente arrancado de sus brazos. Todo lo contrario pasaba en el ala izquierda. Los agermanados fueron rotos por Font, Ferrer, Serra y Torrens, haciendo en ellos un destrozo aterrador. En su vista avanzó contra ellos la reserva de los comuneros, tomando ochenta de estos posicion en una altura á fin de proteger, ó bien la retirada de los suyos ó reforzarlos oportunamente. Pero Maura, que con treinta hombres estaba oculto detras de otra altura inmediata para atacar la cabeza de la fila contraria, dijo á los suyos: Valientes compañeros, la fortuna nos brinda poniendo ante nosotros la mas bella ocasion que pudiéramos apetecer para colmarnos de gloria; por tanto, si os sentis con brios para desalojar á los enemigos que coronan esta altura, vamos á ellos. No olvideis el *Audaces fortuna juvat, timidosque repellit.*

Á ellos, gritaron con un entusiasmo preludio de la mas completa victoria, y se lanzaron á la lid haciendo tan prodigiosas hazañas, que valieron á la calle en que vivian todos, incluso Maura, el renombre de *la calle de los valientes,* que conserva en la actualidad (*).

La sangre corria en abundancia por una y otra parte, manteniéndose indecisa la victoria. Por fin llegó á los oidos de Font que el estandarte de Alcudia estaba en poder de los enemigos. Desatinado y fuera de sí con tal noticia, corrió hácia el punto en que se le veia, encontrando al valiente Pedro Amoros envuelto por todas partes, próximo á sucumbir por haber intentado él solo recuperarle; y sin detenerse acometió á los que le rodeaban, hundiendo el cráneo al primero que se le opuso, pasando de parte á parte al segundo que intentó detenerle, dejando sin vida al tercero y cuarto, hiriendo gravemente al quinto y sesto, y abriendo en canal al temerario que escarnecia el estandarte de Alcudia. Cogiólo al fin, besólo, cargóselo sobre sus fornidos hombros, y sin que nadie pensase en oponérsele, lo llevó á la fila alcudiana. Desplególe al viento, temblando de cólera al pensar que estando él con vida tan gloriosa insignia pudiera ser escarnecida un solo segundo, ni menos permanecer en poder de los enemigos un minuto. Ahora quiero apoderarme del suyo ó morir en la empresa: juntóse, pues, con Ferrer, Jaime Serra, Bartolomé Venteyol, Domenech, Torrens y Jaime Solivered, diciendo al valiente jóven Martin Serra: Guarda esta bandera sagrada, miéntras nosotros vamos á traer la de los enemigos, sobre la que ha de mecerse este hermoso símbolo de nuestro honor, de nuestra lealtad y de las glorias de

---

(*) Histórico.—Manuscritos.

nuestra patria. Dicho esto, arremetieron á los agermanados, cual violento huracan que tras sí no deja sino ruinas y desolacion, y cuantos encuentran á su paso quedan muertos ó heridos, apoderándose de estos tal espanto al solo nombre de Font, que ni aun piensan en defenderse; así fué que casi sin resistencia se hicieron dueños de la bandera enemiga. En este momento el célebre Antonio Sureda perseguia encarnizadamente el ala derecha de los comuneros, á la que habia arrollado; y los nobles acuchillaban en su fuga á los ginetes enemigos. La derrota de estos fué completa, pegando los de Alcudia fuego al campamento y tomándoles hasta los comestibles (*).

En esta brillante jornada toda la nobleza mallorquina lució sus brios, acreditando lo que ha sido siempre, esto es, valiente hasta la temeridad (**).

Maura con sus treinta compañeros desalojó á los enemigos de la altura, haciéndoles veinte prisioneros. Sentimos no poder transmitir á la posteridad los nombres de todos los héroes sus compañeros, pues solo pueden leerse: Beltran, Torrens, Guayte, Renovard, Balmes, Mascaró, Socias, Bonet, Guasp, Barrera y Llitrá.

La pérdida de los comuneros en sentir de algunos historiadores fué de ochenta muertos, y segun otros de ciento cincuenta, sin contar mas de cuarenta prisioneros. La de los alcudianos fué muy corta.

Á esta victoria de los alcudianos y nobles, de la cual se

(*) Crónicas mallorquinas.

(**) No adulamos á nadie, y escribimos con las crónicas á la vista. Consúltese la historia, y se verá lo que ha sido en todos tiempos la nobleza mallorquina.

hace mencion todos los años el dia de su aniversario en el sermon que se predica en honor de san Estévan, sin negarla, se ha intentado no obstante en nuestros dias ponerle sombras, que ocultasen en parte el baldon que recogieron los agermanados en cuantas acciones generales y parciales trabaron por espacio de un año con los valientes hijos de Alcudia. ¡Cuándo lograrémos, dice el ilustre Chateaubriand, sustituir las ideas á los partidos! ¿Qué podrá remediar la generacion presente si los agermanados fueron siempre zurrados á mas y mejor? Nada.

Unos y otros hace trescientos años que están en camino para el valle de Josafat: tenga, pues, cada una de las dos partes contendientes lo que le corresponde de rigurosa justicia en nuestra memoria y en la de la posteridad.

Un año de combates campales casi todos, que les obligaron á convertir el sitio en bloqueo, tienen una lógica mas convincente y hablan mas alto que cuantas flores retóricas se estampen en defensa de principios.

Las frecuentes é impetuosas salidas de los alcudianos, dice un autor ilustrado de nuestra época y muy poco sospechoso, hicieron retirar al ejército comunero, no quedándole otro arbitrio que el de bloquear á Alcudia. De donde lógicamente se deduce que los agermanados, sin embargo de ser mas de quíntuplo número de los de Alcudia, y de contar ademas con poderosos medios de vencer, como lo eran doscientos caballos (el Sr. Madoz hace subir el número á cuatrocientos) y seis piezas de artillería, no podian lidiar con los alcudianos, que en el campo no les oponian otra muralla que sus pechos.

La hazaña de Font recuperando con su solo esfuerzo el estandarte de Alcudia, le valió el derecho de transmitir á su

posteridad el cargo de porta-estandarte de esta ciudad, y en defecto de estos debia pasar este honor á los de Amoros. Así sucede en el dia.

Nosotros hemos conocido al último descendiente del valeroso adalid en cuestion, contra quien dos de los mas esforzados alcudianos temieran luchar. En comprobacion de este aserto permitásenos referir un suceso, que aunque ajeno de esta obra, no le es pero enteramente extraño. Es el siguiente: Á las once de una noche del mes de agosto de 1829 el último Font con otros tres jóvenes de Alcudia divertianse cantando la jota aragonesa, acompañándola con la guitarra, sentados en el poyo de la plaza de la cuartera.

Ocho soldados que se les reunieron fueron tan impertinentes, que con tono imperioso exigieron á los de Alcudia que se les entregase la guitarra. Font les dijo: No tan solo no nos da la gana de obedeceros, sino que es necesario os marcheis á trote largo hácia el cuartel. Uno de los soldados desenvainó el machete, que luego saltó á mas de dos pasos de distancia por causa del terrible puñetazo que Font le descargara sobre el hombro derecho, cayendo aquel rodando por el suelo. Apoderóse del machete, y ayudado de sus tres compañeros arremetieron contra los otros siete soldados, á quienes hicieron entrar en el cuartel á gentiles puntapiés y doscomunales cachetes por añadidura.

El machete fué presentado al coronel gobernador militar de esta plaza, que lo era entónces D. Juan Fiol, quien nos lo refirió ni mas ni menos como queda dicho.

Muchos viven aun testigos de este hecho. No se crea que Font fuese algun camorrista: nada de esto. En lo adusto y valiente pareciase á su heróico ascendiente.



CAPÍTULO XX.

Batalla del dia 15 de febrero, muerte del noble D. Narciso y otros sucesos.

Rabiosos los comuneros por las considerables pérdidas que sufrian cada vez que trababan combate con los alcudianos, cambiaron de táctica, proponiéndose mermar á estos impunemente. Apelaron, pues, á una guerra de emboscadas; pero podria decirse que el cielo se mostraba tan favorable á los de Alcudia, cuanto visiblemente contrario á los agermanados, cuya terquedad parecia providencial por la razon de *Quos Deus vult perdere, dementat.*

Destruido el cordon del sitio, ignoraban los de Alcudia á dónde habian de dirigirse para cazar á los comuneros; y como ya dejamos apuntado estos se ocupaban en emboscadas, que pronto fueron descubiertas.

Recelosos los alcudianos iban siempre prevenidos, trayendo con una mano la azada que exigia el trabajo de los campos, y pendiente de su cintura su aguda espada. De esta manera reunidos en número de veinte ó treinta salian á trabajar, poniendo centinelas por no ser sorprendidos.

Tal estado de cosas, como es muy fácil de concebir, debia de engendrar poco á poco en el ánimo de estos nuevos cincinatos un odio funesto contra los agermanados sus agresores, siendo mucho de temer que la lucha se convirtiese en una guerra desastrosa é inhumana.

Dias habia que en todo el radio del término de Alcudia

no se veia ningun comunero, y como urgia cavar las viñas salieron veinte y cinco hombres para este fin. Llegados al *Bresal* junto á la heredad de Abrinas, pusiéronse á trabajar, y pasada media hora un silvido bien conocido de ellos les avisó la perentoria necesidad de sustituir la lid al trabajo. El mismo alerta llegó á Alcudia con una prontitud asombrosa por medio de telégrafos humanos, que transmitian el aviso á la poblacion. Puestos los alcudianos en órden por Bartolomé Venteyol, emprendieron luego la retirada, porque los de la descubierta emboscada eran quinientos (*), los cuales acometieron impetuosamente á los veinte y cinco, que por su fortuna habian ya ganado una pequeña eminencia, desde la cual pudieran hacer frente por un corto espacio de tiempo.

Formado un pequeño cuadro, hicieron morder la tierra á los atrevidos que les acometieron sin órden; pero su situacion pronto debia de ser crítica y desesperada: por lo que Venteyol recurrió para ganar tiempo á un ardid, que fué coronado del mejor éxito.

Enarboló bandera de parlamento, y dijo á los agermanados: ¿Qué prometeis hacer de nosotros si nos rendimos sin pelear?

Qué quieres que te prometa? contestó Guillermo Grimald, gefe de los enemigos.

Permíteme que te diga, replicó Venteyol, que me respondes con otra pregunta. Dejo yo á tu talante el que nos impongas las condiciones, y si son ellas aceptables, depondrémos las armas sin derramar sangre: de lo contrario pelearémos hasta morir.

– Peleareis hasta morir?

(*) Histórico.

– Ya se ve que sí, hombre; y ademas procurarémos que os cueste muy cara la victoria.

Pues tu mismo, dijo Grimald, haz la propuesta y luego verémos.

– Un desafío con uno de vosotros; y si queda vencido el alcudiano, todos serémos tus prisioneros, y podrás canjearnos con los que tienen en Alcudia.

– Aguarda, que quiero consultarlo con los otros gefes; pues en cuanto á mí no tendria inconveniente, mayormente estando mi hermano prisionero en vuestro pueblo.

Retirado Grimald, conferenció con los otros gefes de su bando, y fueron de parecer de que se aceptase la propuesta, y que dado el caso de ser vencido el de su parte, no serian tan torpes que dejaran escapar la presa que consideraban segura; y si el alcudiano fuera el vencido, tambien la presa era segura sin costar sangre.

Un cuarto de hora habria pasado, cuando Grimald volvió con la respuesta de que estaba aceptado el duelo con las antedichas condiciones; pero cabalmente habia de ser con el gefe alcudiano.

Entónces será conmigo, respondió Venteyol.

– Contigo, si tú eres el gefe.

– Sí, que lo soy.

– Pues adelante. Mas, en este momento los alcudianos sin órden de Grimald fueron bruscamente acometidos, defendiéndose con aquel esfuerzo que da de sí la desesperacion. Venteyol, Guayte, Aleñar, Rotger y Cifre no descargaban golpe que necesitase secundar para sacar á un enemigo de combate, y lo mismo procuraban hacer todos sus compañeros.

La causa de este ataque repentino de los comuneros fué descubrir muy cercano un refuerzo de doscientos hombres,

capitaneados por el noble D. Narciso, los que llegaron al principio del combate, y en ménos de media hora los comuneros fueron derrotados con pérdida de muchos, siendo muy poca la de los alcudianos; aunque esta victoria les costó un profundo pesar. D. Narciso yacia reclinado en una pared teniendo clavada en el sobaco derecho una mortal saeta, que le cortara la arteria axilar (*). Divulgada esta infausta noticia por Alcudia, inmediatamente Font, oprimido el corazon del mayor dolor, se trasladó con el cirujano Llensor al lugar de la refriega. D. Narciso respiraba con mucha dificultad; no obstante, conociendo á Font se reanimaron sus facciones, demostrando cuánto se alegraba de verle por última vez. Acercaos, caro amigo, dijo con voz entrecortada, pues tengo precision de encargaros algunas cosas. Ya recordaréis que os manifesté que yo tenia un presentimiento de que habia de acabar mis dias en un combate, y ya veis como se ha cumplido.

Nó, respondió Font, no moriréis, insigne amigo mio. ¿No es verdad, Sr. Llensor, que me respondeis de su vida?

Nada contestó Llensor, sino que hizo seña para que todos se retirasen porque llegaba D. Martin Ferrer vicario, para confesar y sacramentar al herido, como así se hizo. D. Narciso llamó en seguida á Font, y encargóle que su cadáver fuese enterrado en una sepultura ante el altar mayor de la iglesia de santa Ana, sobre cuya lápida no queria otro epitafio que una pequeña cruz de piedra en señal de que allí descansaba un cristiano.

Cuidaos, mi querido amigo, de mi pobre consorte. Desgraciada Paulita! Estas fueron sus últimas palabras. Recli-

---

(*) Mut. Historia de Mallorca. Tomo 3º.

nóse, aumentando el estertor de la agonía; y un minuto despues su alma pura voló á sumergirse en el océano de eterna felicidad, que el divino Hijo de María conquistó con su sangre á favor del género humano.

En este combate no estuvieron los valientes Font, Sureda, Ferrer, Martin Serra, ni Maura; pero no faltó Jaime Solivered, distinguiéndose entre todos, y particularmente por haber muerto de su propia mano al matador de D. Narciso.

Hiciéronse á este funerales como correspondia á sus recomendables cualidades y á su distinguido rango, derramando los de Alcudia abundantes lágrimas por la prematura muerte de su noble amigo.

Tres dias despues el Ilmo. D. Pedro Pont, obispo de esta diócesis, acompañado de D. Juan Odon de Salas, presentóse en Alcudia para proponer un medio de cortar la causa del derramamiento de sangre entre hermanos: (*) Amados diocesanos, dijo S. Ilma., el corazon se me parte de dolor al ver los torrentes de sangre cristiana, que tan á menudo corre por estos campos. Las dos partes contendientes pertenecen al rebaño de nuestro divino Redentor Jesucristo: por lo que yo no puedo ménos de deplorar los males inmensos que pesan sobre unos y otros, consecuencia todos de esta guerra desastrosa. Hora es que desaparezcan vuestras discordias, y que un ósculo de paz una á todos los mallorquines, siendo como sois hijos de la Iglesia católica. Basta de sangre, hijos mios, basta de desastres, basta de enconos y de odios; y cese de una vez el furor insano que se agita en los pechos de hermanos contra hermanos, convirtiendo en luto y llanto sempiterno la habitual alegría de los

(*) Histórico.—Mut y manuscritos.

moradores de Mallorca. ¡Cuántas viudas gimen desoladas! ¡Cuántos huérfanos hay desamparados y sin porvenir! ¡Cuántos jóvenes, esperanza de sus familias, han concluido sus dias en esta sangrienta lid! Señor! De corazon imploramos vuestra clemencia misericordiosa para tantos infelices. Vos, Dios de inefable bondad, que sacais el bien del mal creado por los hombres (*), dirigid una mirada benéfica sobre esta desgraciada isla, y brillará el sol de paz y de la vida obscurecido ahora por las negras alas de la muerte; y vosotros, honrados alcudianos, mis amados compatricios, trabajad para lograr la paz con sus inmensos beneficios y desterrar la guerra con sus espantosos estragos, haciendo para obtener aquella cuantos sacrificios no sean incompatibles con vuestro honor y dignidad.

Ilmo. Sr.: respondió el Sr. Maura. No está en nuestra mano evitar los desastres, que serán mayores de cada dia miéntras permanezcan en estos campos los hombres funestos que los hacen brotar de cada huella que su siniestra planta imprime en ellos. Estoy, Ilmo. Sr., bien persuadido de que cuantos pasos conciliables se dén para una honrosa transaccion, es tiempo perdido. Buena y triste prueba de mi aserto ha sido el modo inicuo con que hicieron trizas la solemne estipulacion celebrada con intervencion de los hombres respetables que componian la comision de la villa de Llummayor; y no se me diga que no fueron culpables los gefes del atentado que se cometió contra los nobles, que en virtud del mencionado convenio se marchaban á la ciudad. Ó sino, ¿á qué enviarnos, como por un estúpido sarcasmo, un trompeta á intimarnos nuevamente que los expulsásemos de

(*) Un escritor célebre de este siglo.

Alcudia, ó cuando ménos les entregásemos á D. Pedro Juan Zaforteza?

Si esta conducta es de hombres honrados, desde ahora declaro que yo no entiendo lo que es honor; y si semejante comportamiento es de héroes, ménos comprendo cuál puede ser el de hombres ruines y sin carácter. En esta atencion, no es posible, Ilmo. Sr., el que nos rebajemos á entablar negociaciones con ellos, no siendo con la punta de la espada.

Disimúleme S. Sría. Ilma. el que le diga que ningun hombre de mediano caletre puede desconocer las torcidas intenciones de los agermanados. En efecto. ¿Se ha proclamado ante Alcudia ningun principio político? De ningun modo. Fácil es por tanto atinar el móvil que les impele á hostilizarnos: móvil que de intento callo, por no verme precisado á recargar el cuadro con tintas demasiado lúgubres.

Acto continuo el noble Salas contestó: ¡Cuántas verdades de bulto habeis soltado, Sr. Maura, en vuestro corto discurso! ¡Cuánto honor y cuánta dignidad se anidan en los pechos alcudianos! Lo proclamo, señores, en alta voz, y lo mismo haria en presencia de vuestros enemigos. Ningun hombre que tenga honra podrá ménos de entusiasmarse por vuestra caballerosa conducta; pero esta es, señores, una razon de las mas poderosas para procuraros dias de calma despues de tormenta tanta. Sabemos la injusticia con que se os hace la guerra; mas tambien, fuerza es confesarlo, vosotros habeis sabido desquitaros terriblemente de ella. Los rios de sangre que de vuestros enemigos habeis hecho correr por estos campos, reclaman imperiosamente que todos los amantes de la humanidad intervengan para que no pase adelante. Los que sucumben á vuestro heróico valor son nuestros hermanos y los vuestros tambien. Creo no exagerar si os digo

que pasan de seiscientos los agermanados que han perecido al filo de vuestras mortíferas espadas. No son ménos deplorables, aunque cortas, vuestras pérdidas. Por lo que haced de vuestra parte todo lo que no sea incompatible con vuestro honor, y preparaos á una reconciliacion que corte para siempre jamas esta funesta guerra.

Ustedes, señores, replicó el Sr. Maura, hagan lo que gusten para llevar á cabo su santa mision, y quiera Dios que puedan lograrla. En cuanto á mí, repito, que van á tener un triste desengaño. Yo conozco perfectamente, señores, la causa de los rios de sangre cristiana que se derrama en estos campos. Nosotros no hemos halagado, y menos lo harémos ahora, la orgullosa y ridícula vanidad del corazon de.... nadie.

El desengaño no se hizo esperar, pues al hacer presente á los agermanados su irregular comportamiento despues del solemne convenio mencionado, viéndose atascados contestaron que accedian á levantar el sitio y retirarse, si los de Alcudia se allanaban á pagarles los gastos del sitio.

Sí, convenimos, dijeron estos; pero del mismo modo que lo habemos hecho hasta ahora, con la punta de las lanzas y de las espadas (*).

(*) Histórico.





CAPÍTULO XXI.

El duende. Noche de dolor.

Á las siete de la mañana del 5 de abril de 1522 cundia en Alcudia un rumor confuso sobre sucesos extraordinarios, que durante la noche habian pasado á Font; pero nadie sabia de qué naturaleza hubiesen sido estos.

La noticia obligó al Baile y otros á dirigirse en busca del valeroso adalid, para averiguar lo que hubiera en realidad. Llegados á su casa, preguntaron por el amo al criado.

– Habrá unos tres minutos que ha ido á ver al capitan Sureda.

Nos habian dicho que estaba enfermo, replicó el Baile.

– Enfermo, nó; pero creo en Dios y en mi ánima que mi amo tiene algun grave disgusto. Esta noche no ha dormido en su lecho, y le he aguardado dormitando hasta las seis, hora en que ha venido, y al verle me ha parecido que no era el mismo. Tenia los ojos hinchados de llorar, cosa muy nueva y extraordinaria en él; y bien sabe, voace, que acostumbra decir que no le gustan los hombres llorones: ademas, estaba pálido, y tan pálido como un muerto.

– Y nada le has preguntado?

– Oh! Sí, señor; pero me ha dado calabazas, pues en lugar de responderme se ha puesto un dedo en la boca, y esto para mí significa silencio absoluto.

La curiosidad calzó alas á todos, yéndose de seguida á

ver al capitan Sureda, quien les dijo: Muy buenos dias, amigos. Es muy extraño que Pablo en un minuto haya podido cumplir el encargo de avisaros para que pasaseis á esta vuestra casa.

No le hemos visto, contestó el Baile, y solo hemos venido impulsados del vivo interes que nos inspira nuestro invicto héroe Font, á quien se susurra han acontecido sucesos desagradables; y en realidad que al mirarte, amigo mio, no es posible extrañar que tal cosa se sospeche. El terror está estampado en tu semblante, con todos sus signos mas característicos.

– Ah, señores amigos mios! Demasiado cierta es la sospecha. En esta noche cruel me han sucedido cosas, que ultra de graves son tambien lúgubres, hasta obligarme á decir como Eneas..... *Quæque ipse miserrima vidi..... Quis talia fando..... temperet à lacrymis.* ¿Quién pudiera presenciar un triste caso igual al que ha pasado esta noche ante mi vista, sin que se le destrozasen una á una todas las fibras de su sensibilidad?

Escuchad, señores: Estaréis ya enterados de que hoy hace cuatro dias se hablaba mucho de la aparicion de un duende ó fantasma, que á deshora de la noche se le veia marchar con pasos mesurados unas veces en direccion de san Martin de la cueva, y otras hácia el mar del sur por la parte de la ermita de santa Ana. Mis valientes, que tantas veces han arrostrado los peligros desafiando á la misma muerte, todos sin excepcion demostraban una repugnancia invencible á rondar por aquellos contornos. Reconvenidos y ridiculizados por mí, se encogian de hombros, replicándome que sus armas nada bueno valian contra seres del otro mundo. El duende tiene dimensiones gigantescas, al mismo tiempo se

encoge presentando luego una estatura ordinaria. Como debeis figuraros, tamaños absurdos me incomodaban; pero por mas que me esforcé en combatirlos, fué preciso convencerme de que no hay lógica que baste contra preocupaciones y creencias inveteradas.

Durante esta conversacion tenida sobre el baluarte junto á la iglesia á las once y media de la noche, uno de los centinelas dijo: helo allí. En efecto, vi una especie de fantasma que se destacaba de entre los árboles del camino de *Teraine;* y en obsequio de la verdad debo declarar que si no me pareció de dimensiones tales como me la habian supuesto, al ménos la juzgué de un grandor extraordinario. ¿Seria tambien terror que involuntariamente se apoderase de mí? No me aventuraré, señores, á resolverlo.

Luego que hubo desaparecido de nuestra vista propúseles si á la noche siguiente querrian acompañarme á buscarla, contestándome unánimes que conmigo se arriesgarian á ir hasta el mismo infierno.

Á media noche determiné averiguar por mí solo aquella misteriosa vision. Salí, pues, por la puerta de Mallorca pretestando pasar á reconocer nuestras avanzadas. Una hora andé por allá y acullá trompicando con innumerables guijarros que me estropeaban los pies, sin topar con ningun bicho viviente; mas al pasar por delante la iglesia de santa Ana llamóme la atencion un solitario buho, que puesto sobre el tejado del pórtico enviaba á perderse en el espacio su triste y quejumbroso canto. Paréme para mirarle; pero en el mismo momento la luna se abrigó con un negro manto de nubes, que apagaron completamente su argentino resplandor. De repente mis cabellos se erizan, tiémblanme las piernas, láteme tumultuosamente el corazon y mis manos se crispan.

Un pequeño ruido salido de la iglesia, y un macilento é insólito rayo de luz que se escapaba por el agujero de la cerradura de su puerta, produjeron en mí este trastorno orgánico. Apelé á la filosofía, reclamé el auxilio de la reflexion; y ni la filosofía, ni el roce de las vivificantes alas del raciocinio remediaban mi paralísis física. Mis carnes temblaban como las de un azogado, y no sé el tiempo que tardé en hacerme dueño de mi mismo. Esto, señores, os probará que los esfuerzos de la razon pueden calmar el ánimo, pero no los temores del corazon.

Avancé luego que pude á mirar por la cerradura de la iglesia: la lámpara chisporroteaba y luego vi... Qué vi!

Cor pepulit horror:
Membra torpescunt gelu,
Pectusque tremuit. (*) Vi al duende, que envuelto en una larga mortaja salia de la sacristía con un cirio en la mano. La ilusion de mi vista fué completa, pues me pareció que era tan alto como la bóveda. Acercóse á la lámpara y encendió el cirio, con cuyo resplandor pude ver su rostro, y mis ilusiones se desvanecieron rápidas como una exhalacion. Conocí al duende.

– Lo conociste?

– Sí. ¿Y en qué pensais que se convirtió el fantasma?

– Dilo tú, Font, y no interrumpas tu narracion, por momentos mas interesante.

– Ah! se convirtió en la desgraciada víctima del furor de nuestros enemigos: en una palabra, en la jóven viuda del malogrado mosen Narciso.

– Qué dices, Antonio mio! ¡Mi amiga Paulita el duende que tanto espantaba!

(*) Séneca. Medea.

– Todos los duendes, querida mia, solo existen en nuestra mente. Sabe Ines que «la inclinacion del hombre hácia lo »grande y lo maravilloso ha hecho que en todos tiempos se »complazca en espectáculos extravagantes y extraordinarios; »y cuando la realidad no ha ofrecido ese pábulo á su imagi-»nacion, ha sabido hallarlo en la fantasía ó en la fábula.» (*) He aquí, querida, el orígen de los duendes y fantasmas, que como acabas de ver nunca han existido sino moralmente. Escuchad, señores: Una vez reconocida Paulita, en el mismo instante fuí el Font de siempre: de donde debeis inferir que nuestro valor moral depende en gran parte de la educacion primitiva. Cuidaos, pues, de que no se impriman en los niños ideas de terror, efecto de estúpidas preocupaciones, pues estas por mas estudio que hagan y por mas desengaños que tengan en lo sucesivo, les acompañarán al sepulcro. Imitad la conducta del grande Héctor troyano, de quien se cuenta que cuando entró armado en el cuarto para despedirse de su esposa Andrómaca, poco antes de salir para la lid con el fiero Aquíles, el niño Astiana su hijo se espantó por causa de su flotante penacho. Arrodillóse Héctor, quitóse el casco, y acariciando á su hijuelo le hizo tocar con sus manecitas el casco y penacho hasta que se rió. Bien comprendeis, señores, la importancia de esta conducta, que debe ser igual en todos los casos de espanto de los niños. Disimuladme mi digresion, y sigo. Como decia, reconocida Paulita ya no pensé sino en el modo de presentarme á ella sin espantarla: con este objeto pronuncié con voz clara y pausadamente las palabras: Paulita, vuestro buen amigo Font está á la puerta de esta iglesia, y espera permiso para presentarse á vos.

(*) Magariños. Cervantes.

– Font! Gracias, Dios mio. Entrad, digno amigo de mi esposo: la puerta solo está entornada.

Llegado á su presencia vi que sus hermosos ojos, aunque lánguidos, chispeaban enardecidos por la fiebre que la devoraba. Sus labios estaban secos y ennegrecidos, y su voz tan debilitada que le cuadrara bien la de sepulcral. Dulce amiga mia, ¿es esta la conformidad que me asegurabais tener con la voluntad de Jehová?

– Amigo mio, sentaos junto á mí y no me hagais cargos inútiles, pero entended que yo estoy completamente conformada con la voluntad de Dios; sin embargo, os recuerdo que mi corazon recibió la mas terrible de las heridas y no depende de mi voluntad el dejar de sentirla, ni creo tampoco que vuestra pretension sea la de un imposible; mas dejemos esto y pasemos á la causa principal de encontrarme en este sitio solitario, lúgubre y espantoso, si lo quereis así, del todo impropio de una mujer jóven, como lo soy yo, si esta mujer jóven perteneciera á este mundo.

– Qué significa vuestro lenguaje?

– Bien claro es, y no lo comprendeis ó lo aparentais al menos: voy pues á explicarme como pueda. Desde que mataron á mi esposo he recibido de vuestra prometida Ines, de la señorita Baser, de la del señor Axartell, de Leonor, de Catalina, de Paquita Torrens y de muchas otras jóvenes de Alcudia las mas cordiales pruebas de deferencia y de interes, que derramaban un bálsamo benéfico y consolador en mi pecho afligido; mas tan luego como me quedaba sola dispertaban mas vivos y punzantes mis dolores, haciéndome derramar un mar de lágrimas. Aquellas lágrimas por los objetos queridos que perdí para siempre, me aliviaban; pero poco á poco se agotaron, y al instante sentí aumentarse la com-

presion amarga y dolorosa de mi corazon, llegando hasta fastidiarme la presencia de mis mas caras amigas. Un sentimiento desconocido sin cesar me impelia en busca de la soledad; motivo por el cual previne hace seis dias á la buena mujer que me servia que yo no estaba visible para nadie.

Mi ocupacion, encerrada en mi cuarto, os sorprenderá tal vez; y sin embargo era la mas grata para mí y tambien la única que daba cortas treguas á mi dolor.

Trabajaba esta fúnebre mortaja que traigo puesta y que ha sido el talisman que adormecia el fuego devorador de mi existencia miserable, pudiendo con ella andar libremente, segura de ocasionar un pánico á los mismos hombres que tantas veces han arrostrado la muerte en los combates. ¡Cuán poderosas y fatales son las preocupaciones que datan desde la infancia!

De noche he visitado estas paredes que encierran los restos de mi esposo, experimentando un placer melancólico en andar sola por los mismos campos que este frecuentaba casi todos los dias. Ya sabeis que él era un verdadero anticuario, y como encontraba á menudo enseres que atestiguan de un modo incontestable el haber existido en este sitio una poblacion rica, potente y lujosa llamada *Pollentia;* lo hizo su paseo favorito y pasaba en él largas horas, ocupándose en acopiar medallas y otras antigüedades, que seria largo enumerar.

Llevóme algunas veces consigo, y en la tarde del dia anterior al de su muerte, sentados uno junto al otro en la grada superior de lo que fué anfiteatro de fieras, díjome: Ves, Paulita, esta extensa y solitaria llanura que llega hasta el mar, hace mil y cien años que fué una poblacion soberbia llamada *Pollentia,* metrópoli de esta isla, en donde se

ostentaban templos suntuosos, plazas espaciosas, calles y sitios públicos para los juegos segun los ritos de aquel tiempo, y hasta colegio de medicina.

Sus vecinos gozaron el privilegio de ciudadanos romanos antes que sus hermanos del continente, y sus magistrados fueron los primeros que vestidos de púrpura dieron un nuevo realce á su dignidad.

Los pollentines eran tan valientes como temidos de los enemigos de la república. Q. C. Metelo se detuvo aquí muy de propósito en ilustrar y ennoblecer la ciudad de *Pollentia*, haciéndola cabeza principal del reino, en donde residiesen los gobernadores y jueces de la tierra (*). ¡Cuántas palabras de amor se pronunciaron en esta su ancha y dilatada área! ¡Cuánta agitacion y cuánto movimiento en estos mismos sitios, en los cuales solo reina ahora el silencio misterioso de las tumbas!

En el año 421 de la era cristiana levantóse de repente el viento de las calamidades y arrojó en estas playas á Gunderico rey de los vándalos, poniendo luego su general Walia sitio sobre la ciudad antes que pudiese ser socorrida, cortando el grande acueducto que conducia las aguas desde un lugar llamado *Ternellas*, distante mas de seis millas (**).

Los pollentines, al modo de los inmortales hijos de Numancia, prefirieron ser quemados á vencidos; pues Walia mandó arrasar la ciudad y pegarle fuego por sus cuatro costados, reduciendo á cenizas una poblacion poderosa y rica (***):

(*) Véase la carta histórico-crítica sobre el sitio de la antigua *Pollentia*, por D. Antonio Furió.

(**) Es la misma fuente que actualmente provee la villa de Pollensa.

(***) Carta citada.

justo es por tanto repetir las palabras de Ovidio, que yo no sé pronunciar.

Et seges est ubi Troya fuit, dijo Font.

Esto mismo. Mi esposo poseia muchas preciosidades, encontradas todas en estos campos, como son: anillos de oro, monedas de plata y de cobre con el busto de emperadores romanos (*), con dos ídolos de bronce; de todo lo cual os hago donacion.

Mi desgraciado esposo, al considerar las vicisitudes por las que pasa la especie humana, repetia con frecuencia: «Triste y muy triste es, esposa querida, ponerse á contem- »plar friamente como todo se gasta, aniquila y desaparece »en este mundo maldecido, donde todo es incompleto, con- »tingente, perecedero, deleznable, incierto.» (**)

Aquí estamos los dos sobre las ruinas de una rica y populosa ciudad, rodéannos millares de millares de sombras, y á cada paso tropezamos con el cortejo de la muerte y con los pavorosos estragos que deja en pos de sus continuas victorias.

Todo este recinto hasta Alcudia está atestado de sepulcros, que te iré enseñando cada dia. Ah! aquel dia fué el último de su vida. Caro esposo! la negra nube que se mantenia inmóvil al lado de mi brillante estrella, la ha eclipsado completamente. Jóvenes amantes! vosotras que por primera vez habeis sentido agitarse el corazon con la llama de un pri-

---

(*) Aturde el número de estas que se llevaron de Alcudia los señores D. Agustin Argüelles y su compañero D. Juan Alvarez Guerra. Los señores D. Joaquin María Bover y D. Antonio Furió han visto en Palma mas de cinco quintales entre las de plata y de cobre, encontradas en los campos de santa Ana.

(**) Magariños. Cervantes.

mer amor, dedicad un recuerdo y un suspiro de compasion y ternura al mio, destrozado por el mas cruel de los dolores. Oh Font! estimado y dulce amigo; vos que sois un enviado por el mismo cielo benéfico para hacer mas llevaderos y soportables los últimos momentos de mi vida inmediata á su fin, cuidaos de reunir mis restos mortales con los de mi esposo.

– De qué me hablais, Paulita? ¡Cuánto temo que la fiebre que os devora os haga delirar!

– Nó, Font. Jamas mis facultades intelectuales han sido tan íntegras, ni han estado mas despejadas que en este momento; pero conozco que mi vida se extingue rápidamente. Despedios, pues, en mi nombre de mis tiernas amigas Ines, Leonor, Catalina y demas que conoceis. Veo al ángel de la muerte que no se aparta de mí. ¡Bienvenido seas, oh tú mensajero de un mundo perdurable! Allí viven para siempre mi adorada madre y mi esposo querido. Font, amigo mio! Mis tormentos me lanzaron á buscar de noche por estas llanuras un alivio pasajero, y lo logré en cierto modo, pues en ellas me parecia oir y ver los manes de mi madre y de mi esposo, que me conducian como por las playas de la eternidad á gozar con ellos de una bienaventuranza sin fin; y esta noche que tenia en mi poder la llave con que he abierto las puertas de esta iglesia, me ha parecido oir en lontananza....... escuchad, Font....... Oh! Qué espectáculo tan deslumbrante! mi madre! mi esposo! rodeados de todo un mundo de luz, juntos á la Reina de los cielos, que desciende aquí acompañada de un millon de querubines, que con sus cítaras y arpas de oro cantan sus alabanzas. Madre mia! Esposo de mi vida!

Al pronunciar estas palabras se ha apagado el cirio, que-

dando la nave de la iglesia en una obscuridad y silencio pavorosos.

Señores amigos mios: ¿Quién seria capaz de describir medianamente mi terror cuando llamando á Paulita y no respondiéndome, me he acercado á ella, encontrándola yerto cadáver?

Ines dió un grito. Ah! Mi amiga Paulita ha muerto!

Desde luego los sollozos provocados por su angustia y un raudal de lágrimas que se desprendian de sus ojos, las hicieron brotar tambien abundantes de todos los que estaban presentes.

Despues de una larga pausa Font dijo á su querida: ¡Cuánto apruebo, amada mia, este llanto hijo de la ternura de tu corazon!

La muerte fiera acaba de arrebatarte en la flor de su edad á una mágica amiga. Sí. ¡Y cuán acreedora es Paulita del pesar que nos ha ocasionado su pérdida!

El primer rayo de la luz del dia que ha iluminado sus angelicales facciones, me ha hecho ver que una espantosa hemorragia de roja y rutilante sangre por boca y narices habia puesto fin á sus desastrosos sufrimientos. He aquí, señores, la causa del trastorno de mi semblante. Haceos cargo que tamaño espectáculo no era para ménos.

Sentado sobre la fria losa que cubre los restos mortales de mosen Narciso, y teniendo á mis piés el cadáver de su jóven esposa, las impresiones que yo recibia eran aterradoras. Agolpábanse en mi acongojado pecho los sentimientos de compasion que naturalmente despiertan las desgracias de nuestros prójimos, con los crueles y dolorosos que nos hace sufrir la pérdida de un amigo, que quisiéramos á precio de nuestra sangre poder volverle á la vida. Un insigne y noble

amigo, y una amiga y simpática jóven compañera de este, en pocos dias han desaparecido de la superficie del globo, y en breve no quedará de ellos sino la memoria de sus eminentes cualidades y de sus virtudes dignas de tomarse por modelo. ¡Qué bien cuadra aquí decir con Pitágoras que la vida no es mas que una reminiscencia!

No olvideis, señores, que el amigo que lloramos dió á la sociedad un ejemplo sublime, hijo de su profunda filosofía, demostrando prácticamente que todos los hombres tienen un orígen noble, nobilisimo, y que únicamente se diferencian en el mayor ó menor grado de inteligencia, y en el ejercicio mas ó menos heróico de las virtudes. Con esta conviccion no titubeó en elegir por esposa á la hija de un honrado artesano, haciéndose superior á las vetustas preocupaciones arraigadas en las clases de la sociedad. Este ejemplo es en mi concepto un gran paso hácia la civilizacion; es un puñado de buenas semillas arrojadas en un terreno feraz, que en su tiempo brotarán lozanas, abriendo los capullos de sus fragantes y aromáticas flores al vivificante y benéfico roce del ambiente de la libertad del hombre, creadora de las leyes y por consiguiente de su felicidad. Entónces, amigos mios, se reconocerá unanimemente que todos los hombres en su orígen, en el objeto de su peregrinacion y en el glorioso fin de la misma son iguales, como deben serlo, ante la ley. No supongais, señores, por lo que acabo de decir que yo crea en otra igualdad posible. No tan solo no la creo posible, sino que la considero un delirio de imaginaciones enfermas. Muy bien decia Pitágoras que solo hay igualdad en el osario.

Una sociedad sin emulacion moriria de marasmo; por consiguiente son en ella indispensables los grados y las dis-

tinciones. Téngase presente que los hombres se diferencian tanto en sus facultades intelectuales, como se diferencia un cadáver del hombre que goza de vida y de salud la mas completa. Ademas, está al alcance de todo el mundo que el aragan no es el igual del laborioso; ménos lo es el cobarde del que tiene valor moral y físico.

Entre el hombre de instintos feroces y el civilizado y humanitario hay de por medio un abismo sin fondo. El que no titubea en hacerse célebre por las desventuras de su patria, no es igual ni comparable tampoco al que á celebridad semejante prefiere condenarse á una obscuridad absoluta. El que pudiendo, nada no obstante hace en favor de su pais, no debe ser medido con el mismo rasero del que trabaja para darle esplendor y prosperidad, derramando si es necesario hasta su última gota de sangre para defenderlo. De aquí lógicamente se deduce que el grado de distincion con que este haya sido condecorado, brillará como debe brillar sobre sus descendientes, ya como testimonio de la justicia que le hizo la sociedad agradecida, y ya como estímulo poderoso para que estos sigan la senda trazada por sus gloriosos antepasados; y tambien para que las demas clases de la escala social comprendan que las acciones heróicas y el ejercicio de las virtudes son el medio de conquistar para sí y para los suyos una distincion igual.

Atended como Paulita supo adornarse de todas las cualidades que deben resplandecer sobre la frente de las que han sido mecidas en una cuna ilustre: paguémosle pues el debido tributo de veneracion como consorte de un noble, y el de nuestro entusiasmo y admiracion como hija del pueblo, cuyas virtudes ha hecho brillar desde el elevado puesto en que la colocó el destino.

Cumplamos religiosamente su última voluntad, depositando su cadáver al lado del de su esposo; y esparciendo todos un puñado de tierra sobre ellos, digamos con el corazon: *Manibus date lilia plenis.* Séales la tierra lijera.

Al dia siguiente Paulita fué enterrada en la misma tumba de su esposo, honrándola con una lluvia abundante de lágrimas, hijas del corazon de los numerosos amigos que se habia granjeado en Alcudia, haciéndole unos funerales tan lucidos como lo permitian las críticas circunstancias en que se encontraba la poblacion.



CAPÍTULO XXII.

Los comuneros cometen toda especie de excesos, tropelías y asesinatos. Batallas del Bresal y de las marjales de la Puebla. Reflexiones sobre ambas.

Dice D. Vicente Mut en su Historia de Mallorca que á mediados de abril los agermanados corrieron y talaron las viñas, quemando las cebadas del término de Alcudia, matando al indefenso Jaime Bonet, á quien encontraron trabajando en el campo, con quince lanzadas y otras tantas cuchilladas. Igualmente consta en los manuscritos que en el mismo dia prendieron á Rafael Ques, hombre de sesenta años de edad, á su esposa y á dos hijos de ambos, uno de trece años y de diez el otro, que con sus padres trabajaban en una propiedad suya, siendo conducidos á Pollensa, en donde ante la

vista de la pobre consorte fué asesinado su marido Ques y hechos pedazos sus dos expresados hijos.

Llamamos la atencion de nuestros lectores sobre estas barbaridades para cuando nos sea necesario recordarlas.

Como era regular estos actos execrables de los comuneros convertidos en vándalos, forzaron á los de Alcudia á empuñar otra vez sus armas terribles para escarmentarlos. Preparáronse pues á darles una batida, que tuvo lugar el dia 23 de abril, junto á la heredad de Abrinas llamada *el Bresal.*

Una columna de doscientos hombres, á cuyo frente iban Font, Maura, Ferrer y Serra (Martin), salió para dicho punto. Ver á los enemigos, acometerlos, arrollarlos, apesar de su duplo número, y obligarlos á volver grupas rápidamente, fué obra de menos de media hora, persiguiendo á los fugitivos hasta la villa de Pollensa (*).

Veni, vidi, vici, dijo Julio César. ¿Y no pudieran los de Alcudia repetir con justo orgullo las mismas palabras? ¿Y tambien no pudieran añadir con razon de sobra que los agermanados valian mas para acciones vandálicas que para batirse con honra y bizarría? Destruir las viñas, quemar las mieses, asesinar á hombres indefensos, cometer los actos mas execrables, matando á sangre fria en presencia de una infeliz consorte y madre á su marido de sesenta años, y hacer pedazos sus dos hijos impúberos; he aquí las únicas hazañas de los comuneros en los campos de Alcudia: por consiguiente sus sienes solo deben adornarse, en lugar de una corona de laurel, con una de raquíticas flores amarillas, como las que crecen sobre el sepulcro de un asesino. Bien

---

(*) Histórico.

quisiéramos emplear otro lenguaje; mas, por desgracia los hechos de sus fautores no admiten otro (*).

La pérdida de los agermanados en esta accion fueron veinte y cinco muertos en el campo de batalla, sin contar los que murieron en su fuga.

Veamos ahora cuáles fueron las represalias que tomaron los de Alcudia por los asesinatos mencionados. Juan Llofriu, dos hijos de este y varios otros pollensines eran prisioneros de los alcudianos, y en lugar de maltratarlos se llamó á Llofriu y se le encargó pasase inmediatamente á Pollensa á proponer un canje de él y sus hijos por la desgraciada viuda de Rafael Ques; advirtiendo que tambien los agermanados habian de entregar todos los pedazos de los muertos hijos de este, y debian ser llevados por ellos á Alcudia.

Partió Llofriu, volviendo acompañado del vicario de Pollensa D. Cárlos Mascort y de otro eclesiástico, y enterados de la pretension de los de Alcudia, se allanaron á todo. La viuda de Ques fué canjeada por Juan Llofriu, y los hijos de este por los muertos y destrozados de Rafael Ques (**).

Esta conducta no necesita de comentarios.

Despues de la derrota sufrida por los agermanados que acabamos de describir, dejaron estos completamente libre todo el territorio de Alcudia y no pararon hasta la Puebla, en cuya villa se juntaba un considerable número de gente con el fin de volver á las andadas y probar fortuna. Sabedores los de Alcudia de sus siniestros proyectos, deter-

(*) Adviértase que no combatimos á hombres, ni ménos á principios. Atacamos sí crímenes que horrorizan; pero nos guardarémos muy bien de extender el anatema sobre los inocentes, que en nuestro concepto serian los mas.

(**) Manuscritos.

minaron tomar la ofensiva, dándoles una batalla que fuese mas decisiva que todas las anteriores, antes que estuviese reunida toda la gente que debian juntar.

Los ánimos estaban exasperados, ya por los daños sufridos en las mieses y viñas, y ya por las atrocidades de que llevamos hecha mencion. A la una de una noche de últimos de abril salió de Alcudia una columna fuerte de quinientos hombres de infantería, sostenida por diez y siete caballos de los nobles, tres de N. Ferrandell de Artá y uno de N. Fábregues palmesano, capitaneándolos D. Bartolomé Rosiñol.

Esta columna, á cuyo frente estaba D. Pedro de Pachs, se adelantó para tomar posiciones, y debia seguirla otra de trescientos hombres al mando de Font, Maura, Sureda y Domenech, como lo dispuso el Sr. de Pax.

Llegada la vanguardia á *son Sabater* mucho antes de que amaneciese, hizo alto, y examinando D. Pedro de Pax el terreno mandó emboscar la caballería y apoyar el ala izquierda en las anchas zanjas de las marjales. En el ínterin rasgóse un pequeño trozo del obscuro velo que cubria el horizonte, dando paso á tibias ráfagas de luz que iban apagando á millares las estrellas del firmamento y haciendo por momentos mas visibles los objetos; y no bien estos pudieron distinguirse á una regular distancia, vióse con no poca sorpresa al ejército comunero formado en batalla, siendo su número mucho mas de doble sin llegar á ser triple, pero sostenido por una caballería formidable. ¿Quién les habia dado aviso?

Los alcudianos, que en ninguna ocasion midieron el número de sus contrarios para lanzarse á la lid, pedian avanzar; mas el prudente y experimentado Pax supo moderar su ardor, haciéndoles presente que de ningun modo podian

desviarse de aquella posicion salvadora; pues por el ala izquierda no podia obrar la caballería contraria á causa de las anchas zanjas en las que se apoyaba la cabeza de la falanje alcudiana, y por la derecha tenian emboscada la caballería de los nobles, que cargando en momento oportuno desbarataria el ataque de la enemiga. Los sucesos confirmaron completamente la prevision del Sr. de Pax. El ejército comunero se mantenia inmóvil á distancia de mas de mil quinientos pasos: Pax mandó marcar el paso, y este ardid produjo su efecto. Los agermanados avanzaron con órden y llegados á tiro de ballesta se pararon, enviando luego á los alcudianos una nube de flechas y otras armas arrojadizas, ultra de algunos tiros de arcabuz; todo lo cual fue contestado con poca diferencia de la misma manera. Avanzaron despues impetuosamente hasta cruzarse las espadas. El conflicto fué terrible, viéndose los comuneros forzados á retroceder con pérdida de muchos (*). Los alcudianos dominados por la rabia y la cólera excitada con la presencia de los destructores de sus mieses, viñas, y entre ellos los asesinos de sus indefensos compatriotas, se lanzaron como tigres á quienes han robado sus cachorros, en persecucion de sus adversarios, traspasando las órdenes del ilustre guerrero D. Pedro de Pax; y de aquí les resultara un espantoso desastre, si este no lo hubiese remediado. El valiente gefe de la caballería Janer, acometió con treinta caballos á los de Alcudia, que á duras penas tuvieron tiempo de formar un cuadro, acosándolos hasta no dejarlos respirar. En este momento crítico otros treinta caballos mandados por el no menos valiente Cerdá, iban á romper y aniquilar el cuadro alcudiano, si los nobles cual

(*) Histórico.—Mut y manuscritos.

torrente de fuego no se interpusieran entre aquel y el cuadro. Trabóse una refriega tremenda entre las dos caballerías: hiciéronse por una y otra parte hazañas dignas de esculpirse en bronce. D. Berenguer Serralta despues de haber abatido con su valor á muchos enemigos, rindió su espíritu, acribillado de heridas: D. Juan Zaforteza estaba herido en la cara de un bote de lanza (*). Los demas nobles se cubrian de una gloria de las mas brillantes, y lo mismo N. Fábregues, pues la caballería enemiga empezaba ya cejar, retirándose haciendo frente; cuando fué socorrida por ocho caballos de refresco y doscientos infantes, llegados de la Puebla. Los nobles manteníanse firmes sin pensar en ceder un palmo de terreno; pero sus esfuerzos fueran vanos si un grito de terror lanzado por los enemigos no les indicara que estos tenian que habérselas con otros adversarios ademas de ellos. El grito fué motivado por haber aparecido seis guerreros de á caballo, que semejantes á una calamidad aniquilaban á cuantos agermanados intentaban oponérseles.

El valiente Janer habia sido derribado por las ancas de su caballo, pasado el pecho por la lanza del jóven Martin Serra: al mismo tiempo Cerdà, segundo de Janer, caia del caballo, partida en dos partes la cabeza por la mortífera espada toledana de Font. Ferrer, Delmau, Sureda y Soliveret hacian un destrozo incalculable en los enemigos, que iban ya en derrota. Otro refuerzo que les llegó restableció el combate, que se encarnizó en toda la línea; pero cincuenta muranos que se unieron á los de Alcudia y Maura que llegó con sus trescientos hombres, igualaron mas las fuerzas contendientes (**). Entónces las llanuras de las marjales fueron

(*) Histórico. Mut. (**) Histórico. Manuscritos.

teatro de un combate de cerca de tres mil hombres mallorquines. La infernal Alecto sentada sobre la cúspide del monte inmediato, contemplaba extasiada los estragos que ella fomentara. La muerte corria de fila en fila, veianse allí toda especie de heridas, oianse relinchos, gritos, gemidos, lamentos, baldones y súplicas, todo á la vez. La terquedad de los agermanados, que habian echado el resto y jurado morir ó vencer, aumentaba el furor y la saña de los alcudianos, que se vengaban de los males inmensos que aquellos les habian hecho. Antonio Ques, sobrino del desgraciado Rafael Ques asesinado con sus hijos en Pollensa, quizas sobrepujó las hazañas de todos. Cada enemigo que rendia sentia salir de su boca estas funestas palabras: Mi tio y mis primos han sido alevemente asesinados por vosotros, que sois lobos vomitados por el infierno: todos los lobos deben morir; y luego su espada abria un profundo boqueron, por donde huia el alma de su enemigo. Maura, Torrens, Venteyol, Cifre, Domenech, Jaime Serra, Renovard, Barrera, Balmes, Mascaró, Guayte, Martí y otros perseguian ya los restos de los enemigos que huian por todas partes, acosándolos encarnizadamente hasta la Puebla, en cuya villa solo encontraron dos hombres viejos y un capellan (*). En esta accion sangrienta los comuneros fueron diezmados, quedando en el campo de batalla mas de cuatrocientos muertos, y abandonados bagajes, armas y banderas (**). De los cincuenta muranos auxiliares de los de Alcudia, murieron ocho, seis menorquines, un hijo de Ferrandell de Artà, dos pollensines, treinta y dos alcudianos y el noble D. Berenguer Serralta.

(*) Histórico. Manuscritos.
(**) Histórico.—Mut y manuscritos.

Esta victoria, que refiere de un modo general D. Vicente Mut, y algo mas especificada los manuscritos antiguos, dice Madoz en su Diccionario citado que fué ganada por los agermanados, matando estos á mas de cuatrocientos realistas.

Mut tambien hace mencion de que Escolano escritor del continente, amigo de los comuneros, atribuye á estos la victoria; pero Mut se burla de Escolano, diciendo que los comuneros le escribieron paparruchas.

En la Memoria histórica sobre el levantamiento de las comunidades de Mallorca, presentada al M. I. Ayuntamiento de Palma del año 1841 por D. Antonio Furió, tambien se lee lo mismo que en el Diccionario de Madoz; sin embargo, uno y otro de estos dos autores á renglon seguido dicen: que los agermanados tuvieron que levantar el sitio y convertirlo en bloqueo, con motivo de no poder resistir á tantos esfuerzos y salidas impetuosas de los alcudianos.

Ahora bien: ¿Puede concebirse que despues de una pérdida como la que suponen de los de Alcudia, los agermanados se viesen forzados á retirarse?

Ademas, desde la batalla en cuestion ni Mut ni otros hacen mencion de una sola escaramuza trabada entre alcudianos y comuneros, hasta el segundo sitio de principios de setiembre, pasándose mas de cuatro meses, en los cuales los agermanados ni aun se movieron del puesto de su bloqueo, distante dos horas de Alcudia. ¿En dónde están pues las salidas impetuosas que hicieron los de Alcudia, que obligasen á sus contrarios á levantar el sitio?

Sobrada razon tuvo D. Vicente Mut para ridiculizar al recalcitrante defensor del acendereado comunismo (el escritor Escolano).

Si los alcudianos sufrieran la pérdida ó descalabro citado,

Vergüenza y coraje da el recordar tanta infamia. En efecto, no bien dos nobles que habian salido de Alcudia para dar cumplimiento á lo convenido estuvieron á un cuarto de legua distantes de ella, fueron asaltados para matarlos alevosamente, y solo por un milagro pudieron librarse de las manos de los asesinos.

¿Es con esta conducta que se obtiene el diploma de liberal?

Si es así, entónces convenimos en que los alcudianos de aquella época de hórridos estragos, están calificados debidamente.

Un trompeta intimó por segunda vez á los alcudianos que expulsasen de Alcudia á los nobles, ó cuando menos que les entregasen á D. Pedro Juan Zaforteza, y en el acto levantarian el sitio.

La contestacion de los de Alcudia, en nuestra pobre opinion, es digna de los héroes de la antigua Roma, y tambien de cuantos hombres ilustrados cuenta el siglo XIX.— Los nobles no queremos entregarlos, ya lo sabeis, y con respecto al Sr. Zaforteza, es muy poca carne para saciaros; de lo que resultaria que excitado mas vuestro apetito, nos exigiriais entónces el que os entregásemos á los demas para coméroslos (*). En cuanto á la promesa de retiraros, no podemos ignorar lo que vale vuestra palabra en los asuntos mas serios y solemnes, para confiar de ella en los ridículos como el presente (**).

Esta noble respuesta irritó á los comuneros, y dos dias despues rompieron el fuego contra Alcudia; pero ningun ejército sitiador habráse llevado peor chasco, ni cargado con

(*) Véase á Mut, tomo 3°. (**) Histórico. Mut.

igual ignominia á la de ellos. En este combate, el del Puerto menor, los agermanados perdieron entre muertos, heridos y prisioneros, mil veinte hombres y toda la artillería.

Por mas que aparezca poco lisonjero este cuadro de los comuneros y resulte ademas afeada su conducta, á fuer de historiadores no podemos callarlo.

En vista de tales antecedentes ¿se podrá sostener que la lucha de los alcudianos fuese contra la libertad?

Si el comportamiento de los agermanados hubiese sido otro con los de Alcudia, probablemente otro fuera tambien el fin que tuvieron; pero no es justo que por sus groseros errores y mayores atentados se culpe á héroes inocentes, de los cuales debiera gloriarse Mallorca toda.



CAPÍTULO XXIII.

La casa del patron Matías Soliveret, y nuestra Señora de la Victoria.

El domingo 11 de mayo en la casa de Matías Soliveret, que desde que estalló la guerra vivia dentro el casco de Alcudia, habianse reunido unos veinte hombres de los que mas figuraron en el sangriento drama representado en las marjales de la Puebla, y entre ellos entablóse el siguiente diálogo.

– Decidnos, patron Matías, ¿cómo está vuestro hijo Pablo? Todavía no podemos verle?

– Hoy por hoy me ha dicho el cirujano Llensor que por fin está fuera de peligro, y hoy por hoy tambien deseo yo saber

cómo se portó él en la lid de las marjales, en la que por primera vez desenvainó la espada, porque á deciros la verdad cuando me lo trajisteis sin aliento perdí la serenidad, y mi corazon reventaba de pesar creyéndole muerto de cuerpo entero. Ya se ve! Mi mujer con sus gritos y lamentos me destrozaba el pecho, sin poder yo hablar una palabra ni media. Lo creeréis? Por fin saqué fuerzas de flaqueza diciéndome: ¿Qué diablos adelanto yo con lloramicos? Ello es una bobería. Pecho al mal juego, Matías. Si mi hijo muere, lo mismo ha sucedido á otros muchos que han derramado su sangre por la patria. ¿No derramé yo casi toda la que tenia en el cuerpo en la conquista de Granada? Cierto que sí, pardiez! Bien saben mis compañeros los mallorquines, y mis compatriotas Venteyol, Guayte, Barrera, Llitrá y Balmes que Matías Soliveret recibió siempre las heridas haciendo frente, y á propósito de ellas quiero ver por mis mismos ojos si Pablo lo está por la espalda; y si es así, desde ahora no lo tendré por hijo y prefiero el que no cure. En mi casa, voto al chápiro! no caben mandrias, maricones, ni menos pinchauvas. Los Soliveret no reciben heridas por detras, no siendo por traicion: ya se lo previne antes de partir. Hecho este propósito, aguardé á que volviera el Sr. Llensor para curarle, y entónces, como santo Tomas, puse el dedo en la llaga, que la tiene en el pecho. Bueno! esto me gusta. El pinchazo es un pasaporte en regla para marchar al otro mundo; pero almenos morirá como los valientes.

Ya podeis pensar los millares de votos que he hecho á Dios para que no muriese, y al parecer me lo conservará. Qué bueno es Dios! Pobre Pablo! Se siente tan débil que apénas puede hablar. ¡Si supierais cuánto ha charlado durante su delirio! qué disparates ha ensartado! Decia que de

su propia mano habia despachado al valiente Cloquell, que se habia lanzado contra Font al caer el caballo de este desjarretado por otro comunero, y que á ambos los dejó tendidos en el suelo revolcándose en su sangre, salvando de esta manera al mas bravo de los valientes de Alcudia. Pero, ¿quién puede creer en delirios? Ahora enteradme de su conducta durante la refriega.

Advertid, patron Matías, respondió Venteyol, que vuestro hijo no ha cumplido los diez y siete años; y sin embargo podeis estar cierto de que él será igual sino superior á su heróico primo Jaime Soliveret. No podiamos darnos cuenta del denuedo y bizarría con que sin inmutarse hacia frente á los mayores peligros.

Bruscamente acometidos por la caballería de Janer, vímonos forzados á formar un cuadro por no ser acuchillados, temiendo pagar muy cara nuestra imprudencia en transgredir las órdenes de nuestro gefe Pax; y apesar que intentamos colocar á Pablo en tercera fila, no nos fué posible lograrlo. Mantúvose firme en la primera, jugando su lanza con una soltura admirable. Nuestro conflicto por momentos se agravaba, pues Janer multiplicaba sus cargas para rompernos; y Pablo siempre sereno como el primero de todos, clavó mas de una vez el hierro de su lanza en el pecho de un caballo enemigo, que mal de su grado hacia retroceder.

Otros treinta caballos mandados por Cerdá avanzaban á hacer completamente crítica y desesperada nuestra situacion; y no obstante, Pablo cual otro soldado de las Termópilas convidaba á sus contrarios para que fueran á tomarle las armas.

El vigoroso ataque dado por los nobles á la caballería que nos ostigaba, cambió desde luego el aspecto de la batalla.

Tomamos otra vez la ofensiva, encarnizándose de tal modo el combate en toda la línea que cuanta mas sangre enrojecia la tierra, mayor era el deseo del estrago. Nuestros enemigos, por esta vez se batieron con teson y no menor ardimiento. Los nobles se portaron de lo lindo, excediendo sus hazañas á cuanto puede alcanzar lo verosímil. Todos coronaron sus sienes de una lauréola de inmarcesible gloria, y el primero entre ellos D. Pedro de Pax dando acertadas órdenes para este punto y para aquel otro.

Los enemigos nos eran muy superiores en número; empero el ojo de águila de Pax prevenia todos sus movimientos y hasta leia sus intenciones, inutilizando así sus proyectos y neutralizando sus ataques. Cuánto le debemos!

Nada diré de D. Bartolomé Rosiñol, que mandaba la caballería. Su bravura es bien conocida de todos.

El jóven Cotoner vengó terriblemente el asesinato cometido en la persona de su padre D. Gerónimo, otro tanto hizo Puigdorfila, no yéndoles en zaga Dezcallar. D. Felipe Fuster vengó tambien la prision de sus hijas niñas; D. Nicolas Quint, los Despuig, Dametos, Torrellas, Zafortezas y demas igualaron las hazañas de sus compañeros (*). Uno era todos, y todos eran uno. No puedo pasar en silencio al hijo de Juan Fábregues palmesano (*Juanot Fàbregues de la ciutat de Mallorca*), ni á los Ferrandells de Artá, que unidos á la caballería de los nobles se distinguieron como estos.

De lo que llevo dicho habeis podido inferir que los nobles nos salvaron, y en recompensa nosotros los salvamos á ellos. La caballería contraria cejaba ya haciendo frente, y en

(*) No es posible leer todos los nombres en los mugrientos y carcomidos manuscritos: quedan muchos, pues, sin poder citarse.

este estado fué socorrida por ocho caballos de refresco y doscientos infantes. Los nobles multiplicaron los prodigios de su valor, manteniéndose firmes sin ceder una sola pulgada de terreno; mas todo les fuera de poco prevecho si Font, Martin Serra, Ferrer, Sureda, Jaime Soliveret y Delmau, adelantándose á la reserva que conducia Maura, no se presentaran precedidos del terror que inspira su nombre, dejando á su paso el estrago sangriento de siempre. Llegó tan oportunamente este socorro, como que D. Berenguer Serralta acababa de espirar acribillado de heridas, D. Juan Odon Zaforteza encontrábase gravemente herido en la cara de un bote de lanza, y los restantes de puro fatigados apénas podian esgrimir sus armas.

Sobre la llanura de las marjales cayó un velo fúnebre en aquel dia terrible. Los seis guerreros alcudianos, semejantes en su marcha destructora á un devorador incendio, introdujeron primero el desaliento y el desórden en seguida en las filas enemigas. Otro socorro que llegó á estas les infundió algun ánimo é hicieron frente; pero á nosotros se unieron tambien, al mismo tiempo que el intrépido Maura con sus trescientos hombres de reserva, cincuenta muranos, que se portaron como unos héroes.

Encendióse la pelea por tercera vez, y la sangre de hermanos en vena abundosa volvió á correr por el campo.

Font, cual genio de esperanza para unos y de ruina y exterminio para otros, volaba á dar su poderoso auxilio en todos los puntos en que los nuestros flaqueaban. Su caballo debilitado por la fatiga y mas aun por la mucha sangre que manaba de sus heridas, ya no podia servir conforme eran los deseos de su dueño. Cuatro guerreros le acometen á un tiempo, dos de ellos mordieron la tierra; pero el caballo de

Font cae desjarretado, siendo este luego atacado de muerte por el heróico comunero Francisco Cloquell, quien no poco estrago habia hecho en nuestras filas.

Un jóven alcudiano imberbe se interpone entre Cloquell y el indefenso Font, trabándose un combate desigual; no obstante Cloquel vomita su alma con un grueso caño de sangre. La espada alcudiana habia entrado medio palmo por la boca del héroe agermanado, y á su compañero que para vengarle embistió al vencedor, le cupo igual suerte.

El jóven imberbe al gritar victoria, pierde el sentido y midió la tierra. La espada del último de sus dos enemigos le habia abierto una profunda herida en el pecho. Font lo levantó, y reconociendo á Pablo Soliveret exhaló un gemido lúgubre, palideciendo espantosamente sus facciones, pues bien sabido es de todos cuán sentimental y humanitario es nuestro héroe; mas viendo que Pablo respiraba aun, el mismo le atajó la sangre, mandando que sin pérdida de tiempo fuese trasportado á Alcudia, como así se hizo. En seguida reunióse con Sureda, Ferrer, Ques, Delmau, Martin Serra, Jaime Soliveret, Balmes, Domenech y otros, atacando luego á los enemigos, que á duras penas podian resistir á los valientes guiados por el intrépido Maura. En pocos minutos la derrota de los agermanados fué tan completa como lamentable. ¡Qué espectáculo tan horroroso presentaba el campo!

– Por la santa Dona de fray Diego! ¿Con qué mi querido hijo Pablo decia la verdad en su delirio?

– Sí, patron Matías, os la decia.

No pudiendo Matías resistir al gozo que henchia su corazon, levantóse de su asiento, diciendo: venid á ver á mi hijo querido.

Ya en el cuarto, abrazóse con Pablo, besólo muchas ve-

ces. Pardiez! eres tú, Pablo mio, todo un valiente, eres hijo mio. Y cuánto orgullo tengo de que lo seas! Canario! Conociendo yo tu desparpajo no debiera desconfiar de ti. Verdad, hijo de mí corazon?

– Qué significa todo esto, padre mio?

– Significa..... significa..... por supuesto que significa..... Y sin poder pronunciar mas palabras, prorumpió en un llanto de indefinible gozo paternal.

Conmovido Pablo intentó incorporarse en la cama; pero no tuvo fuerzas para ello, diciendo: ¿Padre mio, qué os ha sucedido?

– Ah! nada. Estoy loco de alegría porque tu estás fuera de peligro. Comprendes?

– Ya comprendo; mas, por qué llorais?

– Por esto, hijo mio: por lo que te he dicho.

– No me engañais?

– Nó, Pablo: tu padre no te engaña.

– Venteyol!

– Sí, yo, tambien Guayte, Renovard, Mascaròles, Baser, Cifre y muchos otros, que hemos venido para verte.

– Oh! cuánto me alegro yo de veros á vosotros! Acercaos, amigos mios, y dadme un apreton con vuestra derecha.

Hiciéronlo así, notando todos que el semblante de Pablo se puso radiante de alegría. En seguida preguntó por Sureda y por Font.

– No están aquí.

Sí, Pablo, contestó Font entrando. ¿Qué me quieres, jóven valiente, á quien debo la vida?

– Á mí?

– Sí, á ti que para salvarme recibiste la profunda herida que te puso al borde del sepulcro, del cual por confesion pú-

blica de nuestro ilustrado cirujano Llensor te ha librado nuestra patrona y señora la Vírgen de la Victoria.

– Nuestra Señora de la Victoria! Quién es ella?

– No lo sabes, Pablo?

– Nó, pero deseo saberlo.

Voy á satisfacerte, dijo Venteyol. Escucha.

Se conserva por tradicion que en este soberbio monte, que en la parte oriental de Alcudia se eleva majestuoso hasta esconder atrevido su cresta en la region de las nubes, verdadero malecon gigante y testimonio irrecusable de la omnipotencia de su artífice, que en figura de una águila enorme en actitud de remontar su vuelo hácia el cénit le construyó allí para humillar al innumerable ejército de embravecidas olas que en sus frecuentes iras destaca contra la tierra el orgulloso golfo de Leon; apacentaba ganado Juan Boy natural de esta villa, ascendiente de los Boy actuales. Un sábado, pues, del mes de junio cuando el sol iba retirándose precipitadamente para dar lugar á las sombras de la noche, y los torrentes de esplendorosa luz que en todo el dia arrojara habianse convertido en rayos de oro, cuyo hermoso tinte resplandecia en la cima del referido monte; empezaba Boy á bajar poco á poco de ella con su ganado, y al encontrarse media hora despues de puesto el sol inmediato al sitio en que están ahora colocadas tres cruces, quedóse estático é inmóvil á consecuencia de haber herido sus oidos la fascinadora melodía de unos cánticos y música celestiales, entendiendo luego que lo que se cantaba eran completas. Acabadas estas, vió á dos bellos personajes que repartian luces á los cantores. Asombrado y completamente anonadado no pudo hacer otra cosa que rezar y enviar humilde sus oraciones al supremo Hacedor de tan incomprensibles maravillas.

Una voz clara que resonó en sus oidos le hizo entender que se le llamaba por su propio nombre y apellido, y un hermoso y esbelto jóven le dió una vela encendida, diciéndole que iban á cantar la Salve á la inmaculada vírgen María.

Tomó Boy maquinalmente la vela que se le ofrecia, y en el mismo instante mil voces de ángeles y querubines entonaron la *Salve Regina*. Concluída esta, todos los cantores uno por uno fuéronse á besar la mano á una encantadora Señora, en la cual reparó entónces Boy, que tambien hizo lo mismo, diciéndole: Señora, vos sois la Madre de Dios; pero pronunciadas estas palabras desapareció toda la vision.

Dió cuenta al cura de lo ocurrido y no se le dió crédito. El sábado siguiente en el mismo sitio y á la misma hora se repitió sin mas ni ménos lo que en el sábado anterior; pero la nueva relacion que dió Boy al cura, no tuvo mejor resultado que la primera.

En el tercer sábado y á la hora de los anteriores oyó gran música acompañada de infinidad de voces, que cantaban el *Magnificat anima mea Dominum* y otras alabanzas, despues empezaron completas, y al querer cantar la *Salve* fué Boy como las otras veces llamado por su nombre y diósele vela, la que despues ofreció humilde á la Vírgen, diciéndola: Señora, he enterado al cura de que vos os encontrais en este monte, y no se me ha creido. Tened la bondad de darme alguna cosa que obligue al cura á darme crédito, y os harán una capilla. Entónces la Reina de los cielos hizo caer algunas gotas de cera sobre la mano de Boy, diciéndole que con ellas seria creido, como sucedió en efecto.

El cura y el pueblo pasaron con Boy á la montaña, y entre unos palmitos, precisamente en el sitio en que están las tres cruces, encontraron la santa figura. La alegría fué

universal é inmensa. El sacerdote la adoró y tomándola dióla á adorar á todos los que estaban presentes, y cantando fué llevada en procesion y colocada en esta iglesia parroquial. Divulgado por toda la isla este precioso hallazgo, pasaron muchos aquí para visitarla, conociéndola bajo la advocacion de la Vírgen de Alcudia. Algun tiempo despues edificáronle una humilde capillita un poco mas abajo del puesto en que fué hallada (*). Vivió en ella un ermitaño llamado fray Diego, á quien el Ilmo. Sr. D. Luis de Prades obispo de Mallorca, á los 2 de noviembre de 1403 dió licencia para celebrar misa en dicha capilla.

No se sabe en qué tiempo murió el ermitaño; pero la Vírgen fué desde entónces conocida bajo la advocacion de la santa Dona de fray Diego. Posteriormente la han cuidado los religiosos carmelitas, cuyo prior actual lo es el P. fray Antonio de Ávila.

Ya sabeis que desde la guerra que tenemos se ha recurrido con frecuencia á implorar la proteccion de la Vírgen, y hasta ahora siempre por ella hemos salido vencedores; y debo recordaros que alentados con la esperanza de su proteccion divina arrollamos en poco tiempo á los enemigos en la batalla del dia 23 de abril último, saliendo tambien vencedores de la sangrienta dada tres dias despues en las marjales de la Puebla. Allí, amigo Pablo, coronaste tus juveniles sienes con el lauro de los héroes, aunque á costa de una herida tremenda.

Ya has oido al valiente Font, que por confesion pública del distinguido cirujano Llensor no podias curar con los recursos de la medicina; y por consiguiente tu curacion es de-

(*) En donde está ahora su preciosa casa-oratorio.

bida á nuestra Señora de la Victoria. Ámala pues de corazon, amémosla y adorémosla todos por los muchos favores que nos dispensa, y alegrémonos porque en accion de gracias se la ha nombrado nuestra patrona bajo la advocacion de nuestra Señora de la Victoria. Digamos pues todos: Viva nuestra Señora de la Victoria.

Un viva general del mas ardiente entusiasmo resonó en el aposento de Pablo.

¿Qué algarabía es esta dentro el cuarto de mi enfermo?

– El Sr. Llensor!

– El mismo en persona, que os pide por favor tengais la bondad de desocupar el cuarto de Pablo, porque su estado valetudinario no puede soportar emociones fuertes. La calma de espíritu le es indispensable, sino le expondrémos á una recaída funesta. Vámonos, amigos; y tú, querido jóven, tranquilízate, confia en la Vírgen de la Victoria y pronto estarás en disposicion de tomar el alta.

Ya fuera del cuarto de Pablo, empezó una conversacion animada y alegre.

¿Sabeis, amigos, que el intrépido Maura se casa?

– Será esto verdad?

– Al menos se susurra, y esta noticia va tomando consistencia; sin embargo yo no le doy crédito.

– Y porque no, Amorós?

– Porque su cabeza es un volcan ardiente, y su pasion favorita es la gloria. En nada piensa sino en combates. ¡Cuánta intrepidez y ardid estratéjico desplegó en la batalla de las marjales! Sin duda tiene el genio de la guerra. Infatigable desafia y arrostra los peligros. Su serenidad infunde ánimo á sus compañeros, y no pocas veces sus pullas soltadas con su acostumbrado gracejo les hacen prorumpir en una estrepitosa

carcajada en presencia misma de los enemigos. Dejo á vuestra consideracion el juzgar del efecto de ella en el corazon de estos. Ni mas ni menos sucedió en la batalla en cuestion.

Rotos y desbaratados sus adversarios, perseguiales con vigor, cuando descubrió otra fuerte columna de agermanados, que confiados en su número adelantaban furiosos contra los suyos. Al momento mandó hacer alto, diciendo: Si estos martingalas que vienen ahora, fuesen tan buenos para manejar su tizona como lo son para zamparse tajadas como el puño y empinar la bota de lo lindo, nos harian sudar el hopo á fe mia; pero ya vereis la prisa con que nos enseñarán las... partes traseras por poco que les santigüeis sus endurecidas molleras. A ellos, mis valientes.

Viva Maura, gritaron lanzándose como fieras á la lid, y no ignorais los prodigios que en aquel dia hizo con los suyos.

De qué se trata? dijo un hombre que entraba en aquel momento.

Maura! dijo Matías. Pardiez! Y cuánto me alegro de verte! Este dia para mí es un dia feliz: sí, muy feliz. Los valientes de Alcudia van reuniéndose en mi casa. Mi Pablo está fuera de peligro. Voto va á mil diablos! Todos, todos habeis de beber un trago á la salud de mi hijo. ¿Verdad, amigos mios, que lo beberéis?

– Sí, patron Matías, beberémos un trago y tambien dos á la salud de vuestro valiente hijo.

En este instante entraron Sureda y Ferrer, y entónces el gozo de Matías llegó á su colmo. Vino, mujer, gritó Matías: trae botellas y vasos.

Hecho todo esto, bebieron y brindaron por Pablo y su padre; y despues este tomando un vaso lleno de vino brindó, diciendo: A la salud de los valientes de Alcudia y á la de sus queridas.

Seguidamente Venteyol preguntó en tono de chunga á Maura, si era cierto que se casaba.

– Sí, me caso. Con algo, voto á críbas! nos habemos de hacer pasar la murria; y yo con mayor motivo que nadie, pues aunque me cuadra muy poco el dejar mi virginidad, que veinte y cuatro años hace llevo á cuestas y sin que en todo este tiempo me haya servido de maldita la cosa, no obstante siento verme forzado á abandonarla.

– Y por qué, Maura?

– Ved las cosas. De algun tiempo acá me persiguen sin cesar trasgos y duendes, y á lo mejor de mis ensueños (yo sueño á menudo) me dispiertan con sus mil diabluras, haciéndome cosquillas á los piés, y enseñándome una cara mas fea que una carántula, con unos ojazos brillantes como carbunclos y una boca armada de unos dientes tan largos como colmillos de gorrino, que me dan un miedo tan grande que ya no pego los ojos en toda la noche.

Pobre muchacho! dijo el patron Matías. ¿Con qué te persiguen duendes y los ves de noche?

– Sí, me persiguen, y los veo, y los oigo, y á veces los muy belitres hasta se atreven á tirar de las sábanas de mi cama, dejándome en cueros; y sin embargo sudo y sudo de tanta congoja.

La seriedad con que hablaba Maura hizo prorumpir á todos en una estrepitosa carcajada.

– Bueno es que os riais; pero cuidado que no os suceda otro tanto á vosotros, pues estos duendes son tan traviesos como caprichosos; y no extrañaria yo que teniendo ellos noticia de que os estais burlando nada ménos que del grande Alejandro alcudiano, dieran en la manía de romperos la jeta á todos, y á fe mia que harian bien.

Ya se guardarán de intentarlo, contestó Font.

– Lo crees así? Pues yo creo todo lo contrario. Para ellos ni valen fuerzas, ni astucias, ni gestos, ni amenazas.

¿Y un valiente como tú, replicó Matías, nada ha intentado contra esos belitres?

– Qué habia de intentar cuando todo es inútil!

– Ni tampoco has gritado?

– La otra noche me propuse gritar como un descosido, y por mas esfuerzos que hice no pude dar un solo chillido.

– Esto es asombroso! ¿Con qué esos bergantes no tan solo te estorban el dormir, sino que tambien el gritar?

– Así está pasando ni mas ni menos.

– ¿Y para ahuyentar á esos pícaros duendes que te dan tan malos ratos, has pensado en casarte, echando de tu casa á tu buena amiga la virginidad?

– Me parece, patron Matías, que no podia escoger otro remedio mejor. Las caras feas de carántula que tienen los duendes, me horripilan y me dan convulsiones.

Eh! eh! respondió Matías.

Oh! oh! replicó Maura. Teniendo á mi lado una buena compañía para... hacerme pasar la congoja, estamos? ya no será ello tan malo á lo que yo comprendo.

– Pardiez! Para quien como tú tiene la frente sin una arruga y una cabeza vacía de todo, sino es de mozas y de cambios de cintarazos con los comuneros, creo á fe mia que no has hecho mala eleccion de remedio; pero, compadre, sábete que yo te tengo cogido por las narices y no se te me escaparás.

– Trueno de Dios! No estará por demas el encargaros que no apreteis mucho, amigo patron; pues que mis narices valen todo el oro de España y muchos algos mas.

– Pierde cuidado. Ignoras lo mucho que te aprecia Matías?

– No lo ignoro: y qué?

– Acuérdate, hombre de mis pecados, que has dicho que te casabas contra tu voluntad, y que este casamiento ha de ser precisamente para que no te incomoden los duendes. No es esto?

– Sí, esto mismo.

– Pues vas á ver como yo te libro de los duendes sin casarte.

– Sin casarme? Lo dudo á fe mia.

– No lo dudes. Puedo librarte de ellos sin casarte, con un medio muy sencillo.

– Veamos este medio.

– Convida al padre fray Antonio de Ávila á que vaya á dormir contigo, ó tú vete á dormir con él en su celda, y ya verás, si se presentan los duendes, como en un santiamen los arrojará á todos por la ventana.

Otra ruidosa carcajada retumbó en toda la casa, dejando algo cortado á Maura, que no pudo prescindir de ruborizarse hasta la parte superior de las orejas; pero repuesto luego, dijo: ¡He aquí, voto á cribas, una idea jigantesca! Pero quedaos vos con este bendito fraile y con todo el ejército de diablos, de quienes habla tan á menudo que parece que siempre le están mordiendo las pantorrillas (*). ¡Qué

(*) Debemos una explicacion á nuestros lectores, y ahí va ella. En todo el curso de esta obra no nos ha guiado otra intencion al hablar de frailes que ridiculizar al fanatismo personificado, segun algunas crónicas, en este en cuestion; y protestamos de toda interpretacion diferente que se dé á nuestras frases, pues de ningun modo queremos combatir á los buenos religiosos, porque á estos respetamos y veneramos tanto, cuanto detestamos á los hipócritas y á los fanáticos. Nos gloriamos de contar entre nuestros amigos á algunos hombres que han sido frailes.

ocurrencia la vuestra, amigo Matías! Fuerza es confesaros que me habeis endilgado con vuestras solfas una muy resalada pulla.

Guárdala bien, respondió Font, y no olvides que á pícaro pícaro y medio, como dice el refran. Hoy te han sentado las costuras sin dejar de apreciarte en lo que vales. Paciencia, mi querido Maura.

Matías y cuantos estamos aquí conocemos á tus duendes con todos sus pelos y señales, pues no son otros que los ardientes deseos de poseer las gracias de tu encantadora querida Catalina, y á fe que te lo aplaudimos. Los bambarrias ya hace tiempo que desaparecieron de Alcudia. Verdad?

– Así lo creo yo. Pero qué?

– El qué es que la pulla que con su gracia peculiar te ha endilgado el patron Matías, ni podia ser mas oportuna ni mejor aplicada.

– Predicas, Font, que es una bendicion. Estábamos de broma y he seguido la broma. Helo aquí todo.

– Sin embargo el final de ella no te ha alhagado mucho el paladar, que digamos. Aquí todos sin excepcion de uno, somos amigos entusiastas de Antonio Maura, y celebrarémos verle feliz, completamente libre de duendes, ya sea casándose de buena voluntad, ó ya adoptando el medio propuesto por el patron Matías.

– Cáscaras! Jamas por este medio. *Vade retro.* Me atengo al primero con todas mis potencias. Me caso pues con gusto y de toda mi voluntad. Lo entendeis, amigos mios?

– Bien. Séate muy enhorabuena, Maura.

– No la admito aquí, pues debeis pasar á mi casa cuando se os avise, y allí encontraréis dispuesta una comilona de amigos, para que mordais á todo diente.

– La aceptamos. – Convenido: ahí va mi mano.



CAPÍTULO XXIV.

Los comuneros sitian otra vez á Alcudia á principios de setiembre de 1522. Abren brecha y se precipitan al asalto. Lucha sangrienta y sus resultados. Reflexiones.

Hanse pasado cuatro meses, y en este tiempo los tres amigos Font, Sureda y Maura al pié de los altares del Señor recibieron por esposas á sus queridas. Ines con Font, Leonor con Sureda y Catalina con Maura.

Los agermanados en tan largo período ni aun se atrevieron á pisar el territorio de Alcudia, contentándose en mantener el bloqueo de esta poblacion desde la villa de la Puebla por una parte, y de la de Pollensa por otra. Tal habia sido el escarmiento que les dieron los alcudianos en la batalla de las marjales de la Puebla.

A principios de setiembre sitiaron segunda vez á Alcudia tres mil hombres de infantería, provistos de artillería de grueso calibre, doscientos caballos, escalas y otras máquinas, con intento de arrasarla ó sucumbir en la empresa.

Llegamos al final de esta lucha fratricida, en la cual los unos se hicieron inmortales por su valor heróico, y los otros célebres como agresores obstinados, y mas todavía por sus derrotas.

Puesto este sitio, se batió en brecha la muralla de la parte del norte de Alcudia. Los alcudianos pedian á voz en grito el que se les permitiese salir para apoderarse de la artillería, y para calmarlos fué necesaria toda la energía y todo

el prestigio de D. Pedro de Pax, quien les dijo: No, muchachos, no debeis salir por dos razones. La una, porque detras de la artillería está en órden de batalla toda la caballería, y careciendo nosotros de caballos seriais arrollados, perdiéndose Alcudia irremisiblemente; y la otra, porque no tardarán en precipitarse á la brecha, en la que les aguarda la muerte: aparejaos pues al combate, y sed lo que habeis sido siempre y nada mas.

Media hora despues los agermanados acometieron con gran ímpetu y desusado ardimiento.

Los de Alcudia impávidos y fulminando por los ojos relámpagos de furor y de rabia los recibieron en la brecha como era de suponer. ¡Cuánta sangre enemiga hicieron derramar á borbotones en aquel dia las mortíferas espadas de Font, Sureda, Ferrer, Maura, Amoros, Roig, Soliverets, Martins, Torrens, Guaytes, Domenech, Ques, Serras, y de tantos otros héroes como poblaban á Alcudia!

Aterrados los comuneros con la espantosa carnicería que se hacia de ellos, retiráronse precipitadamente, cargados de ignominia (*).

Sus partidarios, ignorando cómo ocultar tantos baldones, se aferraron á desesperados agarraderos, diciendo que la brecha era poco practicable. Cuánta miseria!

La pérdida de los agermanados fué aterradora en muertos y muy considerable en prisioneros (**). La de los alcudianos fué tambien de alguna consideracion. En este fiero combate alcudianos y nobles rivalizaron en prodigios de valor. Antonio Sureda hizo doce prisioneros á corta distancia de la caballería enemiga.

(*) Todo histórico. (**) Histórico.

Pasados algunos dias y reforzado el ejército sitiador con gente de refresco, fabricaron una máquina de madera sobre cuatro ruedas con una gavia enarbolada, en la que habianse de colocar doce hombres que dominasen la brecha para impedir los reparos (*).

Los de Alcudia bramaban de coraje porque sus gefes no les permitian salir á trabar lides. Font reunió á Sureda, Ferrer, Martin Serra y á Jaime Soliveret, diciendo á Maura que aguardase con cincuenta hombres ante la Puerta roja.

– Qué intentas? preguntó Sureda. Si es una salida, vas á indisponerte con mi padre, con el gefe Pax y con mi hermana tu mujer.

– Estoy yo tan convencido como mi suegro de que está por demas hacer salidas, pues en los fosos han de encontrar los enemigos su sepultura con ménos pérdidas de nuestra parte, mayormente faltándonos caballos.

– Pues entónces, cual es tu idea?

– Salir nosotros cinco á pegar fuego á este espantajo de palurdos y de gorriones. Helo aquí todo.

– Convenido (**).

Eran las once de la noche y por la Puerta roja salian cinco hombres andando á gatas, porque los que guardaban la máquina no se apercibiesen de ellos hasta tenerlos encima.
– Quién vive?

La respuesta fué la mano férrea de Ferrer apretar la garganta del centinela, amenazándole de ahogarle si chistaba. Pegaron fuego á la máquina, que en breve fué reducida á cenizas, y se retiraron (***).

(*) Histórico.
(**) Histórico. Manuscritos. (***) Histórico.

Al amanecer rompióse un vivo fuego de cañon contra Alcudia, y abierta brecha por la muralla del sur, se lanzaron al asalto; pero el destrozo que hicieron en ellos los de Alcudia fué mucho mayor que la otra vez, viéndose los comuneros obligados á retirarse protegidos por toda la caballería (*).

El héroe Antonio Sureda luchando cuerpo á cuerpo contra tres comuneros cayó en el foso, en el cual se precipitó Font que lo habia visto, matando á sus tres enemigos; y cogiendo en brazos á su cuñado, mandó fuese conducido sin pérdida de un segundo á los de su consorte Leonor.

Llensor se horripiló, teniendo muy poca confianza de poder salvarle (**).

Por esta vez á los escritores amigos de los agermanados les pareció poco convincente alegar pretextos sobre brecha poco practicable, y por esta razon echaron mano á armas de otro temple, las cuales cuando no puedan servir de velo que oculte su vergonzosa derrota, almenos sí proyectar sombras que obscurezcan el brillo deslumbrador que despedirá eternamente la corona de inmarcesible gloria con que los alcudianos adornaron sus sienes.

Fué grande tu denuedo, fué insigne tu hidalguía,
Vengaste los ultrajes del noble Balear:
La fiebre que te roe podrá acabarte un dia,
Mas nada de tu gloria el sol podrá eclipsar (***).

(*) Histórico.—Mut y manuscritos.

(**) Recordamos que las mujeres tienen un instinto celestial para la desgracia. Tal fué el presentimiento de Leonor; sin embargo, despues de mil angustias tuvo el consuelo de ver curado á su esposo.

(***) Rubió.

Veamos ahora lo que dicen los amigos de los agermanados.

El analista de Aragon Lanuza, asegura que en este último combate los alcudianos colgaron de las murallas á los prisioneros, y que á otros les pusieron en aspas sobre las almenas, y cortando los brazos y piernas á los que sobraban, para la formacion de aquel feroz espectáculo, que indica, añade el Sr. Furió en su citada carta, la caridad cristiana de los absolutistas (*).

Las crónicas mallorquinas no hablan una sola palabra de estas barbaridades, al paso que refieren por extenso los actos execrables de los agermanados, que ya dejamos descritos en su competente lugar.

Las crueldades de los alcudianos, si son ciertas, las reprobamos y anatematizamos con mas energía que las de los comuneros; sin embargo, téngase presente que las de aquellos fueron provocadas por la mas inicua y la mas injusta de las guerras, y ejecutadas durante el furor del combate sostenido para rechazar á sus enemigos en el asalto de las murallas; y las atrocidades de estos fueron asesinatos aleves, perpetrados á sangre fria en criaturas inocentes y en hombres indefensos. ¡No es mala la caridad cristiana de estos héroes!! Pero basta ya de un asunto tan repugnante.

FIN DE LA GUERRA DE ALCUDIA.

(*) Ni los mas lerdos pueden desconocer la causa de este lenguaje de nuestro malogrado amigo D. Antonio Furió. Véase su carta sobre el levantamiento de las comunidades de Mallorca, y luego sin equivocarse darán con ella.



APÉNDICE.

Siendo esta guerra un suceso de los mas grandiosos que han pasado en esta nuestra dorada isla, nos ha parecido conveniente dar una sucinta relacion de ella hasta su terminacion definitiva.

Despues del último asalto infructuoso dado á Alcudia en octubre de 1522, los comuneros ensancharon mucho el círculo de circunvalacion, esperando refuerzo de gente para intentar otro asalto; pero á últimos del mismo mes desembarcó en el puerto menor de Alcudia el general D. Juan de Velazco con D. Miguel de Gurrea, D. Miguel Sureda Anglada y mil doscientos soldados entre infantería y caballería, y entre ellos todos los nobles de Palma que se habian refugiado en Ibiza. En su vista los comuneros levantaron precipitadamente el sitio retirándose á Pollensa, de cuya villa se hicieron dueños.

El Virey ofreció una amnistía la mas completa á todos los que voluntariamente se sometiesen, y muchos lo hicieron; pero los mas se mostraron rehacios. En su vista marchó el Virey con su tropa y algunos nobles á la villa de Pollensa. Adelantóse con ochenta caballos para ver si lograba reducirlos buenamente; pero fué recibido á cañonazos y con un

diluvio de flechas. Mandó no obstante izar bandera de paz, y fué contestada con otra carga, á la que fué preciso contestar tambien. La caballería real arrolló á los comuneros y la infantería saqueó la poblacion.

Los comuneros desde la torre de la iglesia hostilizaban á la tropa, matando al noble D. Nicolas Quint y á un hijo de este, y á todos los que hirieron, porque tiraban flechas envenenadas. Los soldados pegaron fuego á las puertas de la iglesia, muriendo ahogadas del humo mas de doscientas personas entre hombres, mujeres y niños. ¡Buen modo por cierto de inaugurar la campaña!

Dos horas despues de ganada la villa se descubrió en el campo una columna de agermanados, que al momento fué atacada por quinientos soldados, matando estos setenta de aquellos, y ahorcando en los árboles á todos los prisioneros.

Nuestra pluma se resiste á escribir estas barbaridades.

Á cinco de noviembre salieron de Alcudia el Virey, el general de la armada D. Juan de Velazco, D. Francisco Carroz, el regente Ubaque, D. Francisco Burgues procurador real, el capitan de Alcudia D. Pedro Pax, con toda la nobleza de Palma y el ejército, yéndose á pernoctar en la Puebla, en cuya villa solo encontraron dos ó tres personas.

Al dia siguiente se descubrió al ejército comunero, mandado por Juan Odon Colom, y el Virey envióle un clérigo llamado N. Caldés, para que se sometiera y acogiese al indulto, evitando de esta manera el derramamiento de sangre; pero Colom hizo prender al eclesiástico, y avanzó á presentar batalla al ejército real. Disparóse un cañonazo por una y otra parte, y seguidamente trabóse la lucha con arma blanca, quedando pronto fuera de combate mas de mil agermanados, huyendo los restantes perseguidos de muerte por

los soldados del Rey hasta la villa de Muro, en la que no permitió el Virey que entrasen porque estaba atestada de enfermos.

Á la mañana siguiente marchó con todo el ejército á Inca, ahorcando por el camino en los árboles á los muchos prisioneros hechos el dia anterior. ¡Qué rasgo tan sublime de humanidad el de este Sr. Virey!

Los incanos salieron con el clero á su frente al encuentro del Virey pidiendo misericordia, que obtuvieron cumplidamente, y se fueron á la iglesia, en donde se cantó un *Te-Deum*, y despues hubo iluminacion y otras demostraciones de público regocijo.

Lo mismo se hizo en Binisalem, á cuya villa acudieron diputaciones de las villas de la montaña y de otras del llano para prestar obediencia al Rey.

Algunos dias despues se supo que Colom, reclutada mucha gente en Petra y Manacor, se habia instalado en Sineu. Dirigióse pues el ejército real á esta villa, que abandonaron luego los comuneros, no parando hasta Llummayor.

El Virey pasó á Algaida, en donde solo encontraron tres personas; y al dia inmediato llegó á Llummayor, desocupada ya por los comuneros, en cuya villa descansó con el ejército ocho dias.

En el ínterin volvió Colom con los suyos á Sineu, cuya villa saquearon, asesinando á algunas personas y entre ellas al Baile. Oh! ¡Qué hazañas tan estupendas las de estos adalides de la libertad! ¿Qué debió decir de ellas el analista de Aragon Lanuza?

Algunos dias despues otra columna de agermanados salidos de Palma fuéronse á Inca, y degollaron á toda la guarnicion que el Virey habia dejado en ella. Noticioso este, á

marchas forzadas se dirigió en busca suya, encontrándolos junto al *Rafal Garces.* Trabóse luego el combate, que fué como siempre fatal á los comuneros, muriendo quinientos de estos, sin contar un crecido número de prisioneros, de los cuales cuarenta fueron ahorcados en la plaza de Inca, y setenta fueron hechos cuartos en Binisalem, y colgados despues en los árboles de los caminos.

He aquí una guerra de cafres, de cuyos caudillos pudiera decirse con razon que mas bien que hombres, eran un sarcasmo contra la humanidad.

La terquedad y resistencia de los agermanados, causa principal de todos estos actos horribles, han querido atribuirla al

Quid non mortalia pectora cogis
Auri sacra fames?

Y en comprobacion de sus asertos han continuado el siguiente estado, que atestigua las cantidades de dinero de que en poco tiempo se apoderaron, con pretexto, segun dicen, de socorrer á los enfermos del hospital y ayudar á los pobres del pueblo.

A 12 de noviembre de 1522 tomaron los comuneros de la tabla real y numularia dos mil ducados.

A 22 del mismo mes cinco mil ducados, dejando recibo al tablero Juan Serra.

A 24 de idem seiscientas libras.

A 14 de enero de 1523 cuatro mil ducados.

A 18 de febrero cinco mil ducados.

A 21 de idem cuatro mil ducados.

La verdad en su lugar. Aquí somos simples historiadores, y nada mas.

Despues de algunos dias marchó el ejército real á sitiar

á Palma y acampóse en la Real, en donde estuvo tres meses, pasados los cuales alojóse el Virey en el convento de Jesus extramuros, y por intervencion del Ilmo. Sr. obispo D. Pedro Pont concluyóse la capitulacion, concediendo carta de viaje á los mas comprometidos para que pasasen á impetrar del Rey el perdon de sus culpas. El 7 de marzo de 1523 entró el Virey en Palma.

Principió la sedicion el 7 de febrero de 1521, y concluyó el 7 de marzo dicho; por consiguiente duró veinte y cinco meses.



CAPÍTULO XXV.

Honores y privilegios concedidos á Alcudia por el emperador don Cárlos I de España, en remuneracion del sublime heroismo que desplegaron sus moradores en defensa de la nobleza mallorquina, con otros sucesos memorables del siglo diez y seis.

El emperador D. Cárlos V de Alemania y I de España, como uno de los mas ilustres guerreros que ha tenido la Europa se entusiasmó en tal grado al tener noticia circunstanciada del valor heróico de los alcudianos, que dijo, como dijeran tambien el grande Alejandro y el no menos grande Napoleon I, que Alcudia era la preciosa margarita de su mayor estimacion y agrado; añadiendo cuando la visitó, que habia hallado un pueblo no conocido y un reino escondido. He aquí lo que en honra de Alcudia hizo este grande hombre.

A 18 de julio de 1523 dió á Alcudia el título de Ciudad fidelisima, concediendo á sus vecinos el mismo privilegio de los ciudadanos de Palma.

A 17 de julio de 1523 concedió el privilegio á los jurados de Alcudia para que pudiesen trager togas (*), insignias consulares que llamaban *gramallas;* y que el Baile real de Alcudia pueda traer la vara por todo el reino, y que pudiesen poner las reales armas sobre las puertas.

Idem. Real confirmacion en 18 de julio citado de los antiguos privilegios.

Item. Real privilegio del mismo dia, mes y año, que dentro de Alcudia ninguno que no sea vecino del mismo lugar, pueda traer armas algunas defensivas ni ofensivas, sin licencia del Sr. Gobernador del reino ó del Baile de Alcudia.

Item. Real privilegio de 17 de octubre de 1523, en que se concede á la ciudad de Alcudia y á sus naturales el título de Fidelisimos.

Item. Real privilegio de 14 de octubre de 1525, en que se concede á los vecinos de la Fidelisima ciudad de Alcudia la franqueza de todos los derechos.

Real carta de 4 de enero de 1544, en que se aprueba la diligencia de la ciudad de Alcudia en su fortificacion y su gran fidelidad. Firmada. Yo el Príncipe.

Item. Carta del Ilmo. Sr. Virey de 18 de noviembre de 1558 á los jurados de la ciudad de Alcudia, dándoles noticia de la muerte del Emperador el Sr. D. Cárlos V.

(*) Lo escribimos del mismo modo como está en el original.

El siglo XVI lo fué de glorias inmortales para Alcudia. La portentosa figura del Hijo del Eterno que poseemos, por un acto de su infinita misericordia se dignó obrar en 24 de febrero de 1507 el asombroso prodigio de sudar sangre y agua, como lo comprueban las copias de los auténticos que se recibieron, y son las siguientes:

Die Mercurii 24 Februarii. Anno à Nativitate Domini 1507.—*Los dia, y añy de sus dits faense processó per la esterilitat del temps, per los venerables Preveres, Batle, y Jurats, é tot lo poble de la vila de Alcudia al glorios Sant Martí de la Cova; é eixint la dita processó de la dita cova per tornarsen á la vila de Alcudia, es estat vist per Jaume Ros, qui aportave un Crucifici, é per tots los venerables en Jaume Juan, é Pera Totosaus dos dels Jurats de la dita vila, qui en camisa, á peu descals portaven los ciris davant lo dit Crucifici* (*), *que lo dit Crucifici suava de aygua ab algunas gotas de sanch. E cuant son estats dins la iglesia de la dita vila han denunciat la dita cosa als venerables Pera Barrera Vicari de la dita vila, Martí Ferrer, Baptiste Llaxer, Felix Aguiló, Gabriel Trias, Martí Marquet, Juan Axartell, y Jaume Arnau, tots Preveres de la dita vila; é en presencia de molts homens han mirat, y regonegut lo dit Crucifici, é veren perfectament aquell suar en las espalles, y el cap, y cabells, y en las axellas. E per dupte que no fos pres en la capella de la dita cova fonch torcada tota la bañadura del dit Crucifici per lo dit Vicari ab uns corporals: é lo dit Vicari personalment torná á la dita cova en semps de Martí Marquet Prevere, é mirant lo lloch ahont lo dit Crucifici havia estat, é fonch tot aixut, que no se mostrá alguna humitat: é tor-*

(*) Lo escribimos todo del mismo modo que lo está en el original.

nant lo dit Vicari á tornar mirar lo dit Crucifici en presencia dels de sus dits Preveres, lo cual havia axugat, é aquell han trobat així com primer havia fet; perque á requesta sua, é dels honorats Batle y Jurats de la dita vila, é continuant lo present acte jo Francesch Axartell Notari. E perque en tot lloch plena fe lin sia dada, per la señal de la mia art de la mia notaría, lo qual es estat.—Signum meum, etc.

Die Veneris 26 *Februarii. Anno à Nativitate Domini* 1507.—*Lo dia, y añy sus dits circa las dos horas de dia lo magnifich mossen Pera Dezcallar Jurat en cap de la universitat del Regne de Mallorca, lo qual en semps ab lo magnifich Nicolau de Montañans micer doctor en drets, é advocat lo añy present de la Universitat, per la nova era vinguda á la Ciutat al reverent Oficial, de un Crucifici, que era estat vist suar en una processó, que lo dia de Sant Maciá prop pasat se era feta per esterilitat de aygua en la vila, y parroquia de Alcudia, de la cual cosa fonch remes un acte autentich al dit reverent Oficial; é fonch elegit per anar á la dita vila, á la cual anava lo dit reverent Oficial á lo dit dia, y hora, é ser en la iglesia parroquial apres de haver oit un ofici, que es diu del ofici major, é ser aquí lo reverent Oficial, é lo magnifich micer Pera Juan Zaforteza doctor, é advocat fiscal, é molts altres, fonch devellat lo Crucifici, lo cual estava sobre lo altar major de dita iglesia ébolicat en un drap blanch sote una cuartina blava. E aquí fonch regonegut per lo dit reverent Oficial, é lo venerable mossen Rafel García Prevere, é domer de la Seu de Mallorca, tenint sengles candelas encesas en la ma, é altres, que per lo semblant tenian algunas candelas. E fonch clarement, é manifest trobat lo dit Crucifici á ser bañat en lo cap, en los cabells de la part esquerra. E lo dit mossen Rafel García posá lo dit seu en la bañadura, y*

restá lo dit ques havia posat mullat com si lo hagues en una pica de aygua. E en los dits cabells del lloch de la bañadura foren vistas algunas gotas xicas, que aparexian com unas perlas xicas. Totas las quals cosas foren vistas en presencia dels sobredits, é dels magnifichs micer Juan Andreu doctor en lleys, Lluis Anglada, Pera Nicolau Dez–callar, Juan Odon de Vallebor, Juanod Falió, Bernad de Pachs é molts altres. E aquí fonch dit per lo reverent Oficial é mossen Rafel García, que en lo dit Crucifici si era mostrada mes humetat, é bañadura la nit passada, quant per lo reverent Oficial fonch fet lo examen, apres que ell fonch arribat á la dita vila en lo reverent fray Bernad Esteva; y apres quant fonch mostrat al magnifich micer Pera Juan Forteza, com fonch dit per lo dit magnifich Pera Juan Andreu, que hora, que ells regonegueren lo dit Crucifici, se formá, é ixqué una gota de aygua com á suor. É lo dit examen, é vistas, y entesas totas las ditas cosas, fuy requirit jo Antoñi Seguí notari, per lo dit magnifich mossen Pera Dezcallar, que de las ditas cosas continuás scriptura, é acte autentic; la qual fiu, é prenguí per testimonis los sobredits anomenats, é molts altres que allí eran. Quod, etc.

A 8 octubre de 1541 el Emperador D. Cárlos V visitó á Alcudia, saltando á tierra en la punta *dels Teremells* en el Puerto menor, desde cuyo dia conserva el nombre *de la punta del Emperador*. Aposentóse en la casa de Andres Moragues (*), quedando tan entusiasmado por los obsequios que le hicieron los alcudianos, como lo habia quedado de su he–

(*) Actualmente es la mas infeliz de todas las de Alcudia. ¡Vicisitudes de este mundo!

róico valor: circunstancia que como ya dejamos apuntado le obligó á decir que habia hallado un pueblo no conocido y un reino escondido.

Noble y heróica ciudad de Palma, ¿por qué miras con tan glacial indiferencia la larga y atroz agonía de tu buena hermana Alcudia, siendo ella como sabes, la mejor perla y el diamante mas deslumbrador de tu corona gloriosa?

Esa brillante nobleza que abrigas en tu seno, y de la que con razon te envaneces por los muchos dias de gloria que en todos tiempos ha dado á la nacion española, ¿quién sino Alcudia, á costa de la sangre de sus valerosos hijos, te la conservó?

Ademas, ¿ignoras que su ventajosa situacion topográfica promete aumentar prodigiosamente la importancia de esta dorada isla que gobiernas?

Por la tal situacion y por los muchos elementos de riqueza con que cuenta, dice el ilustrado Sr. Madoz, que está reservado á Alcudia el ser la segunda poblacion de Mallorca. A qué esperas pues para protegerla?

Tienes poder que te sobra: por tanto, ten tambien voluntad. No mires nó la insignificante posicion social que ocupa el que alza su humilde y débil voz hácia ti. Atiende únicamente que lo que te recuerda no son suposiciones gratúitas é hipotéticas, sino una realidad y muy halagüeña. Por fortuna tus dignas autoridades superiores son esclarecidos hijos tuyos y entusiastas ardientes de la prosperidad de toda la isla; prudente y muy prudente es por lo mismo confiar que estas incitaciones no serán completamente estériles.

El dia 1º de mayo de 1550 otra vez los alcudianos coronaron sus sienes con el laurel de la gloria.

Sus vecinos los pollensines luchaban desesperadamente contra mil y quinientos argelinos que habian desembarcado de noche en el puerto de Pollensa, guiados por un renegado de esta villa; y si bien es cierto que aquellos hicieron prodigios de valor, tambien lo es que los argelinos se mantenian impávidos rechazando vigorosamente sus ataques. La lucha seguia encarnizada inmediata á un montecillo junto al mar, sin que los argelinos dieran muestras de cejar y mucho menos de retirarse; pero llegar los doscientos alcudianos que habian volado en auxilio de sus vecinos los pollensines, acometer á los sarracenos con la impetuosidad y vigor que les son propios, romperlos é introducir el desórden en sus filas, fué obra de muy corto espacio de tiempo; haciendo en ellos tal estrago que, dejando setenta muertos en el campo de batalla por los filos de las espadas alcudianas, se arrojaron al mar con tanta precipitacion que no pocos se ahogaron.

Ignoramos por que el distinguido historiador pollensin Binimelis nos calló los nombres de los héroes alcudianos, y tambien porque le imitó Mut.

El dia 27 de octubre de 1551 desembarcaron en la cala del pinar mayor de Alcudia ochocientos sarracenos con cinco banderas. Llegada la noticia á Alcudia, sin pérdida de momento el jóven teniente de capitan D. Bartolomé Maura hijo del héroe Antonio, pasó allí con solos ciento cincuenta alcudianos, con los cuales, tan intrépido y valiente como su padre, arrolló á los enemigos, matándoles cien hombres; pero esta victoria costó cara á los alcudianos, porque acuchillando

estos á su talante á los sarracenos hasta el mar, de improviso fueron apremiados por algunas descargas de artillería con metralla, que les obligaron á retroceder mas que de paso para ponerse fuera del alcance de sus tiros. Desde luego los moros tomaron la ofensiva, haciendo prisioneros y esclavos á veinte y cinco alcudianos, y los restantes de estos, ganada una eminencia, hicieron frente, en el ínterin que una pequeña columna que destacó el teniente Maura, dando la vuelta por el *Coll d'en Violar* atacó de flanco á los moros, que tuvieron que embarcarse precipitadamente protegidos por la artillería. La pérdida de estos fueron cien hombres muertos, y la de los de Alcudia fué de diez muertos y veinte y cinco prisioneros.

El dia 18 de mayo de 1558 cien hombres de la villa de Selva al mando de D. Pedro Dezcallar, doscientos de Inca al mando de D. Felipe Fuster, y doscientos de Alcudia al mando de D. Hugo de Pax, marcharon al pinar mayor de Alcudia para esperar emboscados el desembarco de seis bajeles de moros.

Verificado este, quiso D. Felipe Fuster que se atacase luego á los sarracenos, á lo que se opusieron los señores Dezcallar y Hugo de Pax, diciendo: que era mas prudente aguardar el que se hubiesen alejado del mar, y de esta manera seria fácil el cortarles la retirada; pero la fogosidad del Sr. Fuster empeñó un combate imprudente á la orilla del mar. Dispersados los moros, quizas con ardid estratéjico por parte de estos, vino luego á tierra una descarga cerrada de la artillería de los bajeles, que mató á setenta de los nuestros y entre ellos á D. Hugo de Pax, saliendo el señor Fuster con once heridas, de las cuales murió; sin embargo,

se logró cortar la retirada á ciento cincuenta moros, que hicieron prisioneros.

Los estrechos límites de esta obra no permiten extendernos en otras muchas hazañas hechas por los alcudianos en todas ocasiones y en todos los tiempos; y ciertamente no será la menor de ellas la que obligó en 1715 rendir á la numerosa guarnicion de tropa que habia en Alcudia, y apoderarse de todas sus armas; hazaña que fué muy grata al Rey, como lo comprueba la carta del Excmo. Sr. caballero Dasfeld de 18 de julio de 1715 á los jurados de Alcudia, dándoles gracias de parte de S. M., por haber sus vecinos obligado á la guarnicion contraria á rendirse para restituir la isla á la debida real dominacion.

Alcudia vencedora y gloriosa en todas sus luchas, ha llegado no obstante á un estado de postracion el mas angustioso. ¿Será este mismo abatimiento la causa de su regeneracion?

En las situaciones desesperadas siempre, dice Dumas, es cuando estallan de repente los grandes cambios de fortuna. Sin embargo, por mas que ávidamente dirijamos la vista hácia todos los horizontes, nada descubrimos que abra nuestro corazon á una dulce y grata esperanza.

Las cosas grandes, dice el mismo Dumas, se hacen muy mal con escasos medios. En esta atencion, como muchos de los males de Alcudia exigen para su curacion los baños de dinero, y estos son incompatibles con los recursos de sus moradores, ¿cuál puede ser el grado que tengamos de esperanza de verlos remediados?

Por fortuna hay que esperar de la sensatez y del patriotismo de sus buenos hijos pensadores, que unidos cordialmente formarán de partes heterogéneas un todo homogéneo,

armonioso é imponente, cual lo formaron sus gloriosos antepasados, trabajando sin cesar para remover todas las causas, que están en su posibilidad, de los males que afligen á la madre patria.

No debemos esperar ménos de gran parte de los propietarios forenses de esta ciudad, por cuyas venas circula la sangre de los héroes que inmortalizaron á Alcudia. Ellos, sin duda, emplearán su prestigio y valía con las ilustradas autoridades superiores de esta isla para que tiendan una mano salvadora á una poblacion digna de ello.



CAPÍTULO XXVI.

Alcudia y su historia.

Extracto del Diccionario geográfico del Sr. Madoz.

HISTORIA.

Al mirar las antigüedades de esta ciudad, lápidas, ídolos, medallas etc., y el triste aspecto de sus muchas ruinas, preciso es decir con Ovidio en sus metamórfosis, que el tiempo trabajando sin descanso encumbra en la opulencia á unos, miéntras á otros en el polvo humilla. Alcudia antes poderosa, hoy solo presenta el reves de la fortuna, abrumada con los despojos de su perdida opulencia: toda yace envuelta en los escombros (*). Ocúltase su fundacion en los tiempos

(*) Dista mucho de presentar actualmente, apesar de sus ruínas, un aspecto tan desconsolador.

místicos. Puede asegurarse sin embargo con Estrabon, Dionisio Alejandrino y Festo Avieno, corresponder á los fenicios. Aunque las triremes tirias, sus discípulos los griegos y los púnicos de África hubieron de fondear en su puerto, y sus hijos se contasen entre los famosos fundibularios que los cartagineses y despues los romanos llevaron de las Baleares (*), tan celebrados por T. Livio, L. Floro, Polibio, Virgilio, Silio Itálico, Ovidio, Servio, Estacio, Lucano, Veigecio etc., ningun geógrafo ni historiador nos ha conservado ideas particulares de ella, hasta que lo hizo el diligentisimo Plinio. Llamábase en su tiempo el imperio de Vespasiano Cunici, y disfrutaba del fuero del Lacio ant. Salmacio, en sus plinianas, opinó que en vez de Cunici se debia leer Tusim. Los árabes la denominaron Alcudia, que se interpreta Cerro ó Astozano, y así como durante las especulaciones de Fenicia y de la Grecia por los mares internos y dominacion de Cartago y Roma, su historia aparece totalmente obscurecida, y no es otra que la general de las Simnesias, Valerias ó Baleares, continúa siéndolo por las de los godos y agarenos, tiempo de la reconquista, y hasta el reinado de D. Cárlos I de España quinto emperador de Austria de este nombre, en cuya época se presenta jugando por sí sola en un partido que no era el general de los isleños (**).

Por lo que antecede, se ve que el Sr. Madoz ninguna diferencia establece entre la antigua Pollentia y la Alcudia actual; y en realidad no debe de haberla con respecto al sitio

---

(*) Bien lo experimentaron de un modo terrible estos últimos, principalmente en las batallas de Trebia, Trasimeno y Cannas, en las cuales les destrozaron sus filas.

(**) Alcudia combatió para conservar ileso su honor y dignidad. He aquí su juego.

que ocupó aquella, pues es el mismo del de esta, diferenciándose tan solo en su extension y capacidad. Pero ya no es así en cuanto á su fundacion. En efecto, la de la primera se oculta en la noche de los tiempos, pues cuando Q. C. Metelo conquistó á Mallorca 123 años antes de Jesucristo, la antigua Pollentia era ya una poblacion importante y numerosa; y nada extraño es que la hiciese la capital del reino, eligiéndola en colonia de romanos. Para ello pasó á España trayendo de allí tres mil ciudadanos romanos, todo gente noble y principal; y entónces con nuevo sulco dióla mucha mas extension. Crecieron en fuerza y caudales sus ciudadanos, y por medio de su poder y riqueza levantaron suntuosos edificios. Indicios son de esto aun en el dia de hoy las grandes ruinas y vestigios que en muchas partes se descubren en los campos de Santa Ana. Vense lugares subterráneos, sepulcros, vasos, columnas, piedras, acueductos y otras cosas que demuestran su antiguo lustre y esplendor (*).

Las muchas investigaciones practicadas para averiguar de fijo su verdadero sitio, han dado por resultado incontestable que lo fueron los campos de Santa Ana; pero preciso es decir que los investigadores anduvieron algo restrictos. En efecto, no es posible ya dudar que la antigua capital de Mallorca ostentaba su magnificencia en ellos; mas ocupaba tambien el sitio de la Alcudia actual, como lo comprueban muchos vestigios, y particularmente un trozo de acueducto que se ve ahora debajo del baluarte del Santo Cristo, practicado en la misma roca, cuya direccion indica que proveia de agua á la Alcudia del dia, que seria un arrabal de Pollentia:

(*) Extracto de la Carta histórico-crítica sobre el sitio de la antigua Pollentia, por D. Antonio Furió.

de lo contrario no pasara por el sitio en que está construido, porque fuera mas cómoda otra direccion para proveer solamente de aguas los campos de Santa Ana.

Un año habrá que en una propiedad de D. Juan Torrens doctor en medicina, muy cercana á la muralla, se encontró un trozo de acueducto de plomo, cuya posicion indicaba que recibia las aguas que salian de Alcudia para conducirlas al resto de la poblacion de Pollentia.

La ciudad, cual otra Troya fué reducida á cenizas por los vándalos (*), y los pocos de sus moradores que pudieron escapar de la muerte, se refugiaron á las montañas, en donde despues de mucho tiempo fundaron la moderna Pollensa.

Aturden las preciosidades que se han extraido de los campos de Santa Ana é inmediaciones de Alcudia. En la actualidad D. Jaime Calvó está sacando cantos labrados, enterrados en los citados campos, que ó bien formaron edificios ó los cimientos de estos.

En marzo último (estamos en junio de 1854) se encontró en las inmediaciones de Alcudia un idolillo de bronce que representa un Mercurio, y lo posee D. Rafael Palou con algunas monedas de cobre de emperadores romanos. Ya hemos dicho anteriormente la gran cantidad de estas y de plata que se llevaron de Alcudia los señores D. Agustin Argüelles y D. Juan Alvarez Guerra, y el número asombroso que están depositadas en Palma, ultra de las que guardan por el continente ávidos anticuarios. Son muchas tambien las lápidas sepulcrales con inscripciones latinas que se han encontrado en las inmediaciones de Alcudia. En el campo lla-

---

(*) Véase la relacion de Paulita en la noche de su muerte.

mado *d'en France* inmediato á las murallas se halló una preciosa cabeza de mármol. En el mismo se halló la lápida sepulcral que para actualmente en casa de D. Ventura Calvis y Reines, sobrino del autor de esta obrita. Su inscripcion es la que sigue:

FLAVIAE PAULINE
FLAVIAE MAM
MEAE FILIAE LU
CIUS FLAVIUS
PALINUS PA
TER ET FLAVII
PAULINUS ET
MACRINUS FI
LII MATRI KA
RISSIMAE
L. D. D. D.

Su explicacion es: «Á Flavia Paulina Mammea hija de Flavia, su padre Lucio Flavio Paulino, y Paulino y Macrino hijos de Flavio, á su carisima madre le dedicaron monumento en este sitio por decreto de los decuriones.»

No hacemos mencion de las otras porque no lo permiten los estrechos límites de esta obra.

Un busto de mármol que algunos creyeron de Metelo, paraba en 1832 en la biblioteca del Sr. marques de Camposfranco.

El Sr. Serra y Ferragud, oriundo de Alcudia y autor de las glorias de Mallorca, tenia en su poder una testa de mármol, un Hércules de bronce de un palmo de elevacion, un Mercurio de dicho metal, otra figura de la misma materia dentro los baños que tiene en sus manos un estrígil, un mimo, un ápis, algunos canópes y páteras todo de bron-

ce, que con vasos, lámparas, sellos con inscripciones y anillos de vidrio, y varios metales fueron hallados en los campos de Alcudia.

La estatua y cabeza del mismo Q. C. Metelo encontrada arando en los campos de Santa Ana, la poseia en 1832 el magnífico D. Raimundo de Verí juez de la real Audiencia de Mallorca, etc. etc.

A la vista de tantos monumentos nadie puede dudar que la antigua capital de esta isla ocupó el mismo sitio que Alcudia, con la sola diferencia de tener aquella una área mucho mas dilatada.

ALCUDIA.



Don Jaime II la fundó en el año 1300, dándole el título de Villa, pues en tiempo de la conquista era un lugarejo muy reducido, (una pequeña alquería de pastores sarracenos) que Bernardo Umbert tomó en enfitéusis de Guillermo Buadella sucesor de Rui Perez, á quien le cupo en el repartimiento general.

El rey D. Pedro IV de Aragon en 1375 mandó cercar de muros á Alcudia.

Á mil pasos de ella y á la parte del O. está la ermita de Santa Ana, fundada en el siglo XIII por el venerable Diego Español, de cuyo santuario el rey D. Alonso en 9 de julio de 1445 hizo donacion á favor de Felipe de Moreto y los suyos.

La cueva de San Martin es otro oratorio extramuros de Alcudia, y se edificó en el siglo XIV, pues es constante que

la noble Saura Roselló, mujer de Sancho infante de Mallorca, en su testamento otorgado en 10 de las caléndas de agosto de 1342 ante Guillermo Vadell notario, hizo un legado particular en favor de sus obras.

De la iglesia parroquial se hace mencion en una bula de Inocencio IV, dada en Leon de Francia en 14 de abril de 1248.

Á últimos del siglo XVII se construyó el suntuoso edificio casa-oratorio de la Vírgen conocida bajo la advocacion de nuestra Señora de la Victoria, cuya direccion se dió al rico propietario de Alcudia D. Juan Bautista Martorell, quien desempeñó su comision de un modo que honrará eternamente su memoria. En efecto, el Sr. Martorell gastó de su bolsillo propio y voluntariamente crecidas sumas para que nada tuviese de inferior á los mejores oratorios de Mallorca, y creemos que en realidad logró completamente su objeto.

Este edificio, ademas del exquisito gusto de su arquitectura, está situado sobre un tramo de terreno muy elevado, y desde la ventana principal de su corredor que mira al occidente, se goza de un espectáculo muy sorprendente. Desde luego llama la atencion del observador un vasto anfiteatro en segmento de esfera, formado por la compacta cortina de elevadas montañas que desde Lluch se extienden hasta terminar con el cabo Formentor ó de Formenton (*). En la dilatada llanura que circuye se ostentan muchos puntos blancos sembrados allá y acullá, que no son otra cosa

(*) Sabemos bien que no es en Lluch en donde principia la cordillera de montes, y solo aludimos á los que forman la especie de anfiteatro en cuestion.

que las humildes casillas campestres, alguna que otra mas soberbia, las de algunos predios, los tugurios, y oculta entre montañas la iglesia de Pollensa, cual centinela con la vista fija en la bahía de Alcudia para dar el alerta á los pollensines al descubrir en lontananza la flota de los vándalos, que destruyeron la primera Pollentia situada en la Alcudia actual. En esta misma llanura, teatro de muy variadas escenas desde el continuo y agitado movimiento de la vida al quietismo pavoroso de las tumbas, desde el hórrido estampido de las tempestades celestes, en las cuales Dios la visita en alas del relámpago para derramar el bien en ella en los mismos momentos que toda tiembla por temor de un cataclismo, hasta la calma de los dias mas serenos de primavera, se ve á Alcudia que al parecer se mantiene en una actitud contemplativa para llamar la atencion al viajero, á fin de que este observe el brillo que despiden sus muchas glorias por los resquicios de ruinas informes.

Por la parte del norte óyese el manso arrullo del mar que besa la base de los precipicios, semejante á preces dirigidas sin cesar á la divinidad que preside aquel sitio encantador y desierto.

Este hermoso brazo de mar al modo de un ancho y caudaloso rio se prolonga hasta las llanuras de Pollensa, presentándose á veces límpido, brillante y parecido á una inmensa tela de amianto, en cuyo fondo aparecen trazados unos misteriosos caractéres, que leidos con los ojos del alma dicen: Existencia de un Dios omnipotente é infinito, autor de estas maravillas, y confusion bochornosa para todo ateo.

Por la parte del sur al instante tropieza la vista con un lienzo de jigantescas rocas, á cuya cúspide teme el halcon dirigir su vuelo. De ellas al tramo sobre que descansa el

edificio, solo hay de por medio una profunda hondonada, llamada el torrente de *Saladernar*. Existe aquí un eco tan claro y maravilloso, que tres veces repiten las palabras. ¿Á cuántos suspiros de amantes rendidos habrán respondido? Á cuántas generaciones pasadas? ¡Y á cuántas venideras responderán todavía!

Por la parte del oriente desde la ventana opuesta se ve á un tiro de escopeta el símbolo de nuestra redencion, las tres cruces de que hemos hecho mérito colocadas en la parte superior de una colina, sitio en que fué hallada nuestra patrona la Vírgen de la Victoria.

Allí diriamos que nada extraño es que nuestra alma se extasie en este hermoso monte, cuando la misma Reina de cielos lo eligió por una de sus mas gratas mansiones de la tierra.

Diriamos, pero nada mas debemos decir ya.

El dia 8 de diciembre de 1675 se colocó la primera piedra para construir la suntuosa capilla del Santo Cristo, y se concluyó en mayo de 1697.

Es la capilla majestuosamente hermosa y desahogadamente capaz (*): incluye siete capillas y altares, numerándose el mayor: tiene coro y cuatro balcones que le sirven de tribunas; y cierra toda la obra con una media naranja, que con sus claraboyas la deja devotamente perfecta y perfectamente devota. Toda esta fábrica asi concluida, sin computar altares, pinturas ni otras cosas, ha tenido siete mil libras de expensas.

(*) Lo escribirémos todo del mismo modo como está en el original impreso, y tambien describirémos las brillantes fiestas de la traslacion del Sto. Cristo á su actual capilla.

Luego se trató de ejecutar la solemne traslacion de la santa imágen con las mayores demostraciones de gozo que pudiesen, y para afianzar los aciertos en la disposicion de tan mayor empeño se nombraron doce electos, á cuya prudente direccion se cometió la plenaria autoridad de las festivas ejecuciones. Cuatro nombró la ciudad, y fueron los magníficos D. Francisco Serra doctor en medicina, D. Pedro Bennasar idem, D. Pedro Antonio Roig teniente de procurador real en dicha ciudad, y D. Agustin Serra síndico y entónces almotacen.

Por parte del reverendo clero, cuya cabeza y rector es el Dr. D. Antonio Marcó, fueron electos los reverendos doctor D. Agustin Castell, Dr. Antonio Roig, D. Jaime Amoros y D. Miguel Maura presbíteros.

La ilustre cofradía del Santo Cristo, cuyo obrero y prior es el doctor Pablo Serra presbítero, eligió á los magníficos D. Martin Torrens doctor en medicina, D. Juan Serra idem, D. Juan Bautista Martorell teniente de capitan de Alcudia y D. Francisco Esteva alcaide de la isla de Cabrera: cuyos nombres es digno que ocupen la prensa para eternizar su memoria por lo mucho que trabajaron en los mayores lucimientos de tan pomposa celebridad (*). El año pues de 1697, siendo virey y capitan general de este reino de Mallorca D. Josef de Castelví y Alagon, marques etc., teniendo el regimiento de la ciudad de Alcudia los magníficos señores D. Francisco Cugullada baile real, D. Pedro Antonio Roig síndico clavario mayor de la parte forense del reino de Mallorca y teniente de procurador real en Alcudia, los mag-

(*) En efecto, como hemos dicho, impreso está el original que copiamos.

níficos D. Pedro Domenech, D. Matías Sureda, D. Miguel Beltran y D. Leonardo Capdebou jurados de la ciudad de Alcudia, D. Juan Ferrer almotacen y D. Juan Amoros clavario; se publicaron las fiestas de la traslacion del Santo Cristo con públicos carteles impresos, por todas las partes del reino para los tres dias 25, 26 y 28.

Descripcion del altar.

Toda la iglesia que es muy capaz se manifesíó de festivas glorias adornada, tres órdenes de damasco carmesí la componian grave y majestuosa. Pero lo que mas realzaba su grandeza era lo bien ejecutado de su ostentoso magnífico altar. Erigióse un tablado que ocupaba toda la testera de la capilla mayor vistosamente aderezado, sobre el cual se levantaban siete gradas cuyo término era el casilicio ó nicho principal, que representaba la cueva de San Martin, en cuyo regreso sucedió el admirable portento de sudar agua y sangre la imágen. En el fondo del nicho bajo de un rico dosel se colocó la sagrada figura, y en proporcionadas distancias de las gradas se pusieron los personajes que representaban al vicario general, jurado, notario y otros principales que se hallaron presentes al recibirse el auto público de este milagroso sudor. Cerraba el nicho por arriba una hermosa concha sustentada de columnas salomónicas, adornadas con vistosos follajes de oro y plata; y se comunicaba con otros dos colaterales nichos ó cuevas, que ceñidas de plateados balcones por la parte de la iglesia, formaban por dentro una agradable rústica perspectiva. En la de mano derecha se registraban las figuras de peregrinos, tullidos y enfermos, denotando los muchos que de varias y remotas partes acuden implorando el socorro, que continuamente franquea Dios liberal por medio de esta sacratísima imágen. En la mano iz-

quierda habia dos cardenales con sus capellanes asistentes y el rector de Alcudia, que á peticion de ellos les entregaba los corporales con que fué enjugado el sudor de la santa Figura.

Sobre los pedestales de donde arrancaban las columnas que parecian de cortada peña, estaban cuatro hermosas ninfas de perfecta estatura y ricamente vestidas, con las insignias de la pasion en las manos. Remataba el cuerpo principal de esta bella máquina una grande proporcionada cornisa de varios colores esmaltada, por cuyo medio corria una línea de cristalinos espejos interpolados con follajes relevados de plata, y servia de pié á un balcon de plateados balaustres, que terminando en las paredes ocupaba vistosamente todo el fróntis del altar. Sobre la cornisa y fondo del tablado hasta la pared del altar mayor cargaba el segundo cuerpo, en que se dilataba un espacioso mar con un navío y otras embarcaciones que simbolizaban algunas maravillas sucedidas. Desde la bóveda enmedio se desprendia una nube que terminaba en punta hácia el mar, y encerraba una figura de Cristo crucificado, cuyo descenso expresaba la favorable asistencia en librar de los peligros á los que devotos le imploran. Ya el navío entre las crespas ondas que violentas le azotaban, formando una aparente borrasca, denotaba la deshecha tormenta de otro, cuyos marineros al invocar la piedad de este Señor se hallaron en tranquila serenidad, que se representaba en abrirse la nube, en bajar la imágen y parar el movimiento del mar. Ya unas galeotas de moros persiguiendo un bergantin, y al verse los cristianos en los últimos torcedores del aprieto invocaron devotos al Santo Cristo de Alcudia, y hallándose en alta mar todos juntos se dividieron de forma que en breve se perdieron de vista;

significando esto lo que á unos mallorquines sucedió en las costas de Bugía.

Toda esta grandiosa máquina se coronaba de antorchas y luces, que á los reflejos de cristales, plata, oro y variedad de colores era suave hechizo de los ojos, atractivo embeleso de los ánimos y dulce iman de las atenciones.

El atrio de la iglesia, que forman por una parte las paredes de la capilla del Rosario, de quien son devotisimos los alcudianos, y por otra las de la capilla nueva del Santo Cristo, se adornó vistosamente de tapicería, pinturas y geroglíficos, y su plaza se entoldó para reparos del sol, plantándose en ella tantos árboles que componian una alegre apacible primavera, dando claras señas de la majestuosa pompa de la iglesia, cuyos gastos sumaron la cantidad de mil libras mallorquinas.

Los estrechos límites de esta obra no nos permiten extendernos mas en la descripcion de estas magníficas fiestas. Bastará decir que hubo muchas especies de fuegos artificiales, corridas de toros, bailes, etc.; siendo tanta la concurrencia de todas las partes de Mallorca, que no cabiendo dentro de Alcudia, muchos tuvieron que habitar al rededor de ella, formando un campamento de innumerables tiendas de campaña.

Estas fiestas empezaron en la tarde del 24 de julio de 1697, y duraron tres dias. Ofició en ellas el muy ilustre Sr. D. Gregorio Quint y Zaforteza, canónigo de la catedral de Mallorca. Predicaron los célebres oradores D. Matías Ferrer rector, el Rdo. Fr. José Agramunt, y el señor rector D. Raimundo Llinas.

CAPÍTULO XXVII.

ALCUDIA. *Descripcion geográfica.*

Extracto del Diccionario del Sr. Madoz.

Ciudad con ayunt. en la isla, dioc., tercio, prov. y part. marít. de Mallorca, prov. civil y económica, aud. terr. y c. g. de las Baleares, (10½ horas de Palma) part. jud. de Inca (4) distr. marít. de su nombre y apostadero de Cartagena: sit. á ½ legua del mar, entre dos grandes bahías, la de su nombre ó Puerto mayor y la de Pollensa ó Puerto menor, á los 39° 50′ 45″ lat. y á los 6° 50′ 25″ long. del meridiano de Madrid, bien combatida de los vientos, con especialidad de los del N. y E.: goza de alegre cielo y despejada atmósfera; sin embargo es poco saludable su clima por la calidad de las aguas que beben (*), y tambien por las emanaciones mefíticas que exhalan con el calor del sol los pantanos y charquinales, que ocasionan las lagunas ó albuferas cuando rebozando sus aguas se extienden á una considerable distancia: las enfermedades mas comunes son las calenturas pútrido-malignas en el invierno (**) y obstrucciones

(*) Esto es inexacto. Las aguas potables de Alcudia nada tienen de dañoso, y algunas pueden competir en bondad con las mejores de la isla.

(**) El Sr. Madoz ha sido muy mal informado, pues las enfermedades que cita por mas comunes en invierno, son tan raras en Alcudia como frecuentes y graves las pulmonías, las pleuresias y las congestiones sanguíneas cerebrales.

del bazo todo el año (*). Rodean la poblacion antiguas murallas de grande espesor, defendidas por dos fuertes castillos y un foso seco, ancho y profundo. Rica y floreciente por muchos años, en términos de disputar á Palma la capitalidad de la isla, encerraba en su recinto hasta mil casas; pero desde el año quince del último pasado siglo, principió á decaer de su prosperidad y grandeza, porque su puerto, habilitado hasta entónces para la exportacion del aceite y otros artículos, perdió estas ventajas y le abandonaron los buques, y los comerciantes buscaron otros puertos mas frecuentados para sus especulaciones, al mismo tiempo que los propietarios y personas pudientes huian de la insalubridad del clima. Esta desgraciada ciudad no presenta en el dia ni aun la sombra de lo que fué; solo cuenta trescientas y catorce casas entre las ruinas y escombros de mas de setecientas, que le dan un aspecto de tristeza y de desolacion tal, que comprime el corazon de quien se detiene á considerar las vicisitudes de los tiempos. Hay un hospital para enfermos pobres, que por falta de rentas no puede llenar su instituto; una casa municipal; una escuela de instruccion primaria elemental, frecuentada por unos sesenta discípulos; otra de niñas, en la que ademas de las labores propias del sexo, se enseña á las treinta ó cuarenta educandas que asisten las primeras letras; una iglesia parroquial bajo la advocacion de San Jaime, servida por un cura párroco, un vicario temporal y

(*) Algo hay de cierto sobre este extremo, empero de ningun modo tomado en un sentido tan lato. Las clases pobres que por falta de recursos se atracan de brebajes para cortarse sus fiebres intermitentes, sí; mas, no sucede á los que se sujetan al tratamiento racional y metódico, tal como lo reclaman los accesos en sus diferentes faces.

amovible, un beneficiado de patronato de sangre, dos de patronato eclesiástico, por haber un beneficio vacante; de los dos que residen, el uno tiene á su cargo el órgano; un beneficiado de patronato mixto del párroco y los jurados, y un sacerdote ordenado á título de patrimonio adscrito al servicio de la parroquia, sin especial obligacion. El curato es de segundo ascenso, de nombramiento real y del diocesano en los meses respectivos, siempre previo concurso: el vicario lo nombra el diocesano á propuesta del párroco. Antes de la exclaustracion hubo un convento de observantes, el cual se vendió juntamente con su iglesia. El cementerio se halla en paraje bien ventilado, y en él se encuentra un oratorio público dedicado á Santa Ana, de patronato del ayuntamiento, se dice en él misa algunos dias, y se celebran varias fiestas. Confina el término por el N. con el de Pollensa á 1 legua; por el E. con el mar á ½; por el S. á igüal distancia con el término de Muro, y por el O. á ½ con el de la Puebla: en él se encuentra la bahía de su nombre, puerto habilitado de cuarta clase, con ocho matriculados y escaso número de pescadores, un buque de tercera clase y cuatro de cuarta; la forman los cabos de Menorca y el de *Farruch*, distantes el uno del otro 6½ millas al SE., medio cuarto E. y al contrario. El cabo Menorca, mas alto que el del Pinar, mas puntiagudo, de color obscuro, pelado y cortado á pique desde la mitad de su altura, y la otra mitad poblada de árboles, da entrada á la bahía, viniendo por el lado septentrional de la isla: ½ legua escasa al SO. de él, se halla la punta de Terrents, baja y poco saliente, la cual debe su orígen á unas montañas menos altas que las que forma el cabo Menorca; media milla al S. de la expresada punta 43° O. se ve la isla de Alcána que es rasa, próxima á la costa y

sin paso por la parte del N : por la del SE., á distancia de 1 ½ cable arroja un placer de arena y piedra con tan poco fondo, que no tiene en su extremo mas que tres brazas; por lo que no conviene atracarse á ella á menos de dos cables. Al O. á una milla larga, se encuentra la Torre mayor sobre un montecito, bien artillerada; de este montecito desciende á corta distancia una punta de mediana altura, en cuyo extremo hay una batería arruinada. Toda la costa desde la punta de la Torre mayor hasta el cabo de Menorca es la parte septentrional y exterior de la bahía, debiéndose tomar por parte interior toda la costa que desde dicha punta tira al NNO., NO., O. y SO., hasta los *Pous*, que es la boca de una laguna ó albufera que está detras de la playa. La bahía de Alcudia es mejor que la de Pollensa, á pesar de estar mas al descubierto de los vientos del NE. y E.; menos ventosa, mas limpio su tenedero, y mas fácil de coger con los vientos del NO. y N. La costa del S. sigue desde la boca de los *Pous* circulando al SE., hasta la punta llamada el *Pi* de la entrada, quedando en el intermedio la isla de los Porcos, chica y rasa. Toda la bahía es limpia desde cabo *Farruch* hasta el fondeadero de Alcudia; á un cable cumplido hay de 4 á 5 brazas de fondo, que crecen luego á 10, 15, 20, 25 y 30. Desde el mencionado cabo del *Pi* tira la costa al NE. ¼ E. hasta la cala *Mata*, que está al NE. de una punta poco saliente, y á dos millas de ella al NNE. se llega á otra punta próxima al cabo *Farruch*. El punto que de este cabo baña al mar no es muy alto; pero va elevándose el terreno hasta terminar en una montaña que se corre de E. al O., la cual tiene en su cumbre una gran llanura. El mejor medio de fondear en la bahía de Alcudia con navío es, conociendo la isla de Alcanada, Torre mayor y su punta,

dirigirse á dar fondo por la medianía de esta y aquella á distancia de tres ó cuatro cables de tierra en seis ú ocho brazas cascajillo: siendo fragata podrá ejecutarse en frente de la torre á NS. en cinco ó seis brazas de la misma calidad, con manchones de alga, amarrándose NO. SE.; con embarcacion chica puede fondearse entre la torre y una casita con su muelle, que está mas al N. en la playa sobre dos ó tres brazas. Á distancia de una hora de la poblacion se halla el santuario de nuestra Señora de la Victoria, patronato del ayuntamiento: se celebran en él algunas fiestas; á ¼ N. la Albufera mayor, y aun mas cerca al SE. la menor, ambas ricas por la mucha pesca de anguilas y otros peces que crian, y por la no menos abundante caza de aves acuáticas que entre los juncos y aneas se anidan, ambas fatales á la ciudad por las enfermedades que se desarrollan con la estancacion de las aguas en pantanos y otros charquinales, y que pudieran ser por si solas bastantes á convertir en un delicioso jardin la campiña, si se practicasen desagües y canales bien entendidos: el desp. de Villa-rotge, la capilla de San Martin en la cueva de su nombre, formada con el mayor primor por la misma naturaleza, y esparcidos por el término los predios denominados Alcanada, Balme (can), Basera (can), Beniatría, Bregat (can), Burgues (can), Cuirana, Colombar, Oriolet, Simó (son), Ciona (cana), Socías, Latorre, Varteyent, Xanet: el terreno en direccion de la bahía es pedregoso é incultivable, lo mismo que el de los pantanos y lagunas y las dos mil obradas de monte matorral; pero en estos puntos se crian las mejores hierbas de pasto, con las cuales se mantienen numerosos hatos de ganado lanar, vacuno y mular, principalmente de la primera especie, que da el vellon mas fino de todas las islas; multitud de plantas

aromáticas, que con sus flores hermosas y fragantes llaman infinitos enjambres de industriosas abejas, que anidando en colmenas bien dispuestas por aquellos alrededores, trabajan una miel delicadisima y muy buena cera, y multitud de arbustos de especies diferentes que dan leña en abundancia; pero todo este resultado no compensa en modo alguno de las pérdidas que los alcudianos experimentan por no canalizar las aguas de las albuferas; si esta operacion llevasen á efecto, sobre las ventajas que reportaria la salud púdlica dando circulacion á las aguas estancadas, podrian conducirse estas para riego de las mejores tierras, y como arriba dijimos el término de Alcudia se convertiria en un jardin delicioso (*); ademas, la considerable extension de tierra que en sus derrames ocupan las albuferas y que empantanadas se hacen completamente inútiles para todo cultivo, llegaria á desecarse en poco tiempo y su misma condicion los haria mucho mas feraces y productivos, no solo para campos de pan llevar, sino para ricos prados artificiales que tanto beneficio reportan al cultivador, para plantíos de todo género y aun para huertas deliciosas. Costosa habia de ser esta operacion, crecidos capitales habrian de invertirse; pero no quedaria defraudado el que en ella los ocupase (**): pocos años bastarian á remunerarle grandemente de su sacrificio; y sobre todo, Alcudia

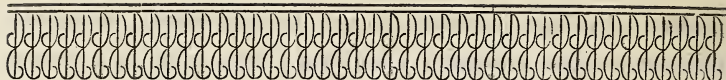
(*) Esto debe ser de un interes para Mallorca toda, porque el enemigo mas terrible de ella son sus frecuentes sequías que destruyen las cosechas de cereales, lo que no sucederia habilitando las dos ó tres mil cuarteradas de terreno superior que contiene *el prat* de la Albufera mayor, todo regadío; y no obstante no se hace. ¿Cuál será la causa de un abandono tan deplorable? Nadie puede negar que hay aquí escondido un vellocino de oro; empero ya murió Jason y sus valientes compañeros los argonautas para buscarlo.

(**) He aquí el baño de dinero, de que llevamos hecho mérito.

saldria del estado lastimoso en que se encuentra, reconquistaria su antiguo esplendor y volveria á ser, si no la primera, la segunda poblacion de la isla, porque su situacion y su ventajoso puerto para esto la tienen destinada. Las tierras de cultivo están al E.: son de muy buena calidad y muy feraces, á pesar de no haber otras aguas para el riego que de noria, y escasear los brazos para el cultivo. Sale desde Alcudia una carretera general, que pasando por Inca conduce á Palma, la cual se halla en buen estado: los demas caminos son locales. La correspondencia la recibe de la capital de la isla y de la provincia por medio de un maletero dos veces á la semana (*). Produce toda clase de cereales, algarrobas, cáñamo, lino, miel, poco aceite y vino, sin embargo de ascender esta última cosecha á principios del siglo anterior á 66,000 cargas de uvas de tres quintales cada carga, legumbres, hortalizas y frutas agrias y dulces; cria ganado lanar, vacuno y mular. Industria: telares de lienzos ordinarios, la pesca de agua dulce en las albuferas, y la de mar, que consiste en doradas (*), pájaros, sirviolas, palomidas, déntolos y atunes; tambien se pesca en abundancia el coral por los meses de julio y agosto, y se elabora rico queso. Comercio: era este de la mayor importancia á principios del siglo anterior, y actualmente es muy insignificante.

(*) Son tres veces ahora.

(**) Merece particular mencion la de las oradellas, toda peculiar de este mar, y que se cogen en gran cantidad en el estanque *el Buchellar* y en el de los puentes, que abastece tres meses del año á Alcudia y á algunas villas limítrofes.



APENDICE.



Desde que escribió el Sr. Madoz, el terreno propio de los alcudianos ha mejorado mucho. Se han plantado muchos almendros que ya empiezan á dar bastante producto, higueras en gran número, y se han hecho algunos huertos; en términos que la campiña de Alcudia no es la misma. Si algun dia nuestra elegante capital alarga una mano protectora á su buena hermana Alcudia, entónces se cumplirá la profecía del Sr. Madoz y Mallorca merecerá el renombre de verdadero jardin de las Hespéridas. No se olvide el vellocino de oro que está oculto en el citado *prat* de la Albufera mayor.

MORALIDAD.

La conducta de los alcudianos es de las mas morigeradas: en prueba de la verdad de este aserto, véase cuán poco tiene que hacer el tribunal de Inca con respecto de faltas ó crímenes cometidos por estos habitantes.

DIPOSICIONES INTELECTUALES.

El templado clima de Alcudia y la influencia de un sol brillante y vivificador dan á sus hijos las mas bellas disposiciones intelectuales. ¡Cuán sensible es que la falta de recur-

so; de sus moradores en general sean la causa de que no luzcan sus talentos! ¡Y cuán importante seria tambien que hubiera aquí quien poseyese el arte, segun la enérgica expresion de Sócrates, de hacer fecundos los ingenios! Por fortuna, ninguna cosa favorece tanto el desarrollo y progresos de la inteligencia como un gobierno verdaderamente liberal. En efecto, la experiencia de los siglos acredita que cuanto mas se oprime al hombre, tanto mas se le embrutece; y de aquí el axioma de cuanto mas vil es el opresor, tanto mas infame es el esclavo. No es posible en el dia, no cerrando los ojos á este lleno de luz, que nadie pueda desconocer una verdad de tanto bulto. En esta atencion, esperamos con fundamento que siendo los alcudianos acérrimos entusiastas de la libertad, se aprovecharán todos de su benéfica influencia para enriquecer y ensanchar el horizonte de sus buenas dotes intelectuales en honor de su patria y en beneficio de sí mismos.

Nota.

El fuerte llamado la Peña-roja se eleva en punta en la parte N. de la Atalaya, descansando sobre espantosos precipicios que terminan en el mar, siendo sumamente asombroso ver colocado sobre su cresta, que no es mas que una superficie áspera y desigual, un cañon de á 18 apuntado á flor de agua, inservible ahora por inútil. Tambien hay allí una casamata en muy buen estado que serviria de cuartel, un algibe y un horno para bala roja. Quien visita este formidable castillo de la naturaleza, desde luego conviene que nos ha precedido una generacion de jigantes. En efecto, con no poco trabajo puede un hombre, sin mas carga que su propio vestido, llegar hasta él, y aun así vese forzado con frecuencia á agarrarse con los matorrales, porque el menor

tropiezo ó resbalo lo precipitaria á mil varas de profundidad; empero en donde llega á su colmo la admiracion es á su entrada, formada por un boqueron que solo puede un hombre pasarlo á gatas, encontrándose al instante con una tarima de unos tres palmos de ancho y de unos cuarenta de largo, construida sobre precipicios, por la cual se llega á la citada cresta ó superficie.

En el Puerto menor hay un castillo llamado Manresa, provisto de excelente artillería de bronce de grueso calibre, cuyos fuegos se cruzan con los del castillo de Pollensa.

En el montecillo titulado *Puig d'en Carretero* hay una dilatada y hermosa cueva, descubierta por el autor de esta obrita en el año de 1824, que contiene mil preciosidades por los muchos caprichos que forma la naturaleza en sus solitarios y misteriosos juegos. Algunos sugetos que habian visitado la de Artá, aseguraron que la de esta villa no es mas preciosa. La verdad en su lugar.

En el Puerto mayor hay de reciente construccion dos espaciosos almacenes propios de D. Jaime Oliver, y otro que se va á construir nuevamente con una casa.

Recientemente se ha descubierto una excelente cantera de mármol blanco en el *Coll baix*, y otra de negro en la cueva de *Paupellocas*.

REFLEXIONES.

Siendo Alcudia un punto todo militar, ó como dicen los señores ingenieros, la llave de fortificaciones de esta isla, es á la verdad inconcebible el por que no se derriba la muralla interna y no se pone en buen estado la exterior, supuesto que la interna, segun la frase del ilustrado Sr. Madoz, no sirve sino para el anticuario; empero nosotros añadiriamos que sirve tambien para impedir la libre circulacion

del aire, que es una poderosa causa local de insalubridad. Lo hemos dicho y no nos cansarémos de repetirlo. La prosperidad de Alcudia es un interes vital, que debe tener Mallorca toda.

Para que se vea la grande importancia que ha tenido Alcudia, pondrémos á continuacion los muchos privilegios que le concedieron los monarcas de España.

Real privilegio á 3 de setiembre de 1322, para que no se saque trigo de Alcudia.–*Sancius. D. G. Rex Majoricarum.*

Item. Concesion real de Amortizacion á 2 de setiembre de 1345, de las casas para hospital de Alcudia.

Real privilegio de 3 de febrero de 1367, para que los vecinos de Alcudia pudiesen traer espada.

Real privilegio de 18 de noviembre de 1395, para el vino de Alcudia.

Real privilegio de 10 de julio de 1397, para la franqueza del vino de Alcudia.

Real sentencia de 15 de diciembre de 1416, por la franqueza del vino de Alcudia.

Real privilegio de 31 de agosto de 1483, para que no se introduzcan en Alcudia vinos de otras partes.

Ya hemos descrito en otra parte las concesiones y privilegios dados por el emperador D. Cárlos V.

Real carta de 28 de marzo de 1560, para la personal residencia del capitan Gobernador de Alcudia en dicha plaza, por ser conservacion muy importante.

Real privilegio de 28 de marzo de 1560, en confirmacion de otro que incluye para que la eleccion y extraccion de síndicos clavarios se hiciese en Alcudia.

Real privilegio del Sr. D. Felipe II de 23 de marzo de

1564, en que se confirma el que D. Cárlos V su padre dió á favor de la ciudad de Alcudia á 18 de julio de 1523.

Real privilegio de 9 de agosto de 1590, para que la ciudad de Alcudia pueda tener sus morteros para admitir embarcaciones en su puerto como la ciudad de Palma.

Real privilegio de 19 de octubre de 1594, en que S. M. aumentó el salario de un cabo artillero que asistiese de continuo en la ciudad de Alcudia, y señaló sueldo para un tambor.

Real gracia de 19 de mayo de 1595, de amortizacion de M. C. libras para la fundacion de un monasterio de monjas en la ciudad de Alcudia.

Real carta de 10 de mayo de 1597, para que se relevase (*) á los vecinos de Alcudia de ir á Palma al trabajo de la fortificacion.

Real privilegio de 19 de agosto de 1598, para que se pagase á la ciudad de Alcudia de productos del real Patrimonio la tercera parte de lo que dicha ciudad de Alcudia gastaba para su fortificacion.

Real carta de 23 de enero de 1595, para que se mantenga á la ciudad de Alcudia la facultad de proveer el oficio de guarda de mar.

Sentencia de la real Audiencia de 5 de mayo de 1591, sobre la franqueza de la ciudad de Alcudia y sus vecinos.

Real órden de 8 de diciembre de 1594, para que ningun juez ordinario inferior pueda conocer de las causas sobre la observancia de los reales privilegios de la ciudad de Alcudia.

Real órden de 22 de junio de 1598 al Sr. Virey de

(*) Lo escribimos como está en el original.

Mallorca, para la fábrica de las dos torres en el puerto de la ciudad de Alcudia.

Real carta de 18 de setiembre de 1598 á la ciudad de Alcudia, avisando la muerte del Sr. Rey D. Felipe II, con las expresiones del real aprecio de su fidelidad.

Real sentencia del R. S. Consejo de Aragon de 31 de octubre de 1598, en que se declara la franqueza de los derechos á favor de los vecinos de la ciudad de Alcudia.

Sentencia del Ilmo. Sr. real Visitador de 5 de mayo de 1606 á favor de Alcudia, declarando pertenecer á esta ciudad la eleccion de su secretario.

Real órden de 16 de junio de 1610 al Virey de Mallorca, para que no se saque gente de la ciudad de Alcudia, que pueda defenderla.

Real sentencia del S. R. Consejo de Aragon de 18 de agosto de 1611, declarando que los vecinos de Alcudia puedan libremente extraer y vender sus vinos sin haber de pagar derecho alguno.

Real carta de 4 de abril de 1621, en que S. M. D. Felipe IV avisa á la ciudad de Alcudia la muerte de su padre D. Felipe III.

Real carta de 21 de junio de 1623, para que no se quiten á la ciudad de Alcudia las armas de que se le habia proveido.

Sentencia de la real Audiencia de 18 de junio de 1669, en que se declara que la franqueza del vino de Alcudia es real y en consecuencia franco en cualquier mano.

Real privilegio del Sr. Rey D. Cárlos II de 1º de junio de 1688, confirmando todas las franquezas y privilegios concedidos á Alcudia.

La carta del Excmo. Sr. caballero Dasfeld de 18 de julio de 1715, que ya hemos citado.



CAPÍTULO XXVIII.

Hombres célebres de Alcudia.

Son estos en gran número, y entre ellos los que siguen. De la familia de Amorós, existente en el dia, pero poco acomodada, D. Antonio Amoros y D. Juan Amoros Pros. canónigos que fueron de la santa iglesia catedral de Mallorca. D. N. Amoros, capitan que fué de caballería; y muchos otros de esta familia distinguida, que en todos tiempos desempeñaron honrosos cargos. Han sido muy valientes, esforzados y hasta de un arrojo temerario algunas veces.

De la familia de Roig, extinguida ahora, la que representa poseyendo todos sus cuantiosos bienes inmuebles don Francisco Font *d'els Olors de Artá*, de resultas de que su abuelo se casó con el último vástago de esta célebre familia, el presbítero y doctor D. Antonio Roig, canónigo que fué de la expresada catedral. En todos tiempos figuraron aquí en primera línea y tuvo muchos hombres célebres.

De la familia de Rotger, el Dr. D. Juan Antonio Rotger presbítero, canónigo que fué de la referida catedral. Ignoramos si esta familia queda extinguida completamente.

De la familia de Caldes, extinguida ya, el Rdo. Dr. don Antonio Caldes Pro. rector de la iglesia parroquial de Santa Eulalia de Palma. El Dr. D. Pedro Caldés Pro. rector que fué de la villa de Santa Margarita y despues de esta ciudad.

De la familia de Serras, el Dr. D. Juan Serra y Dome-

nech Pro. rector de la iglesia parroquial de la villa de Montuiri y despues de esta ciudad.

El Dr. D. Tomas Serra y Domenech Pro. rector de la iglesia parroquial de la Puebla, fué subcolector de la reverenda Cámara apostólica, gran limosnero: despues fué nombrado en 14 de octubre de 1525 capellan de palacio del emperador D. Cárlos V y sumiller de cortina.

D. Antonio Serra y Maura hijo de D. Miguel y de doña Juana Maura. Fué buen jurista y desempeño en 1776 el empleo de juez de censos. Fué escritor.

D. Miguel Serra y Maura, hermano del antecedente y padre del cronista D. Ventura Serrá, despues de haber desempeñado con honor distinguidos emplos, que por su prudencia é integridad le confirieron, fué nombrado con real título de 16 de enero de 1733, juez privativo de censos del *pariage* y de todas las causas de que antes conocia el baile general de esta ciudad y reino. Ascendido por S. M. á oidor de esta real audiencia en 18 de diciembre de 1737, sirvió esta plaza mas de diez y seis años, sin que en todo este período se oyese queja alguna contra su comportamiento en la administracion de justicia. Con real sentencia de 18 de noviembre de 1540 fué declarado el goce de todas las exenciones y privilegios concedidos á Alcudia á favor de Martin Serra, por el valor y fortaleza con que combatió contra los agermanados; y este Martin Serra era y es el quinto abuelo paterno del referido D. Antonio Serra y Maura (*). El último vástago de esta heróica é ilustre familia lo es D. Antonio Serra y Tous, que vive en Palma, calle de la Portella.

(*) Certificacion dada por D. Gabriel Oliver notario, escribano mayor y secretario del real acuerdo de la real Audiencia de Mallorca, en 6 de abril de 1754.

Una de las mas ricas y distinguidas familias de los Serras de Alcudia bajo del aspecto genealógico la representa don Juan Massanet y Ochando (*), por haberse enlazado el abuelo de este D. Juan Massanet y Abadía, con la alcudiana doña Francisca Ana Serra, único vástago de la expresada familia y madre á la vez del difunto D. Juan Massanet y Serra, padre del primero y de D. Antonio, en la actualidad diputado á cortes por el partido de Inca y poseedor de la herencia de su difunta madre.

De la familia de Totosaus, un rector de la iglesia parroquial de Puigpuñent.

De la de Saquer, el Dr. D. Juan Saquer rector de Alcudia.

De la de Cugullada, el Dr. D. Pedro Pascual Cugullada rector de Alcudia.

De la de Maura, un rector de la parroquial de San Miguel de Palma, el doctor en medicina D. Pedro Maura, D. Pablo Maura notario, etc. Ninguna de estas cuatro últimas familias existe, esto es, han quedado extinguidas. El último Maura D. Antonio murió soltero en 1801.

De la de Tauler, el Dr. D. Juan Tauler rector de la villa de Llummayor, y despues vicario general del ilustrisimo Sr. D. Baltasar de Borja obispo de Mallorca. Tambien está extinguida.

(*) Los profundos conocimientos de este apreciabilisimo jóven, que enriquece de cada dia, sus finos modales, su trato cortes y su humildad sublime y llena de dignidad, consecuencia de una educacion la mas esmerada, nos hacen augurar que le está reservado desempeñar un brillante papel en el mundo. Tales son nuestras convicciones, y estamos casi seguros de que no saldrán fallidos estos pronósticos.

De la de Martí, D. Jaime Martí rector de San Marcial. Todavía existe esta familia.

De la de Barrera, el Dr. D. Guillermo Barrera director del hospital de San Antonio de Viana de Palma. Extinguida.

De la de Seguí, D. Martin Seguí Pro. y notario familiar del santo Oficio, gran limosnero del hospital general, por lo que se guarda allí su retrato. Extinguida.

RELIGIOSOS.

EN LA CARTUJA DE VALLDEMOSA.

El Rdo. Fr. Bernardino Domenech y Serra, hombre de gran virtud. Existe esta familia muy acomodada.

El Rdo. Fr. Jaime Barrera. Extinguida.

EN EL CONVENTO DE SANTO DOMINGO.

El Rdo. P. Fr. Bertran prior de dicho convento. Existe, pero muy pobre.

El Rdo. Fr. Jaime Domenech y Bennasar.

EN EL DE SAN FRANCISCO DE ASIS.

Son innumerables, y entre ellos el P. Fr. Bertran, que en 1588 fué vicario provincial y en 1598 ministro provincial. A 17 de enero fué fundador del convento de San Buenaventura de la villa de Llummayor.

El Rdo. P. Fr. Francisco Cerdá ministro provincial. Extinguida.

El P. Fr. Nadal Felíu, lector jubilado etc. y escritor público. Extinguida.

El P. Fr. Antonio Llensor, lector jubilado, guardian del convento de Jesus, juez conservador del hospital gene-

ral, misionero apostólico en las Indias y comisario de la Tierra santa. El último vástago de esta familia alcudiana es el presbítero D. Antonio Llensor beneficiado en la parroquial iglesia de San Miguel de Palma.

Venteyol (Rafael). Luego de ordenado de sacerdote partió para Jerusalen y allí vivió cuarenta y cinco años haciendo mucho bien á la cristiandad. Fué guardian del convento de Belen, lector de lengua árabe, procurador general, custodio, padre de provincia, adjutorio para la conservacion de los santos Lugares, y sugeto de quien hicieron mucho aprecio los soberanos de España, Francia, Portugal y Constantinopla. Murió en Jerusalen á 9 de enero de 1726, de mas de ochenta años de edad. Tradujó del castellano al árabe: I. *Meditaciones devotisimas del amor de Dios* del P. Fr. Diego de Estella.—II. *Libro de la vanidad del mundo* del mismo autor.—III. *La mística ciudad de Dios* de la V. M. Sor María Jesus de Ágreda.

Venteyol (Martin) sacerdote no sabemos de qué religion. Escribió unas memorias sobre las atrocidades que hicieron los comuneros en los campos de Alcudia. El manuscrito que hemos visto, dice el Sr. Bover, lleva la fecha de 3 de noviembre de 1645 (*). Existe esta familia medianamente acomodada.

Soliveret (Jaime) nació aquí en 1697, tomó el hábito de observante en el convento de Palma y fué muy aficionado á la historia de su órden. El Sr. Jovellanos le cita con elogio. Fué peritisimo en la lengua latina, y dejó un tomo en 4° manuscrito, que trata de la fundacion de los conventos de franciscanos de Mallorca, hombres insignes hijos de ellos,

(*) Tenemos en nuestro poder copia del tal manuscrito.

etc. Murió en el año 1757 en el convento de Jesus extramuros de Palma.

Fenals (Miguel) religioso franciscano. Escribió: Actas de la visita de varios monasterios de monjas en las diócesis de Tarragona, Barcelona, Gerona, Elna, Urgel, Vique y Tortosa, que hizo con el dean de Jaen Juan Daza desde el año 1493 á 1495.

Ferrer (Matías) Pro., sabio moralista, teólogo profundo, rector de la parroquia de Muro y últimamente de la de Buñola. *Oracion evangélica en la traslacion festiva del Santo Cristo de esta ciudad el dia 25 de julio de* 1637 y otras. Ignoramos por que el Sr. Bover calló su patria.

Ferrer (Pedro) doctor en medicina y en sagrada teología, beneficiado en esta parroquial iglesia. Dejó inédito un tratado de fiebres intermitentes, que en 1833 paraba en poder del Dr. D. Rafael Cerdó de Muro, quien lo elogiaba mucho. Murió dia 3 de julio de 1783, de unos cincuenta años de edad. Las familias de los tres antedichos existen, y bastante acomodadas algunas.

Pont (Pedro) religioso trinitario, obispo de Cluni, conde del Palatino é inquisidor de Mallorca, á quien el padre Francisco de la Vega en su crónica trinitaria da por patria la villa de Aranda en Castilla la Vieja, usurpando á esta isla la gloria de su nacimiento, como así lo siente el P. Cervera en su historia, citando los autores que con mas verdad le hacen mallorquin (*), particularmente el P. Lopez en la Vida del

(*) Los apuntes históricos que poseemos lo hacen mallorquin y alcudiano. Esta familia de Pont existia bastante acomodada en Alcudia durante la guerra de los comuneros, y bien sabido es cuánto trabajó el obispo en cuestion para transigir las partes contendientes y dar la paz á los mallorquines.

V. P. Sebastian Robes trinitario. Los cronistas baleares sin indagar si Mallorca era su verdadera patria, se contentan en referir minuciosamente lo mucho que en 1522 obró y padeció por haber empleado su celo en la reduccion de los comuneros. Reducidos estos, obtuvo varias mercedes del emperador Cárlos V., y entre las gracias que le concedió el Papa fué una la de poder ordenar seculares y regulares *etiam extra tempora*, en virtud de breve apostólico del año 1530. Murió en el convento del Remedio de Valencia el dia 3 de mayo de 1545, dejando en él, en el de Mallorca y en varios del principado de Cataluña muchas memorias, que inmortalizan su nombre. Esta familia de Pont está actualmente extinguida.

Font (Pedro) misionero apostólico, hombre de muchas luces, mayor talento y de las mas esclarecidas virtudes. Estuvo veinte años en el colegio de San Miguel de Escornalbou predicando con gran fama de santo. Despues quiso dar su vida por la fe de nuestro divino Redentor Jesucristo, pasando para ello á las Indias occidentales del reino del Perú, en donde murió con fama de santo. Esta familia pocos años hace que quedó extinguida.

Martí, religioso célebre del convento del Cármen.

Juan (Jaime), religioso tambien de idem.

Martí (otro), prior de dicho convento.

Amoros (Pedro), ministro del convento del Santo Espíritu.

Mascaroles (Juan), religioso del convento de la Merced. Esta familia existe.

Gitard (Guillermo), religioso de idem. Extinguida.

Guayta (Sebastian), religioso del convento de San Francisco de Paula, examinador sinodal, lector jubilado, provincial de Mallorca. Esta familia existe con su constitucion atlética de siempre.

Sequer (Pedro Juan), religioso de idem. Tenido en gran veneracion por sus rígidas virtudes.

Sequer (Juan) religioso de idem, definidor y tenido por modelo de hombres prudentes á la par que modestos. Extinguida.

Bover (Antonio), religioso de idem. Lector jubilado y provincial de Mallorca. Extinguida.

Domenech (Pedro), religioso descalzo. Su vida toda ejemplar está escrita en la primera parte de los PP. Descalzos, lib. 3. cap. 3. foj. 444.

MÁRTIRES POR LA FE DE JESUCRISTO.

N. Capdebou, N. Bertran y N. Venteyol, muertos predicando en el Japon.

Entre los abogados los que merecen particular mencion son D. Bernardo y D. Juan Barrera, y D. Berenguer Amorós.

De los muchos doctores en medicina debemos citar por sus talentos D. Francisco Serra, D. Juan Serra, D. Juan hijo del anterior, D. Pedro Maura, D. Pedro hijo del anterior, D. Pedro Bennasar, D. Berenguer Ferrer, D. Pedro Ferrer ya citado, y D. Martin Torrens de la casa de don Pedro Juan Torrens extinguida ya, á la que representa en el dia D. Rafael Palou, que la habita y es propia suya, transmitida á este por herencias, porque D. Jaime Palou de la Creu, como verémos mas adelante, se casó con Dª Catalina Torrens, que regularmente seria el último vástago de esta familia, que por largos años figuró aquí como una de las principales. De ella podemos contar á los señores D. Pedro Juan Torrens, D. Rafael Torrens baile real, otro don

Pedro Juan regidor perpetuo, el Dr. D. Rafael Pbro., el doctor D. Martin Torrens y muchos otros.

Hay otras familias de Torrens muy antiguas en Alcudia y acomodadas todas.

CIRUJANOS CÉLEBRES.

D. Onofre Llensor, D. Juan Mascaró, D. Berenguer Llensor, D. Antonio Llensor, D. Bernardino Renovard, don Martin Renovard y D. Antonio Sureda.

NOTARIOS.

D. Pedro Font, D. Juan Font, D. Francisco Axartell, otro D. Pedro Font, D. Jaime Sureda, D. Berenguer Amoros, D. Jaime Domenech y Capdebou, D. Antonio Cugullada, D. Miguel Seguí, D. Jaime Fe, (este en 1690 fué jurado de Palma y reino de Mallorca) D. Martin Seguí presbítero, D. Miguel Serra, D. Juan Sureda, otro D. Miguel Seguí, D. Sebastian Domenech y Juan, D. Miguel Serra y Ferrer, D. Pedro Renovard, D. Antonio Amoros, D. Jaime Juan, D. Miguel Pont, D. Miguel Balma, (el último vástago de esta antigua familia lo es D. Arnaldo Capó y Balma) D. Miguel Aleñá, (la familia de Aleñá es de las mas antiguas que existen, empero muy poco acomodada ahora) D. Pablo Maura, D. Juan Domenech y Bennasar, otro D. Juan Sureda, y D. Juan Ferrer alias *Caned.*

SÍNDICOS CLAVARIOS DE TODA LA PARTE FORENSE.

D. Clemente Felíu, D. Pedro Llampayes, D. Sebastian Juan, (todas estas familias están extinguidas) D. Bartolomé Fenals, D. Berenguer Ferrer, D. Antonio Roig, D. Matías Sureda, D. Pedro Antonio Roig, D. Francisco Sureda, don

Juan Amoros, D. Pedro Planas, (está extinguida) D. Francisco Esteva mayor, (tambien extinguida, y la representa ahora el jóven D. N. Costa de Pollensa, heredero de sus cuantiosos bienes) D. Pedro Juan Torrens y D. Pablo Maura notario.

EN ARTES LIBERALES.

Pedro Antonio Caymari, Damian Caymari, Jaime Caymari, famosos organistas. (Está extinguida.)

Guillermo Barrera célebre escultor, Miguel Carbonell no ménos célebre fabricante de espadas, Martin y José Capdebou célebres fabricantes de bridas para caballos y otros enseres de herrería, Miguel Binimelis menestral hábil en las cosas de seda, por cuyo motivo pasó á vivir en Palma, en donde fué muy apreciado y nombrado jurado por el estamento de menestrales: murió sin sucesion, dejando por herederos á los gloriosos padres de María santisima S. Joaquin y Sta. Ana de la iglesia de este nombre extramuros de Alcudia.

Pedro Carbonell fabricante de medias de seda, por cuya habilidad adquirió en Palma la mayor nombradía.

Debemos hacer mencion honorífica del Dr. en sagrada teología y ecónomo que fué D. Rafael Palou y Roig, hombre de una instruccion profunda y de una lógica de las mas robustas, como puede verse en varios panegíricos de santos que poseemos. Del doctor en sagrada teología D. Antonio Calvó y Serra, de los de igual clase D. Francisco Domenech vicario muchos años de esta parroquial iglesia. De D. Jaime Ques, que murió ecónomo en 1850. Ni podemos callar á D. Joaquin de Guzman y Quetglas, que murió muy jóven siendo ya coronel de caballería, ni á D. Buenaventura Serra y Ferragud, hijo del alcudiano D. Miguel Serra y Maura ya

citado, cronista aquel de esta isla, quien á los diez y seis años de edad publicó sus Glorias de Mallorca; ni á D. Pedro Cayetano Domenech doctor en ambos derechos y erudito escritor público, oriundo de una familia militar de Alcudia, la que volvió á establecerse en ella, muriendo el último, D. Pedro María Domenech y Aranda secretario de este ayuntamiento en 1846, dejando una hija niña de diez años ahora y huérfana, que vive con su tio y tutor D. Juan Domenech; ni al Dr. D. Jaime Palou Pro. y rector que fué de la villa de Selva, porque estos Palou desde largos años han estado enlazados con las mas antiguas y distinguidas familias de esta ciudad, como lo comprueba el siguiente mal trazado árbol genealógico: D. Jaime Palou de la Creu se casó con la alcudiana Dª Catalina Torrens.—D. Pedro Juan Palou y Torrens con la alcudiana Dª Francisca Roig.—Don Pedro Juan Palou y Roig con la alcudiana Dª Margarita Amoros.—D. Pedro Juan Palou y Amoros con Dª Francisca Ana Serra.

No podemos callar tampoco á los valientes y esforzados militares Estevas, Domenechs, Amorosos y otros, cuyos nombres y hasta los apuntes históricos desaparecieron en el cataclismo moral, permítasenos esta expresion, que á principios del último pasado siglo abrumó á esta desgraciada Alcudia, porque una mano funesta cerró su hermoso y seguro puerto; no bastando la real pragmática de S. M. D. Cárlos III de España, que lo habilitó nuevamente con la significativa cláusula de que nunca jamas bajo ningun pretexto pudiese cerrársele (*), para devolverla su antiguo esplendor,

(*) Sabemos que tales mandatos no pueden tener en el dia gran valor, pues los muertos no deben de mandar á los vivos para siempre; con lo cual estamos muy conformes.


LIBRARY OF CONGRESS
0 009 908 836 9


LIBRARY OF CONGRESS
0 021 603 162 3